JOAN WALLACH SCOTT

GÉNERO E HISTORIA





FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LA CIUDAD DE MÉXICO

Primera edición, 2008

Scott, Joan Wallach
Género e historia / Joan Wallach Scott ; trad. de Consol Vilà I. Boadas. – México : FCE, Universidad Autónoma de la Ciudad de México, 2008
337 p. ; 23 x 17 cm – (Colec. Historia. Ser. Clásicos y Vanguardistas en Estudios de Género)
Título original Gender and the Politics of History
ISBN 978-968-16-8498-3

1. Estudios de Género I. Vilà I. Boadas, Consol, tr. II. Ser. III. t.

LC HQ1154 Dewey 305.4 S744g

Distribución mundial

Título original: *Gender and the Politics of History*

ISBN 0-231-11857-0

Comentarios y sugerencias: editorial@fondodeculturaeconomica.com
www.fondodeculturaeconomica.com
Tel. (55) 5227-4672 Fax (55) 5227-4694

Empresa certificada ISO 9001:2000

Diseño de portada: Bernardo Recámier / Laura Esponda Aguilar

ISBN 978-968-16-8498-3

Impreso en México • *Printed in Mexico*

Para Elizabeth

ÍNDICE GENERAL

Cuarta parte

IGUALDAD Y DIFERENCIA

PREFACIO A LA EDICIÓN REVISADA EN INGLÉS

En la Cuarta Conferencia Mundial sobre las Mujeres celebrada en Beijing, China, en el otoño de 1995, el término *género* levantó polémicas. En las semanas que precedieron a la celebración de la conferencia, un subcomité de la Cámara de Representantes de los Estados Unidos llevó a cabo audiencias en donde los delegados y representantes republicanos de los grupos provida en el Congreso señalaron las consecuencias subversivas del término *género*.[1] Los conferenciantes advirtieron que la moralidad y los valores familiares estaban siendo atacados por quienes creían que debían existir como mínimo cinco géneros (hombres, mujeres, homosexuales, bisexuales y transexuales). E insistieron en que el Programa de las Naciones Unidas para la Conferencia de Beijing había sido secuestrado por "las feministas del género, quienes creen que todo lo que consideramos natural, como el ser mujer y el ser hombre, la feminidad y la masculinidad, la maternidad y la paternidad, la heterosexualidad, el matrimonio y la familia son, en realidad, conceptos creados culturalmente, generados por los hombres para oprimir a las mujeres. Estas feministas reconocen que tales roles se han construido socialmente y que, por lo tanto, están sujetos al cambio".[2] Dentro de las Naciones Unidas (ONU) la controversia fue de tal alcance que la Comisión sobre el Estatus de las Mujeres muy pronto formó un grupo de contacto cuyo cometido fue alcanzar un acuerdo sobre "el sentido generalmente aceptado del término *género*" y comunicar sus conclusiones "directamente a la Conferencia de Beijing". El desacuerdo existente entre quienes se obstinaban en una definición estrictamente biológica del género y quienes preferían referirse a "los roles de hombres y mujeres como constructos sociales"[3] les llevó a adoptar una solución absolutamente inadecuada desde el punto de vista informativo, la cual se concretó no obstante en un apéndice al Programa de Acción de la Conferencia. La "Declaración sobre el sentido comúnmente atribuido al término *género*" reza así:

> Habiendo considerado esta cuestión ampliamente, el grupo de contacto señaló: *1)* que el término *género* ha sido comúnmente empleado y entendido en su uso

> ordinario, tal como se había aceptado en muchos otros foros y conferencias de las Naciones Unidas; *2)* que no existía ninguna indicación acerca de una posible intencionalidad, en la Plataforma para la Acción, para que dicho término se empleara en un sentido o connotación distintos de los que habían sido aceptados previamente... Por todo ello, el grupo de contacto reafirmó que el término *género*, tal como se usaba en la Plataforma para la Acción, debía interpretarse y comprenderse en su uso común y generalmente aceptado.[4]

Lo que resulta sorprendente en este intento de clarificación es que no se explique en qué consiste el "uso generalmente aceptado" del término. Es como si el sentido fuera transparente, libre de ambigüedad y de cualquier interpretación errónea. El estilo de esta declaración intenta levantar controversias negando precisamente que éstas existen. No obstante, algunos participantes en la conferencia se sintieron obligados a explicar de forma clara lo que ellos entendían por *género*. El representante de Guatemala, por ejemplo, escribió que "de acuerdo con los criterios éticos, morales, legales, culturales y naturales del pueblo de Guatemala, este país interpreta el concepto de género solamente como género femenino y masculino para referirse a las mujeres y los hombres".[5] Paraguay emitió una declaración similar. Perú llevó el tema más lejos, avanzando las implicaciones peligrosas que el término *género* podía contener, al insistir en que "los derechos sexuales sólo se refieren a las relaciones heterosexuales".[6] Y el representante del Vaticano interpretó el sentido común del término como "basado en la identidad biológica sexual, ya sea masculina o femenina".[7] "La Santa Sede excluye, por consiguiente, las interpretaciones dudosas basadas en aquellas opiniones mundanas que sostienen que la identidad sexual puede adaptarse indefinidamente a otros propósitos diferentes." No se trata de que la biología determine los roles sexuales estadísticamente. El papa estaba totalmente a favor de "cierta diversidad de roles... siempre y cuando éstos estipularan que tal diversidad no era el resultado de una imposición arbitraria, sino más bien la expresión de la especificidad de ser hombre y mujer".[8]

La ansiedad que se desprende de estos comentarios es incomprensible porque en el informe final de Beijing no hay nada que contradiga la idea de que el género es tan sólo otra manera de referirse a las mujeres y a los hombres. Se hacen referencias a la igualdad de los géneros, es decir, a la igualdad entre mujeres y hombres; al equilibrio entre los géneros, o sea, a una representación equitativa para cada género; y a la necesidad de una "conciencia de género", lo cual significa tomar conciencia de cómo afectan de

distinto modo, a las mujeres y a los hombres, las políticas concretas. La Conferencia hace un llamamiento a los gobiernos y a las ONG para que "tiendan a adoptar una perspectiva de género en todas las políticas y programas, lo cual implica que antes de tomar cualquier decisión deben analizar los efectos de aquéllos sobre las mujeres y los hombres, respectivamente".[9] Esto significa, en gran parte, que las estadísticas deberían hacerse por separado según el sexo. Así, el uso del término *género*, mientras por un lado indicaba una apertura importante hacia el cambio en algunos de los roles tradicionalmente asignados a las mujeres y a los hombres, por el otro, no tenía ninguna de las cualidades subversivas que sus críticos tanto temían.

No cabe la menor duda de que además de todo este entusiasmo en torno al *género*, también se estaban debatiendo importantes diferencias, pero, por extraño que parezca, el mismo término quedaba fuera de propósito. En su uso común, el término *género* se ha convertido en un sinónimo de las diferencias entre los sexos, ya sean éstas atribuidas o "naturales". Y aunque dicho término pueda seguir provocando un acalorado debate y generando ansiedad tanto entre las feministas como entre sus críticos, ya no transformó ni desestabilizó por más tiempo el discurso político, a pesar de que a los defensores de la igualdad de las mujeres les abrió el camino para argumentar que los roles sociales eran "construidos a través de la interacción social" y que, por lo tanto, estaban sujetos a cambio. Las 200 menciones (o más) del término *género*, contenidas en el Programa de Acción de Beijing, parecían del todo inofensivas; a menudo no son más que un simple sustituto de la palabra "mujeres". Pero éste no había sido siempre el caso. En las décadas de los setenta y los ochenta, las teóricas del feminismo (entre las que me incluyo) se interesaron por el género como un medio para volver a reflexionar acerca de los factores que determinan las relaciones entre los sexos. En aquel momento había sido de gran importancia para nosotras separar la biología de la cultura, y justificar el cambio no como un aspecto de una dirección social radical sino como un aspecto de la historia. En aquellos días hicimos un importante trabajo teórico en torno al término *género*; la misma palabra —una referencia gramatical traspuesta al campo socio-cultural— resultaba molesta.[10] Y por ello se imponía una explicación; era necesario discutir sus premisas teóricas. No se podían hacer conjeturas sobre el "significado comúnmente atribuido" al *género*. Así pues, este término nos invitaba a que lo analizáramos en vez de desecharlo. (Pienso que el *género* sigue operando de este modo en otras lenguas aparte del inglés, sobre todo en aquéllas que no disponen de una traducción exacta para esta palabra. Como aportación

foránea, que a menudo se deja sin traducir, suscita algún tipo de impugnación local, más en lo referente a cuestiones teóricas que propiamente lingüísticas.) Bajo su protección, las feministas se preguntaron cómo y en qué condiciones se han definido los diferentes roles y funciones para cada sexo; cómo los auténticos significados de las categorías "hombre" y "mujer" variaron según las épocas y el lugar; cómo se crearon e impusieron las normas reguladoras de la conducta sexual; cómo las cuestiones de poder y de los derechos se imbricaron con las cuestiones de la masculinidad y la feminidad; cómo afectaron las estructuras simbólicas a las vidas y las prácticas de la gente común; cómo se forjaron las identidades sexuales desde el interior y contra las prescripciones sociales.

Este libro es un producto de aquella época de los ochenta, cuando el género parecía ser una categoría de análisis útil precisamente porque tenía un efecto extraño, desestabilizador. Al acoplarlo en el título de este libro con la política y la historia, el término *género* era una provocación para integrar el estudio de las mujeres en aquellas áreas de investigación que tradicionalmente se habían mantenido cerradas. El *género* parecía ser la mejor manera de cumplir el objetivo de las historiadoras de las mujeres en la década de los setenta: arrastrar a las mujeres desde los márgenes hasta el mismo centro de la historia y, durante este proceso, transformar el modo en que se había escrito la historia. A mí también me pareció que era una forma de plantear aquellas cuestiones que yo asociaba con la influencia de Michel Foucault, a saber, cómo se establecía algún tipo de conocimiento de lo que era considerado como una diferencia sexual "natural", y cómo y cuándo un "régimen de verdad" era suplantado por otro. El género constituía un medio de investigación de las formas específicas que adquiría la organización social de la diferencia sexual; no las trataba como unas variantes del tema inmutable de la dominación patriarcal. Por el contrario, el género exigía una lectura atenta de las manifestaciones concretas de la organización social de la diferencia sexual, exigía que se prestara atención a los diferentes significados que podían tener las mismas palabras. El término *género* podría ser empleado para referirse siempre a las formas en que se conciben las relaciones entre hombres y mujeres, pero ni las relaciones ni los "hombres" y "mujeres" debían tomarse como idénticos en todos los casos. El punto clave era cuestionarse todos los términos y, en definitiva, hacer un análisis histórico de los mismos.

Cuando la década de los noventa está llegando a su fin, parece que el término *género* ha perdido su capacidad de sorprendernos y provocarnos. En los Estados Unidos se ha convertido en una "referencia común", presen-

tada de forma rutinaria como sinónimo de mujeres, de las diferencias entre los sexos, del sexo. Algunas veces denota los roles sociales que se han impuesto a hombres y mujeres, pero raramente se refiere al conocimiento que organiza nuestras percepciones de la "naturaleza". Los libros que supuestamente practican un "análisis del género" a menudo no son más que estudios, bastante predecibles sobre las mujeres o sobre las diferencias de estatus, de experiencia, y de posibilidades que se ofrecen a las mujeres y a los hombres (como el Programa de Acción de la Conferencia de Beijing). Sin embargo, tales estudios raras veces analizan cómo se han fijado los significados de "mujeres" y "hombres" en el discurso, cuáles son las contradicciones inherentes a ellos, cuál es el término que resulta excluido, qué variantes de la "feminidad", vivenciadas subjetivamente, han sido evidentes en diversos "regímenes de verdad". En vez de todo esto, muchas investigadoras feministas emplean el término *género* rechazando a la vez, explícitamente, la premisa de que "hombres" y "mujeres" son categorías variables desde un punto de vista histórico, lo cual ha tenido por efecto que no se reconociera la radical acción académica y política del término *género*. En nuestros días, el *género* es un término que ha perdido su filo crítico.

Por esta razón, me he visto a mí misma empleando cada vez menos el término *género* en mis estudios y, por el contrario, hablando cada vez más acerca de las diferencias entre los sexos y acerca del sexo como un concepto variable desde un punto de vista histórico. El nuevo capítulo que añadí al presente volumen expresa algo de mi insatisfacción, explora los límites del *género* tal como se emplea comúnmente en los Estados Unidos y busca por todas partes nuevos términos y teorías que rompan con las prácticas usuales de la historia en general, y de la historia de las mujeres en particular. Después, he estado leyendo psicoanálisis y reflexionando acerca de cómo funcionarían las cosas si desafiáramos aquellos presupuestos que se han aplicado de forma demasiado rutinaria y reflexiva. Precisamente, cuando creemos conocer lo que un término significa, cuando su empleo es tan comúnmente aceptado que ese significado ya no necesita ser atribuido, entonces es cuando necesitamos de nuevas palabras y nuevos conceptos. No se trata de tener pruebas de una falta de rigor o de diletantismo intelectual; estoy hablando más bien del intento de retener el contenido crítico que yo asocio con la investigación feminista.

El punto clave de la investigación feminista —y de ahí el atractivo que tiene para mí— radica en su rechazo a conformarse con el *status quo*. El feminismo ha resistido, a lo largo de la historia, a la consolidación de las

"mujeres" dentro de categorías homogéneas, incluso cuando se han formulado demandas políticas en nombre de las "mujeres". Aunque, por un lado, esta tensión haya molestado a quienes buscaban la seguridad que proporciona una identidad fija, por el otro, también ha dado lugar a las intervenciones políticas más creativas del feminismo. En una de sus acciones más efectivas, el feminismo ha señalado las contradicciones y las inconsistencias prevalecientes en las sociedades que proclamaban la igualdad y la justicia para todos. Las feministas han logrado llamar la atención a su causa al rechazar o reformular "los usos generalmente aceptados" del lenguaje, y con ello asombraron a las ortodoxias prevalecientes. En el interés de lo que Luce Irigaray denomina "este desconcierto del lenguaje",[11] creo entonces que necesitamos seguir renovando nuestro vocabulario analítico, aunque sigamos reconociendo a la aportación crítica un término como el de *género* durante un breve periodo de nuestra historia reciente.

JOAN WALLACH SCOTT
Princeton, N. J., 4 de febrero de 1999

AGRADECIMIENTOS

Estos ensayos han visto la luz gracias al Pembroke Center for Teaching and Research on Women, de la Universidad de Brown. Esta Universidad aportó los fondos, pero la Ford Foundation y el National Endowment for the Humanities promovió un contexto intelectual estimulante y de gran riqueza. El centro no habría podido funcionar adecuadamente sin la competencia, la paciencia y el entusiasmo de Barbara Anton y de Elizabeth Barboza; de hecho, sin ellas no habría funcionado. Aprendí muchísimo de ambas sobre lo que significa una empresa realmente cooperativa y sobre el apoyo que las mujeres pueden darse mutuamente. Lo aprendí casi todo de Elizabeth Weed, mi colega, mentora y amiga. Me enseñó cómo pensar sobre teoría y género; leyó y criticó más de una vez cada uno de estos ensayos y mantuvo un nivel de exigencia que por mi parte intenté alcanzar, aunque no siempre con éxito. Elizabeth ha tenido una profunda influencia en este libro; por esta razón se lo dedico.

Amigos y colegas se han mostrado incansables en su tiempo, consejos y críticas. En particular he contraído una deuda con Denise Riley, cuyo trabajo tuvo una importante influencia en el mío. También estoy agradecida a Elisabetta Galeotti y a Lynn Hunt, por sus minuciosas y atentas lecturas de todo el manuscrito.

Sara Johns no sólo mecanografió una y otra vez el manuscrito sino que además aportó una eficiente y extraordinaria organización en cada aspecto de mi vida laboral. Este libro le debe muchísimo a su energía, calidez, generosidad e inteligencia. También le debo muchísimo al Institute for Advanced Study, mi "casa" habitual, y a su incansable apoyo a las actividades académicas.

A Donald Scott, resulta inadecuado decir que le estoy agradecida. Él leyó y criticó estos ensayos muchas veces, y fue el primero en señalar que reunían las condiciones para ser publicados en un volumen aparte; insistió en ello y estimuló dicho proyecto. Como intelectual y compañero emocional ha potenciado todos los aspectos de mi vida, y me ha probado que los hombres pueden compartir el proyecto feminista, y que la igualdad no sólo es deseable sino que vale la pena esforzarse para conseguirla.

INTRODUCCIÓN

Pienso en estos ensayos como en mis ensayos del Pembroke Center, porque se inspiran en las discusiones que tuvieron lugar durante los años que fui directora del Pembroke Center for Teaching and Research on Women, de la Universidad de Brown. Allí, un grupo destacado de becarias se comprometió con un tipo de pensamiento directo y profundo que cambia las mentes y abre nuevas direcciones para la investigación y la escritura. En el seminario del Pembroke Center tuve que tomarme en serio, a la fuerza, la teoría posestructuralista, y luchar con las implicaciones que se derivan de ésta en el campo de la historia social. El proceso fue gratificante y a la vez difícil. Durante el mismo me planteé la mayoría de las cuestiones filosóficas más importantes y urgentes que he tenido que enfrentar como feminista que intenta escribir la historia de las mujeres; al mismo tiempo, tal proceso me llevó a emprender una crítica más profunda que la que antes había formulado sobre los presupuestos de mi disciplina. Por el hecho de haber aprendido mucho de los académicos literarios sobre el posestructuralismo, también me encontré con los problemas inevitables que enfrentan quienes desean adentrarse en unos campos disciplinarios novedosos. Fueron problemas de lenguaje y traducción, de adaptabilidad de los paradigmas de las disciplinas reinantes y de significación —si es que la hay— de las supuestas oposiciones entre métodos y proyectos de historia y literatura. Experimenté a fondo estos problemas, no sólo como cuestiones abstractas, sino como cuestiones de identidad profesional y política.

Como los ensayos fueron un medio de exploración de estos problemas, pueden parecer parciales, inconclusos o disparatados. Los temas y los materiales fundamentales de que tratan son variados, pero están vinculados entre sí por el género y la historia y por el intento de hacer la conexión entre estos dos términos. Tomados en su conjunto, los ensayos están distribuidos de tal manera que construyen un argumento de forma acumulativa. Por esta razón no deberían leerse al azar, como artículos independientes, sino de forma secuencial como capítulos de un libro. Aunque muchos de los capítulos aparecieron originalmente como artículos, otros se han escrito prácticamente de nuevo para desarrollar los temas comunes de género e historia.

En estos ensayos, el género significa conocimiento de la diferencia sexual. Empleo el término conocimiento, como Michel Foucault, en el sentido de la comprensión que producen las culturas y sociedades sobre las relaciones humanas, en este caso sobre aquellas entre hombres y mujeres.[1] Tal conocimiento no es absoluto ni verdadero, sino siempre relativo. Se produce de formas muy complejas, dentro de marcos epistémicos muy amplios, con una historia autónoma o casi autónoma. Los usos y significados de tal conocimiento son impugnados políticamente y constituyen los medios por los cuales se construyen las relaciones de poder, dominación y subordinación. El conocimiento se refiere no sólo a ideas sino a instituciones y a estructuras, a prácticas cotidianas y a rituales especializados, todos ellos constitutivos de las relaciones sociales. El conocimiento es una forma de ordenar el mundo; y como tal, no es previo a la organización social sino que es inseparable de ella.

Por consiguiente, el género es la organización social de la diferencia sexual. Pero esto no significa que el género refleje o instaure las diferencias físicas, naturales y establecidas, entre mujeres y hombres; más bien es el conocimiento el que establece los significados de las diferencias corporales. Tales significados varían a través de las culturas, grupos sociales y épocas, porque no hay nada de lo que se refiere al cuerpo, incluyendo los órganos reproductivos de las mujeres, que determine unilateralmente cómo deben forjarse las divisiones sociales. Únicamente podemos concebir la diferencia sexual como una función de nuestro conocimiento del cuerpo, y este conocimiento no es "puro", no puede aislarse del papel que juega en un amplio campo de contextos discursivos. Por consiguiente, la diferencia sexual no es la causa originaria de la cual podría derivar fundamentalmente la organización social. Por el contrario, la explicación debe buscarse en términos de una organización social variable. Según este enfoque, la historia no figura exclusivamente como un registro de cambios en la organización social de los sexos, sino también, y de forma crucial, como participante en la producción del conocimiento sobre la diferencia sexual. Parto de que las representaciones de la historia del pasado ayudan a construir el género en el presente. Si queremos analizar cómo ocurre esto, debemos prestar mucha atención a los supuestos, las prácticas y la retórica de la disciplina, a cosas que, o bien se dan por sentadas, o bien están tan fuera de las prácticas habituales que normalmente no llaman la atención de los historiadores. Dichos supuestos, prácticas y retórica se guían por las ideas de que la historia puede documentar fielmente la realidad vivida, de que los archivos son depósitos de hechos, y de que las categorías "hombre" y "mujer" son transparentes.

De igual modo, todo esto puede extenderse al análisis de las prácticas retóricas de los historiadores, a la construcción de los textos históricos y a la política —esto es, a las relaciones de poder— constituida por la disciplina. En estos ensayos, la historia constituye a la vez un objeto de atención analítica y un método de análisis. Vista según estos dos aspectos al mismo tiempo, la historia proporciona los medios necesarios para la comprensión del proceso que produce conocimiento sobre el género, en el cual ella contribuye.

Si bien los temas de género e historia configuran la unidad de este libro, nos queda la preocupación por la teoría. Aunque los historiadores no hayan sido formados (al menos en los Estados Unidos) para ser reflexivos o rigurosos en sus teorías, creo que para hacer una historia feminista es imperativo rastrear las cuestiones teóricas. Esto se deriva de la frustración que he experimentado ante las repercusiones tan limitadas que estaba teniendo la historia de las mujeres en los estudios históricos en general, y de mi consecuente necesidad de comprender por qué las cosas eran así. Mi motivación, que comparto con otras feministas, era y sigue siendo claramente política: señalar las desigualdades entre hombres y mujeres y cambiarlas. Por otra parte, hay un motivo que las feministas comparten con quienes están implicados en los cambios de representaciones respecto de otros grupos marginados de la historia por cuestión de raza, etnicidad, clase y género. Aunque parezca una declaración simple, tales operaciones son difíciles de llevar a cabo, especialmente si no se han analizado la construcción, la legitimación, los desafíos y el mantenimiento de las jerarquías de género.

Las dificultades son evidentes en algunos de los dilemas encontrados en la historia de mujeres, como cuando se intentó trabajar dentro de los parámetros existentes en esta disciplina. Al descubrir nuevas informaciones sobre las mujeres, las historiadoras se imaginaron que iban a reequilibrar la balanza después de largo tiempo de abandono. Pero lo que equivalía a una aprobación casi ingenua, de carácter positivista, muy pronto las llevó a formular una crítica del positivismo. Otros hechos podían documentar la existencia de mujeres en el pasado, pero esto no cambiaba necesariamente la importancia que se atribuía (o la falta de ésta) a las actividades de las mujeres. En efecto, el trato aparte que recibían las mujeres podía servir para confirmar su relación marginal y particularizada con aquellos sujetos (varones) ya marcados como dominantes y universales.

Junto a la aceptación inicial del positivismo de la historia existía la creencia implícita en el pluralismo, en la posibilidad de expandir las categorías y temas existentes hasta incluir a las mujeres. Pero el hecho de escribir sobre

mujeres trabajadoras o miembros de la clase trabajadora, no cambia de forma efectiva las definiciones establecidas de tales categorías, ni se arroja luz sobre las razones que llevaron a la historia escrita del trabajo a ignorar, durante tanto tiempo, los indicios de la existencia de las mujeres. Aparte de las alusiones a los prejuicios masculinos, no había que rendir cuentas por la falta de atención a las mujeres en el pasado y, si los prejuicios masculinos fueran la causa de ello, no había nada que garantizara (excepto la fe en el progreso de la democracia) que no se seguiría permaneciendo en el camino de la promesa de una igualdad plural. Se creyó que se pedía realizar un análisis de la discriminación, el cual se extendió hasta las mismas categorías de clase, trabajador y ciudadano, incluyendo a hombres y mujeres.

La necesidad de examinar estas categorías desde otra perspectiva, era también causada por la dificultad de analizar la desigualdad de género dentro de la estructura de la historia social. Aquí, la idea —explícitamente teorizada (como marxismo, behaviorismo o modernización) o bien tomada simplemente como una descripción exacta de los hechos— de que las categorías de la identidad reflejan la experiencia objetiva pareció que conducía a unas explicaciones que muy a menudo servían más para confirmar que para cuestionar las ideas preestablecidas sobre las mujeres. Al suponer que las mujeres tienen características específicas e identidades objetivas, y que éstas, por su naturaleza firme y predecible, son diferentes de las de los hombres, y que además generan necesidades e intereses femeninos que pueden ser definidos, los historiadores dieron a entender que la diferencia sexual es un fenómeno natural más que social. La búsqueda de un análisis de la discriminación quedó atrapada por una lógica circular en la cual la "experiencia" explica la diferencia de género y la diferencia de género explica las asimetrías de la "experiencia" masculina y femenina. Como de costumbre, las visiones de la experiencia masculina y femenina apelan a definiciones normativas que ya existen, o bien las incorporan. La historia de mujeres escrita desde esta posición, y la política que se desprende de ella, terminan por anclar las ideas de una diferencia sexual inalterable, ideas que suelen justificar la discriminación.

Creo que una política feminista más radical (y una historia feminista más radical) requiere una epistemología más radical. Precisamente porque la política feminista plantea cuestiones de epistemología, relativiza el estatus de todo el conocimiento, vincula el conocimiento con el poder y teoriza todo esto en términos de operaciones de diferencia, creo que el posestructuralismo (o al menos algunos de los enfoques que se asocian generalmente con Michel Foucault y Jacques Derrida), pueden aportar una sólida perspectiva

analítica al feminismo. No estoy sugiriendo la aplicación dogmática de las enseñanzas de ningún filósofo en particular, y soy consciente de las críticas feministas sobre las mismas. Aún así, quiero señalar que los espacios y las formas que los nuevos horizontes intelectuales que ellos abrieron han dado no sólo promesas sino frutos.

Quizá el cambio más dramático en mi propio pensamiento surgió al plantearme preguntas sobre *la forma* en que se construyen o legitimizan algunas jerarquías como las del género. Poner el énfasis en *la forma* invita a un estudio de los procesos, no de los orígenes, y de las múltiples —en lugar de simples— causas, de la retórica o del discurso, más que de la ideología o de la conciencia. Tal énfasis no deja de prestar atención a las estructuras e instituciones, pero insiste en la necesidad de entender qué significan estas organizaciones para comprender cómo funcionan.

Por supuesto, los posestructuralistas no fueron los primeros en preocuparse por el significado, pero presentaron una forma distinta de estudiarlo, haciendo hincapié en su carácter variable y volátil, y en la naturaleza política de su construcción. Si los significados de los conceptos son inestables, abiertos a discusión y a una redefinición, entonces éstos requieren una atenta repetición, reafirmación y aplicación de parte de quienes ya han aprobado una u otra definición. En lugar de atribuir un significado transparente y compartido a los conceptos culturales, los posestructuralistas han insistido en que los significados son inherentes al léxico de una cultura sino que más bien son dinámicos y potencialmente siempre cambiantes.[2] Por consiguiente, el estudio de los significados dirige nuestra atención hacia los complejos procesos que establecen los significados, hacia las formas en que tales conceptos, como el de género, adquieren la apariencia de algo fijo, hacia los desafíos planteados por las definiciones normativo-sociales, y hacia las formas en que se manifiestan estos desafíos; en otras palabras, hacia las relaciones de fuerza involucradas en la construcción y aplicación de los significados de una sociedad: hacia la política.

La mención de la política hace surgir inevitablemente la cuestión de la causalidad: ¿quién se beneficia del control o de la discusión sobre los significados? ¿De qué naturaleza es este interés y cuál es su origen? Hay dos formas de contestar a estas preguntas. La primera, en términos de un interés determinado objetivamente, absoluto y universal (dominación económica o sexual, por ejemplo); la segunda, en términos de un concepto de interés producido en el plano del discurso, relativo y contextual. La segunda respuesta no es la inversa de la primera, más bien desecha la oposición entre la deter-

minación objetiva y sus efectos subjetivos. En ambos casos, reconocemos los efectos del "interés" para crear grupos sociales (clases o géneros, por ejemplo). Pero, en el primer caso existe una supuesta separación entre las condiciones materiales y las acciones y pensamientos humanos que supuestamente aquéllas generan. En el segundo, tal separación no es posible puesto que el "interés" no es inherente a los actores ni a sus posiciones estructurales sino que es producido por el discurso. En consecuencia, los objetos de estudio son fenómenos epistemológicos que incluyen a la economía, la industrialización, las relaciones de producción, las fábricas, las familias, las clases, los géneros, la acción colectiva y las ideas políticas, así como las propias categorías de interpretación.

El segundo enfoque complica la explicación lineal de la experiencia, la identidad y la política que acompaña al primero. No concebimos la experiencia como una serie de circunstancias objetivas que condicionan la identidad; la identidad no equivale a un sentido de sí mismo, determinado objetivamente y definido por necesidades e intereses; la política no significa que sujetos individuales, ubicados de forma similar, tomen conciencia colectivamente. La política es más bien el proceso por el cual las interacciones del poder y el conocimiento constituyen la identidad y la experiencia. En esta perspectiva, identidades y experiencias son fenómenos variables, organizados discursivamente en contextos particulares o configuraciones. En consecuencia, de ello se desprende (como dice la teórica de cine Teresa de Lauretis) que "la conciencia nunca puede determinarse ni alcanzarse de una vez por todas, porque los límites discursivos cambian según las condiciones históricas".[3] Por eso las diferencias políticas entre mujeres no pueden explicarse como una falsa conciencia. Vista desde esta perspectiva, la política feminista resulta más autoconsciente y autocrítica, y se vincula inextricablemente con los análisis de género y de producción del conocimiento sobre la diferencia sexual. Para la identidad política, como para las instituciones sociales y para los símbolos culturales, la política feminista es una forma de producción del conocimiento. En lugar de existir una separación entre la política feminista y los estudios académicos sobre el género, ambos forman parte del mismo proyecto político que consiste en el intento colectivo de enfrentarse a la actual distribución del poder y cambiarla.

Para la historiadora feminista se trata de una atractiva perspectiva teórica que convierte los análisis críticos del pasado y del presente en una operación continua; se puede interpretar el mundo mientras se intenta cambiarlo. Esta perspectiva también insiste en la necesidad de examinar el género de

forma concreta, en su contexto, y de considerarlo como un fenómeno histórico que se produce, reproduce y transforma en diferentes situaciones a lo largo del tiempo.

Esta postura le resulta familiar a quien se dedica profesionalmente a la historia y constituye una nueva y profunda manera de pensar acerca de la disciplina. Por esto, cuestiona la fiabilidad de los términos que se han tomado por autoevidencias al pasar a formar parte de la historia. La historia ya no trata más de las cosas que les ocurrieron a las mujeres y a los hombres, ni de la forma en que éstos reaccionaron; al contrario, trata de cómo se han construido las significaciones subjetivas y colectivas de hombres y mujeres vistos como categorías de identidad. Si las identidades cambian con el tiempo y dependen de contextos diferentes, entonces no podemos utilizar simples modelos de socialización que conciban el género como un producto más o menos estable de la educación de la temprana infancia en la familia y en la escuela. También debemos prescindir de la tendencia de un gran sector de la historia social a crear compartimentos, porque entonces se relega el sexo y el género a la institución de la familia, se asocia la clase social con el lugar de trabajo y la comunidad, y se sitúa exclusivamente la guerra y los asuntos constitucionales en el ámbito de la "alta política" de los gobiernos y los estados. Como que todas las instituciones adoptan algunas divisiones en el trabajo, del mismo modo que las estructuras de muchas instituciones se basan en la división sexual del mismo (aunque tales divisiones excluyan a uno de los sexos), y como las referencias al cuerpo legitiman a menudo las formas que adoptan las instituciones, el género resulta ser, por lo general, un aspecto de la organización social. Al género puede encontrársele en muchos lugares, ya que se apela a los significados de la diferencia sexual y éstos se invocan y se discuten como un aspecto de tantas luchas por el poder. Por consiguiente, el conocimiento de la diferencia sexual, desde una perspectiva social y cultural, se produce en el curso de la mayoría de los acontecimientos y los procesos que se estudian como historia.

Sin embargo, para encontrar al género en la historia no basta con hacer una lectura típica, literal y temática de la disciplina; aquí se requiere otro tipo de exégesis. Además del posestructuralismo, el trabajo de los críticos literarios ha sido de una gran ayuda para mí. Todos ellos señalan la importancia de la textualidad, de la forma en que se presentan y estructuran los argumentos, así como de lo que se dice literalmente. Y prestan gran atención a la necesidad de desenredar aquello que Barbara Johnson llama "las fuerzas en guerra de significación dentro del propio texto".[4] Este enfoque se basa

en el presupuesto de que el significado se transmite por medio de contrastes implícitos o explícitos, por medio de una diferenciación interna.

Desde esta perspectiva, las definiciones positivas se basan en la negación o represión de algo que a su vez es presentado como antitético respecto de la definición dada. Y las oposiciones categóricas reprimen las ambigüedades internas de cada categoría. Cualquier concepto unitario se basa y a la vez contiene el material reprimido o negado, y por eso es inestable, no unificado. Tal como señala Johnson: "La diferencia no se engendra en el espacio de las identidades; la diferencia es lo que hace la totalización de la identidad de uno o el significado imposible de un texto".[5] Las oposiciones preestablecidas ocultan la heterogeneidad de cualquier categoría, no dejan ver el grado de interdependencia de aquellos términos que se presentan como opuestos; es decir, que los términos derivan su significado de los contrastes internos más que de una antítesis pura o inherente a ellos. Además, la interdependencia es normalmente jerárquica, con un término dominante, prioritario y visible, y el término opuesto, subordinado y secundario, a menudo ausente o invisible. Y para ser más exactos, el segundo término está presente y tiene una importancia fundamental porque es requerido para la definición del primero. Aunque algunos pares de oposiciones parecen repetirse de forma predecible en algunas culturas, sus significados específicos derivan de las nuevas combinaciones de contrastes y oposiciones. Las discusiones sobre el significado conllevan la introducción de nuevas oposiciones, la inversión de jerarquías, el intento de exponer los términos que se han suprimido, de desafiar el estatus natural de los aparentes pares dicotómicos, y la presentación de su interdependencia e inestabilidad internas. Este tipo de análisis, que Jacques Derrida teorizó como la "deconstrucción", hace posible estudiar sistemáticamente (aunque nunca de forma total o definitiva) los procesos complejos que producen los significados. Para el historiador, todo esto añade una nueva e importante dimensión al proyecto de la exégesis.[6]

Asimismo, todo ello socava la capacidad del historiador o historiadora de sostener la neutralidad de su profesión, o bien presentar cualquier historia particular como una historia completa, universal y objetivamente determinada. En vez de eso, si uno admite que los significados se construyen a través de las exclusiones, entonces debe reconocer y aceptar la responsabilidad de las exclusiones dentro de su propio proyecto. Tal enfoque reflexivo y autocrítico pone en evidencia el estatus particularista de todo conocimiento histórico y el papel activo de quien produce el conocimiento. Además, socava las demandas de autoridad basadas en explicaciones totalizantes, en

categorías de análisis esencialistas (ya sean de naturaleza humana, raza, clase, sexo o "los oprimidos"), o en narrativas sintéticas que reconocen una unidad inherente al pasado.

Aunque se haya escrito muchísimo acerca de los problemas del empleo de métodos asociados principalmente con textos (y, por consiguiente, con la literatura) para el estudio de la historia, creo que se ha desvirtuado gran parte del debate. Las oposiciones entre texto y contexto, ficción y verdad, arte y vida, estructuran las autorrepresentaciones de la literatura y de la historia. Cada disciplina define sus conocimientos por contraste con otros objetos de investigación y otros métodos de interpretación. Asimismo, cada disciplina resuelve las ambigüedades de su propio proyecto utilizando al otro de contraste. En el proceso, cada cual articula las reglas y las convenciones que los identifican como campos diferenciados de conocimiento, haciendo necesariamente énfasis en ciertos métodos y materiales. Para algunos textos universitarios literarios, el problema de la lectura, del acto de escritura y de la identidad del autor se han convertido, desde hace pocos años, en algo tan importante que han opacado otras cuestiones sociales o políticas. Para muchos historiadores sociales los archivos son lugares sagrados donde uno entresaca de los documentos los "hechos" del pasado. Los trabajos de ficción, cuando entran en el campo del historiador, se examinan como materiales temáticos que pasarán a documentar ampliamente los procesos sociales o los acontecimientos políticos que sean prioritarios para la investigación.[7]

Estas diferencias pueden crear obstáculos para el trabajo interdisciplinario de aquellos que se definen a sí mismos totalmente dentro de los parámetros de la disciplina, pero son menos molestas desde la perspectiva teórica que estoy discutiendo. Esta perspectiva concibe la producción del conocimiento cultural como su objeto y se implica en el análisis de las formas de producción del conocimiento. La historia y la literatura son formas de conocimiento si las tomamos como disciplinas o como cuerpos de información cultural. Como tales, ambas son susceptibles del mismo tipo de análisis, uno que se aplique a los conceptos, significados, códigos lingüísticos y a la organización de la representación. Este enfoque analítico toma muy en serio los límites de las disciplinas y los diferentes géneros que ellas representan, pero hace de éstos un tema de investigación más que una serie de condiciones previas para el trabajo académico. Tal enfoque modera los intercambios disciplinarios entusiastas, un ejemplo de los cuales sería la tendencia entre algunos historiadores, influenciados por críticos literarios, de hacer de los

textos escritos la única materia viable para la historia. Otro ejemplo sería el uso entusiasta de la historia que hacen algunos académicos literarios, como una fuente externa de información que podría explicar lo que ocurre en sus textos. Cuando, en lugar de todo lo dicho, tomamos las disciplinas como producción y productoras de conocimiento cultural, entonces encontramos que lo que está en juego no es sólo la técnica literaria de la lectura sino una teoría epistemológica que ofrece un método de análisis de aquellos procesos mediante los cuales se constituyen los significados y mediante los cuales nosotros construimos los significados.

Por otra parte, esta teoría es profundamente política en sus implicaciones, porque coloca el conflicto en el núcleo del análisis, al suponer que la jerarquía y el poder son inherentes a los procesos lingüísticos que se analizan. Aunque los críticos hayan etiquetado la deconstrucción de "nihilista" y "deconstructiva", me parece que estos epítetos sustituyen una evaluación seria de sus posibilidades. Puede que el objetivo de algunos críticos de la deconstrucción sea hacer una exposición interminable de las contradicciones de la misma y por eso sean incapaces de aprobar o de sentirse cómodos al avalar un programa político propio. Pero también hay ejemplos evidentes de políticas que se potencian con este enfoque, políticas que tienen autoconciencia crítica respecto a las jerarquías sociales existentes sino que también son capaces de señalar las premisas de sus operaciones; políticas que son auto-conscientemente críticas respecto a sus propias justificaciones y exclusiones, y por eso rechazan una instancia absolutista o totalizadora. Existen, por ejemplo, teóricos en leyes y teóricos feministas que se pronuncian y actúan desde posiciones éticas al tiempo que reconocen la complejidad y la contradicción de las mismas.[8] Su ventaja consiste en su capacidad para tratar cuestiones institucionales e intelectuales de esas mismas posiciones éticas, y en rechazar oposiciones entre materialismo e idealismo, entre los temas estudiados y los estudios disciplinarios sobre los mismos, enfocándolos todos ellos como aspectos de la producción del conocimiento y del poder, concebido éste no como un proceso unitario sino como procesos múltiples y complejos.

Tal perspectiva epistemológica permite realizar el tipo de evaluación crítica de la disciplina que las historiadoras feministas necesitan para conseguir su objetivo de constituir a las mujeres en sujetos históricos. Porque la historia también crea sus significaciones a través de la diferenciación y de esta manera organiza el conocimiento del mundo en esta dirección. La forma que ha adquirido el conocimiento —la destacable ausencia o la subor-

dinación de las mujeres en las narrativas del "surgimiento de la civilización", sus particularidades con respecto al Hombre Universal, su confinamiento en los estudios de lo doméstico y lo privado— indica la existencia de una política que establece y refuerza ciertas prioridades, que reprime a algunos sujetos y concede mayor importancia a otros, que naturaliza ciertas categorías y descalifica a otras. No es una política conspiradora ni auto-interesada ni de estrechas miras; más bien protege la tradición corporativa ya establecida. Sin embargo, la disciplina de la historia produce a través de sus prácticas, un conocimiento sobre el pasado (en lugar de reunirlo o reflejarlo) e, inevitablemente, también sobre la diferencia sexual. En este sentido, la historia opera como un tipo particular de institución cultural que aprueba y anuncia las construcciones de género.

El concepto tan relativizado de género como un conocimiento histórico específico de la diferencia sexual permite a las feministas forjar una herramienta analítica de doble filo, que puede generar nuevos conocimientos sobre las mujeres y la diferencia sexual *así como* desafiar críticamente las políticas de la historia o de cualquier otra disciplina. Entonces, la historia feminista se convierte no sólo en el intento de corregir o suplir el registro incompleto del pasado, sino en una forma de comprensión crítica de la manera en que opera la historia como espacio de producción del conocimiento sobre el género.

Los ensayos reunidos en el presente volumen son intentos, esfuerzos tentativos para perfeccionar el tipo de análisis al que vengo refiriéndome, para ejemplificar un enfoque feminista del género, la política y la historia. He intentado tratar críticamente la historia como disciplina, como texto escrito, y como registro de acontecimientos del pasado, con el objeto de sugerir cómo debemos producir nuevos conocimientos a través de una reflexión crítica sobre los procesos por los cuales el conocimiento es y ha sido producido. Me interesa específicamente, como feminista el conocimiento sobre la diferencia sexual, sobre el género. Como historiadora estoy particularmente interesada en hacer la historia del género, señalando los significados variables y contradictorios que se atribuyen a la diferencia sexual, a los procesos políticos por los cuales dichos significados se desarrollan y contradicen, a la inestabilidad y maleabilidad de las categorías de "mujer" y "hombre", y a las formas en que estas categorías se articulan una respecto a la otra, aunque no sea de forma consistente ni igual cada vez.

Aunque quiero insistir en que las cuestiones del género iluminarán no sólo la historia de las relaciones entre los sexos sino también toda la historia,

o la mayor parte de ella, sea cual sea su tema específico, también soy consciente de los resultados necesariamente parciales que producirá tal enfoque. No abogo por una visión total ni por haber encontrado *la* categoría que al final explicará todas las desigualdades, todas las opresiones, toda la historia. Mi demanda es más modesta: el género ofrece una buena manera de pensar sobre la historia, sobre la forma en que se han constituido las jerarquías de la diferencia —inclusiones y exclusiones— y de teorizar la política (feminista). Creo que tal aceptación de parcialidad no implica reconocer el fracaso en la búsqueda de una explicación universal, sino que más bien sugiere que la explicación universal no es, ni nunca ha sido, posible. En efecto, mi demanda presta una atención crítica a las políticas (es decir, a las dinámicas del poder) de la "totalidad" tanto si son presentadas como un análisis (mono) causal o como una narrativa principal, como si son invocadas por los historiadores o los activistas políticos.

En círculos de historiadores y políticos se ha expresado la preocupación de que este tipo de posturas críticas acaban con la historia y con la política como las conocemos. Esto puede ser verdad, pero también concede a las prácticas establecidas una existencia permanente que antes nunca habían tenido. Es precisamente al exponer la ilusión de la permanencia o la verdad perdurable de cualquier conocimiento específico sobre la diferencia sexual que el feminismo historiza la historia y la política, abriendo así el camino para el cambio. Si vamos a repensar el género, si van a producirse nuevos conocimientos acerca de la diferencia sexual (un conocimiento que cuestione incluso la primacía de la oposición macho/hembra), entonces también debemos pensar de nuevo la historia de la política y la política de la historia. Este libro es un intento, inevitablemente parcial, de hacer algo de esto.

Primera Parte

HACIA UNA HISTORIA FEMINISTA

I. LA HISTORIA DE LAS MUJERES*

> Pienso que lo que uno quiere es mucha información —¿y por qué uno de esos brillantes estudiantes de Newnham o Girton no podrían darla?—; ¿a qué edad se casó?; ¿y aproximadamente cuántos hijos tuvo?; ¿cómo era su casa?; ¿tenía un cuarto propio?; ¿cocinaba?; ¿tendría probablemente una criada? Todos estos hechos están en alguna parte, según parece, en los registros parroquiales y en los libros de cuentas. La vida de la mujer isabelina común debe haberse esparcido quién sabe por dónde, acaso alguien pueda recogerla y hacer un libro con ella. Pienso que sería ambicioso y demasiado osado buscar en las estanterías libros que no están allí para sugerirles a los estudiantes de esos famosos *Colleges* que deberían reescribir la historia, aunque confieso que a menudo ésta parece un poco rara, tal como es, irreal, desequilibrada; pero, ¿acaso no podrían ellos añadir un suplemento a la historia? Por supuesto, dándole un nombre poco llamativo, así las mujeres podrían figurar en ella sin impropiedad.
>
> VIRGINIA WOOLF, *Un cuarto propio*

DURANTE la última década, el llamado de Virginia Woolf en favor de una historia de las mujeres —que había escrito más de 50 años antes— ya ha obtenido una respuesta.[1] Inspirándose directa o indirectamente en la agenda política del movimiento de mujeres, los historiadores no sólo documentaron las vidas de mujeres de mediana edad en varios periodos históricos, sino

* La versión original de este ensayo apareció en *Past and Present: A Journal of Historical Studies (1983)*, núm. 101, pp. 141-157, bajo el título "Women in History: The Modern Period". Los derechos de autor están reservados a The Past and Present Society, 175 Banbury Rd., Oxford, Inglaterra. Agradezco a Ellen Furlough y a Sherri Broder las sugerencias de la primera versión. Aunque yo misma haya revisado sustancialmente el artículo original, las referencias bibliográficas que aparecen en las notas no están completamente actualizadas.

que también trazaron cambios en las posiciones económicas, educativas y políticas de las mujeres de varias clases sociales en la ciudad, en el campo y en las naciones-estado. Los libreros se han llenado de biografías de mujeres olvidadas, de crónicas de movimientos feministas y de cartas de autoras femeninas; los títulos de los libros tratan de temas tan dispares como el sufragio y el control de la natalidad. Han aparecido revistas académicas dedicadas exclusivamente a los estudios sobre las mujeres y al área todavía más especializada de la historia de las mujeres.[2] Al menos en los Estados Unidos se celebran importantes congresos dedicados a la presentación de trabajos académicos sobre la historia de las mujeres.[3] Todo ello viene a añadirse a lo que ya se ha denominado con razón "el nuevo conocimiento acerca de las mujeres".

La producción de este conocimiento se da a través de una notable diversidad en cuanto a temas, métodos e interpretaciones, tanto que resulta imposible limitar el campo a una simple interpretación o postura teórica. No sólo existe una amplia variedad de temas de estudio, sino, además, muchos estudios de casos y muchos puntos de vista interpretativos que no se dirigen unos a otros ni tratan las mismas preguntas. Además, la historia de las mujeres no tiene una larga ni definible tradición historiográfica, dentro de la cual puedan debatirse y revisarse dichas interpretaciones. Por el contrario, el tema de las mujeres o bien se ha insertado en otras tradiciones o bien se ha estudiado de forma aislada dentro de éstas. Mientras algunas historias de mujeres trabajadoras se plantean, por ejemplo, cuestiones feministas contemporáneas acerca de las relaciones entre salarios y el estatus social, otras enmarcan sus estudios al interior de los debates entre marxistas y entre los marxistas y los teóricos de la modernización sobre el impacto del capitalismo industrial.[4] La reproducción comprende un vasto terreno en el cual la fertilidad y la contracepción se estudian de diversas maneras. Algunas veces éstas se tratan dentro de los confines de la demografía histórica como aspectos de "la transición demográfica". También se suelen ver ya sea dentro del contexto de las discusiones sobre los complejos análisis políticos de los economistas políticos maltusianos y de los líderes trabajadores socialistas, o bien dentro de estructuras muy distintas, en las evaluaciones sobre las repercusiones de la "ideología de la domesticidad" en el siglo XIX en cuanto al poder de las mujeres en sus familias. Y aún otro enfoque hace hincapié en los debates feministas sobre la sexualidad y la historia de las reivindicaciones de las mujeres en cuanto al derecho de control sobre sus propios cuerpos. Además, algunos marxistas-feministas han redefinido la reproducción

como el equivalente funcional de la producción, en un esfuerzo por incorporar a las mujeres en el corpus de la teoría marxista.[5] En el campo de la política, algunas investigaciones han pretendido demostrar simplemente que las mujeres debían encontrarse "en público", o bien ilustrar la incompatibilidad histórica entre las demandas feministas, por un lado, y la estructura y la ideología de los sindicatos y los partidos políticos organizados, por el otro (la "incapacidad" del socialismo, por ejemplo, para incorporar al feminismo). Otro enfoque bastante diferente de la política examina la organización interna de los movimientos políticos de las mujeres como una forma de documentar la existencia de una cultura femenina específica.[6]

Más que en muchas otras áreas de la indagación histórica, la historia de las mujeres se caracteriza por tensiones extraordinarias: entre la política práctica y la erudición académica; entre los niveles establecidos en el seno de cada disciplina y las influencias interdisciplinarias; entre la actitud ateórica de la historia y la necesidad de una teoría para el feminismo. Los historiadores feministas sienten estas tensiones de muchas maneras, quizá más agudamente cuando intentan identificar a un público potencial para sus trabajos. La naturaleza dispar de tal público puede conducir al empleo de argumentos desiguales y confusos en ensayos y libros individuales, lo cual hace imposible el tipo habitual de ensayo sintético sobre el estado de este campo de estudio.[7]

En cambio, se puede intentar desenredar de todo este vasto cúmulo de escritos alguna idea de los problemas que se enfrentan al producir nuevos conocimientos acerca de las mujeres. Sea cual sea el alcance del tema y su variedad, hay una dimensión común en la tarea de estos esfuerzos académicos de escuelas diferentes. Ésta consiste en hacer de las mujeres el foco del cuestionamiento, el tema de la historia, un agente de la narrativa, tanto si es una crónica de acontecimientos políticos (la Revolución francesa, los motines Swing, la primera o la segunda Guerra Mundial) y de movimientos políticos (el cartismo, la utopía socialista, el feminismo, el sufragio de las mujeres), o si es un recuento más analítico del desenvolvimiento de procesos de cambio social a gran escala (industrialización, capitalismo, modernización, urbanización, construcción de los estados-nación). Los títulos de algunos de los libros que abordan la historia del movimiento de las mujeres a principios de la década de los setenta expresan explícitamente las intenciones de sus autores: aquellas que estaban "ocultas de la historia" se "volvieron visibles".[8] Aunque algunos títulos de libros recientes anuncien muchos temas nuevos, su misión sigue siendo la construcción de las mujeres como sujetos

históricos. Este esfuerzo va más allá de la búsqueda ingenua de los antecedentes heroicos del movimiento de mujeres contemporáneo, para hacer una nueva evaluación de los niveles establecidos de significación histórica. Culmina en la serie de preguntas que tan eficazmente planteaba Virginia Woolf: ¿puede un enfoque centrado en las mujeres "añadir un suplemento a la historia" sin por ello "reescribir la historia"? Aparte de esto, ¿qué debe implicar una reescritura feminista de la historia?

Estas preguntas han marcado la estructura del debate y la discusión entre quienes se han ocupado de escribir sobre las mujeres durante los últimos 15 años. Aunque se observen unas líneas claras, unas diferencias discernibles, tales preguntas se entienden mejor como asuntos de estrategia que como divisiones fundamentales. Cada estrategia tiene sus límites y pone énfasis en aspectos particulares, cada una plantea de forma algo diferente la dificultad de la escritura de las mujeres en la historia. El efecto acumulativo de estas estrategias ha sido la creación de un nuevo campo de conocimiento, marcado no sólo por tensiones y contradicciones sino también por una compleja y creciente comprensión de lo que conlleva el hecho de "reescribir la historia".

Esta comprensión no sólo ha surgido de los debates internos en el campo de la historia de las mujeres; también se ha ido configurando en relación con la misma disciplina de la historia. Las feministas han documentado la vida de las mujeres en el pasado, han aportado información que representa un desafío hacia las interpretaciones aceptadas de algunos periodos o acontecimientos en particular. También han analizado las condiciones específicas de la subordinación de las mujeres y por todo ello se han encontrado con la poderosa resistencia de la historia, en tanto cuerpo disciplinario de conocimiento y en tanto institución profesional. El hecho de haber enfrentado tal resistencia ha dado una ocasión para experimentar distintas formas de ira, alejamiento y la formulación de nuevas estrategias. Esto también ha provocado análisis sobre la naturaleza de la misma historia, tan profundamente dividida en géneros. El proceso global ha suscitado una indagación en torno a los términos críticos, los conceptos y la teoría, que son condiciones previas de la reescritura feminista de la historia.

Muchas investigaciones han girado en torno a la cuestión de la mujer como sujeto, es decir, como un sujeto activo de la historia. ¿Cómo pueden las mujeres conseguir el estatus de sujetos en un campo que las ha subsumido o ignorado? ¿Bastará con hacer visibles a las mujeres para rectificar el abandono del pasado? ¿Cómo podrían añadirse las mujeres a una histo-

ria que se presenta como el relato universal de la humanidad, que pone como ejemplos las vidas de los hombres? Puesto que la especificidad o la particularidad de las mujeres ya ha hecho de ellas unas representantes inadecuadas del género humano ¿de qué manera la atención que se preste a las mujeres podrá socavar esta idea en lugar de reforzarla? La historia de la historia de las mujeres durante la última década y media ilustra la dificultad de encontrar respuestas fáciles a todas estas preguntas.

En este ensayo examinaré esta historia como una forma de exploración de los problemas filosóficos y políticos que han encontrado quienes producen nuevos conocimientos sobre las mujeres. Me ocuparé principalmente de la producción académica estadunidense sobre los siglos XIX y XX porque estoy más familiarizada con ella, y porque en los Estados Unidos es donde se han elaborado de forma más completa los debates teóricos sobre la historia de las mujeres.[9]

Un enfoque del problema de la constitución de las mujeres en sujetos históricos —el primero que se hace cronológicamente— consistió en recoger información sobre ellas y en escribir "la historia de ellas" (como la llamaron algunas feministas). Al jugar con la palabra "historia",* la intención era dar valor a una experiencia que ha sido ignorada —y en consecuencia devaluada— y dar al mismo tiempo agencia femenina en el quehacer de la historia. Los hombres podían verse como un grupo más de actores históricos; y la disciplina debía tomar explícitamente en cuenta a las mujeres, tanto si sus experiencias fueron similares o diferentes a las de los hombres.

"La historia de ellas" ha sido utilizada de muy distintas formas. Algunas historiadoras recogen datos sobre las mujeres para demostrar su semejanza esencial como sujetos históricos respecto a los hombres. Tanto si descubren la participación de las mujeres en los acontecimientos políticos más importantes, como si escriben acerca de las acciones políticas de éstas en su propio nombre, los historiadores intentan introducir un tema nuevo —las mujeres— en categorías históricas ya establecidas, e interpretan sus acciones en términos reconocibles para los historiadores políticos y sociales. Un ejemplo de este enfoque es el mirar al movimiento político de las mujeres desde la perspectiva de los miembros de la base, y no de la de sus líderes. En la mejor

* El término *her-story* (la "historia de ellas") hace un juego de palabras con el adjetivo posesivo femenino en inglés *her,* y el sustantivo *story* (relato o narración). La palabra *her-story* se opone a la *history,* o historia que, según esta lectura iconoclasta, estaría compuesta por el adjetivo posesivo masculino en inglés *his,* y el sustantivo historia. [T.]

tradición de la historia social del trabajo (inspiradas por la obra de E. P. Thompson), Jill Liddington y Jill Norris presentan un recuento sensible y esclarecedor de la participación de las mujeres obreras en la campaña a favor del sufragio en Inglaterra. Sus materiales, extraídos en su mayor parte de los registros de Manchester y de los relatos orales que recolectaron, documentan la participación de las mujeres obreras en la lucha para obtener el voto (las historias previas lo describieron como un movimiento casi por completo de clase media) y vinculan las reivindicaciones de estas mujeres a favor del sufragio con su trabajo, con su vida familiar y con las actividades del sindicato y de los organizadores del Partido Laborista. Se cuestiona la predominancia y el buen hacer del ala Pankhurst de este movimiento por su elitismo y su insistencia en el separatismo de las mujeres (una posición rechazada por la mayoría de sufragistas).[10] El libro de Steven Hause sobre la historia del movimiento del sufragio de las mujeres en Francia es otro ejemplo ilustrativo. El autor interpreta la debilidad y la pequeña talla del movimiento (en comparación con sus homólogos ingleses y estadunidenses) como el producto de las ideologías e instituciones del catolicismo francés, del legado del derecho romano, del conservadurismo de la sociedad francesa y de la peculiar historia política del republicanismo francés, especialmente del Partido Radical durante la Tercera República.[11]

Otra estrategia asociada con "la historia de ellas" aporta pruebas sobre las mujeres y las utiliza para desafiar las ideas recibidas sobre el progreso y la regresión. A este respecto, se ha compilado un cúmulo de pruebas para demostrar que el Renacimiento no representó un auténtico renacimiento para las mujeres,[12] que la tecnología no condujo a la liberación de las mujeres, ni en el lugar de trabajo ni en el hogar,[13] que "el tiempo de las revoluciones democráticas" excluyó a las mujeres de la participación política,[14] que la "afectuosa familia nuclear" limitó el desarrollo emocional y personal de las mujeres,[15] y que el surgimiento de la ciencia médica privó a las mujeres de autonomía y del sentido de comunidad femenina.[16]

Otro tipo de investigación, siempre desde la posición de "la historia de ellas", se aleja de la estructura de la historia convencional y presenta una nueva narrativa, una periodización diferente y diferentes causas. Esta pretende esclarecer las estructuras de las vidas de las mujeres comunes y de las mujeres notables, y descubrir la naturaleza de la conciencia feminista o femenina que motivó su comportamiento. Se admiten habitualmente el patriarcado y la clase como los contextos en el interior de los cuales las mujeres de los siglos XIX y XX definieron su experiencia, y se destacan los momentos

en que se intensificó la colaboración entre mujeres de distintas clases para luchar directamente contra la opresión de las mujeres. El aspecto más destacable de este enfoque consiste en que se basa exclusivamente la agencia social de las mujeres, en el papel activo que tuvieron las mujeres en su historia, y aquellos aspectos de su experiencia como mujeres, que son nítidamente distintas de la experiencia de los hombres. Las pruebas utilizadas en este tipo de investigación documentan las expresiones, ideas y acciones de las mujeres. La explicación y la interpretación se estructuran dentro de los términos de la esfera de las mujeres: mediante el examen de la experiencia personal y de las estructuras familiares domésticas, de las reinterpretaciones colectivas (propuestas por mujeres) de las definiciones sociales del papel de las mujeres y de las redes de amistad femenina que proveían un sustento físico y emocional.

La exploración de la cultura de las mujeres nos ha conducido hasta las ideas brillantes de Carroll Smith-Rosenberg al "mundo de amor y ritos de las mujeres" en Estados Unidos durante el siglo XIX,[17] a una insistencia en los aspectos positivos de la ideología doméstica del mismo periodo,[18] a una lectura dialéctica de la relación entre las acciones políticas de las mujeres de clase media y las ideas sobre el sexo femenino, que las confinaron en los ámbitos domésticos[19] y a un análisis de la "ideología reproductiva" que construyó el mundo de las burguesas del norte de Francia a mediados del siglo XIX.[20] Esto ha llevado a Carl Degler a argumentar que las mujeres americanas crearon por sí mismas la ideología de su esfera separada para mejorar su autonomía y estatus. En dicha versión de los hechos, las mujeres crearon un mundo que no estaba ni dentro de ni en oposición a las estructuras opresivas o a las ideas que otros les habían impuesto, y lo crearon para fomentar un conjunto de intereses de grupo, definidos y articulados desde dentro del mismo grupo.[21]

El enfoque de "la historia de ellas" ha tenido importantes repercusiones en la erudición histórica. Por la acumulación de pruebas sobre las mujeres en el pasado, este enfoque refuta las declaraciones de quienes insisten en que las mujeres carecen de historia, que no tuvieron un lugar significativo en los relatos sobre el pasado. Y todavía va más lejos, al modificar algunos de los criterios de significación histórica, cuando afirma que "la experiencia subjetiva y personal" importa tanto como "las actividades públicas y políticas", lo que vale más que decir que las últimas influencian a las primeras.[22] Asimismo, demuestra que es necesario conceptualizar el sexo y el género en términos históricos, si es que algunos de los motivos de las acciones de las

mujeres han de ser comprendidos. También establece la legitimidad de las narrativas acerca de las mujeres, así como la importancia general de las diferencias de género en la conceptualizacińon y la organización de la vida social. No obstante, este enfoque corre algunos riesgos al mismo tiempo. Primero, algunas veces mezcla dos operaciones separadas: la valoración de la experiencia de las mujeres (considerándola de valor para el estudio) y la evaluación positiva que cada mujer dijo o hizo.[23] Segundo, tal enfoque tiende a aislar a las mujeres como si fueran un tema especial y separado de la historia, tanto si dicho enfoque persigue cuestiones distintas, si presenta diferentes categorías de análisis, o si tan sólo examina documentos diferentes. Actualmente se está desarrollando para los interesados una importante historia de mujeres para complementar y enriquecer las historias convencionales, pero también ésta corre el riesgo de ser consignada a la "esfera separada" que con el tiempo se ha asociado exclusivamente con el sexo femenino.

"La historia de ellas" se ha desarrollado en relación con la historia social. En efecto, ésta toma a menudo la iniciativa de los métodos y concepciones desarrollados por los historiadores sociales. La historia social dio, en diferentes formas, un gran apoyo a la historia de las mujeres. Primero, aportó las metodologías para la cuantificación, para la utilización de los detalles de la vida cotidiana y para los préstamos interdisciplinarios de la sociología, demografía y etnografía. Segundo, conceptualizó como fenómenos históricos las relaciones de familia, la fertilidad y la sexualidad. Tercero, la historia social desafió la línea narrativa de la historia política ("los hombres blancos hicieron la historia") tomando como temas de sus investigaciones los procesos sociales a gran escala, tal como se manifestaban en muchas dimensiones de la experiencia humana. Esto nos conduce a la cuarta influencia, la legitimación de un interés centrado en grupos habitualmente excluidos de la historia política. El relato de la historia social trata fundamentalmente procesos o sistemas (como el capitalismo o la modernización, dependiendo de la actitud teórica del historiador), pero se narra a través de las vidas de grupos particulares de gente, que son los sujetos manifiestos, aunque no siempre actuales, de la narrativa. Puesto que las relaciones humanas de todo tipo constituyen una sociedad, se pueden estudiar una variedad de grupos y temas para evaluar el efecto de los procesos de cambio, y resulta relativamente fácil extender la lista de los obreros, campesinos, esclavos, élites y diversos grupos sociales o laborales hasta incluir a las mujeres. Así, por ejemplo, se emprendieron estudios sobre el trabajo de las mujeres, como

muchos estudios sobre los obreros, para evaluar los efectos del capitalismo o para comprender sus operaciones.

Estos estudios nos han conducido a la proliferación de aquella "masa de información" que pedía Virginia Woolf. También han documentado la extraordinaria gama de trabajos que las mujeres mantienen y han trazado patrones sobre la participación de la mujer en la fuerza de trabajo según la edad, el estado civil y los ingresos del hogar, dejando de lado la idea de que se puede generalizar, categóricamente, sobre las mujeres y el trabajo. Los estudios han mostrado que las mujeres constituían sindicatos e iban a la huelga, aunque lo hacían siguiendo ritmos diferentes a los de los hombres. Dichos estudios también han examinado escalas de salarios y han trazado cambios en las oportunidades de empleo, sugiriendo una mayor importancia de la demanda respecto de la oferta en la estructuración de los mercados de trabajo femenino.[24]

De igual modo, también existe un rico debate interpretativo. Algunos historiadores insisten en que los ingresos salariales mejoran el estatus de las mujeres; otros, que las mujeres eran explotadas por ser una oferta de trabajo barata y, en consecuencia, los hombres percibieron a las mujeres como una amenaza para el valor de su propio trabajo. Mientras algunos historiadores señalan que las divisiones familiares del trabajo atribuían un valor económico al papel doméstico de una esposa, otros han argumentado que el conflicto familiar está basado en el control de los salarios. Quienes sostienen que esta segregación sexual socava el control de las mujeres sobre su trabajo y limita su capacidad organizativa para declararse en huelga son desafiadas por quienes sugieren que, cuando las mujeres tienen bajo su control los recursos suficientes entonces emprenden acciones colectivas idénticas a las de los hombres. Todo esto indica la necesidad no sólo de mirar a las mujeres sino de analizar su situación en relación con los hombres, de introducir en los estudios generales de la historia del trabajo cuestiones sobre la organización familiar y de los mercados del trabajo que sufren segregación sexual.[25]

La historia social, a la vez que ha permitido la documentación sobre temas como el de la historia del trabajo de las mujeres, también ha presentado problemas para los historiadores feministas. Por un lado, la historia social hizo un lugar para el estudio de las mujeres al particularizar y pluralizar los temas de las narrativas históricas —ninguna figura universal individual podría representar la diversidad de la naturaleza humana. Por el otro, la historia social redujo a los agentes humanos a una función de fuerzas económicas, haciendo del género uno de sus muchos subproductos. Las mujeres

no son más que uno de los grupos que movilizan recursos, un grupo modernizado o explotado, que lucha por el poder, o que es excluido de alguna política. Las cuestiones feministas sobre la particularidad de las mujeres y la importancia de las relaciones sociales entre los sexos tienden a desplazarse o a subsumirse dentro de los modelos económicos y behavioristas.

Tanto "la historia de ellas" como la historia social establecen a las mujeres como sujetos históricos; en efecto, muy a menudo hay enfoques que se superponen o forman intersección en la historia de las mujeres. Sin embargo, difieren en sus implicaciones fundamentales porque cada uno adopta una perspectiva analítica algo distinta. La historia social admite que la diferencia de género puede explicarse dentro del marco existente de la actual explicación (económica); es decir, el género no es una cuestión que requiera ser estudiada en sí. En consecuencia, el tratamiento de la historia social de las mujeres tiende a ser demasiado integracionista. "La historia de ellas", en contraste, admite que el género explica las diferentes historias de hombres y mujeres, pero no teoriza acerca de cómo el género opera históricamente. Por esta razón, sus relatos parecen ser únicamente sobre mujeres y pueden leerse de una forma demasiado separatista.

Por supuesto, los intentos de conceptualización del género también forman parte de la historia de las mujeres y han circulado a través de discusiones y debates desde un principio. Joan Kelly, en sus últimos trabajos, estableció que el objetivo principal de la historia de mujeres era la creación del sexo "como un aspecto fundamental de nuestro análisis del orden social, al lado de otras clasificaciones como la clase y la raza".[26] Para Natalie Zemon Davis el objetivo era "comprender el significado de los sexos y de los grupos de género en el pasado histórico".[27] Esto podría llevarse a cabo examinando las definiciones sociales del género, según las expresaban hombres y mujeres y según las construyeron e influenciaron las instituciones políticas y económicas, las cuales reflejan una gama de relaciones que incluyen no sólo el sexo sino también la clase y el poder. Los resultados arrojarían nueva luz tanto en lo que se refiere a la experiencia de las mujeres como a las prácticas sociales y políticas.

Hasta ahora, el estudio del género ha sido, en general, una cuestión de método para los historiadores. Éste consiste en comparar la situación de las mujeres a la de los hombres, implícita o explícitamente, basándose en el derecho, en la literatura prescriptiva, en la representación iconográfica, en la estructura institucional y en la participación política. Temma Kaplan, por

ejemplo, examinó en *Los anarquistas de Andalucía* (Anarchists of Andalucia), los distintos llamamientos de este movimiento político a hombres y mujeres, y las diferentes formas, todas ellas complementarias, en que hombres y mujeres campesinos y obreros se organizaron para la lucha revolucionaria. El estudio paralelo de hombres y mujeres dentro del movimiento anarquista nos muestra cómo se servían de ciertos aspectos de las relaciones de género para articular el ataque de este movimiento político concreto contra el capitalismo y el Estado.[28] Tim Mason desarrolló importantes ideas acerca de "la función reconciliadora de la familia" en la Alemania nazi, a resultas de una investigación sobre la posición de las mujeres y las políticas hacia ellas. El material factual que recogió sobre las mujeres, de quienes dice que fueron, mayoritariamente, "no actores" en la política del periodo, aportó una nueva posición estratégica, excepcional y provechosa, desde cuya perspectiva el comportamiento de los actores podría ser reinterpretado, y de verdad que debería serlo".[29] Tomando en cuenta la sugerencia de Foucault (en la *Historia de la sexualidad*), según la cual la sexualidad no fue reprimida sino que estaba en el centro de los discursos modernos, Judith Walkowitz ahondó en la campaña de Josephine Butler contra las enfermedades contagiosas en la Inglaterra del final de la época victoriana. Walkowitz situó la relación de este exitoso movimiento de mujeres, cuyo objetivo era combatir el doble lenguaje de la moralidad sexual, en el contexto de las divisiones económicas, sociales, religiosas y políticas de la sociedad inglesa.[30] Dicho estudio señala la importancia que tuvieron los miembros del Parlamento y las máximas figuras profesionales, hombres y mujeres, en los debates sobre la conducta sexual. Estos debates se realizaban "en público", y daban lugar a cambios legales e institucionales. Por consiguiente, la conducta sexual fue una cuestión política explícita, por lo menos durante algunas décadas. La articulación de los significados de las diferencias sexuales también fue crucial en determinados momentos de la Revolución francesa, cuando la ciudadanía y la participación política estaban en curso de definición. Darlene Levy y Harriet Applewhite estudiaron las proclamas que ilegalizaban los clubes de mujeres en 1793, en nombre de la protección de la feminidad y la domesticidad. Y Lynn Hunt llamó la atención respecto a la forma en que los jacobinos utilizaban la masculinidad para representar al pueblo soberano.[31]

Todos estos estudios comparten una preocupación común con la política, y más específicamente con los gobiernos en cuyo ámbito se negocian formalmente las relaciones de poder. Como tales, éstas nos indican la importancia de conectar el estudio del género con el estudio de la política. Esto

es así porque las ideas y las estructuras políticas configuran y marcan los límites del discurso público y de todos los aspectos de la vida, incluso de aquellos ciudadanos que están excluidos de la participación en la política. Los "no actores", según el término de Mason, actúan de acuerdo con las normas establecidas en el ámbito político; la esfera privada es una creación pública. Incluso quienes no figuran en las relaciones oficiales participan haciendo la historia; y quienes están silenciosos hablan con elocuencia de los significados del poder y de los usos de la autoridad política.

Tal hincapié conduce directamente la historia de las mujeres a la historia política, campo donde prevalecen las narrativas cuyos sujetos centrales son masculinos. Dicho énfasis también empieza a desarrollar una forma de pensar históricamente sobre el género, porque llama nuestra atención sobre las maneras en que se producen los cambios en el mundo del derecho, en la política y en las representaciones simbólicas. Además, tal énfasis conlleva una explicación social en vez de una explicación biológica o caracterológica de las diferentes conductas o de las desiguales condiciones de hombres y mujeres. Sin embargo, al mismo tiempo, este hecho parece socavar el proyecto feminista al olvidar a los agentes femeninos y al disminuir, implícitamente, la importancia histórica de la vida personal y social —familia, sexualidad, sociabilidad— las áreas en las cuales las mujeres han participado visiblemente.

Las contradicciones que presentan estos distintos enfoques con referencia a la historia de las mujeres no han impedido la producción de nuevos conocimientos al respecto. Esto es evidente en la multiplicación de los trabajos y cursos sobre la historia de las mujeres, y en el creciente número de revistas especializadas y libros que los editores han capitalizado de tan buena gana. Las contradicciones también han resultado productivas en otros aspectos; al buscar una solución han impulsado esfuerzos para formular teorías, y han asentado una reflexión sobre el proceso mismo de la escritura de la historia. Cuando estos distintos enfoques se ponen en diálogo unos con otros, entonces pueden llevar más lejos el debate; pero creo que sólo podrán conseguirlo cuando los términos clave del análisis sean examinados y redefinidos. Esos términos de análisis son tres: la mujer como sujeto, el género y la política.

Aunque la producción académica sobre la cuestión del "sujeto" sea cada vez más abundante (especialmente en psicoanálisis) y debería formar parte de la discusión sobre las mujeres en la historia, tan sólo quiero hacer aquí

una puntualización. Ésta tiene que ver con la cuestión de la particularidad de las mujeres —que la experiencia de "la historia de ellas" se ha encargado de hacer tan evidente— en relación con la universalidad de los hombres. La figura abstracta del individuo poseedor de derechos, que se convirtió en el centro del debate político liberal en los siglos XVII y XVIII, por alguna razón se encarnó en la figura masculina y es esa historia (*history* o la "historia de ellos") la que los historiadores han contado con toda suerte de detalles. Los estudios académicos feministas reiteradamente enfrentan la dificultad de incluir a las mujeres en esta representación universal puesto que, como sus trabajos lo muestran, el contraste entre la particularidad femenina sirve para asegurar la universalidad de la representación masculina.

Parece indudable que concebir a las mujeres como actores históricos, con el mismo status que los hombres, nos exige tener una idea de la particularidad y de la especificidad de todos los sujetos humanos. Los historiadores no pueden utilizar un sujeto representativo único y universal para las diversas poblaciones de una determinada sociedad o cultura, sin conceder un grado distinto de importancia a un grupo en detrimento de otro.[32] No obstante, la cuestión de la particularidad plantea cuestiones sobre las identidades colectivas y sobre si todos los grupos pueden compartir siempre la misma experiencia. ¿Cómo hacen los individuos para convertirse en miembros de los grupos sociales? ¿Cómo se han definido y formado los grupos de identidad? ¿Qué mueve a la gente a actuar como miembros de un determinado grupo? ¿Son comunes o variables los procesos de identificación grupal? ¿Cómo se las arreglan aquellas mujeres que están marcadas por múltiples diferencias (mujeres negras o mujeres obreras, lesbianas de clase media u obreras negras lesbianas) para determinar los puntos más destacados de una u otra de estas identidades? ¿Pueden concebirse estas diferencias desde una perspectiva histórica, cuando todas juntas constituyen los significados de las identidades colectivas e individuales? ¿Cómo podemos escribir historia tomando en cuenta la sugerencia de Teresa de Lauretis en el sentido de que las diferencias entre las mujeres se entienden mejor como "diferencias dentro del colectivo de las mujeres"?[33]

Si el grupo o categoría "mujeres" debe ser objeto de investigación, entonces el género —los múltiples y contradictorios significados atribuidos a la diferencia sexual— es un instrumento analítico de importancia.[34] El término "género" sugiere que las relaciones entre los sexos son un aspecto prioritario de la organización social (en lugar de derivar de las presiones económicas o demográficas); que los términos de identidad femenina y masculina

están, en gran parte, determinados culturalmente (y no son enteramente producidos por los individuos o las colectividades); y que las diferencias entre los sexos constituyen estructuras sociales jerárquicas que a la vez son constituidas por éstas.

El giro hacia la historia política que han dado quienes están interesados en escribir sobre el género, ha introducido ideas de impugnación, conflicto y poder en el proceso de la determinación cultural de los términos de diferencia sexual. Pero al estudiar el poder tal como se ejerce y en relación con las autoridades gubernamentales, la disciplina de la historia ha eliminado innecesariamente algunos ámbitos importantes de experiencia. Esto no habría ocurrido si se hubiera utilizado una idea de "política" más amplia, una que concibiera todas las relaciones desiguales como algo "político" ya que éstas implican una distribución desigual del poder, y tampoco hubiera ocurrido si se hubiera preguntado cómo tales relaciones desiguales se han establecido, rechazado o mantenido. Aquí parece válido citar en extenso la discusión de Foucault sobre las relaciones de poder en el primer volumen de la *Historia de la sexualidad:*

> El problema a resolver no debe pues consistir en lo siguiente: habida cuenta de determinada estructura estatal ¿cómo y por qué "el" poder necesita instituir un saber sobre el sexo? No será tampoco: ¿a qué dominación del conjunto sirvió el cuidado puesto (desde el siglo XVIII) en producir sobre el sexo discursos verdaderos? Ni tampoco: ¿qué ley presidió al mismo tiempo, a la regularidad del comportamiento sexual y a la conformidad de lo que se decía sobre el mismo? Sino, en cambio: en tal tipo de discurso sobre el sexo, en tal forma de extorsión de la verdad que aparece históricamente y en lugares determinados (en torno al cuerpo del niño a propósito del sexo femenino, en la oportunidad de prácticas de restricciones de nacimientos, etc.), ¿cuáles son las relaciones de poder, las más inmediatas, las más locales, que están actuando? ¿Cómo tornan posibles esas especies de discursos e, inversamente, cómo esos discursos les sirven de soporte? [...] *Grosso modo:* en lugar de referir a la forma única del gran Poder todas las violencias infinitesimales que se ejercen sobre el sexo, todas las miradas turbias que se le dirigen y todos los sellos con que se oblitera su conocimiento posible, se trata de inmergir la abundosa producción de discursos sobre el sexo en el campo de las relaciones de poder múltiples y móviles".[35]

Este enfoque acabaría con las evidentes dicotomías como el Estado y la familia, lo público y lo privado, el trabajo y la sexualidad. Y plantearía pre-

guntas sobre las conexiones internas entre los ámbitos de la vida y la organización social que ahora se abordan por separado. Con esta noción de política se puede presentar una crítica de la historia que la caracterice no simplemente como un registro incompleto del pasado sino como un elemento participativo en la producción del conocimiento que legitimiza la exclusión o la subordinación de las mujeres.

Por lo tanto, el género y la política no son antitéticos, ni el uno respecto al otro, ni para el rescate del sujeto femenino. Definidos más ampliamente, éstos diluyen las distinciones entre lo público y lo privado e invalidan los argumentos sobre las cualidades independientes y particulares del carácter y la experiencia de las mujeres. Asimismo, el género y la política desafían la exactitud de las distinciones binarias preestablecidas entre hombres y mujeres, en el pasado y en el presente, y presentan la naturaleza auténticamente política de la historia escrita en esos términos. Sin embargo, la sola declaración de que el género es una cuestión política no es suficiente. La comprensión de la potencialidad radical de la historia de las mujeres llega con los escritos de las historias que se basan en las experiencias de las mujeres y que analizan las distintas formas en que la política construye el género y el género construye la política. La historia feminista se convierte así, no en el recuento de las grandes obras llevadas a cabo por las mujeres sino en la exposición de las tan a menudo silenciadas y ocultadas operaciones del género, que son, sin embargo, fuerzas con una presencia y una capacidad de definición en la organización de la mayoría de sociedades. La historia de las mujeres debe enfrentarse críticamente a la política de las historias existentes, y así empieza inevitablemente la reescritura de la historia.

II. EL GÉNERO: UNA CATEGORÍA ÚTIL PARA EL ANÁLISIS HISTÓRICO*

> Género. *s. masc.* Es un término estrictamente gramatical. Hablar de personas o criaturas del género masculino o femenino, cuando en realidad se quiere decir del sexo masculino o femenino, sólo puede ser una broma (admisible o no dependiendo del contexto) o, de plano, un claro error.
>
> FOWLER'S, *Dictionary of Modern English Usage*

QUIENES quieran codificar los significados de las palabras van a librar una batalla perdida de antemano, porque las palabras, como las ideas y las cosas que significan, tienen una historia. Ni los profesores universitarios de Oxford ni de la *Académie Française* han sido del todo capaces de contener la ola, de capturar y fijar los significados libres que resultan del juego de la invención y la imaginación humanas. Mary Wortley Montagu le añadió mordacidad a su ingeniosa denuncia del "sexo justo" al emplear deliberadamente mal la referencia gramatical[1] ("mi único consuelo por el hecho de pertenecer a este género ha sido tener la seguridad de que nunca me casaría con ninguno de sus componentes"; "my only consolation for being of that gender has been the assurance of never being married to any one among them"). A lo largo de las épocas, la gente ha creado alusiones figurativas mediante el empleo de términos gramaticales para evocar algunos rasgos del carácter o de la sexualidad. El *Dictionnaire de la langue française* (Diccionario de la lengua francesa) presentaba en 1876 el siguiente uso: "No se sabe de qué género es, si es macho o hembra, se dice de un hombre muy

* Este ensayo se redactó originalmente en diciembre de 1985 como una presentación para la American Historical Association. Posteriormente se publicó, con su formato actual, en la *American Historical Review*, vol. 91, núm. 5 (diciembre, 1986). Las instructivas conversaciones que sostuve con Denise Riley, Janice Doane, Yasmine Ergas, Anne Norton y Harriet Whitehead ayudaron a dar forma a las ideas que tenía sobre los temas que se abordan en el texto. La versión final incorpora las valiosas sugerencias de Ira Katznelson, Charles Tilly, Louise Tilly, Elisabetta Galeotti, Rayna Rapp, Christine Stansell y Joan Vincent. Deseo agradecer a Allyn Roberts y a David Ransell de la AHR por su minucioso trabajo editorial.

reservado, de quien no se conocen los sentimientos".[2] Y Gladstone hizo la siguiente distinción en 1878: "Atenas no tiene nada de sexo excepto el género, nada de una mujer excepto la forma".[3] Más recientemente —demasiado reciente para encontrar esta forma en los diccionarios o en la *Enciclopedia de Ciencias Sociales* (Encyclopedia of the Social Sciences)— las feministas han empezado a emplear el término "género" en un sentido más literal y serio, como una forma de referirse a la organización social de las relaciones entre los sexos. La conexión con la gramática es tan explícita como llena de posibilidades inexploradas. Explícita porque el uso gramatical supone la existencia de unas reglas formales que se derivan de la designación masculina o femenina; llena de posibilidades inexploradas porque en muchas lenguas indoeuropeas hay una tercera categoría —asexuada o neutra—. En el campo gramatical se entiende que el género es una forma de clasificar fenómenos, un sistema convencional de distinciones más que una descripción objetiva de los rasgos inherentes al mismo. Por añadidura, las clasificaciones sugieren una relación entre categorías que permite hacer distinciones o separar grupos.

Parece que el género, en su empleo más reciente, apareció primero entre las feministas estadunidenses que querían insistir en la cualidad fundamentalmente social de las distinciones basadas en el sexo. La palabra denotaba el rechazo al determinismo biológico implícito en el empleo de términos como sexo o diferencia sexual. El género también subrayaba el aspecto relacional de las definiciones normativas sobre la femineidad. Quienes se preocupaban porque los estudios sobre las mujeres se basaban de forma demasiado restringida e independiente en las mujeres, emplearon el término género para introducir una idea relacional en nuestro vocabulario analítico. Según este punto de vista, mujeres y hombres se definían los unos respecto a los otros, y no se podía llegar a una comprensión mediante un estudio por separado. A este respecto, Natalie Davis sugirió en 1975:

> Creo que deberíamos interesarnos en la historia de ambos, mujeres y hombres, que no deberíamos trabajar sobre el sexo sometido más de lo que un historiador de las clases sociales se limita únicamente al estudio del campesinado. Nuestro objetivo es comprender la significación de los sexos, de los grupos de género en el pasado histórico. Nuestro objetivo es descubrir toda la gama de símbolos y de roles sexuales en las distintas sociedades y periodos, encontrar los significados que tienen y cómo funcionaron para mantener el orden social o para promover el cambio del mismo.[4]

Además, y quizá esto sea más importante, quienes clamaban que la erudición de las mujeres transformaría de manera fundamental los paradigmas disciplinarios, estaban hablando en términos de género. Las universitarias feministas muy pronto señalaron que los estudios sobre las mujeres no sólo añadirían nuevos asuntos a tratar sino que también forzarían un nuevo examen crítico de las premisas y criterios existentes en los trabajos universitarios. "Estamos aprendiendo", escribieron tres historiadoras feministas,

> que el hecho de escribir sobre las mujeres a lo largo de la historia implica, a la fuerza —si se quiere abarcar la experiencia personal y subjetiva de éstas, además de sus actividades públicas y políticas— una redefinición y un ensanchamiento de las ideas tradicionales sobre la significación histórica. No resulta excesivo sugerir que una metodología de este tipo, aunque parezca indecisa en sus comienzos, pueda implicar no sólo una nueva historia de las mujeres sino también una nueva historia.[5]

La forma en que esta nueva historia incluiría la experiencia de las mujeres y la constituiría, depende del alcance del desarrollo del género como una categoría de análisis. Aquí las analogías de clase y raza eran explícitas; en efecto, la investigación universitaria más incluyente —políticamente hablando— sobre las mujeres consideraba que, por lo general, las tres categorías eran cruciales para la escritura de una nueva historia.[6] En primer lugar, el interés que mostraban los universitarios por la clase, la raza y el género apuntaba al compromiso del estudioso con una historia que incluía las circunstancias de los oprimidos y un análisis del significado y de la naturaleza de su opresión; y en segundo lugar, la comprensión académica de que las desigualdades del poder se organizaban, en al menos tres ejes.

La letanía de clase, raza y género sugiere la paridad entre estos términos pero, de hecho, éste no es el caso. Mientras el término "clase" se basa la mayoría de las veces en la teoría marxista de la determinación económica y del cambio histórico, la "raza" y el "género" no implican tales asociaciones. No existe unanimidad entre quienes emplean los conceptos de clase. Algunos académicos utilizan los conceptos weberianos, mientras que otros emplean el término clase como un dispositivo heurístico provisional. Así, cuando nosotros invocamos la clase, estamos trabajando a favor o en contra de una serie de definiciones que, en el caso del marxismo, implican una idea de causalidad económica y una visión del camino por el cual ha transitado, dialécticamente, la historia. No existe tal claridad ni coherencia en

cuanto a la raza o al género. En el caso del género, el empleo de este término ha conllevado toda una gama de posiciones teóricas y de simples referencias descriptivas de las relaciones entre los sexos.

Esto no ha impedido a las historiadoras del feminismo, a pesar de tener la misma formación que la mayoría de historiadores, y de que se sientan supuestamente más a gusto con la descripción que con la teoría, seguir buscando otras formulaciones teóricas más adecuadas. Y lo han hecho al menos por dos razones. Primera, la proliferación de los estudios de casos en la historia de las mujeres parece apelar a una perspectiva sintetizadora que podría explicar las continuidades y discontinuidades, la constitución de desigualdades persistentes y las experiencias sociales radicalmente diferentes. Segundo, la diferencia existente entre la alta calidad de los recientes trabajos en historia de las mujeres y su continuo estatus marginal en el conjunto de este campo (tal como lo confirman los libros de texto, los programas y el trabajo monográfico) señalan las limitaciones de los enfoques descriptivos, los cuales no manejan los conceptos dominantes de la disciplina o, al menos, no los manejan de forma que puedan debilitar el poder de éstos y así, quizá, puedan transformarlos. Para las historiadoras de las mujeres no ha sido suficiente probar, o bien que las mujeres tenían una historia, o que éstas habían participado en los principales disturbios políticos de la civilización occidental. En el caso de la historia de las mujeres, la respuesta de la mayoría de historiadores no feministas ha consistido en la aceptación de la misma, luego en su separación o en su rechazo ("las mujeres han tenido una historia aparte de los hombres, por lo tanto dejemos a las feministas que hagan la historia de las mujeres, ya que ésta no nos concierne a nosotros"; o bien "la historia de las mujeres trata de sexo y familia, y debe tener un tratamiento aparte de la historia política y económica"). En cuanto a la participación de las mujeres en la historia, la respuesta ha reflejado, en el mejor de los casos, muy poco interés ("mi comprensión de la Revolución francesa no ha cambiado por el hecho de saber que las mujeres habían participado en ella"). El desafío que plantean tales respuestas es, a fin de cuentas, un reto teórico. Éste nos exige que analicemos no sólo la relación entre la experiencia del hombre y la de la mujer en el pasado, sino también la conexión entre la historia del pasado y la práctica histórica común. ¿Cómo funciona el género en las relaciones humanas? ¿De qué forma el género otorga un significado a la organización y a la percepción del conocimiento histórico? Las respuestas residen en la concepción del género como una categoría analítica.

I

En su mayor parte, los intentos que han llevado a cabo los historiadores para teorizar sobre el género, se han mantenido dentro de las estructuras científico-sociales tradicionales, y han empleado antiguas formulaciones que sólo proporcionan explicaciones causales de carácter universal. En el mejor de los casos, tales teorías han sido muy limitadas porque tienden a contener generalizaciones reductivas o realmente simples que socavan no sólo el sentido de la historia como disciplina, el sentido de la complejidad de la causalidad social, sino también los compromisos feministas respecto a algunos análisis que podrían conducir al cambio. El examen de estas teorías nos permitirá sacar a relucir sus limitaciones y proponer un enfoque alternativo.

Los enfoques empleados por la mayoría de historiadores pueden agruparse en dos categorías distintas. La primera es esencialmente descriptiva; se refiere a la existencia de fenómenos o realidades sin que se les atribuya ningún tipo de interpretación, explicación o causalidad. La segunda categoría es de carácter causal; teoriza sobre la naturaleza de los fenómenos o realidades y busca comprender cómo y por qué éstos se manifiestan del modo en que lo hacen.

En su reciente y más simple utilización, el término "género" es sinónimo de "mujeres". En los últimos años, algunos libros y artículos basados en la historia de las mujeres sustituyeron, en sus títulos, el término género por el de mujeres. En algunos casos, este empleo de género, aunque se refiera vagamente a ciertos conceptos analíticos, de hecho se relaciona con la aceptabilidad política del campo. En estos casos, el término género denota la seriedad académica de un trabajo, porque género suena de forma más neutra y objetiva que mujeres. Parece que el término encaja en la terminología científica de las ciencias sociales y, en consecuencia, se distancia de las políticas del feminismo, supuestamente estridentes. Según este empleo, género no conlleva necesariamente la declaración de desigualdad o poder ni tampoco nombra a la parte demandante (y hasta ahora invisible). Mientras que el término "historia de las mujeres" proclama su política al declarar (contrariamente a la costumbre) que las mujeres son sujetos históricos válidos, el término género incluye a las mujeres pero no las nombra, y así da la impresión de que no plantea un problema crítico. Tal uso del término es una faceta de lo que debería llamarse la búsqueda de la erudición feminista por la legitimidad académica en la década de los ochenta.

Pero tan sólo es una faceta. El término género, como sustituto de las mujeres, también se emplea para sugerir que la información sobre las mujeres es, necesariamente, información sobre los hombres, y que lo uno implica el estudio de lo otro. Este empleo insiste en que el mundo de las mujeres forma parte del mundo de los hombres, que ha sido creado dentro de éste y por éste. Tal empleo desecha la utilidad interpretativa de la idea de las esferas separadas, y sostiene que el estudio separado de las mujeres contribuye a perpetuar la ficción de que una esfera, o la experiencia de un sexo, poco o nada tiene que ver con el otro sexo. Además, el género también se utiliza para designar las relaciones sociales entre los sexos. Este uso rechaza implícitamente las explicaciones biológicas, como aquellas que encuentran un denominador común para las diversas formas de subordinación femenina en aquellos hechos en que las mujeres tienen la capacidad de dar a luz y los hombres tienen más fuerza muscular. En vez de eso, el término género denota unas determinadas "construcciones culturales", toda la creación social de las ideas acerca de los roles apropiados para las mujeres y para los hombres. Es una forma de referirse exclusivamente a los orígenes sociales de las identidades subjetivas de hombres y mujeres. Según esta definición, el género es una categoría social impuesta a un cuerpo sexuado.[7] Diríase que el género se ha convertido en una palabra particularmente útil; así lo demuestra la gran proliferación de estudios sobre el sexo y la sexualidad, porque este término permite diferenciar la práctica sexual de los roles sociales asignados a las mujeres y a los hombres. Aunque los académicos reconozcan la conexión entre el sexo (lo que los sociólogos de la familia llaman sexo) y los roles sexuales, no por ello presuponen la existencia de un vínculo simple o directo. El empleo de género hace hincapié en todo un sistema de relaciones que puede incluir el sexo, pero que no está directamente determinado por éste ni tampoco es directamente determinante de la sexualidad.

Muy a menudo los historiadores han utilizado estos empleos descriptivos de la palabra género para exponer un nuevo campo de estudio. Cuando los historiadores sociales se interesaron en nuevos objetos de estudio, el género fue relevante en los temas referidos a las mujeres, niños, familias e ideologías de género. Este uso del término se refiere únicamente a aquellas áreas, estructurales e ideológicas, que implican relaciones entre los sexos. Puesto que la guerra, la diplomacia y la alta política no han abordado explícitamente estas relaciones, parece que el género no sea válido, y así continua siendo irrelevante en el pensamiento de los historiadores que se interesan en

las cuestiones de política y poder. Esto tiene por efecto el aprobar un punto de vista funcionalista, enraizado fundamentalmente en la biología, y el perpetuar la idea de las esferas separadas en la escritura de la historia (sexo o política, familia o nación, mujeres u hombres). Aunque este uso del género afirme que las relaciones entre los sexos son de carácter social, no dice nada acerca del por qué estas relaciones se han construido así, ni cómo funcionan o cómo podrían cambiar. Así, el género, en su uso descriptivo, es un concepto asociado con el estudio de las cosas relacionadas con las mujeres. El género en un tema nuevo, un nuevo departamento de investigación histórica, pero no tiene el poder analítico para dirigir (ni cambiar) los paradigmas históricos existentes.

Algunas historiadoras fueron conscientes de este problema, de ahí que se esforzaran en utilizar teorías que pudieran explicar el concepto de género y rendir cuentas de un cambio histórico. En efecto, el reto consistía en reconciliar la teoría, formulada en términos generales o universales, con la historia, que se había comprometido en el estudio de la especificidad contextual y del cambio fundamental. El resultado ha sido extremadamente ecléctico: préstamos parciales que vician el poder analítico de una teoría en particular o, peor aún, el empleo de los preceptos de una teoría sin tener conciencia de lo que esto implicaba; o bien relaciones de cambios que, al integrar teorías universales, sólo ilustran los temas de siempre; o bien estudios maravillosamente imaginativos en los cuales la teoría está tan oculta que tales estudios no pueden servir de modelo para otras investigaciones. Puesto que las teorías que han diseñado los historiadores no exponen detalladamente todas sus implicaciones, sería provechoso pasar algún tiempo haciéndolo. Sólo a través de semejante ejercicio podremos evaluar la utilidad de estas teorías y empezar a articular un enfoque teórico más poderoso.

Las historiadoras del feminismo han utilizado una gran variedad de enfoques para el análisis del género, pero tales enfoques se vinieron abajo al tener que elegir entre tres posiciones teóricas.[8] La primera representa el esfuerzo feminista por explicar los orígenes del patriarcado. La segunda se ubica a sí misma en la tradición marxista y busca un consenso con las críticas feministas. La tercera está fundamentalmente dividida entre los teóricos posestructuralistas franceses y angloamericanos del objeto "relaciones", y recurre a estas distintas escuelas de psicoanálisis para explicar la producción y la reproducción de la identidad de género del sujeto.

Los teóricos del patriarcado han dirigido su atención hacia la subordinación de las mujeres y han encontrado su explicación en la "necesidad" masculi-

na de dominar a la mujer. En la ingeniosa adaptación de Hegel que hace Mary O'Brien, la dominación masculina se define como el efecto del deseo de los hombres de trascender su alienación respecto al significado de la reproducción de las especies. El principio de continuidad generacional restaura la primacía de la paternidad y opaca el auténtico trabajo y la realidad social del trabajo de las mujeres en el parto. La fuente de la liberación de las mujeres reside en "la comprensión adecuada del proceso de reproducción", en la apreciación de la contradicción existente entre la naturaleza del trabajo reproductivo de las mujeres y las mistificaciones ideológicas (masculinas) del mismo.[9] Para Shulamith Firestone, la reproducción también era una "trampa amarga" para las mujeres. Sin embargo, en su análisis más materialista la liberación llegaría con las transformaciones de la tecnología reproductiva, las cuales deberían eliminar, en un futuro no tan lejano, la necesidad de los cuerpos de las mujeres de ser los agentes de la reproducción de la especie.[10]

Si bien para algunos la reproducción era la clave del patriarcado, para otros la misma sexualidad era la respuesta. Las valientes formulaciones de Catharine Mackinnon constituyeron enseguida la característica principal de su enfoque: "La sexualidad es al feminismo lo que el trabajo es al marxismo: lo que es más propio de uno mismo, lo que más se llevan". "La objetualización sexual es el proceso primario de la sujeción de las mujeres. Une el acto con la palabra, la construcción con la expresión, la percepción con la aplicación, el mito con la realidad. El hombre jode a la mujer; el sujeto del verbo al objeto".[11] Siguiendo su analogía con Marx, Mackinnon presentó, en lugar de un materialismo dialéctico, una naciente consciencia como método de análisis del feminismo. Al expresar la experiencia compartida de la objetualización, decía ella, las mujeres llegan a comprender su identidad común y así pueden implicarse en una acción política. Aunque Mackinnon define en su análisis las relaciones sexuales como relaciones sociales, no hay nada que explique, excepto la desigualdad inherente a la misma relación sexual, por qué el sistema de poder opera de tal forma. El origen de las relaciones desiguales entre los sexos resulta ser, al final, una relación desigual entre sexos. Aunque la desigualdad, cuyo origen radica en la sexualidad, debe incorporarse a "un sistema completo de relaciones sociales", no se nos explica cómo funciona este sistema.[12]

Los teóricos del patriarcado han tratado acerca de la desigualdad de los machos y las hembras de muy importantes maneras pero, para los historiadores, sus teorías plantean algunos problemas. En primer lugar, mientras presentan un análisis interno del sistema del género en sí mismo, declaran

al mismo tiempo la primacía de este sistema en la organización social en su conjunto. Pero las teorías del patriarcado no muestran que la desigualdad de género tiene que ver con otras desigualdades. En segundo lugar, si la dominación se manifiesta mediante la apropiación masculina de la labor reproductiva femenina, o bien a través de la objetualización sexual de las mujeres de parte de los hombres, el análisis está basado en la diferencia física. Cualquier diferencia física adquiere un aspecto universal e incambiable, incluso si los teóricos del patriarcado toman en cuenta la existencia de formas cambiantes y de sistemas de desigualdad de género.[13] Una teoría que se base en la única variable de la diferencia física plantea problemas a los historiadores porque ésta presupone un significado consecuente o inherente para el cuerpo humano —fuera de toda construcción social o cultural— y, por consiguiente, el carácter ahistórico del género en sí mismo. En cierto sentido, la historia se convierte en un epifenómeno que proporciona un sinfín de variaciones sobre el inmutable tema de la permanente desigualdad de género.

Las feministas marxistas tienen un enfoque más histórico porque se guían por una teoría de la historia. Pero, cualesquiera que hayan sido las variaciones y adaptaciones, el requerimiento autoimpuesto de que tiene que haber una explicación "material" para el género ha limitado o, como mínimo retrasado, el desarrollo de nuevas líneas de análisis. Si bien se nos ofrece el denominado sistema de solución dual (uno que postula los dos ámbitos separados del capitalismo y el patriarcado, pero relacionados entre sí, o bien se desarrolla un análisis basado más firmemente en las discusiones ortodoxas marxistas sobre los modos de producción, la explicación de los orígenes y los cambios en los sistemas de género se encuentran fuera de la división sexual del trabajo. Al final, las familias, los hogares y la sexualidad son producto de los cambiantes modos de producción. Así es como Engels concluyó sus exploraciones sobre *Los orígenes de la familia*;[14] y el análisis de la economista Heidi Hartmann también se basa fundamentalmente en este punto. Esta autora insiste en la importancia de considerar al patriarcado y al capitalismo como sistemas separados pero interrelacionados entre sí. Así, a medida que expone sus argumentos, la causalidad económica toma precedencia, y el patriarcado siempre desarrolla y cambia como una función de las relaciones de producción.[15]

Las tempranas discusiones entre feministas marxistas giraron en torno a la misma serie de problemas: el rechazo del carácter esencial de las afirmaciones de quienes argumentan que "las exigencias de reproducción biológica" determinan la división sexual del trabajo bajo el capitalismo; la futilidad de

insertar los "modos de reproducción" en las discusiones sobre los modos de producción (se mantiene como categoría opuesta y no presupone el mismo estatus respecto a los modos de producción); el reconocimiento de que los sistemas económicos no determinan directamente las relaciones de género, sino que la subordinación de las mujeres es anterior al capitalismo y sigue vigente bajo el socialismo; la búsqueda, a pesar de todo, de una explicación materialista que excluya las naturales diferencias físicas.[16] Joan Kelly intentó romper este círculo de problemas en su ensayo "La doble visión de la teoría feminista", en el cual argumentaba que los sistemas económicos y de género interactúan para producir experiencias sociales e históricas; que ningún sistema era casual sino que ambos "operan simultáneamente para reproducir las estructuras socioeconómicas y de dominación masculina de (un) orden social concreto". La sugerencia de Kelly de que los sistemas de género tienen una existencia independiente proporciona una apertura conceptual de gran importancia, pero su compromiso de permanecer dentro de la estructura marxista la lleva a enfatizar el papel causal de los factores económicos, incluso en cuanto a la determinación del sistema de género. "La relación de los sexos opera en concordancia con las estructuras socio-económicas, y a través de éstas, y con las de.sexo y género".[17] Kelly introdujo la idea de una "realidad social basada en la sexualidad", pero puso énfasis en lo social en lugar de ponerlo en la naturaleza sexual de esta realidad, y, muy a menudo, emplea "social" en términos de relaciones económicas de producción.

De todas las exploraciones sobre la sexualidad que han realizado las feministas-marxistas estadunidenses, la que ha tenido mayor repercusión se encuentra en *Powers of Desire*, un volumen de ensayos publicados en 1983.[18] Sus autoras, influidas por la creciente atención hacia la sexualidad de parte de activistas políticos y universitarios, por la insistencia del filósofo francés Michel Foucault acerca de que la sexualidad se manifiesta dentro de unos contextos históricos, y por la convicción de que la denominada "revolución sexual" requiere análisis serios, han hecho de la "política sexual" el foco de su investigación. Con ello, dejan abierta la cuestión de la causalidad y presentan una variedad de soluciones para ésta; en efecto, lo realmente emocionante de este volumen es su falta de unanimidad analítica, su sentido de tensión analítica. Si bien las autoras tienden a enfatizar individualmente la causalidad de los contextos sociales (que a menudo significan contextos económicos), también incluyen sugerencias sobre la importancia de estudiar "la estructuración psíquica de la identidad de género". Si la ideología de género refleja algunas veces las estructuras económicas y sociales, también

existe un importante reconocimiento de la necesidad de comprender el complejo vínculo entre la sociedad y la duradera estructura psíquica.[19] Por un lado, los editores aprueban el punto de vista de Jessica Benjamin quien señala que la política debe prestar atención a "los componentes eróticos y fantásticos de la vida humana", pero, por el otro, ningún otro ensayo aparte del de Benjamin trata completa o seriamente de las cuestiones teóricas que ella plantea.[20] En vez de eso, el volumen recorre el supuesto tácito de que el marxismo puede expanderse hasta abarcar discusiones sobre las ideologías, la cultura y la psicología, y que esta expansión se realizará a través del examen específico de las pruebas que se aportan en la mayoría de los artículos. La ventaja de tal enfoque reside en que evita las diferencias agudas de posición, y la desventaja de dejar asentada una teoría ya completamente articulada que nos lleve de las relaciones de los sexos a las relaciones de producción.

Una comparación de los esfuerzos de las marxistas-feministas americanas —de un relativo y exploratorio amplio alcance— con los de sus homólogas inglesas, vinculados más estrechamente con una política de firme y viable tradición marxista revela que las inglesas han tenido mayores dificultades en desafiar las limitaciones de las explicaciones estrictamente deterministas. Esta dificultad puede apreciarse de forma más dramática en los debates de la *New Left Review* entre Michèle Barrett y sus críticos, quienes la acusan de abandonar el análisis materialista de la división sexual del trabajo bajo el capitalismo.[21] Esta puede verse también en la sustitución del intento inicial de las feministas de reconciliar el psicoanálisis y el marxismo con una u otra de estas posiciones teóricas, y de los académicos que insistieron en un principio en que era posible la fusión de los dos.[22] La dificultad para las feministas inglesas y americanas que trabajan dentro del marxismo es evidente en el trabajo que he mencionado aquí. El problema que ellas enfrentan es opuesto al que plantea la teoría patriarcal. Dentro del marxismo, el concepto de género ha sido tratado ampliamente como un producto accesorio en el cambio de las estructuras económicas; el género no ha gozado de un estatus analítico independiente, propio.

Una síntesis de la teoría psicoanálitica requiere que se especifiquen las escuelas, puesto que varios enfoques han tendido a clasificarlas según los orígenes nacionales de sus fundadores y de la mayoría de practicantes. Existe la escuela angloamericana, que trabaja dentro de los límites de las teorías de las relaciones de objetos. En los Estados Unidos, Nancy Chodorow es el nombre más inmediatamente asociado con este enfoque. Además, el trabajo de Carol Gilligan ha tenido un impacto de amplia repercusión en las uni-

versidades estadunidenses, incluso en la historia. El trabajo de Gilligan se sirve del enfoque de Chodorow, aunque está menos interesada en la construcción del sujeto que en el desarrollo moral y conductual. En contraste con la escuela angloamericana, la escuela francesa se basa en las lecturas estructuralistas y posestructuralistas de Freud en cuanto a las teorías del lenguaje (para las feministas, la figura clave es Jacques Lacan).

Ambas escuelas están interesadas en los procesos que crean la identidad del sujeto; ambas se focalizan en los estadios tempranos del desarrollo de los niños, en busca de los indicios de formación de la identidad de género. Los teóricos de las relaciones objetales enfatizan la influencia de la experiencia propiamente dicha (el niño ve, oye y cuenta cosas a aquellos que lo cuidan, en particular a sus padres), mientras que los posestructuralistas hacen hincapié en el papel central que juega el lenguaje en la comunicación, interpretación y representación del género (por "lenguaje" los posestructuralistas no quieren decir palabras sino sistemas de significación —de orden simbólico— que preceden el dominio propiamente dicho de la palabra, la lectura y la escritura). Otra diferencia entre las dos escuelas de pensamiento está basada en el inconsciente, el cual según Chodorow está sujeto a una comprensión consciente, más no según Lacan. Para los lacanianos, el inconsciente es un factor crítico en la construcción del sujeto; además, es el espacio de la división sexual y, por esta razón, un espacio de inestabilidad continua para el sujeto de género.

En años recientes, los historiadores del feminismo han estado perfilando estas teorías, ya sea porque pueden apoyar unos determinados hallazgos a partir de observaciones generales, ya sea porque parecen ofrecer una importante formulación teórica sobre el género. Cada vez más, aquellos historiadores que trabajan con el concepto de "cultura de las mujeres" citan los trabajos de Chodorow o Gilligan como una prueba y una explicación de sus interpretaciones; aquellos que luchan con la teoría feminista miran hacia Lacan. Al final, ninguna de estas teorías me parece del todo aprovechable para los historiadores; si observamos más de cerca cada una de ellas quizá podamos explicar por qué.

Mis reservas acerca de la teoría de las relaciones objetuales tienen que ver con su carácter literal, con su dependencia respecto a estructuras de interacción relativamente pequeñas para producir la identidad de género y generar un cambio. La división familiar del trabajo y la asignación de las tareas propias de cada padre juegan un papel crucial en la teoría de Chodorow. El resultado de la predominancia de los sistemas occidentales

es una clara división entre lo masculino y lo femenino. "La negación de la sensación de conexión y el aislamiento de los afectos puede ser más característico del desarrollo masculino y puede producir un superyó más rígido y castigador; el desarrollo femenino en cambio, en que no se reprime las relaciones objetales internas y externas y sus afectos concomitantes, puede llevar a un superyó más abierto a la persuasión y al juicio de los otros".[23] Siguiendo a Chodorow, si los padres estuvieran más implicados en las funciones paternas, y más a menudo presentes en las situaciones domésticas, el resultado del drama edípico sería diferente.[24]

Esta interpretación limita el concepto de género a la familia y a la experiencia del hogar, y no deja al historiador (ni al individuo) la posibilidad de conectar tal concepto con otros sistemas sociales de economía, política o poder. Por supuesto, se sobrentiende que la organización social impone a los padres que trabajen, y a las madres que perfeccionen más la estructura organizativa familiar relativa a las tareas de crianza de los hijos. Lo que no está claro es de dónde provienen tales arreglos y por qué se han articulado en términos de división sexual del trabajo. Tampoco se menciona la cuestión de la desigualdad como opuesta a la de asimetría. ¿Cómo podemos explicar, desde el interior de esta teoría, las persistentes asociaciones de la masculinidad con el poder, el gran valor depositado tanto en la hombría como en la femineidad, la forma en que parece que los niños aprenden estas asociaciones y evaluaciones, incluso cuando viven fuera de hogares nucleares o en hogares donde la paternidad está dividida a partes iguales entre el marido y la mujer? No creo que encontremos una explicación, a no ser que prestemos un poco de atención a sistemas significativos, es decir, a las formas en que las sociedades representan el género y lo utilizan para articular los roles de las relaciones sociales, o para construir el sentido de la experiencia. Sin este sentido no hay experiencia; sin los procesos de significación no hay sentido.

El lenguaje es el punto central de la teoría lacaniana; es la clave para instalar a los niños en el orden simbólico. A través del lenguaje se construye la identidad de género. Según Lacan, el falo es el principal símbolo de la diferencia sexual. Pero el significado del falo debe leerse metafóricamente. Para los niños, el drama edípico expone los términos de la interacción cultural, puesto que la amenaza de castración encarna el poder, las normas de la ley del padre. La relación del niño con la ley depende de la diferencia sexual, de su identificación imaginativa (o fantástica) con la masculinidad o la femineidad. En otras palabras, la imposición de los roles de interacción social

es una cuestión inherente al género y específica de éste, porque la mujer tiene necesariamente una relación distinta con el falo de la que tiene el hombre. Pero la identificación de género, aunque siempre parezca algo coherente y establecido, de hecho es muy inestable. Como ocurre con los sistemas de significados, las identidades subjetivas son procesos de diferenciación y distinción que requieren la supresión de las ambigüedades y de los elementos opuestos, para asegurar una coherencia y una comprensión comunes (o bien crear la ilusión de hacerlo). El principio de la masculinidad se basa en la necesaria represión de los aspectos femeninos —de la potencial bisexualidad del sujeto— y crea un conflicto en la oposición de lo masculino y lo femenino. Los deseos reprimidos están presentes en el inconsciente y representan una constante amenaza para la estabilidad de la identificación del género, al negar su unidad y al subvertir su necesidad de seguridad. Además, las ideas conscientes sobre lo masculino y lo femenino no son fijas sino que varían según el contexto. De este modo, el conflicto existe siempre: entre la necesidad del sujeto de una apariencia de totalidad y la impresión de la terminología, el significado relativo de ésta y su dependencia de la represión.[25] Este tipo de interpretación hace que las categorías "hombre" y "mujer" sean problemáticas; sugieren que lo masculino y lo femenino no son características inherentes al género sino estructuras subjetivas (o ficticias). Dicha interpretación implica también que el sujeto está en un constante proceso de construcción, y nos permite interpretar el deseo consciente e inconsciente de forma sistemática, al señalar que el lenguaje es el lugar más apropiado para el análisis. Como tal, encuentro que esta interpretación es instructiva.

No obstante, me preocupa la fijación exclusiva en las preguntas acerca del sujeto individual, y la tendencia a reificar subjetivamente el antagonismo originado entre hombres y mujeres como la cuestión central del género. Además, aunque exista una apertura en cuanto a la forma en que el sujeto se construye, la teoría tiende a universalizar las categorías y relaciones de lo masculino y lo femenino. Para los historiadores, el resultado es una lectura reductora de las pruebas del pasado. Aunque esta teoría tome en cuenta las relaciones sociales al vincular la castración a la prohición y a la ley, no permite introducir una idea de especificidad y variabilidad históricas. El falo es el único símbolo; el proceso de construcción del sujeto de género resulta ser, a fin de cuentas, predecible, porque siempre es el mismo. Si necesitamos pensar, tal como sugiere la teórica de cine Teresa de Lauretis, en términos de construcción de la subjetividad en contextos sociales e históri-

cos, no hay forma de especificar tales contextos en términos lacanianos. En efecto, incluso en el intento de De Lauretis, la realidad social es decir, "esas relaciones —materiales, económicas e interpersonales— que son de hecho sociales, y en una perspectiva más amplia, históricas", parece quedarse fuera, aparte del sujeto.[26] Falta una forma de concebir la realidad social en términos de género.

El problema del antagonismo sexual en esta teoría tiene dos aspectos. En primer lugar, éste proyecta cierta cualidad atemporal, incluso cuando ya se ha escrito su historia, como ha hecho Sally Alexander. La lectura que hace Alexander de Lacan la lleva a concluir que "el antagonismo entre los sexos es un aspecto inevitable de la adquisición de la identidad sexual... Si el antagonismo siempre es latente, es posible que la historia no tenga la solución final sino que tan sólo lleve a cabo una constante reestructuración y reorganización del simbolismo de la diferencia y de la división sexual del trabajo".[27] Puede que sea mi desesperado sentido utópico que me haga formular esto, o quizá puede ser que todavía no me haya desprendido del epistema que Foucault llamaba la Edad Clásica. Sea cual sea la explicación, la formulación de Alexander contribuye a fijar la oposición binaria entre hombre y mujer como la única relación posible, y como un aspecto permanente de la condición humana. Mejor dicho, tal formulación perpetúa aquellas preguntas a las que se refiere Denise Riley como "la espantosa actitud de constancia de la polaridad sexual". Ésta escribe: "La naturaleza de la oposición (entre hombre y mujer), construida a través de la historia, produce precisamente como uno de sus efectos esta actitud de oposición invariable y monótona entre hombres y mujeres".[28]

Y es precisamente esta oposición, con todo su tedio y monotonía, la que ha promocionado la obra de Carol Gilligan (en el espacio angloamericano). Gilligan explica los caminos divergentes de desarrollo moral que siguieron chicos y chicas en sus distintas experiencias (realidad vivida). No es sorprendente que los historiadores de las mujeres hayan retomado las ideas de Gilligan para explicar las diferentes voces que el trabajo de ésta les ha permitido escuchar. Los problemas que se presentan con estos préstamos son múltiples, y están lógicamente interrelacionados.[29] El primero es la demora que a menudo ocurre con la atribución de la causalidad: el argumento va de la declaración de que "la experiencia de las mujeres las conduce a tomar determinadas opciones morales dependiendo de los contextos y de las relaciones" a la de que "las mujeres piensan y toman determinadas opciones por el hecho de ser mujeres". La idea ahistórica, y acaso esencialista, de mujer,

está contenida en esta línea de razonamiento. Gilligan y otros han extrapolado su descripción, que en un principio se basaba en una reducida muestra de niños estadounidenses en edad escolar a finales del siglo XX, a una declaración acerca de todas las mujeres. Tal extrapolación es especialmente evidente, pero no de forma exclusiva, en las discusiones de algunos historiadores sobre la "cultura de las mujeres", las pruebas de los cuales van desde las primeras santas a las activistas del trabajo, a las militantes modernas, y se limitan a probar las hipótesis de Gilligan sobre la preferencia universal de las mujeres por el mundo relacional *(relatedness)*.[30] Tal utilización de las ideas de Gilligan crea un fuerte contraste con respecto a las concepciones más complejas sobre la cultura de las mujeres que se han representado como hechos históricos, lo cual se evidenció en el Simposio de 1980 de Estudios Feministas.[31] En efecto, la comparación entre esta serie de artículos y las formulaciones de Gilligan revela hasta qué punto es ahistórica, su definición del hombre y la mujer como una oposición binaria universal, que se reproduce a sí misma, y que siempre se manifiesta de la misma manera. Al insistir en las diferencias establecidas (en el caso de Gilligan simplificando datos, combinándolos con otros resultados sobre el sexo y con el razonamiento moral para subrayar la diferencia sexual), las feministas participaron en el tipo de pensamiento al cual querían oponerse. Aunque éstas insistieran en una reevaluación de la categoría "mujer" (Gilligan sugiere que las opciones morales de las mujeres pueden ser más humanas que las de los hombres), no examinaron la oposición binaria en sí misma.

Necesitamos rechazar la cualidad establecida, permanente, de la oposición binaria, la historia genuina y la deconstrucción de los términos de diferencia sexual. Debemos ser más autoconscientes de la diferencia entre nuestro vocabulario analítico y el material que queremos analizar. Tenemos que encontrar las maneras (aunque imperfectas) de someter continuamente a la crítica nuestras categorías, de someter nuestros análisis a la autocrítica. Si aplicamos la definición de Jacques Derrida sobre la deconstrucción, esta crítica significa que se debe analizar en el contexto la forma en que opera cualquier oposición binaria, invirtiendo y desplazando su construcción jerárquica, en lugar de aceptarla como real o evidente, como la misma naturaleza de las cosas.[32] Por supuesto, las feministas han venido haciéndolo, hasta cierto punto, durante años. La historia del feminismo es, de todas formas, la historia del rechazo de la construcción jerárquica de las relaciones entre hombre y mujer en sus contextos específicos, y el intento de invertir o desplazar las operaciones de ésta. Las historiadoras feministas se encuentran ahora

en la postura de teorizar de su práctica y desarrollar el género como categoría analítica.

II

El interés en el género como categoría analítica no se manifestó hasta finales del siglo XX, y está ausente de la mayoría de documentos que tienen alguna relación con la teoría social, desde el siglo XVIII hasta principios del siglo XX. A decir verdad, algunas de esas teorías construyeron su lógica sobre analogías de la oposición hombre/mujer, otras reconocieron la existencia de la cuestión de la mujer, y otras aún mencionaron la formación de la identidad sexual subjetiva, pero nunca apareció el género como una forma de hablar de los sistemas de relaciones sociales o sexuales. Esta omisión podría explicar, en parte, la dificultad que han tenido las feministas contemporáneas a la hora de incorporar el término "género" en los cuerpos teóricos ya existentes y de convencer a los partidarios de una u otra escuela teórica para que el género entrara en su vocabulario. El término "género" forma parte del intento que han hecho las feministas contemporáneas de trazar un territorio de definición, insistir en la inadecuación de los cuerpos teóricos existentes a la hora de explicar las desigualdades persistentes entre mujeres y hombres. Me parece significativo que el empleo de la palabra género haya surgido en un momento de gran confusión epistemológica que, en algunos casos, implica que los científicos de las ciencias sociales cambien sus paradigmas científicos por otros literarios (que dejen de poner énfasis en la causalidad y lo pongan en el sentido, haciendo confusos los géneros de investigación, según la frase del antropólogo Clifford Geertz);[33] y, en otros casos, la forma de los debates teóricos entre quienes afirman la transparencia de los hechos y quienes insisten en que la realidad es fruto de una interpretación o una construcción, entre quienes defienden y quienes cuestionan la idea de que el hombre es el producto racional de su propio destino. En el espacio que se abre con este debate, en el de la crítica científica desarrollada en el campo de las humanidades, y en el del empirismo y del humanismo de los posestructuralistas, las feministas han empezado a encontrar no sólo una voz teórica propia sino también aliados políticos. Y es en el interior de este espacio que debemos articular el género como categoría analítica.

¿Qué deben hacer los historiadores que, después de todo, han visto cómo algunos teóricos desechaban la historia como una reliquia del pensa-

miento humanista? No creo que debamos dejar los archivos ni abandonar el estudio del pasado, sino que debemos cambiar algunas formas de trabajo y algunas preguntas que nos habíamos planteado. Necesitamos escudriñar nuestros métodos de análisis, clarificar nuestros presupuestos operativos y explicar cómo pensamos que ocurren los cambios. En lugar de investigar los simples orígenes, tenemos que concebir aquellos procesos que están tan interrelacionados que no pueden ser desenredados. Por supuesto, vamos a seguir identificando problemas para estudiar, los cuales constituirán los comienzos o los puntos de entrada de otros procesos más complejos. Pero son los procesos lo que debemos tener en cuenta. Debemos preguntarnos más a menudo cómo ocurrieron las cosas para encontrar por qué ocurrieron. Según la formulación de la antropóloga Michelle Rosaldo, no debemos perseguir una causalidad universal o general, sino una explicación significativa: "Ahora me parece que el lugar de las mujeres en la vida humana y social no es directamente el producto de ésta, sino el significado que adquieren sus actividades a través de la interacción social concreta".[34] En nuestra búsqueda del sentido, tenemos que tratar con el sujeto individual y con las organizaciones sociales, y articular la naturaleza de sus interrelaciones porque ambos tienen una importancia crucial en la comprensión del funcionamiento del género y en la manifestación del cambio de éste. Para terminar, tenemos que reubicar la idea de que el poder social es unificado, coherente y centralizado, con respecto a la idea foucaultiana del poder como un conjunto de constelaciones dispersas de relaciones desiguales, constituidas discursivamente en "campos" sociales "de fuerza".[35] En el interior de estos procesos y estructuras hay un espacio para el concepto de agencia humana entendido como el intento (al menos parcialmente racional) de construir una identidad, una vida, un conjunto de relaciones, una sociedad dentro de ciertos límites, y con un lenguaje, un lenguaje conceptual que marque en seguida unos límites y contenga la posibilidad de la negación, de la resistencia, de la reinterpretación, del juego de la invención y de la imaginación metafórica.

Mi definición del género consta de dos partes y algunos subconjuntos que están interrelacionados pero deben analizarse de forma distinta. El núcleo de la definición depende de la conexión integral entre dos propuestas: el género es un elemento constitutivo de las relaciones sociales, las cuales se basan en las diferencias percibidas entre los sexos, y el género es una forma primaria de las relaciones simbólicas de poder. Los cambios en la organización de las relaciones sociales siempre corresponden a cambios en las representaciones del poder, pero la dirección del cambio no es necesariamente única.

Como un elemento constitutivo de las relaciones sociales basadas en las diferencias percibidas entre los sexos, el género implica cuatro elementos interrelacionados: en primer lugar, los símbolos disponibles que evocan múltiples (y a menudo contradictorias) representaciones —por ejemplo, Eva y María como símbolos de la mujer en la tradición cristiana occidental— pero también los mitos de luz y oscuridad, de purificación y polución, de inocencia y corrupción. Para los historiadores, las cuestiones más interesantes son: ¿Qué representaciones simbólicas se invocan, cómo se invocan y en qué contextos? En segundo lugar, los conceptos normativos que avanzan interpretaciones sobre los significados de los símbolos que intentan limitar y contener las posibilidades metafóricas de los mismos. Estos conceptos se expresan en las doctrinas religiosas, educativas, científicas, legales y políticas, y adquieren básicamente la forma de oposiciones binarias fijas y afirman de forma categórica e inequívoca el sentido de hombre y mujer, de lo masculino y lo femenino. De hecho, estos juicios normativos dependen del rechazo o de la represión de otras posibilidades alternativas, y algunas veces se presenta una lucha abierta sobre ellos (¿en qué momentos y bajo qué circunstancias deberían constituir una preocupación para los historiadores?). Sin embargo, la posición dominante queda establecida como la única posible. Y la historia subsecuente se escribe como si estas posiciones normativas fueran el resultado de un consenso social, en lugar de ser el resultado de un conflicto. Un ejemplo de este tipo de historia es el trato que recibe la ideología victoriana de la domesticidad, como si primero hubiera sido creada en su totalidad y sólo más tarde se hubieran manifestado reacciones respecto a ella; aquélla debería haberse abordado como un tema que generó constantemente profundas diferencias de opinión. Otro tipo de ejemplo proviene, en la actualidad, de los grupos religiosos fundamentalistas, quienes han vinculado a la fuerza sus prácticas con la recuperación de un papel más supuestamente auténtico y "tradicional" de la mujer, cuando, en realidad, existen muy pocos precedentes históricos que permitan el desempeño incuestionable de tal papel. La cuestión clave de la nueva investigación histórica consiste en desbaratar la idea de estabilidad, en descubrir la naturaleza del debate o de la represión que conduce a la apariencia de la permanencia intemporal de la representación binaria del género. Este tipo de análisis debe incluir una idea de la política y una referencia a las instituciones sociales y a las organizaciones, el tercer aspecto de las relaciones de género.

Algunos académicos, en particular algunos antropólogos, restringieron el uso del género al sistema de parentesco (centrándose en el hogar y la familia

como bases de la organización social). Necesitamos una visión más amplia que incluya no sólo el parentesco sino también (especialmente en el caso de las modernas y complejas sociedades) el mercado de trabajo (un mercado de trabajo donde impere la segregación sexual forma parte del proceso de la construcción del género), la educación (todas las instituciones masculinas, no mixtas o mixtas forman parte del mismo proceso), y el régimen gubernamental (el sufragio masculino universal interviene en el proceso de construcción del género). No tiene mucho sentido limitar estas instituciones a una utilidad funcional dentro del sistema de parentesco, o bien argumentar que las relaciones contemporáneas entre hombres y mujeres son artefactos de sistemas de parentescos más antiguos, basados en el intercambio de las mujeres.[36] El género se construye a través del parentesco, pero no exclusivamente a través de éste; también se construye a través de la organización económica y política, la cual opera, al menos en nuestra sociedad actual, de forma muy independiente respecto al sistema de parentesco.

El cuarto aspecto del género es la identidad subjetiva. Estoy de acuerdo con la formulación de la antropóloga Gayle Rubin, según la cual el psicoanálisis ofrece una importante teoría sobre la reproducción del género, una descripción de "la transformación de la sexualidad biológica de los individuos en proceso de culturización".[37] Pero la declaración universal del psicoanálisis me hace vacilar. Aunque la teoría lacaniana sea útil para pensar la construcción de la identidad de género, los historiadores necesitan trabajar de una forma más histórica. Si la identidad de género se basara única y universalmente en el miedo a la castración, se negaría la cuestión de la investigación histórica. Por otra parte, los hombres y mujeres reales no satisfacen siempre, ni literalmente, los términos de las prescripciones de su sociedad ni de nuestras categorías analíticas. En vez de esto, los historiadores necesitan examinar las formas en que se construyen sustancialmente las identidades de género, y relatar sus hallazgos a través de una serie de actividades, organizaciones sociales y representaciones histórico-culturales específicas. Hasta ahora, los mejores esfuerzos que se han hecho en este campo han sido, sin sorpresa alguna, las biografías: la interpretación de Biddy Martin sobre Lou Andreas Salomé, la representación de Kathryn Sklar sobre Catharine Beecher, la vida de Jacqueline Hall por Jessie Daniel Ames y la discusión de Mary A. Hill sobre Charlotte Perkins Gilman.[38] También son posibles los tratamientos colectivos, como han mostrado Mrinalina Sinha y Lou Ratté en sus respectivos estudios sobre los términos de la construcción de la identidad de género en los administradores coloniales

británicos en la India, y en los hindúes de educación británica, antiimperialistas y líderes nacionalistas.[39]

En consecuencia, la primera parte de mi definición de género consiste en todos estos cuatro elementos, ninguno de los cuales resulta operativo sin los demás. Y aún no operan al mismo tiempo, reflejándose simplemente uno en los otros. En realidad, una pregunta de investigación histórica sería: ¿cuáles son las relaciones entre los cuatro aspectos? El esquema que he presentado sobre el proceso de construcción de las relaciones de género puede ser utilizado para discutir sobre la clase, la raza, la etnicidad o sobre cualquier otro proceso social. Con ello pretendía clarificar y especificar cómo uno necesita pensar sobre el efecto del género en las relaciones sociales e institucionales, porque esta reflexión a menudo carece de precisión o sistematicidad. La teorización sobre el género la he desarrollado en mi segunda propuesta: el género es una forma primaria de las relaciones simbólicas de poder. Sería mejor decir que el género es un campo primario dentro del cual, o por medio del cual, se articula el poder. El género no es el único campo, pero parece que ha sido una forma persistente y recurrente que ha hecho posible la significación del poder en occidente, en la tradición judeocristiana y en la islámica. Como tal, esta parte de la definición da la impresión de pertenecer a la sección normativa del argumento, aunque no sea así, por los conceptos de poder, que aunque se construyan a partir del género no siempre tratan literalmente del género en sí mismo. El sociólogo francés Pierre Bourdieu escribió acerca de cómo la "división del mundo", basada en referencias a "las diferencias biológicas y especialmente en aquellas que se refieren a la división del trabajo de la procreación y reproducción", opera como "las que están mejor fundadas en ilusiones colectivas". Los conceptos sobre el género, establecidos como objetivos o un conjunto de referencias, estructuran la percepción y la organización concreta y simbólica del conjunto de la vida social.[40] Y el género queda implicado en la concepción y construcción del poder en sí mismo, en la medida en que tales referencias establecen unas determinadas distribuciones de poder (el control diferencial sobre los recursos materiales o simbólicos y el acceso a ellos). El antropólogo francés Maurice Godelier así lo ha formulado:

> No es la sexualidad lo que preocupa a la sociedad, sino la sociedad la que es preocupante para la sexualidad del cuerpo. Se apela continuamente a la relación de las diferencias sexuales entre los cuerpos como un testimonio de las relaciones y fenómenos sociales que nada tienen que ver con la sexualidad. No sólo como

testimonio de éstos, sino también como testimonio para éstos; en otras palabras, como una legitimación de tales diferencias.[41]

La función legitimizadora del género opera en muchos sentidos. Por ejemplo, Bourdieu demostró cómo en algunas culturas la explotación agrícola se organizaba según unas ideas de tiempo y estación que dependían de las definiciones específicas de la oposición entre lo masculino y lo femenino. Gayatri Spivak ha realizado un profundo análisis sobre los usos del género y del colonialismo en algunos textos de escritoras británicas y americanas.[42] Natalie Davis ha demostrado cómo los conceptos de lo masculino y lo femenino estaban en relación con la comprensión y las críticas de los roles del orden social en los comienzos de la Francia moderna.[43] La historiadora Caroline Walker Bynum arrojó nueva luz sobre la espiritualidad medieval al prestar atención a las relaciones entre los conceptos de lo masculino y lo femenino y el comportamiento religioso. Su obra nos aporta valiosas ideas sobre las formas en que estos conceptos sirvieron a la política de las instituciones monásticas así como a los creyentes individuales.[44] Los historiadores del arte abrieron un nuevo territorio al leer las implicaciones sociales a partir de las representaciones literales de mujeres y hombres.[45] Estas interpretaciones están basadas en la idea de que los lenguajes conceptuales se sirven de la diferenciación para establecer el sentido, y que la diferencia sexual es una vía primaria de diferenciación simbólica.[46] Por consiguiente, el género proporciona una vía de descodificación del sentido y de comprensión de las complejas conexiones entre varias formas de interacción humana. Cuando los historiadores buscan aquellas formas en que el concepto de género legitimiza y construye las relaciones sociales, están desarrollando ideas sobre la naturaleza recíproca del género y la sociedad, y sobre las formas particulares y específicamente contextuales en que la política construye al género y el género a la política.

La política es sólo uno de los campos en que el género puede ser utilizado para el análisis histórico. He elegido los siguientes ejemplos referidos a la política y al poder en su sentido más tradicional, es decir, en su sentido de pertenencia al gobierno y a la nación-estado, por dos razones. La primera, porque el territorio está virtualmente inexplorado ya que el género ha sido considerado como la antítesis de los asuntos reales en el campo de la política. La segunda, la historia política —y aún el modo dominante de investigación histórica— ha sido un reducto de resistencia frente a la inclusión del material o incluso de las cuestiones sobre mujeres y género.

El género ha sido literal o analógicamente utilizado en la teoría política para justificar o criticar el reinado de los monarcas, y para expresar la relación entre el gobernante y los gobernados. Uno podría haber esperado que los debates de los contemporáneos sobre los reinados de Elizabeth I en Inglaterra y de Catalina de Médicis en Francia insistieran en la cuestión de la conveniencia de las mujeres en la función política, pero en el periodo en que la realeza y el parentesco eran completamente afines, las discusiones sobre los reyes hombres manifestaban la misma preocupación por la masculinidad y la feminidad.[47] Las analogías relativas a la relación marital estructuran los argumentos de Jean Bodin, Robert Filmer y John Locke. El ataque de Edmund Burke a la Revolución francesa está construido en torno al contraste entre los brujos siniestros y homicidas *sans culotte* ("las furias del infierno, en la forma abusiva de la mujer más repugnante") y la dulce femineidad de María Antonieta, que logró escapar de la multitud y "buscar refugio a los pies de su rey y marido", y cuya belleza inspiró el orgullo nacional. (Burke escribió en referencia al papel que se asignaba a lo femenino en el orden político: "Para que nos hagan amar a nuestro país, nuestro país debe ser encantador".)[48] Pero no siempre existe una analogía con el matrimonio ni con la heterosexualidad. En la teoría política medieval islámica, los símbolos del poder político aludían muy a menudo al sexo entre un hombre y un joven, y sugerían no sólo unas formas de sexualidad aceptable, semejantes a aquellas que describió Foucault en su último trabajo sobre la Grecia clásica, sino también la irrelevancia de las mujeres respecto a una determinada idea de la política y la vida pública.[49]

Para que este último comentario no dé a entender que la teoría política es el simple reflejo de la organización social, parece importante destacar que los cambios en las relaciones de género pueden desencadenarse por las opiniones sobre las necesidades del Estado. Un ejemplo muy llamativo es el argumento que esgrimió Louis de Bonald en 1816 sobre las razones por las cuales se debía abolir la legislación sobre el divorcio de la Revolución francesa:

> Tal como la democracia política "permite al pueblo, la parte débil de la sociedad política, levantarse contra el poder establecido", así el divorcio, "auténtica democracia doméstica", permite a la mujer, "la parte débil, rebelarse contra la autoridad marital... Con el objeto de evitar que el Estado caiga en manos del pueblo, es necesario evitar que la familia caiga en las manos de las esposas y los hijos".[50]

Bonald empieza con una analogía y luego establece una correspondencia directa entre divorcio y democracia. Si volvemos a los numerosos argumentos iniciales sobre la familia bien ordenada como fundamento del Estado bien ordenado, la legislación que llevó a la práctica este punto de vista definió de nuevo los límites de la relación marital. De igual modo, en nuestra época, los ideólogos políticos conservadores quisieran hacer aprobar una serie de leyes acerca de la organización y del comportamiento de la familia que alterarían las prácticas comunes. Si bien se ha destacado la conexión entre los regímenes autoritarios y el control de las mujeres, ésta no se ha estudiado a fondo. Si en el momento crucial de la hegemonía jacobina, durante la Revolución francesa, si en el momento en que Stalin intentó controlar la autoridad, si cuando se implantó la policía nazi en Alemania, o cuando triunfó del Ayatollah Jomeini en Irán, las normativas emergentes legitimizaron la dominación, la fuerza, la autoridad central y el poder imperante como un poder masculino (enemigos, forasteros, subversivos, la debilidad como algo femenino) y trasladaron literalmente este código a las leyes (impidiendo la participación de las mujeres en la política, ilegalizando el aborto, prohibiendo que las madres ganaran un salario, imponiendo unos códigos vestimentarios a las mujeres) entonces todo ello contribuyó a poner a las mujeres en el lugar en que ahora están.[51] Estas acciones y la época en que se manifestaron tienen poco sentido en sí; en muchos casos, el Estado no tiene nada inmediato ni material que ganar con el control de las mujeres. Las acciones solamente pueden tener sentido como parte del análisis de la construcción y consolidación del poder. En cuanto a la política dirigida a las mujeres, fue tomando forma una declaración de control, o de fuerza sobre ellas. En estos ejemplos, la diferencia sexual fue concebida en términos de dominación o control de las mujeres. Estos ejemplos nos dan una visión de los tipos de relaciones de poder construidos en la historia moderna, pero este particular tipo de relación no es un tema político universal. Por ejemplo, los regímenes democráticos del siglo XX también han construido, aunque de distintas formas, sus ideologías políticas con los conceptos de género, que luego trasladaron a la política. El Estado de bienestar, por ejemplo, demostró su paternalismo proteccionista en las leyes destinadas a las mujeres y a los niños.[52] Desde un punto de vista histórico, algunos movimientos socialistas y anarquistas rechazaron completamente las metáforas de la dominación, y criticaron a regímenes concretos o a organizaciones sociales en lo referente a las transformaciones de las identidades de género. Los socialistas utópicos en Francia e Inglaterra en las décadas de 1830 y 1840

concibieron sus sueños de un futuro armonioso basándose en las naturalezas complementarias de los individuos, como se ejemplifica en los sindicatos de hombres y mujeres con "el individuo social".[53] Los anarquistas europeos fueron muy conocidos, no sólo por rechazar las convenciones del matrimonio burgués sino también por su visión de un mundo en el cual la diferencia sexual no implicaba una jerarquía.

Estos ejemplos muestran las conexiones explícitas entre género y poder, pero sólo son una parte de mi definición de género como un paso previo a las relaciones simbólicas de poder. Muy a menudo la atención que se presta al género no es explícita, pero no deja de ser un componente crucial de la organización de la igualdad o la desigualdad. Las estructuras jerárquicas dependen de las comprensiones generalizadas de las llamadas relaciones naturales entre hombre y mujer. En el siglo XIX, el concepto de clase dependía del género para su articulación. Mientras en Francia los reformistas de clase media describían a los obreros en términos codificados como femeninos (subordinados, débiles, explotados sexualmente como prostitutas), los líderes laboristas y socialistas replicaron insistiendo en la posición masculina de la clase obrera (productores, fuertes, protectores de sus mujeres e hijos). Los términos de este discurso no trataban explícitamente del género, pero contenían sólidas referencias a éste. La codificación "genérica" de ciertos términos estableció y "naturalizó" sus significados. En este proceso, específico desde un punto de vista histórico, las definiciones normativas del género (que se tomaron por dadas) se reprodujeron e incrustaron en la cultura de la clase obrera francesa.[54]

El tema de la guerra, la diplomacia y la alta política surge normalmente cuando los historiadores políticos tradicionales cuestionan la utilidad del género en su trabajo. Pero aquí también necesitamos mirar más allá de los actores y del significado literal de sus palabras. Las relaciones de poder entre las naciones y el estatus de sujetos coloniales se volvió comprensible (y, por consiguiente, se legitimizó) en términos de relaciones entre mujer y hombre. La legitimización de la guerra —el hecho de truncar vidas jóvenes para proteger al Estado— se manifestó de formas muy variadas, a través de llamamientos específicos a la hombría (por la necesidad de defender la vulnerabilidad de las mujeres y los niños), de una dependencia implícita en la creencia en el deber de los hijos de servir a sus líderes o a su padre o rey, y de asociaciones entre la masculinidad y la fuerza nacional.[55] La misma alta política es un concepto de género porque establece su importancia crucial y su poder público, las razones para la existencia de esta alta autoridad y el

hecho de su existencia, precisamente excluyendo a las mujeres de este trabajo. El género es una de las referencias recurrentes a través de las cuales el poder político ha sido concebido, legitimado y criticado. El género se refiere a la oposición hombre/mujer, pero al mismo tiempo también establece el significado de ésta. Para reivindicar el poder político, la referencia debe parecer segura y fija, fuera de cualquier construcción humana, y debe formar parte del orden natural o divino. En este sentido, la oposición binaria y el proceso social de las relaciones de género pasan a formar parte del significado del propio poder; y el hecho de cuestionar o alterar algún aspecto del mismo representa una amenaza para el conjunto del sistema.

Si las significaciones de género y poder se construyen la una a la otra, ¿cómo hacen las cosas para cambiar? La respuesta, en un sentido general, es que el cambio puede comenzar en muchos lugares. Los masivos disturbios políticos que sumen en el caos a los antiguos órdenes e implantan otros nuevos podrían revisar los términos (y la organización) del género en busca de nuevas formas de legitimización. Pero en realidad no pueden; las viejas ideas sobre el género también han servido para ratificar a los nuevos regímenes.[56] Las crisis demográficas, ocasionadas por la escasez de comida, las plagas o las guerras, podrían haber originado un cuestionamiento sobre las visiones normativas del matrimonio heterosexual (como ocurrió en varios círculos y países en la década de los años veinte), pero lo que han hecho ha sido generar políticas en pro de la natalidad, políticas que insisten en la importancia exclusiva de las funciones maternales y reproductivas de las mujeres.[57] El cambio de las pautas de empleo puede conducir a estrategias maritales alteradas y a diferentes posibilidades de construcción de la subjetividad, pero este cambio también puede tomarse como una posibilidad, para las obedientes hijas y madres, de llevar a cabo nuevas actividades.[58] El surgimiento de nuevos símbolos culturales puede hacer posible la reinterpretación y, por supuesto, la reescritura de la historia edípica, pero también puede servir para reinscribir este drama terrible en términos incluso más reveladores. Los procesos políticos determinarán qué resultados van a prevalecer; me refiero a procesos políticos en el sentido en que los diferentes actores y los diferentes significados están luchando unos contra otros por el control. La naturaleza de este proceso, de los actores y de sus acciones, sólo puede determinarse específicamente dentro del contexto de su espacio y tiempo. Sólo podremos escribir la historia de este proceso si admitimos que "hombre" y "mujer" son categorías vacías y a punto de desbordar. Vacías porque no tienen un significado fundamental ni trascendente; y a punto de

desbordar porque aunque den la impresión de ser categorías fijas, contienen aún en su interior definiciones alternativas, desmentidas o suprimidas.

En cierto sentido, la historia política tiene una representación en el campo del género. Este campo parece fijo, establecido, aunque su significado sea discutido y cambie continuamente. Si tratamos la oposición entre hombre y mujer como algo problemático, en lugar de ser algo conocido de antemano, como algo definido contextualmente y construido de forma repetitiva, entonces debemos preguntarnos en todo momento no sólo qué está en juego en las proclamaciones o debates que apelan al género para explicar o justificar sus posiciones, sino también de qué manera se invocan y reinscriben las interpretaciones implícitas del género. ¿Cuál es la relación entre las leyes sobre las mujeres y el poder del Estado? ¿Por qué (y desde cuándo) las mujeres han sido invisibles como sujetos históricos, cuando nosotros sabemos que participaron en los pequeños y grandes acontecimientos de la historia humana? ¿Ha legitimado el género el surgimiento de las carreras profesionales?[59] Y ahora cito el título de un reciente artículo de la feminista francesa Luce Irigaray ¿el sujeto científico es sexuado?[60] ¿Qué relación hay entre la política del Estado y el descubrimiento del crimen de la homosexualidad?[61] ¿Cómo han incorporado las instituciones sociales el género en sus premisas y organizaciones? ¿Han existido siempre unos conceptos de género genuinamente igualitarios respecto al sistema político que proyectaban o construían?

La investigación de estas preguntas dará paso a una historia que aportará nuevas perspectivas a las viejas preguntas (por ejemplo, acerca de cómo se impone la función política o cuál es el impacto de la guerra en la sociedad), que volverán a plantear las viejas preguntas de siempre en otros términos (por ejemplo, introduciendo consideraciones acerca de la familia y la sexualidad, o del estudio de la economía o la guerra), que hará visibles a las mujeres como participantes activos y creará una distancia analítica entre el lenguaje del pasado, supuestamente preestablecido, y nuestra propia terminología. Además, esta nueva historia dejará abiertas las posibilidades de pensar en las actuales estrategias políticas feministas y el futuro utópico, porque apunta a que el género sea redefinido y reestructurado conjuntamente con una visión de igualdad política y social, que no sólo incluya al sexo sino también a la clase y la raza.

Segunda Parte

GÉNERO Y CLASE

III. SOBRE LENGUAJE, GÉNERO E HISTORIA DE LA CLASE OBRERA*

EN ESTE ensayo intento plantear un problema que me parece cada vez más obvio y que parece resistirse tenazmente a una solución fácil. Este problema es el que se enfrenta desde la historia feminista al intentar restaurar a las mujeres como sujetos, y al género como una categoría analítica dentro de las prácticas de la historia del trabajo. Si las mujeres, en tanto que sujetos, han aumentado visiblemente, las cuestiones que plantea la historia de las mujeres permanecen torpemente conectadas con las preocupaciones principales de este campo. Y el género no se ha tomado seriamente en consideración en cuanto a sus posibles aportaciones a una importante reconceptualización de la historia del trabajo. Algunas historiadoras feministas (incluida yo misma) han visto con un prudente optimismo el creciente interés de sus colegas por las teorías del lenguaje. Estas teorías (contenidas en los escritos de autores posestructuralistas y de antropólogos culturales), mejor dicho, esas teorías epistemológicas, ofrecen una forma de pensar sobre la manera en que la gente construye el sentido, sobre cómo la diferencia (y, por consiguiente, la diferencia sexual) opera en la construcción del sentido, y sobre cómo la complejidad de los usos contextuales abre el camino a nuevos cambios en el campo del sentido.

Estas teorías son potencialmente muy utilizables en la conceptualización del género y en la reconceptualización de la práctica histórica. Y aún así, la mayoría de ellas no se han empleado en este sentido. En vez de eso, dichas teorías se han aplicado superficialmente, lo que ha dado lugar a frus-

* Este ensayo se basa en un artículo que se publicó originalmente en la revista *International Labor and Working Class History* (1987) 31:1-13. El ensayo sufrió revisiones y añadiduras para dar respuesta a los comentarios de Brian Palmer, Anson Rabinbach y Christine Stansell (que fueron publicados en el mismo número de la revista). En esta versión incluyo además algunos extractos de mi respuesta posterior a dichos comentarios (1987) 32:39-45. El texto se reproduce con el consentimiento de la University of Illinois Press, titular de los derechos. Estoy muy agradecida con Palmer, Rabinbach y Stansell quienes señalaron algunos problemas de la versión original, problemas que acaso no han sido corregidos a su entera satisfacción. Agradezco muy especialmente las sugerencias de Denise Riley y Eliott Shore que contribuyeron a mejorar notablemente el argumento principal.

tración en algunas historiadoras feministas, cuando no a pesimismo sobre el tipo de cambios que podemos esperar de la historia del trabajo. La reciente ola de artículos de historiadores del trabajo sobre el "lenguaje" es una prueba de ello, porque reduce este importante concepto al estudio de las palabras.[1] Las palabras, cuando se toman por su valor externo, como enunciados literales, se convierten en un dato más que colectar, y se pierde la idea de construcción del sentido como una forma compleja de comprensión e interpretación del mundo. Con la pérdida de la interpretación del sentido, también desaparecen la importancia y la utilidad de pensar sobre la historia del trabajo en términos de género. Nos han dejado con estudios aislados sobre las mujeres y sobre las palabras, que pueden constituir nuevos materiales pero que por sí mismos nunca transformarán la forma en que nosotros pensamos la historia que escribimos.

Entre los historiadores del trabajo, la atención que se presta al lenguaje está al orden del día. Palabras como discurso y retórica aparecen cada vez con más frecuencia en las revistas y libros, y los análisis sobre las ideologías han adquirido una renovada preeminencia. Y como los historiadores resisten las demoledoras críticas que les dirigen los escritores posestructuralistas sobre sus prácticas (quizá como parte de la resistencia) aquellos han acabado por apropiarse de la terminología que emplean sus críticos. En consecuencia, "lenguaje", "discurso", "simbólico" y "deconstruir" aparecen de repente en las conversaciones históricas comunes, despojadas de las aterradoras consecuencias relativistas que tales términos tienen en los escritos de Saussure, Foucault, Lacan, Althusser, Barthes o Derrida. Esta transformación del sentido, que tan fácilmente se ha dado por la nueva colocación de las palabras en campos discursivos diferentes, debería darnos una lección sobre las dificultades de establecer definiciones claras y estables y, por consiguiente, de analizar las operaciones de los sistemas lingüísticos, pero no sucede así. En vez de eso, el lenguaje se ha convertido en otro elemento susceptible de ser investigado, y las palabras en una especie de datos que deben recolectarse. El hecho de estudiar el lenguaje debería permitir que salieran a la luz cuestiones familiares. Algunos historiadores han cuestionado por eso el estatus de las categorías de clase o experiencia como fenómenos transparentes, reales, no mediatizados. Pero las operaciones del sentido permanecen notablemente fuera de todo problema en sus usos y, como resultado, el lenguaje pierde su interés teórico y su fuerza analítica.

Volveré más adelante sobre este punto, pero primero quisiera introducir el segundo tema que está en relación con el anterior.

En el campo de la historia del trabajo, la atención que se ha prestado al género ha adquirido cierta legitimidad, aunque no tenga nada del estatus tan a la moda del lenguaje. Algunos historiadores del trabajo, reaccionando con un tipo de mentalidad de frente-popular, colocan ahora el género (junto con la raza) en la lista de variables que reconocen como importantes pero que no tienen tiempo de estudiar. La clase, después de todo, sigue siendo la cuestión que realmente cuenta. Otros historiadores, que rechazan el género como una categoría útil, se refieren a las mujeres (o bien destacan su ausencia o exclusión) con un gesto de compasión o solidaridad, pero les prestan muy poco interés o atención. Sin embargo, la mayoría ignora por completo al género e insiste en que, o bien está ausente de sus fuentes de información, o que (desafortunadamente) las mujeres tuvieron un papel menor en la política de la clase obrera que importaba. Mujeres y niños podrían aparecer en las discusiones sobre la vida familiar de la clase obrera, porque aquí son actores visibles, cumpliendo diferentes roles sociales, fácilmente discernibles. En este sentido, el género es equiparado y, desde ahora, reducido a un conjunto de categorías sociales autoevidentes (los roles que tenían hombres y mujeres) y no tiene un efecto crítico sobre la forma en que se concibe la historia del trabajo. Por ejemplo, mientras las ideas sobre el "lenguaje" permitieron a los historiadores propugnar por un cambio epistemológico más importante, el "género" no tuvo tal efecto en sus concepciones de política o clase.

En su mayoría, los historiadores del trabajo parecen bastante dispuestos a dejar que las mujeres escriban la historia de las mujeres, y normalmente apoyan e incluso animan a sus estudiantes y colegas mujeres. La reacción antifeminista, tan violenta en algunos sectores de la profesión histórica (a los que los historiadores feministas denuncian vehemente y apasionadamente como fanáticos e ideólogos, como elementos subversivos de los cánones supuestamente intemporales y de las verdades establecidas) es menos visible entre los historiadores del trabajo.[2] De todos modos, la atención tan poco entusiasta hacia el género es desalentadora, porque el hecho de relegar una concepción, potencialmente radical, a la descripción de una serie de roles sociales, desvirtúa el interés teórico y la fuerza analítica que la historia feminista podría tener.

En este ensayo tengo el propósito de argumentar que existe una conexión entre el estudio del lenguaje y el estudio del género siempre que los dos se definan cuidadosamente. También sostengo que algunas teorías epistemológicas, al proporcionar a los historiadores una manera de analizar la forma

en que opera la representación del género en la construcción del significado social y político, nos proporcionan al mismo tiempo la posibilidad de replantear nuestra comprensión del lugar que ocupa el género en la historia, es decir, de entender las operaciones de diferencia sexual en la formación de la clase obrera. Por "lenguaje" entiendo no sólo las simples palabras en su uso literal, sino la creación del sentido a través de la diferenciación. Por "género" quiero decir no sólo los simples roles sociales de hombres y mujeres sino la articulación, en contextos específicos, de la comprensión social de la diferencia sexual. Si el sentido se construye en términos de diferencia (al distinguir explícita o implícitamente algo que es de algo que no es), entonces la diferencia sexual (variable histórica y culturalmente, aunque parezca que sea estable e irrefutable por su referencia a los cuerpos naturales y físicos) es una forma importante de especificar o establecer el sentido. Así, mi argumento es el siguiente: si nos ocupamos de las formas en que el lenguaje construye el sentido, estaremos en una buena posición para encontrar al género. Especialmente inevitables son las conexiones entre lenguaje y género que se desarrollaron en Europa occidental y en los Estados Unidos en los siglos XIX y XX (estos son los lugares y periodos con los que estoy más familiarizada, los cuales son objeto de estudio para la mayoría de historiadores del trabajo). Asimismo, las conexiones son inevitables porque fue precisamente en este periodo cuando el género se articuló como una cuestión problemática.

¿Cómo se las han arreglado entonces los historiadores para ignorar tales conexiones durante tanto tiempo? Si echamos una ojeada a *Lenguajes de clase* (Languages of Class), de Gareth Stedman Jones, especialmente a su "Introducción" y al largo ensayo titulado *Rethinking Chartism* (Repensar el cartismo) probablemente saquemos algunos elementos para elaborar una respuesta.[3] Elegí a Stedman Jones no porque su trabajo sea malo sino porque es muy bueno. Creo que presenta una de las mejores y más esclarecedoras discusiones que se hayan escrito hasta ahora sobre los usos del lenguaje en los historiadores del trabajo, y por esta razón ha provocado una estimulante renovación del pensamiento en este campo. Aun así, el insuficiente dominio que tiene de las teorías que aplica limita su trabajo en los niveles metodológico y conceptual; sería una pena que éste se convirtiera en el "nuevo" enfoque de la historia del trabajo, porque se queda muy corto respecto a la promesa radical que la teoría posestructuralista nos ofrece y porque perpetuaría el estatus marginal de la investigación feminista en el campo de la historia del trabajo.

I

El llamamiento teórico del *(Rethinking Chartism)* Repensar el cartismo —con el que estoy de acuerdo— proclama que las formaciones, intereses y posiciones estructurales de los miembros del movimiento no pueden explicar su aparición ni su declive. Según Stedman Jones, sus miembros no pretenden implantar unas líneas de investigación basadas en la causalidad social, ya que afirman que no existe una realidad fuera del lenguaje o previa a éste. Por eso, para ellos la clase no es algo que predetermine la conciencia de clase o que se refleje en ella; más bien es algo "construido e inscrito dentro de un complejo retórico de asociaciones metafóricas, inferencias causales y construcciones imaginativas" (p. 102). La clase y la conciencia de clase son la misma cosa: articulaciones políticas que permiten llevar a cabo e imponer un modelo coherente de análisis de los acontecimientos y actividades de la vida cotidiana. Aunque la retórica de la clase apela a la "experiencia" objetiva de los trabajadores, de hecho tal experiencia sólo existe a través de su organización conceptual; lo que cuenta como experiencia no puede establecerse mediante la recolección empírica de datos sino mediante el análisis de los términos de la definición ofrecida en el discurso político (del Estado, los empresarios, los movimientos políticos diferenciados, etc.). Las categorías a las cuales pertenecen estos datos empíricos no son entidades objetivas sino unas determinadas formas de percibir o comprender, de asignar importancia o significado a los fenómenos o acontecimientos. Así, los orígenes de la clase deben buscarse no en las condiciones materiales objetivas, no en la conciencia que supuestamente debería ser el reflejo de tales condiciones, sino en el lenguaje de la lucha política. "No ha habido una conciencia (o ideología) que haya dado lugar a la política, sino una política que ha dado lugar a la conciencia" (p. 19).

Este presupuesto filosófico condujo a Stedman Jones a redefinir la naturaleza del propio cartismo —que por encima de todo era un movimiento político— y a proponer una nueva manera de estudiarlo, como un lenguaje que proporciona una definición interpretativa para la experiencia dentro de la cual esta acción puede organizarse. Prácticamente, esto significaba revisar lo que la gente había dicho o escrito, pero sin presuponer que la realidad externa de la clase fuera la explicación de esas palabras. El ensayo de Stedman Jones intenta ilustrar su método. Es una lectura cuidadosa de los "términos y propuestas" (p. 21) que descubren el linaje (radical) del pensamiento car-

tista, aunque ésta revele una lucha real por definir las líneas de afiliación y de oposición del movimiento, aparte de "otorgar a la política su importancia intrínseca" (p. 21), pero sólo de la forma más literal.

El ensayo de Stedman Jones fusiona dos definiciones distintas de la política: una de ellas pone la etiqueta de política a cualquier lucha por el poder, en la cual se crean identidades como la de clase; la otra caracteriza como política (o político) los objetivos de un movimiento colectivo encaminados a conseguir su participación formal en el gobierno o en el Estado. La primera definición es, con mucho, la más radical, porque contiene la concepción no referencial que Stedman Jones aprueba en su Introducción. Ésta sugiere que siempre hay una política —en el sentido de la existencia de unas relaciones de poder— en las operaciones del discurso. La segunda definición es esencialmente descriptiva; utiliza el enfoque de la historia intelectual, convencional: establece las continuidades de pensamiento, señala los presupuestos subyacentes en éstas y organiza dentro de una perspectiva coherente las diversas ideas de algunos de sus defensores. Stedman Jones menciona que utiliza la primera definición, pero en su ensayo sobre el cartismo utiliza la segunda. No puede poner en práctica la teoría que asume en su Introducción porque los métodos que emplea para analizar la historia no se lo permiten. En primer lugar, la lectura que hace del término lenguaje es una lectura literal, sin ninguna conciencia acerca de cómo están construidos los textos. En segundo lugar, se inclina por la idea de que el lenguaje refleja una realidad externa a sí mismo, en lugar de ser un elemento constitutivo de esta realidad.

Al equiparar el significado de las palabras como "lenguaje" y al leer los textos literalmente, Stedman Jones encuentra que el cartismo es un movimiento político porque se interesaba en la representación política formal como una solución a los problemas sociales. La clave del cartismo, dice Stedman, consistía en el empleo de un "vocabulario" radical, que importaba palabras e ideas antiguas en el nuevo contexto de principios del siglo XIX. Stedman emplea gran parte del ensayo en demostrar que el mensaje del cartismo era similar al del owenismo, el sindicalismo, y al del socialismo ricardiano del periodo, los cuales entendían el Estado como la última fuente de opresión. El cartismo era un movimiento heterogéneo que incluía en su idea de clase a todos los que no tenían derecho a voto en su idea de clase; en otras palabras, el contenido del mensaje era político, en un sentido formal y literal. Este procedimiento demuestra que la clase era un concepto político, no tanto porque se formulaba mediante un tipo particular de conflicto

(discursivo) sino porque contenía, o bien se refería a ideas políticas (los vestigios del radicalismo inglés). Por otra parte, estas ideas eran "el efecto de" o "una respuesta a" "las medidas legislativas del gobierno wihg" (p. 175). Así, las ideas políticas *reflejaban* cambios en la práctica política y en la postura de aquellos que las adoptaban. Stedman Jones concluye que el surgimiento y la caída del cartismo no puede "ponerse en relación... con los movimientos en el campo de la economía, con las divisiones en el movimiento o con la falta de madurez de una conciencia de clase" sino más bien con "el carácter cambiante del Estado y las políticas de éste, el principal enemigo, de cuyas acciones radicales el cartismo siempre pensó que dependía su credibilidad" (p. 178).

Si bien la expresión "estar en relación con" es claramente ambigua, la conclusión lo es menos. Jones nos da a entender que los historiadores del cartismo han malinterpretado la causalidad histórica del movimiento, porque son las políticas del Estado y no las relaciones de producción las que *determinan* su composición social y objetivos. Ésta es una importante contribución correctiva del determinismo económico reduccionista, pero no representa una transformación importante en cuanto al modo de pensar la historia. Stedman Jones utiliza las teorías del lenguaje, potencialmente más radicales, con un sentido esencialmente conservador, para corregir algunas conclusiones de los historiadores, pero no para hacernos pensar de nuevo cuestiones de fondo. Su análisis se guía menos por la idea de "la materialidad del lenguaje en sí mismo" (p. 20) que por la idea de que la atención que se presta a las palabras que la gente emplea (en lugar de cómo las palabras adquieren y construyen el sentido) nos permite determinar qué realidad es más importante en un contexto histórico particular. La reinterpretación que Stedman hace del cartismo defiende una adecuación entre el vocabulario del movimiento y nuestra descripción del mismo; y en lugar de invertir la dirección de nuestro pensamiento causal, él cambia simplemente la causalidad de la esfera económica hacia la esfera política. Stedman Jones no considera la posibilidad de que las reivindicaciones económicas estén relacionadas con el poder y la política, de que los partidarios del cartismo podrían haber buscado un cambio económico a través de medios políticos, de que sus visiones del poder vincularan la economía con la política. Stedman Jones quiere argumentar que la política cartista no era inherente a las relaciones productivas y que el cartismo estaba implantado en distintos grupos socioeconómicos de la población. En otras palabras, su declaración política creó la identidad de los individuos involucrados en el movimiento. Pero

el literalismo de Stedman Jones lo lleva a negar la posibilidad de que la "clase" formara parte de la identidad política que se había creado. Él rechaza la causalidad económica y la clase cuando, en realidad, hubiera sido más provechoso para su argumento reconocer la clase pero ubicar sus orígenes en la retórica política. Stedman Jones se detiene antes de iniciar una reconceptualización de la historia del cartismo, al tratar el lenguaje sólo como un vehículo de comunicación de ideas en lugar de concebirlo como un sistema de sentido o un proceso de significación.

Para que Stedman Jones alcanzara la promesa radical de la teoría que adopta tendría que tomar en cuenta algunos aspectos que ignora. El primero de estos es la idea de que el lenguaje revela sistemas completos de sentido o de conocimiento, no sólo las ideas que la gente tiene acerca de determinadas cuestiones sino las representaciones y organizaciones que ésta hace del mundo. Esto equivale a decir, con Stedman Jones, que el cartismo no fue un movimiento de clase porque buscó tener participación en el gobierno; es perder la oportunidad de ver el funcionamiento de la política en toda su amplitud, de ver cómo una identidad de clase construyó (y contuvo en sí) una práctica social a través de la cual la gente estableció e interpretó su lugar en el mundo y su relación con los demás, y actuó en consecuencia. Las relaciones con los demás —de subordinación o dominio, de igualdad o jerarquía— constituyeron una forma de organización social. El problema se plantea, en parte, por el mismo empleo de la palabra "lenguaje", porque de algún modo esta palabra reduce la idea del sentido a los enunciados instrumentales —las palabras que la gente dice a los demás— en lugar de transmitir la idea de que el sentido es el conjunto de las pautas y relaciones que constituyen la comprensión o bien un sistema cultural. La confusión de Stedman Jones también tiene su origen en el empleo del término "clase" como una categoría objetiva del análisis social, en vez de considerarla una identidad creada histórica y contextualmente.

El segundo aspecto relacionado con esta teoría que Stedman Jones pasa por alto la forma en que se construye el sentido es a través de la diferenciación. Él presupone cierto tipo de cualidad unidimensional del lenguaje, esto es, que las palabras tienen una definición compartida y estable en todos los contextos (un vocabulario) a través del cual se da la comunicación. Aun así, los teóricos en los cuales se inspira (cita a Saussure) sostuvieron que las palabras adquirían sentido mediante los contrastes implícitos o explícitos que se establecían en contextos determinados (o discursos). No se puede leer a Foucault (otra presencia, aunque implícita, en la obra de Stedman Jones)

sin comprender que el sentido es multidimensional, que se establece de forma relacional, que se dirige a más de un destinatario, que se estructura en un campo (discursivo) ya existente, y que establece al mismo tiempo nuevos campos. Las definiciones positivas dependen de las negativas; de hecho, su existencia implica descartar a estas últimas. Este tipo de interdependencia se ramifica más allá de las definiciones literales, porque implica otros conceptos, otras relaciones en cualquier uso particular (por ejemplo, los teóricos políticos del siglo XVII hicieron analogías entre los contratos de matrimonio y los contratos sociales, lo cual repercutió en la comprensión que tenían las personas de ambos; y los socialistas del siglo XIX describieron la explotación capitalista de los trabajadores como un tipo de prostitución, por eso entrelazaron las esferas económica y sexual). El sentido se desarrolla de forma relacional y diferenciada, y así se constituyen las relaciones. En consecuencia, para aplicar esto al tema de Stedman Jones, uno podría esperar que la categoría de la clase obrera dependiera no sólo de antítesis (capitalistas, aristócratas) sino de inclusiones (los trabajadores asalariados, los no representados) y exclusiones (aquellos que carecen de propiedades, en su trabajo, las mujeres y los niños). La categoría universal de clase, como la categoría universal de obrero, consolidó su universalidad a través de una serie de oposiciones. Creo que el objetivo de la lectura del cartismo desde esta perspectiva no consiste en reducirlo tajantemente a una lucha política formal o a una estrategia particular de un grupo organizado, sino en examinar el proceso a través del cual la política cartista construyó la identidad de clase.

Es cuando analizamos el proceso de formación del sentido que el género comienza a ser importante. Conceptos tales como los de clase se han creado a través de la diferenciación. El género ha proporcionado, históricamente, una forma de articular y naturalizar la diferencia. Si miramos muy de cerca los lenguajes de clase del siglo XIX, veremos que se han construido con términos referidos a la diferencia sexual y en esos mismos términos. En estas referencias, la diferencia sexual se invoca como un fenómeno natural; y como tal disfruta de un estatus privilegiado, sin estar sujeto aparentemente a cuestionamientos ni críticas. Fue difícil criticar la diferencia sexual y desafiar la autoridad de un hecho que en apariencia era natural y no una construcción social. El género está tan implicado en los conceptos de clase que no hay forma de analizar a uno sin el otro. No podemos analizar la política separándola del género, la sexualidad y la familia porque no estamos hablando de compartimentos de la vida sino de sistemas relacionados

discursivamente; y es el lenguaje lo que hace posible el estudio de sus interrelaciones. Al tiempo que los cartistas expusieron su programa, también presentaron los términos de una identidad política colectiva. Esta identidad dependía de una serie de diferenciaciones —inclusiones y exclusiones, comparaciones y contrastes— cuyo sentido estaba basado en la diferencia sexual. Si Stedman Jones hubiera tomado en cuenta la forma en que se había construido el sentido, habría visto *cómo* la categoría de clase que este grupo había desarrollado estaba relacionada con el género. Al fracasar en el intento de ver cómo el sentido depende de la diferenciación, perdió de vista a la clase y al género en su manifestación específica durante el cartismo.

II

¿Cómo pudo haber leído Stedman Jones el cartismo para capturar mejor el proceso por el cual la clase trabajadora fue concebida como tal? Mi respuesta no puede ser más que parcial porque no tengo la totalidad de los textos de los documentos que él cita, ni tampoco puedo afirmar que dispongo de un conocimiento detallado de este campo (puesto que no he realizado ninguna investigación sobre el cartismo). De todos modos, parece útil sugerir que a partir del material que él mismo aporta se podría presentar un enfoque conceptual algo diferente de los lenguajes de clase.

En primer lugar, debemos preguntarnos si la clase, como concepto, aparece en el discurso cartista. El énfasis que pone Stedman Jones en el ascenso y en la caída del movimiento lo mantiene dentro de los límites de una explicación más convencional de la que él quiere emplear y amortigua la significación de sus ideas en cuanto a la comprensión de la forma en que la clase podría ser simbolizada. Por otra parte, al insistir en el impulso político del movimiento popular (y en un momento dado al declarar que éste no fue desplazado al final de la década de 1830 por un "modo de pensar más impregnado de una conciencia de clase", p. 153), Stedman Jones subestima la importancia y la complejidad de la definición de clase que habían elaborado los cartistas, porque ellos sí habían desarrollado una idea de clase. En el material que él cita, es muy evidente la idea de una posición particular, la identidad de las "hombres trabajadores obreras", si bien ésta puede ser antagónica o entrar en cooperación con la de los dueños, la de la clase media, los comerciantes o los aristócratas. Lo que llama la atención es cómo varios oradores luchan con las líneas de distinción que crean contrastes

entre los productores y los ociosos, los trabajadores y los explotadores, los obreros / clase media / aristócratas, los salarios de esclavo y los tiranos, los demócratas honestos y los monopolistas usureros. Se culpaba de casi todas las desigualdades e injusticias al sistema de gobierno, pero no cabe ninguna duda de que la "clase" estaba en un proceso de simbolización, de desarrollo de una forma de organización de la identidad colectiva a través de la proclamación de una "experiencia" compartida en lo económico, lo político y lo social. Creo que las cuestiones que nos interesa preguntar son cómo todos estos contrastes crearon un espacio en el discurso político y social de la identidad de la clase obrera, y cómo era esta visión.

Aquí debemos integrar en el análisis la cuestión del campo o de los campos discursivos. Sería más provechoso ubicar al cartismo en un campo multidimensional, en lugar de argumentar a favor de una continuidad lineal con el radicalismo, porque los movimientos políticos se desarrollan estratégicamente, no lógicamente, improvisando proclamas e incorporando y adaptando varias ideas a su causa particular. Si concebimos tales movimientos como una mezcla de interpretaciones y programas (en lugar de sistemas de pensamiento unificados coherentemente) estaremos cerca no sólo de su modo de funcionamiento sino también de la red de relaciones dentro de la cual éstos se desarrollan. El cartismo hablaba de cuestiones de representación y de derechos políticos, y todo ello se articuló con los debates que condujeron al Acta de Reforma de 1832. El cartismo también participó en muchas discusiones, a veces conflictivas, sobre la industrialización, que fueron asociadas al luddismo, al owenismo, al cooperativismo y a varios movimientos sindicales de principios del siglo XIX (los movimientos sobre los cuales escribe E. P. Thompson en *The Making of English Class* (La formación de la clase obrera en Inglaterra). Estos se comprometieron a su vez con las enseñanzas y las críticas de la economía política y de las reformas sociales. El cartismo habló a través de estos ámbitos, haciendo evolucionar la idea de propiedad en el trabajo para quienes estaban privados del derecho a voto y para otros trabajadores no propietarios.

Los cartistas se colocaban directamente dentro el discurso sobre los derechos naturales (y Stedman Jones tiene mucha razón al decir que la agitación por el Acta de Reforma tenía mucho que ver con la temporalidad del movimiento). Y lo hacían al señalar la afinidad de los electores —como ciudadanos propietarios— con aquellos a quienes ya se había concedido el derecho a voto; Stedman Jones cita la retórica que proyectaba un mundo futuro, democrático, dividido todavía en patrones y empleados para demostrar

que los cartistas no tenían una clara conciencia de clase. Tal razonamiento omite el punto clave porque está enfocado hacia el contenido literal de las palabras en lugar de ver de qué manera se construía el sentido. Stedman Jones intenta probar que el cartismo no refleja las condiciones económicas reales, para ello demuestra que los cartistas no tenían una conciencia de clase y de este modo descarta la forma en que se comprendía de verdad lo que era la clase. Los términos de su debate con los marxistas ingleses superan sus premisas teóricas, hasta el punto en que Stedman Jones intenta demostrar que los cartistas no fueron los precursores de los socialistas contemporáneos. Pero hace demasiadas concesiones a sus oponentes, al tomar su idea de clase como la única posible y al argumentar que la identidad de clase del cartismo era fundamentalmente diferente de lo que los socialistas tardíos etiquetarían como clase. Si uno quiere argumentar que todas las categorías de identidad se han construido políticamente, entonces es más sensato relativizar y representar como un hecho histórico las categorías. No se gana más espacio teórico por reificar la categoría de clase ni por utilizar esta congelada definición como si fuera la única posible.

No sólo el lenguaje de los cartistas estaba exponiendo los términos de la coalición política, sino que éste trabajaba para establecer una similitud o comparación entre los diferentes grupos sociales. El asunto consistía en organizar a los obreros para que éstos pidieran su entrada en el ámbito político, insistiendo en un denominador común a pesar de ciertas diferencias. El denominador común era la propiedad, a pesar de su variada tipología. Los cartistas desarrollaron un aspecto de la teoría de Locke que asociaba la propiedad con el disfrute de los derechos políticos individuales, al declarar que los frutos del trabajo de un individuo o que su fuerza de trabajo constituían por sí mismos una propiedad.[4] Al hacer esto también reconocieron otra similitud con aquellos que ya estaban representados, el hecho de que todos eran hombres. La demanda cartista de un sufragio universal para los hombres reconocía (lo que en efecto ya estaba en los requerimientos del derecho al voto) que sólo los hombres concluían el contrato social y participaban en él; en efecto, la identidad que proclamaban los cartistas junto con aquellos que ya estaban representados era que todos eran titulares propietarios masculinos.[5]

Al mismo tiempo, el cartismo utilizó referencias al género para encontrar un lugar en los debates del movimiento popular y diferenciarse de algunas de sus conexiones, en particular de aquellas que eran expresivas, asociativas y

religiosas. Lo hizo calificando esos movimientos utópicos como "femeninos" y a sí mismo como "masculino" (En este conflicto es muy significativo el hecho de que los utópicos jugaran con el género de una forma bastante diferente; proyectaron un mundo futuro lleno de armonía, en términos de complementariedad de los sexos o de androginia, para lo cual los principios masculino y femenino tenían ambos un valor positivo).[6] Esta diferenciación de género no sólo sirvió para clarificar los objetivos del cartismo sino también para enfatizar su argumento acerca de la eligibilidad de las mujeres obreras en las votaciones.

Quienes discutían la idea de que la clase obrera (y a veces, en esta retórica, "el pueblo") se personificaba en forma masculina, normalmente apuntaban al hecho de que las mujeres participaron en el movimiento y lo apoyaron. Esto es verdad, sin lugar a dudas, pero no contradice el argumento. Mejor dicho, confunde lo masculino-femenino con hombre-mujer; los primeros son un conjunto de referencias simbólicas, los últimos son personas físicas, y aunque exista una relación entre ellos, no son una misma cosa. Lo masculino-femenino sirve para definir cualidades abstractas y características a través de una oposición que se percibe como natural: fuerte-débil, público-privado, racional-expresivo, material-espiritual son algunos ejemplos del código del género en la cultura occidental desde la Ilustración. En estos usos no hay nada que impida a los individuos de ningún sexo aceptar tales definiciones, ni tampoco reinterpretarlas para explicar sus propias situaciones. No fue una contradicción que las mujeres hubieran tenido que soportar un movimiento masculino, más bien fue una afirmación de la particular interpretación del cartismo.[7]

No obstante, la representación genérica de la clase social que ofrecía el cartismo *fue* un factor que tuvo su importancia en las formas en que las mujeres participaron en este movimiento y en las formas en que los programas generales y las políticas se destinaron a ellas. Y probablemente también contribuyó, a largo plazo, en afianzar un concepto de clase que duró mucho tiempo después del declive del cartismo. En primer lugar, no importa hasta cuándo las luchas subrayaron la necesidad de una reorganización de la economía y de una redistribución de la riqueza, puesto que la invocación de los derechos humanos universales se estaba llevando a cabo dentro de la construcción masculina de la propiedad y de una política racionalista. Uno de los resultados de esto fue el empujar hasta la periferia las concepciones alternativas de clase, como aquellas que ofrecían los socialistas utópicos. Otro efecto fue convertir la diferencia sexual en algo invisible.

Después de todo, la clase era presentada como una categoría universal aun cuando fuera una construcción masculina. Como resultado de esto, fue casi inevitable que los hombres fueran los representantes de la clase trabajadora. Así, las mujeres tuvieron dos representaciones posibles. O bien eran un ejemplo específico de la experiencia general de clase y entonces era innecesario darles un tratamiento por separado, porque se suponía que debían estar incluidas en cualquier discusión sobre el conjunto de la clase obrera. O bien las mujeres eran una excepción incómoda, porque declaraban sus necesidades e intereses particulares en detrimento de la política de la clase, se oponían a sus maridos cuando estos utilizaban el dinero del hogar para las cuotas del sindicato, exigían distintos tipos de estrategias en las huelgas e insistían continuamente en las afiliaciones religiosas en una época de socialismo secular. Ambas representaciones se encuentran en la historia de los movimientos obreros y en su historia escrita, y nos ayudan a ubicar las razones de la invisibilidad de las mujeres en la formación de la clase obrera.

La representación masculina de clase también afectó a la definición de los problemas de los trabajadores en el movimiento obrero. Puesto que se consideraba que las mujeres no tenían bienes en el trabajo, era difícil encontrar otra solución que no fuera la de sacar a las mujeres de la mano de obra y ponerlas en las crisis competitivas creadas por algunos oficios masculinos al emplear a mujeres por muy bajos salarios. No fue la falta de imaginación ni el chovinismo masculino lo que impidió una seria defensa de la posición de las mujeres trabajadoras, sino la construcción de una clase que equiparaba la productividad con la masculinidad. Incluso cuando se hicieron intentos por extender los esfuerzos sindicalistas a las mujeres, estos fueron inoportunos y difíciles porque no se veía a las mujeres como actores políticos apropiados capaces de actuar en beneficio de la clase. En vez de eso, se suponía que éstas debían ser representadas por sus hombres. En la década de 1830, la tensión y la ira entre hombres y mujeres obreros, que Sally Alexander ha adscrito a una hostilidad sexual universal y duradera, debe entenderse más bien como un debate acerca de los términos de esta construcción de clase.[8] Cuando comprendamos la construcción de género en la clase obrera habremos conseguido ver bajo una nueva perspectiva los antiguos problemas —la competición de las mujeres, la diferenciación sexual de los niveles y de la organización de las mujeres obreras— problemas importantes no sólo para las mujeres sino para todo el movimiento de la clase obrera.

El lenguaje de clase, tal como lo expresaban los cartistas, coloca a las mujeres (y a los niños) en posiciones auxiliares y dependientes. Si las mujeres se subieron a las plataformas de los oradores, si organizaron boicots al consumo y fundaron sociedades especiales por su lado, lo hicieron bajo los auspicios de los cartistas para pedir el sufragio masculino y así afirmar los derechos a los bienes que les llegaban a través del trabajo de sus hermanos y maridos. Eileen Yeo ha caracterizado la posición de las mujeres cartistas en estos términos:

> Cuando las mujeres cartistas se dirigían al público, se presentaban a sí mismas principalmente en su multifacético papel familiar, como las primeras personas tiernas de la familia, como contribuyentes al salario familiar y como auxiliares que pedían el voto para sus parientes masculinos, en un intento por ayudar a toda la familia.[9]

Esto implicaba que el bienestar de las mujeres quedaría incluido en el de los hombres, que las actividades consumidoras y el cuidado de los niños eran las tareas primarias de las mujeres, y que a pesar de ser públicas y políticas, estas actividades tuvieron un estatus diferente al del trabajo asalariado de los hombres. La construcción masculina de la clase supuso una división familiar del trabajo (según el género); y ésta reprodujo lo que para algunos era considerado natural y lo hizo no menos significativo.

Por supuesto, las divisiones sexuales del trabajo no son ni naturales ni inmutables, y el hecho de que se etiquetara a los hombres como los únicos miembros con bienes en las familias no era aceptado por todos los grupos en este periodo. Otros arreglos bastante diferentes se proyectaron en los escritos de algunos socialistas y religiosos utópicos. La década de 1830 fue un momento de cambios continuos y experimentación; las líneas de afiliación social se volvieron a dibujar y —tal como lo sugieren algunos de los esquemas de los utópicos más furibundos— ninguna posibilidad imaginativa se dejó de lado. Sin embargo, el cambio que eligieron los cartistas limitó el juego de posibilidades para su propio movimiento y, debido al alcance de su movilización, los cartistas eclipsaron la atención otorgada a otras concepciones de clase más radicales. La versión de clase que los cartistas adoptaron, afirmaba una estructura familiar obrera parecida a los ideales de la clase media y era susceptible a las presiones de la clase media: una organización familiar que muy pronto las teorías económicas radicales se las arreglarían para reemplazarla del todo. Desde esta perspectiva, la familia obrera

fue creada dentro del discurso político de la clase obrera, a través de una particular concepción de clase en lo que respecta al género, visible en el programa del cartismo (aunque ellos no la inventaran). La experiencia de las mujeres en estas familias debe analizarse, en consecuencia, no como un problema separado sino en términos de interconexión de los conceptos de género y clase.

III

Por supuesto, el cartismo no formó a la clase obrera a principios del siglo XIX en Inglaterra. No obstante, un estudio completo de su discurso podría arrojarnos luz no sólo en la política particular de este movimiento sino en los procesos por los cuales las relaciones sociales se concibieron y construyeron. Insistir, como parece hacer Stedman Jones, en que nuestra visión de las relaciones sociales está confinada a un conflicto unidimensional entre aquellas categorías que no se han cuestionado o problematizado, como las de trabajadores y empresarios, o como la del Estado y los que no tienen derecho a voto; o bien insistir como algunas historiadoras feministas, en que la historia "real" es una lucha entre mujeres y hombres, todo esto representa compartimentar tanto nuestra visión que perdemos de vista la fluidez y complejidad de las interacciones humanas.

Una teoría del significado que tome en cuenta una multiplicidad de referencias, una resonancia más allá de los significados literales, un juego del otro lado de los temas y esferas hace posible comprender cómo funcionan las conexiones y las interacciones. Cuando tal teoría postula los múltiples y discutidos aspectos de todas las definiciones, también contiene una teoría del cambio puesto que se entiende que los significados están abiertos a la reinterpretación, a nuevos planteamientos y a la negación. Por supuesto, las preguntas son: ¿cómo, por quién y en qué contextos se manifiestan estas reformulaciones? Cuando, además, comprendamos las formas en que estos contrastes y oposiciones fijan los significados, entonces podremos identificar las diversas formas en que la diferencia sexual había sido utilizada para construir a la clase obrera.

En el siglo XIX los lenguajes de clase eran complejos, heterogéneos y variables. No obstante, estaban indiscutiblemente ligados al género, y se basaban en proclamas explícitas a la naturaleza y en evocaciones implícitas (no intencionadas) de la diferencia sexual. No podemos comprender cómo los conceptos de clase adquirieron legitimidad y cómo se establecieron movi-

mientos políticos sin examinar los conceptos de género. No podemos comprender las divisiones sexuales del trabajo de la clase obrera sin interrogar los conceptos de clase. No hay una opción entre focalizarse en la clase o en el género; cada uno es necesariamente incompleto sin el otro. No hay una opción entre los análisis del género y de las mujeres, a menos que estemos dispuestos a reconocer la irrelevancia de la historia de las mujeres para la historia de clase. El vínculo entre género y clase es conceptual; es un vínculo, y cada trocito es tan material como el vínculo entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción. Para estudiar su historia hay que prestar atención al lenguaje y tener la voluntad de someter la idea misma de la clase obrera a la investigación histórica.

La atención al lenguaje debería incluir una evaluación de los límites de esta palabra para poder analizar los sistemas de significación. Siempre parece que el lenguaje se ha fusionado, incluso cuando se lo define cuidadosamente con palabras, vocabulario y con su uso literal. Creo que las dificultades de Stedman Jones radican en su limitación del estudio de la epistemología al estudio de las palabras. Quizá el discurso, según la definición de Foucault, es el que mejor caracteriza al objeto de este tipo de análisis que he propuesto.

Podría ser visionario esperar que una teoría más sofisticada del discurso también abriera el camino a la necesaria reconsideración de la política de los historiadores contemporáneos del trabajo. Muchos de estos historiadores, al escribir desde una posición que defiende los objetivos democráticos y socialistas de los movimientos del trabajo del pasado, aceptan acríticamente las concepciones masculinas de clase y descartan las demandas feministas de atención a las mujeres y al género, como muchas distracciones burguesas a la causa. En este punto están siguiendo inconscientemente la política de épocas pasadas y, desde luego, también son víctimas de sus propias fuentes de información. En cuanto a estas fuentes, que se construyeron a partir de algunas de las nociones de género que he discutido, necesitan exponerse y analizarse. Por otra parte, tal análisis es a la vez amenazador y difícil. Es amenazador porque requiere una actitud crítica en relación no sólo con el movimiento que uno quiere apoyar, sino también con el propio concepto de uno mismo como miembro de un orden "fraternal" que aportará cambios al mundo. Tal análisis también es difícil porque requiere el dominio de teorías filosóficas complejas, y a menudo obtusas, y la voluntad de cambiar la propia forma de pensar la historia. Sin embargo, a pesar de las dificultades, pienso que es una experiencia retadora y de una gran riqueza la que espera

a los historiadores del trabajo deseosos de tomar en cuenta estas preguntas. En fin, de todos modos no nos queda otra alternativa. Los historiadores del trabajo, al no estudiar seriamente sólo reproducen las desigualdades que sus principios les exigen abandonar.

Debe ser algo visionario esperar que al final encontraremos el camino para acabar con las desigualdades, pero yo soy a la vez utópica y lo bastante racionalista como para pensar que, al señalar el problema y sugerir una solución, podremos acercarnos a nuestro objetivo.

IV. LAS MUJERES EN *LA FORMACIÓN DE LA CLASE OBRERA EN INGLATERRA**

La formación de la clase obrera en Inglaterra sigue siendo un texto clásico para los historiadores del trabajo, después de casi 20 años de su publicación. Es una obra prescriptiva y a la vez ejemplar de una historia social marxista que concibe la clase social como una relación (no como una estructura o categoría), la conciencia de clase como una creación tanto cultural como económica, a la agencia humana como un elemento crucial en la formación de la historia, y la política como el sentido más importante de esta historia. La narrativa que E. P. Thompson construye no sólo despierta admiración por las docenas de héroes que avanzan a través de sus páginas (a quienes rescata "de una posteridad excesivamente condescendiente"),[1] sino que también introduce a sus lectores a lo que Fredric Jameson llama la "unidad de una grande y única historia colectiva... la lucha colectiva por arrebatar un espacio de Libertad al espacio de la Necesidad".[2] Si nos conmueven los comentarios de Thompson acerca de los ultrajes del trabajo de los niños, también se supone que compartiremos su aprobación de la política de los artesanos de la London Corresponding Society y en la del "ludista ejército de agraciados", las Midlands y del norte industrializado. Los artesanos ejemplifican la posibilidad de una política auténticamente humanista en la tradición de la clase obrera inglesa, una tradición enraizada fundamentalmente en las masas.[3]

El libro tiene poca pretensión de neutralidad, a pesar de las esporádicas declaraciones de Thompson en este sentido (apunta que él es más objetivo que, de Hammonds, quien confunde "la historia con la ideología", o como "algunos historiadores de la economía" que confunden "la historia con los relatos llenos de disculpas"); en efecto, gran parte de su emoción se basa en su propósito declaradamente político.[4] En 1963, este texto representó un

* Este ensayo se presentó primero en las reuniones de la *American Historical Association*, en diciembre de 1983. Luego lo volví a escribir casi en su totalidad y lo amplié para una presentación en el seminario de la *Wesleyan Humanities Institute*, en diciembre de 1986. Agradezco los consejos y críticas de Henry Abelove, Christina Crosby, Michael Denning y Denise Riley, que me ayudaron a establecer la versión final.

modelo para escribir una historia relevante desde un punto de vista social para historiadores como yo. Para nosotros, *La formación de la clase obrera en Inglaterra* encarnaba mediante una producción académica los propósitos de la "Nueva Izquierda": exponía los mecanismos de la economía política capitalista y demostraba lo que Thompson denominaba en otra parte las virtudes del "útil compromiso histórico" y las posibilidades de una "redención de los hombres por medio de la acción política".[5] El momento histórico que estudia el libro y su articulación con una posición socialista humanista representó una alternativa intelectual, dentro del marxismo, a las congeladas categorías de la historia stalinista. El énfasis que pone Thompson en los procesos dinámicos y en la experiencia específica en el ámbito cultural e histórico de la formación de las clases, abrió el camino a otras lecturas más contextualizadas sobre las acciones colectivas de los trabajadores en el pasado y a una política contemporánea más flexible e imaginativa. Su insistencia en la actuación de la gente común supuso una iluminación y una confirmación para los defensores del activismo de base con el pueblo llano. En los Estados Unidos, la "historia de abajo" fue el correlato académico de la participación democrática de los Estudiantes de la Sociedad Democrática *(Students of a Democratic Society, SDS)*. Los activistas que unieron los mundos de la universidad y la comunidad integraron el texto de Thompson en la lista de lecturas requeridas en los cursos y en los grupos de estudio. En este sentido, *La formación de la clase obrera en Inglaterra* adquirió de inmediato cierto tipo de estatus canónico, convirtiéndose en un modelo para "la nueva historia del trabajo" y en la expresión de la misma.

Si el libro de Thompson representó un modelo para la historia escrita, esto no supuso, sin embargo, que se convirtiera en un texto dogmático. En efecto, la insistencia de Thompson sobre el hecho de que no era marxista (al igual que Marx) —y que por lo tanto no estaba comprometido con una serie establecida de categorías de definición que deben ser aplicadas a los acontecimientos históricos cada vez de la misma manera— condujo a algunos de sus críticos, de estrechas miras, a negarle un espacio en la cofradía de los fieles a los principios. Sin embargo, las premisas teóricas del libro todavía se mantienen confortablemente dentro de una tradición marxista bastante ortodoxa:

> ... la clase aparece cuando algunos hombres, como resultado de experiencias comunes (heredadas o compartidas), sienten y articulan la identidad de sus intereses entre ellos y contra otros hombres cuyos intereses son diferentes (y corrien-

temente opuestos) a los suyos. La experiencia de clase está ampliamente determinada por las relaciones productivas en el marco de las cuales han nacido o bien entran voluntariamente los hombres.[6]

Los intereses compartidos que configuran una clase es algo inmanente en las relaciones productivas; es la articulación de la experiencia, que varía según la cultura, el tiempo y el espacio.[7] La ortodoxia del esquema teórico de Thompson ahora nos parece evidente, pero en su momento la obra introdujo un importante sentido histórico en los debates entre los marxistas de finales de los años cincuenta y de principios de los sesenta. Sus preocupaciones y prioridades se refieren a las cuestiones del debate que tienen que ver con las definiciones de clase, de conciencia de clase y de política de clase. *La formación de la clase obrera en Inglaterra* se escribió para contraatacar "las notas económicas del marxismo" y proporcionar otra forma de pensar el desarrollo de la conciencia de clase que fuera distinta de la que postuló la inevitable conversión de los trabajadores de las fábricas en un proletariado de clase identificable, cuyos términos de identificación podrían evaluarse a través de algunos criterios previos de corrección política. Para Thompson, los sujetos humanos eran agentes activos en la transformación de la historia, y explicaba su propósito en los siguientes términos:

> ...para demostrar la conciencia plebeya existente, refractada en las nuevas experiencias del ser social, las experiencias del cual han sido controladas por el pueblo en los aspectos culturales, y así han dado lugar a una conciencia transformada. En este sentido, las preguntas que se han planteado y una parte del equipamiento teórico que se ha traído a cuenta para responder a ellas, surgen de este momento ideológico tan distinto.[8]

Además, el libro pretendió crear una tradición histórica de humanismo socialista e infundir en la memoria política de la izquierda una conexión con un auténtico radicalismo obrero, propio del siglo XIX:

> Mi propio trabajo ha sido, durante muchos años, el de tutor en educación de adultos. He enseñado en los cursos nocturnos a los obreros, sindicalistas, oficinistas y otros. La audiencia estaba ahí, y la audiencia de la izquierda también, la del movimiento obrero y la de la nueva izquierda. Estaba pensando en esta clase de lector cuando escribí el libro.[9]

La proclama que Thompson dirigía a su público lector apuntaba contra el vanguardismo leninista y contra la idea de que no habrían existido revueltas populares "si los intelectuales no hubieran dejado caer la semilla de la inadaptación en tierra marginada".[10] En vez de eso, Thompson intentó probar que los trabajadores eran capaces de formular ideas revolucionarias y de actuar en consecuencia, y que algunos hechos de la historia pasada nos inducían a creer en una política democrática, participativa.

El argumento que Thompson dirigía a sus contemporáneos tenía que ver con la cuestión de los orígenes. ¿De dónde venía la idea de clase? ¿Cómo se había formado la conciencia de clase? La clase en sí misma, como una serie de términos conceptuales para la identidad colectiva y la acción política, no estaba sujeta a un examen crítico. Thompson no se había presentado como un analista fuera del discurso histórico; al contrario, habló desde dentro, como un abogado. Thompson, posicionándose a sí mismo como portador de la memoria histórica, capturó con brillantez los términos del discurso de la clase obrera. Hizo esto utilizando los conceptos de clase que habían sido formulados por el movimiento del siglo XIX y utilizados en el siglo XX. *La formación de la clase obrera en Inglaterra* aprobó y reprodujo un concepto particular de clase. Como tal, el libro puede leerse como un documento histórico en un doble sentido: recoge pruebas valiosas sobre la forma en que se entendió el término clase en el pasado e incorpora estos significados a la construcción que él hace de la historia de la clase obrera. Así, al analizar el contenido y las estrategias textuales de *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, nos da una idea de las operaciones históricas de una determinada concepción de la clase trabajadora.

En esta conexión resulta reveladora la ausencia en el libro (y en las preocupaciones de la audiencia a quien iba dirigido) de aquellas preguntas que, desde entonces, han venido siendo objeto de preocupación para algunos historiadores del trabajo. Estas preguntas son las que ya habían planteado los movimientos feministas de finales de los años sesenta y principios de los setenta (mucho después de la publicación del libro de Thompson) sobre los roles históricos de las mujeres. Cuando se lee ahora *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, no impresiona tanto la ausencia de mujeres en la narrativa sino la forma tan torpe en que están representadas. El libro arroja luz sobre algunas de las causas de la dificultad y frustración que experimentaron las socialistas feministas contemporáneas cuando intentaron convencerse a sí mismas y a sus colegas de que debería haber un lugar para las mujeres en la narrativa de la formación de la clase y en la teoría política

que contiene esta narrativa. Como tal, el texto de Thompson debe leerse, aunque no hubiera sido escrito dentro del nuevo contexto creado por la política feminista, como una condición previa al discurso socialista-feminista. Este texto representa un elemento crucial dentro de este discurso, porque articula los presupuestos de la tradición dentro de la cual las socialistas feministas se ubicaban, la misma que debían enfrentar cuando formulaban sus perspectivas críticas y cuando escribían historias por su cuenta.

I

"Una clase se define por los propios hombres según y cómo vivan su propia historia; y, en última instancia, ésta es su única definición posible".[11] Así, Thompson rebatió con estos argumentos a los sociólogos y políticos que reificaron una idea históricamente específica de la clase. La clave que explicaría los orígenes de esta idea reside en el análisis de "las relaciones productivas dentro de las cuales han nacido los hombres, o de las que involuntariamente han pasado a formar parte".[12] Pero el sentido de clase sólo puede comprenderse al estudiar los procesos culturales y sociales "a lo largo de un dilatado periodo histórico".[13] Esto sugirió a Thompson la idea de una historia de la vida (en contraste con la identificación de las repetidas apariciones de una "cosa" inerte) y así él vinculó su narrativa a un tipo de "biografía de la clase obrera inglesa desde su adolescencia hasta los primeros años de la edad adulta".[14] Aunque el libro no sea tan coherente como la mayoría de las historias de vidas individuales, no obstante la analogía es reveladora. El libro sugiere que Thompson concibe al movimiento colectivo en los mismos términos unificadores con los cuales concibe a los sujetos individuales. La singularidad de tal conceptualización conlleva algunas dificultades a la hora de incorporar la diversidad o la diferencia. Así, aunque el "hombre" podría pasar por un sujeto humano neutro o universal, el caso de la "mujer" es difícil de articular o representar, porque su diferencia genera desunión y representa un desafío a la coherencia.

En *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, la designación masculina de conceptos generales se hace de manera literal a través de los actores políticos, a quienes se describe de forma muy notable, por medio de imágenes muy precisas (y fácilmente visualizables). El libro está repleto de escenas de hombres que están trabajando afanosamente, o que están reunidos, escribiendo, hablando, caminando, rompiendo maquinaria, yendo a la prisión,

o de pie frente a la policía, a los magistrados y al primer ministro. Es una historia básicamente acerca de los hombres, y la clase se ha construido, en sus orígenes y expresión, como una identidad masculina, aunque no todos los actores fueran masculinos. Por supuesto, hay mujeres en *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. A las mujeres se las identifica por el nombre, se les adjudican ciertas acciones, y no todas las mujeres son de un mismo tipo. En efecto, la lista va de Mary Wollstonecraft y Anna Wheeler, que hablaban alto y fuerte de los derechos de las mujeres, pasando por los seguidores de la mujer radical de Richard Carlile, hasta los visionarios religiosos como Joanna Southcott. Y aún la organización del relato y los códigos importantes que estructuran la narrativa tienen que ver con el género, en el sentido en que estos confirman, en lugar de discutirla, la representación masculina de clase. A pesar de su presencia, las mujeres son marginales en el libro; sirven para subrayar y señalar la abrumadora asociación de la clase con la política de los trabajadores masculinos. Una mirada más atenta a las mujeres del libro de Thompson nos dará una idea de la forma en que se establecen en el texto el concepto y los significados políticos de clase.

El libro empieza con la presentación de un escenario dramático. La casa del zapatero radical Thomas Hardy fue registrada en 1794 por los oficiales del rey. Los Hardy vieron cómo estos desparramaban sus papeles y su ropa; la señora Hardy "por cierto encinta y en la cama". Luego, los oficiales arrestaron al señor Hardy por alta traición y al final lo mandaron a la prisión de Newgate. Mientras él estaba allí "la señora Hardy murió de parto a causa de la impresión que le produjo el asedio a que fue sometida su casa por una multitud amotinada *(mob)* a los gritos de 'Iglesia y el rey'".[15] La inmediatez de la descripción y su vívido impacto evocan toda la historia que se contará en las páginas siguientes: la fuerzas del poder invaden el ámbito privado, la vida simple del artesano independiente. Hardy, el artesano, resiste en nombre de los derechos del inglés independiente y nacido libre. Su mujer y el hijo que no llegó a nacer son las víctimas inocentes de la represión del Estado. En las páginas siguientes, el capitalismo hará estragos similares, otras tantas operaciones deshumanizadoras devastarán a las familias y desbaratarán las acostumbradas divisiones sexuales del trabajo. Los hombres, enraizados en las tradiciones históricas, defenderán y clamarán por sus derechos, mientras las tergiversaciones sobre la tradicional experiencia doméstica de las mujeres expresarán la brutalidad del capitalismo en toda su amplitud.

Esta asociación de las mujeres con la domesticidad surge incluso cuando se trata de las mujeres obreras, es decir, incluso cuando la experiencia

de las mujeres se refiere en primer lugar a las relaciones de producción. Tomemos, por ejemplo, el tratamiento que da Thompson a las mujeres obreras del ramo textil, de cuya situación habla con compasión y a quienes presenta como los productos del nuevo sistema industrial: "La mujer ama de casa y al mismo tiempo asalariada sentía a menudo vivir en lo peor de los dos mundos, el doméstico y el industrial".[16] El nuevo estatus de las mujeres como fuentes de ingresos, las empujó a la acción política, a los sindicatos y a las Sociedades Femeninas de Reforma *(Female Reform Societies)*. Pero, según dice Thompson, sus sindicatos tendían a hacer reivindicaciones inmediatas y, de este modo, resultaban menos políticos que las organizaciones artesanales ya que éstas sí desafiaban al sistema político y a la moral (aunque éste parece haber sido el caso de todos los sindicatos industriales en las décadas de 1820 y 1830, Thompson hace hincapié en este punto en referencia a los grupos de mujeres). Además, dice, la Sociedades Femeninas de Reforma no tenían un estatus político independiente. "Paradójicamente", añade, el radicalismo de estas mujeres que eran fuentes de ingresos era una expresión de la nostalgia que sentían por una economía doméstica preindustrial. Las mujeres se lamentaban de "la pérdida de *status* y de independencia personal" de un "modo de vida centrada en el hogar".[17] En vez de reconocer esto como una posición política válida (complementaria, y no un aspecto del anhelo de retorno del artesano a su estatus independiente), Thompson describe este hecho como "paradójico" y lo vincula al estatus subordinado de las mujeres en el emergente movimiento radical. "Su papel se redujo a prestar apoyo moral a los hombres, haciendo banderas y gorras de la libertad que eran entregadas con gran ceremonia en las concentraciones reformistas, y aprobando resoluciones y declaraciones (a parte de engrosar el número de asistentes a aquéllas".[18] Estas mujeres prefiguraron a "Las mujeres de Carlile" *(Carlile's womenfolk)*, descritas en las últimas páginas como aquellas que "sufrieron juicio y cárcel, lo hicieron más por lealtad que por convicción".[19] Puesto que la independencia de las mujeres se ha obtenido respecto a una domesticidad previa y no a un trabajo previo, sus proclamas y actividades políticas tienen menos peso en la "formación" de la clase. En cierto sentido, la esfera doméstica opera como un doble contraste: es el lugar donde prevalece la supuestamente natural división sexual del trabajo, en comparación con el lugar de trabajo, donde las relaciones de producción están socialmente construidas; pero también es el lugar de donde no puede emanar la política, porque la esfera doméstica no proporciona la experiencia de explotación que contiene en sí la posibilidad de una iden-

tidad colectiva de intereses que es la conciencia de clase. Parece que los apegos domésticos pueden comprometer la conciencia política, incluso de las mujeres que trabajan, de tal forma que esto no ocurre en el caso de los hombres (o bien si les ocurre no se ve como un problema). Debido a sus funciones domésticas y reproductivas, las mujeres sólo son, por definición, actores políticos parciales o imperfectos.

Quizá esto explique implícitamente un problema que no se plantea directamente en *La formación de la clase obrera en Inglaterra*: la ausencia de una total atención, o de una atención aparte, hacia el impacto del capitalismo industrial en las mujeres que trabajaban. Excepto en el caso de los obreros textiles, se presta muy poca atención a las mujeres obreras en estas páginas. Se habla de las mujeres sin comentar cómo se las utilizaba, al ser una mano de obra barata, para sustituir a los hombres en los campos, talleres y molinos. Aquí lo que se pretende es demostrar los efectos del capitalismo en los trabajadores masculinos, no las razones del bajo estatus y del valor de las mujeres en el mercado del trabajo. Tampoco se menciona a las mujeres artesanas, aunque, al igual que sus colegas masculinos, tengan una larga tradición de actividad económica independiente que las nuevas prácticas del capitalismo truncaron. Las mujeres no figuran en las frecuentes listas de artesanos comerciantes de Thompson (zapateros, fabricantes de armarios, sastres y otros), aunque otras fuentes que él utilizara, como el estudio de Ivy Pinchbeck's, *Women Workers and the Industrial Revolution* (Las mujeres trabajadoras y la Revolución industrial) y otros trabajos más recientes que han examinado pruebas del mismo periodo de finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX, destacan a sombrereras, costureras, mujeres fabricantes de cordones, mujeres sastres y otras que forman una significativa fuerza de trabajo especializada.[20] En *La formación de la clase obrera en Inglaterra* hay referencias a los beneficios de las sociedades femeninas y una larga cita describe una procesión de los miembros de una de estas sociedades en 1805. Thompson dice que estas sociedades estaban formadas principalmente por artesanos, pero nunca nos dice a qué comercios pertenecían las mujeres. En efecto, mientras por un lado subraya la influencia formativa que tuvieron estas sociedades en las tradiciones políticas de los artesanos masculinos, por el otro ignora la influencia que éstas ejercieron en las mujeres. "En los últimos años del siglo XVIII ya se organizaron sociedades femeninas de servicio y clases metodistas femeninas, y en ellas quizá adquirieron alguna experiencia y confianza en sí mismas [...] Pero los años de guerra, con su creciente demanda de trabajo, no sólo en las hilanderas sino también para

los telares manuales, aceleró el proceso".[21] Puede ser que la ausencia de mujeres artesanas en los movimientos de protesta llevara a Thompson a dejarlas de lado en sus discusiones de trabajo. Pero entonces esto nos hace plantear una seria pregunta acerca de la inmanencia de la clase en las relaciones de producción, porque la ausencia en la política de mujeres artesanas —si es que realmente estuvieron ausentes— confunde la premisa teórica en torno de la cual se organiza el libro. Como mínimo necesitamos un análisis de las diferentes relaciones de producción que experimentaron los artesanos, hombres y mujeres, para demostrar por qué la clase era algo inmanente en una serie de relaciones y no en otra. Creo que podría explicarse el hecho de que un análisis de este tipo no se haya realizado porque se atribuyen a las mujeres las asociaciones domésticas que, de algún modo, las descartan de su total inmersión en las relaciones económicas que dan lugar a que los intereses de los trabajadores se articulen como una conciencia de clase.

Por supuesto, existe otra explicación acerca de la no presencia de las mujeres artesanas. Las mujeres artesanas participaron en la política, pero Thompson no encontró ninguna razón para destacar este hecho. Esto fue probablemente así porque Thompson suponía que la idea de clase era una idea global y universal, y porque él estaba comprometido, por principios, con una política de igualdad entre mujeres y hombres. Thompson, en un ensayo de 1960 titulado *Outside the Whale* [publicado en New Left Books, Collection Out of Apathy], atacó a las fuerzas que en la década de los años cincuenta habían conducido a la no acción y a la resignación: "Las costumbres, las leyes, la monarquía, la Iglesia, el Estado, la familia, todos nos invadieron. Todos eran indicios del dios supremo, la estabilidad".[22] Era particularmente significativa la fijación del comportamiento humano en términos de funciones y papeles a desempeñar, la atribución de la inevitable diferencia sexual (por ser natural): "Los sociólogos, psicólogos y maridos descubrieron que las mujeres son 'diferentes'; y, con el pretexto de hablar sobre 'la igualdad en la diferencia', rechazaron la demanda de las mujeres de una total igualdad humana con los hombres".[23] El rechazo (apropiado) de Thompson al funcionalismo implicó la negación de *cualquier* operación significativa de la diferencia; después de todo, uno podría reconocer que los procesos sociales implican la construcción de los sujetos de género sin, por ello mismo, creer que las categorías eran naturales y que los significados asignados a éstas eran fijos e inevitables. Pero parece que su posición haya sido la de pensar que hacer una selección por el criterio del género podría

introducir el presupuesto de una diferencia natural, lo cual resultaba discriminatorio. El análisis separado de las mujeres artesanas habría dado a entender que se aplicaban unos criterios diferentes (de ahí desiguales) al comportamiento político de éstas. El compromiso ideológico de Thompson con la igualdad descartó el hecho de prestar una atención especial a la diferencia sexual como tema de discusión. Sin embargo, su igualitarismo era socavado al mismo tiempo por una estrategia textual que dependía de las alusiones a la diferencia sexual para transmitir este significado.

Thompson presentó algunas variedades de la conducta política femenina en *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Éstas se organizaban y evaluaban según un esquema de género, un esquema que utilizó símbolos masculinos y femeninos para identificar los extremos positivos y negativos de la política de la clase obrera. En efecto, si bien las mujeres son actrices fugaces en las páginas del libro, lo femenino, en cambio, es una figura central en la representación de la política de la clase obrera. En la narrativa de las opciones políticas de la clase obrera, queda clara la construcción masculina del concepto (universal) de clase, y se hacen más visibles algunas de las confusiones relativas al lugar que ocupan las mujeres en el relato.

Según Thompson, la política, como una forma de expresión de la conciencia de clase, es un producto cultural e histórico, y es precisamente la política la que impide cualquier definición estática del significado de clase. La intersección de las relaciones objetivas de producción y de los modos disponibles de expresión política otorga un carácter particular a cada manifestación de la conciencia de clase. "La conciencia de clase surge del mismo modo en diferentes momentos y lugares, pero jamás de la misma manera *exactamente*".[24] En la relación de Thompson, la política de la clase obrera del siglo XIX lleva la huella de los movimientos radical y racionalista del siglo XVIII en Inglaterra. La línea es directa; los derechos de los ciudadanos ingleses nacidos libres nutren las reivindicaciones de los trabajadores del siglo XIX. De algún modo, esta tradición secular es más apropiada a los "intereses" de los trabajadores que están inmersos en las nacientes relaciones de producción capitalistas. Esta relación, a pesar del llamamiento de Thompson en favor del pensamiento histórico, contiene una idea de inmanencia. Él describe la política racionalista y secular como la única forma posible de conciencia de clase, que hace que ésta aparezca como algo natural o inevitable en lugar de presentarla como el resultado de la lucha y del debate. Thompson consigue este efecto no sólo apoyando a algunos movimientos en particular, sino también presentando un contraste negativo, al

describir los usos religiosos de las imágenes sexuales como la antítesis de la política, como la característica extravagante del discurso de la clase obrera.

La doctrina metodista ortodoxa representa el lado reprimido de esta corriente. Las asociaciones que ésta hace del pecado con la sexualidad constituyen un "erotismo pervertido", que identifica a Satán con el falo y a Cristo con el amor femenino. A la variante no ortodoxa que lidera la pobre mujer obrera Joanna Southcott, se la caracteriza como frenética e histérica; a diferencia de la doctrina metodista, en ella había casi exclusivamente "el culto al miedo". Los sermones de Southcott, caracterizados por un fervor apocalíptico, evocaban una exuberancia de imágenes sexuales horripilantes, de las cuales Thompson decía a veces que "todo el sentido desaparece bajo el torrente de estas imágenes".[25] Es indiscutible que Southcott tuvo seguidores hasta mucho después de su muerte; en efecto, los aspectos menos atractivos de la utopía mesiánica de Rober Owen fueron una imitación directa de aquélla: "Owen, el Filántropo, se echó encima de los hombros el manto de Joanna Southcott".[26] La evocación de una sociedad en la cual existiera el afecto marital, la libertad sexual, una economía mutua y el equilibrio entre fuerzas opuestas —el poder físico e intelectual, el campo y la ciudad, la agricultura y la maquinaria, los hombres y las mujeres— marcó la visión milenaria de Owen. La imposibilidad de llevarlo a la práctica (ya que no había otra estrategia más que la conversión para conseguir un cambio social efectivo) condujo a Thompson, y aquí cito a Marx y Engels, a cuestionar su eficacia política.

En vez de eso, Thompson diferenció las demandas utópicas de Owen del radicalismo político que los artesanos owenianos manifestaban a través de sociedades cooperativas, sindicatos, e intercambios de trabajo. De igual modo, diferenció los contenidos religiosos del southcottianismo de los rituales "de juramentos y blasfemias" que resonaban en el movimiento Luddite. De verdad que hay prácticas —de solidaridad de la comunidad en las iglesias metodistas, de laicos predicando en sectas independientes, de cooperación del owenismo— que se transfieren a la política de la clase obrera; según Thompson, el contenido de la enseñanza religiosa no era una práctica. "El southcottianismo difícilmente puede considerarse una forma de milenarismo revolucionario; no incitó a los hombres a la acción social efizaz". Más bien fue una consecuencia psíquica de la contrarrevolución, "el fervor desespiritualizado".[27]

Y aun Eric Hobsbawm argumentó exactamente lo contrario, que los movimientos apocalípticos coincidieron con una intensa actividad revolu-

cionaria, que ciertamente estos movimientos religiosos y revolucionarios se nutrían a menudo los unos a los otros. Hace poco, Barbara Taylor ha demostrado brillantemente que el lenguaje sexuado de estas sectas religiosas visionarias podía ser utilizado para expresar críticas profundamente radicales, y podía conducir tanto a las mujeres como a los hombres a participar en la acción social. Las imágenes masculinas de Satán podrían traducirse en un ataque al capitalismo (al cual se lo describía como agresivo, enérgico y varonil en la retórica de la clase media de esa época). La alternativa femenina proyectaba un orden social no alienado, amoroso y cooperativo. En otro estudio, Deborah Valenze vincula las tradiciones de "la religión doméstica" *(cottage religion,* presidida tanto por predicadores hombres o mujeres, cuyas enseñanzas presentaban una proyección positiva similar a los rasgos de la personalidad femenina), a la resistencia de la economía doméstica frente al nuevo orden industrial. Las imágenes sexuadas, al insistir en las relaciones afectivas y espirituales en el hogar y en la comunidad, desafiaron directamente los valores materialistas e individualistas y las prácticas de la nueva economía política. Por otra parte, Taylor sugiere que la valoración positiva de lo femenino abrió las puertas para la inclusión de las mujeres en los movimientos owenistas. Se habían establecido unas claras conexiones en la teoría y en la práctica entre las idealizaciones de lo femenino, las reivindicaciones de los derechos de las mujeres y los planes para un nuevo orden socialista.[28]

Las líneas entre las críticas políticas y religiosas, entre el lenguaje de la política y el lenguaje de la sexualidad, parece que no han sido tan claras como Thompson hubiera querido. Su insistencia en marcar estas líneas lo lleva a seleccionar un aspecto particular de la política de principios del siglo XIX y a ponerlo como único ejemplo de la política de la clase obrera. Esto es el resultado no sólo de su preferencia por la política racionalista sino también por las asociaciones implícitas que establece su teoría entre los productores y la acción política efectiva. Aunque Thompson reconozca, como hemos visto, que todos los productores no eran hombres, en realidad, en su esquema la mayoría lo son y, algo más importante todavía, la producción es representada como una actividad masculina (si bien no exclusivamente de los hombres). Esta conexión otorga un determinado simbolismo a algunos personajes de la narrativa. Tom Paine es la expresión de la quintaesencia política, el ciudadano de las revoluciones democráticas. Paine aportó, con gran acierto, el texto fundacional del movimiento político de la clase obrera con su *Derechos del hombre* (Rights of Man). Joanna Southcott es la antítesis

del anterior; estando equivocada pero alardeando todavía de su carisma, ella seguía evocando en sus enunciados el atractivo de la sexualidad y la religión.

Su modo de expresión era una fantástica profecía; uno puede apreciar la esterilidad de su llamamiento revolucionario en su embarazo histérico. Presentados de esta forma en la narrativa, Paine y Southcott representan las posibilidades positivas y negativas de la política para la política de la clase obrera. El hecho de que se trate de un hombre y una mujer no hace más que subrayar el poder del contraste entre el énfasis masculino y femenino de sus respectivos llamamientos, así como el énfasis que emplea Thompson en apoyar la política racionalista.

Efectivamente, no todas las mujeres de *La formación de la clase obrera en Inglaterra* son representadas como profetisas enloquecidas o como amas de casa en el hogar. También hay mujeres, como Mary Wollstonecraft, cuyos escritos se vinculan a las tradiciones políticas del individualismo radical, y otras menos conocidas que, como ella, eran compañeras apropiadas para hombres radicales. A Susannah Wright, una encajera remendona de Nottingham, se la describe de forma "muy distinta" a la mayoría de mujeres voluntarias de Richard Carlile. Ésta, que sufrió persecución por haber vendido uno de los discursos de Carlile, se defendió ella sola en el juicio, interrumpió su llamamiento para amamantar a su hijo, recibió estruendosos aplausos de los espectadores cuando lo hizo y sobrevivió a la estancia en prisión para purgar su crimen. Mientras la prensa la atacó como el símbolo de la vergonzosa vulgaridad del radicalismo, Carlile escribió de ella que era una mujer "de salud muy delicada, verdaderamente toda espíritu, sin nada de materia".[29] (La cuestión de la forma en que las amenazas políticas se representan como amenazas sexuales en la prensa conservadora, y de cómo los radicales están obligados a defender su reputación en este sentido, puede proporcionarnos una importante perspectiva acerca de la forma en que los movimientos obreros retrataban a las mujeres y acerca de las relaciones de género en estos movimientos. Thompson considera que los comentarios de la prensa son una cuestión muy digna de mención, porque así lo hace varias veces, pero no sigue con esta línea de análisis.)[30]

Otra heroína es Susan Thistlewood, esposa del conspirador condenado de Cato Street, Arthur Thistlewood. Thompson nos dice que ella "no (era) una pieza clave" sino una "jacobina convencida, con un estilo frío y reflexivo y una clara disposición a participar en la defensa".[31] Como en la descripción de Susannah Wright, Thompson distingue a Susan Thistlewood de la mayoría de otras mujeres. Ésta no era "una pieza clave", lo cual implica que la

mayoría de las otras mujeres sí lo eran. Si es Thompson quien piensa que las otras mujeres eran piezas clave, o si supone que sus lectores van a creer este hecho, los ejemplos tienen la misma finalidad. Thompson demuestra que las mujeres excepcionales lo eran por su capacidad de emular un determinado tipo de comportamiento político que la mayoría de las veces tenían los hombres. Las heroínas de Thompson nos sirven para confirmar el contraste entre Paine/Southcott, al subrayar el hecho de que las mujeres *pueden* comprender y actuar de acuerdo con la política que ejemplificó la conciencia de clase obrera en las décadas de 1820 y 1830 en Inglaterra. Cuando actúan de manera excepcional estas mujeres pueden adquirir una conciencia de clase.

II

Thompson ubicó *La formación de la clase obrera en Inglaterra* en el contexto del movimiento del trabajo cuya historia se proponía escribir. El lenguaje del libro y las estrategias simbólicas construyeron unos significados, que eran familiares para los miembros de este movimiento. El trabajo, como actividad productiva, determinó la conciencia de clase, cuya política fue racionalista. La vida doméstica quedaba fuera de las esferas productivas, y comprometió o subvirtió la conciencia de clase a menudo en alianza con movimientos (religiosos) cuyo modo de actuación era "expresivo". Las antítesis estaban claramente codificadas en torno a lo masculino y lo femenino; en otras palabras, la clase fue una construcción de género.

El contraste entre los términos expresivo/racional es recurrente en el vocabulario político de Thompson. Por ejemplo, en una entrevista de 1976 comparó la "actividad expresiva" de la "segunda Nueva Izquierda" con una precoz "actividad política más racional y abierta":

> Esta Nueva Izquierda tuvo algunos elementos en su interior que un historiador podría identificar en seguida como la repugnante burguesía haciendo su propia cosa repugnante, es decir, haciendo los gestos de estilo de auto-encumbramiento que no son propios de un movimiento revolucionario serio, racional y que esté profundamente enraizado.[32]

Aquí el contraste se da entre la clase y la política, pero hay resonancias de los significados de género que se consignan en *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, y al mismo tiempo añade una dimensión trabajador/

burgués. Esto le hace ganar un significado adicional si recordamos que, en la década de 1890, las voces dominantes en los movimientos socialistas y del trabajo designaron al feminismo como a un movimiento burgués. La demanda de que los intereses de las mujeres constituían un programa político y social por definir, se desechó por individualista, autoindulgente, de clase media, y por considerarla una distracción respecto del igualitarismo y de las necesidades reales de la clase obrera en su conjunto. Hasta el punto que en la década de los sesenta, el feminismo que emergió del contexto de "la segunda Nueva Izquierda" acaso pudo ser percibido (aunque no de forma inmediata) como antitético de la tradición política (varonil) con la que Thompson se había identificado.

Todo esto resultaría fácil de argumentar si Thompson hubiera mantenido una posición racionalista sencilla. No obstante, gran parte de su trabajo abraza cuidadosamente algunos temas, sin duda, románticos y no racionalistas. Después de todo, uno de sus héroes es el socialista romántico William Morris, acerca del cual escribió Thompson una importante biografía en 1955; otro es William Blake, con cuyo "rufianismo" (muggletonianism) se declaró en simpatía y con las palabras de éste empieza y termina *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. En este libro, Blake traza un vínculo muy importante entre "los románticos y los artesanos radicales" durante la resistencia que llevaron en común (en los años de 1790-1830) frente al "anuncio del hombre codicioso": "Después de William Blake, ya nadie se encontró agusto en ambas culturas a la vez, ya nadie tuvo genio suficiente para interpretar las dos tradiciones en reciprocidad".[33]

Blake encarnó la posibilidad de aunar, en un único movimiento, la poesía y la política, el anhelo romántico y la resistencia racional. De forma semejante, Morris representaba una forma de explorar el pensamiento utópico (romántico), de distinguir entre aquellas utopías que pueden coexistir con la política racional y aquellas que son simplemente expresivas. De acuerdo con Thompson, las utopías que permiten realizar una valoración crítica del presente en términos de un profundo compromiso moral, desatando un anhelo imaginativo por un determinado futuro, son compatibles con la política práctica y realmente necesarias para la misma. De ahí que su primer interés por Morris tuviera que ver con la habilidad de éste en articular lo que Thompson denominó en 1955 "una utopía científica". Esto implicaba el análisis de los motores del cambio, "un dominio de los procesos históricos y una comprensión de las bases sociales y económicas del comunismo".[34] Para Thompson la fascinación inicial por Morris fue su lla-

mamiento a "una conciencia moral como una acción vital para el cambio social".[35]

En su posdata de 1976 a la biografía de Morris, Thompson se refirió a algunos de sus primeros escritos sobre éste como pertenecientes de lleno a la tradición ortodoxa marxista. Pero mantuvo la distinción que ahora nos preocupa aquí. Mientras Morris le quitaba énfasis a su insistencia inicial en la ciencia y, en vez de eso, subrayaba la importancia de las proyecciones imaginativas y creativas, Thompson todavía se amparaba en sus originales criterios sobre las utopías: "Reivindicar las utopías... no significa que *cualquier* trabajo utópico sea tan bueno como cualquier otro... Existen formas disciplinadas e indisciplinadas de 'soñar', pero la disciplina pertenece a la imaginación y no a la ciencia". El punto clave era todavía que Morris había hecho un análisis de la tendencia del cambio histórico, había imbuido su análisis de convicción moral e indicado su preferencia para obtener esto de la mejor manera. Además, sus indicaciones estaban "refrendadas por una firma que controlaba el argumento histórico y el político".[36]

Henry Abelove nos ha propuesto una forma (ingeniosa) de leer a Thompson en el contexto posterior a 1956, cuando se emprendió un análisis crítico del stalinismo en busca de un socialismo democrático más abierto. Éste señala que el énfasis de Thompson en la creatividad y la flexibilidad desafió el rígido materialismo "científico" del Partido Comunista Británico; al hallar Abelove este juego imaginativo en los primeros movimientos socialistas (británicos) se hizo con unas bases históricas para aprobar esos valores en el presente. La poesía representó una forma de acción profundamente inspirada y nutrida de los sentimientos que el arte podía expresar mejor. El poeta era una figura crucial en la política revolucionaria, porque podía articular los anhelos que, junto con los programas prácticos, inspiraban la acción de los hombres.[37] Es importante destacar que el contraste que aquí se ha creado opone lo imaginativo a lo científico, y lo poético a un pragmatismo demasiado determinado. No se sugiere que la poesía es "espiritual" en oposición al materialismo, sino que se la incluye como un componente más de la política y de la vida material.

Al mismo tiempo la crítica de Thompson del centralismo democrático requería pruebas de la racionalidad de los obreros. *La formación de la clase obrera en Inglaterra* demostró que se podía contar con ellos en el advenimiento de una política apropiada para la consecución de sus intereses. Después de todo, los ludistas habían conservado cierto humor crudo e inventivo, con el que apuntaban sus venganzas hacia los blancos más apropiados: a los

representantes del individualismo y del utilitarismo. El genio de Thompson en los capítulos sobre los ludistas consistió en identificar su pensamiento estratégico, su motivación colectivista y mutualista, el liderazgo compartido (la democracia participativa) que nutrió aquello que los funcionarios contemporáneos habían descrito (erróneamente) como un comportamiento incivilizado, cuando no anarquista. Aquí la necesidad de descartar que la "expresividad" era importante como una forma de corregir la documentación histórica (la mayoría de ellas contenidas en los expedientes judiciales) y como una forma de insistir en que la política secular y racional no tenía que imponerse desde arriba. Por el contrario, cuando se dejaba que los trabajadores fueran libres de utilizar su propia capacidad de invención entonces eran capaces de una gran creatividad. Para Thompson había una poesía maravillosa en el movimiento político racional que se había desarrollado "desde abajo".

El papel de la poesía, de acuerdo con Thompson, consiste en impregnar la política de imaginación, no en socavarla con una espiritualidad indisciplinada. Abelove, en esta cuidadosa definición, nos recuerda el propio sentido de Thompson sobre el propósito que está en juego. Por lo que se ve, Thompson hubiera querido ser poeta; el título de *La formación de la clase obrera en Inglaterra* (The Making of the English Working Class) juega con el término del inglés antiguo que se empleaba para designar al poeta, *maker* (el que hace). "Aquí *making* (hacer) significa tanto escribir poesía como construir, conseguir algo". Según las palabras de Abelove, *La formación de la clase obrera en Inglaterra* designa al mismo tiempo lo que Thompson ha hecho y lo que han conseguido por sí mismos los obreros ingleses con su lucha.[38]

La obra de Thompson examina constantemente el papel político del poeta. En *Fuera de la ballena* (Outside the Whale), condena la defección de W. H. Auden de la lucha política e insiste en que éste no es el camino necesario para cualquiera, a excepción del artista.[39] Para Thompson, debe haber un estadio intermedio entre lo que Abelove denomina el desencanto con ilusiones perfeccionistas y el total abandono. Este estadio es un lugar exigente y aun creativo, el de las aspiraciones continuas, donde se conservan la mayoría de promesas de articulación político-poética.[40] Las otras alternativas son infructuosas. La política, sin la poesía, resulta mecánica y exánime. Sin la política, la aspiración poética no llega a ver la luz, se deteriora dentro de una expresividad autoindulgente. Al fin y al cabo, para Morris la clave era que su visión utópica estaba "colocada dentro de un sólido argumento mayoritario en el plano histórico y político". En otras palabras, a

Thompson, William Morris le resultó un personaje atractivo por su capacidad de incorporar la utopía romántica al racionalismo socialista.

En la representación de Thompson de esta relación, el impulso creativo estaba sometido y enfocado a finalidades racionales. La expresividad en sí misma se había descartado, pero la política racional podía suavizarse y enriquecerse por medio del "vocabulario del deseo", cuando la imaginación socialista entraba en juego. En efecto, sin esta especie de codiciada aspiración, la política racionalista se hubiera convertido en algo estéril y hubiera sido incapaz de estimular la acción humana hacia un cambio social revolucionario. Aunque pudiera parecer que Thompson insiste en un tipo de complementariedad orgánica (la política necesita de la poesía y la poesía de la política), en realidad no piensa en el matrimonio de ambas. En vez de eso, Thompson incorpora la poesía dentro de la política para crear una actividad (masculina) más perfecta. Esta fusión se consigue conceptualmente a través de la definición de una política poética en oposición a las subversivas posibilidades de la expresividad (femenina). El contraste de género da confianza a la masculinidad de la poesía, al colocar a la femineidad en una posición negativa, excluyéndola. Lo que Thompson presenta como el mayor logro político de William Morris, de William Blake y de sí mismo es esta forma de integración de la poesía dentro de la política.

La visión de Thompson sobre la política es mucho más incluyente que las ideas "economicistas" contra las cuales escribió. En su visión hay imaginación, arte, pasión moral e intelecto, una parte constitutiva de la lucha política, vital para su éxito y bienestar. La incorporación de estos elementos se consigue redefiniendo o ampliando la definición de política, extendiendo la idea de trabajo hasta incluir la creación artística (haciendo de la productividad intelectual un trabajo masculino), y puliendo la representación del género en la política y en la clase. Todo ello conservó su codificación masculina; en efecto, Thompson hizo aceptable el arte al incluirlo en la esfera masculina, en oposición a un conjunto de términos inaceptables, que fueron excluidos —lo doméstico, lo espiritual, lo expresivo, lo religioso, lo indisciplinado y lo irracional— todos ellos codificados como femeninos. Podrían haber existido otras formas de hacer este mismo llamamiento —insistiendo, por ejemplo, en una idea de arte que permaneció codificada como femenina y era genuinamente complementaria a la política (masculina)— pero la opción de Thompson admite los potentes significados ya atribuidos a la clase y a la política dentro de la tradición para la cual escribe, y así no se cuestiona esto.

Mi intención no es denunciar la visión política de Thompson en nombre de una elevada expresión femenina, sino más bien descubrir su dependencia respecto a las representaciones de género, para luego poder transmitir su significado. Y es que al ocuparnos de estas representaciones descubriremos la sutil e importante presencia del género en las concepciones de la política de la clase obrera. Tal análisis debería conducirnos no a condenar a Thompson, porque hay mucho en su concepción de la política que sigue siendo vital y relevante. Mejor dicho, a través del análisis que he emprendido, podemos captar algo del sentido de la enormidad del problema que las socialistas feministas tuvieron que enfrentar. Estas, al intentar trabajar dentro de los límites establecidos por los textos canónicos como el de Thompson, se enfrentaron a una tradición que permanecía fiel a una definición universalizada de clase, cuyo significado se había construido, sin embargo, en términos de género; una tradición comprometida con un igualitarismo literal que desechó por reaccionario cualquier tipo de reconocimiento de la tenaz complejidad de la diferencia sexual; una tradición que prometió la igualdad pero no admitió sus propias manifestaciones de la diferencia.

III

Ha resultado difícil desafiar el poder de esta tradición porque éste depende de la supuesta realidad social de la clase obrera. Los historiadores como Thompson piensan que ellos tan sólo documentan esa realidad en lugar de ayudarnos a construirla; en este sentido, han eludido las preguntas sobre el papel de la política y de la historia escrita en la creación de conceptos como el de clase. Pero, los esfuerzos de las historiadoras socialistas feministas ilustran que debemos plantear tales preguntas, cuestionándonos los sentidos de las categorías fundamentales y la política de la propia historia. Un cuestionamiento de este tipo reconoce la necesidad no sólo de tomar partido en la lucha de clases que está en curso, sino también de comprender, de forma más radical, el papel de la historia escrita en la creación de las identidades individuales y colectivas, de género y clase.

Los primeros esfuerzos de las feministas que investigaban la tradición thompsoniana se pararon en seco ante la reconceptualización radical de los términos de la misma historia. Como resultado, ellas fueron incapaces de producir el trabajo teórico que podría explicar y rectificar el lugar marginal de las mujeres en la historia de la formación de la clase obrera en Inglaterra.

Los esfuerzos iniciales buscaban incluir a las mujeres en la historia de la clase obrera, mediante la recolección de pruebas sobre su participación en las actividades económicas y políticas. Estos estudios integraban la clase como una categoría sociológica no problemática y suponían que las mujeres habían sido simplemente ignoradas o dejadas de lado por los historiadores del trabajo precedentes, pero no se cuestionaban cómo es que había ocurrido tal abandono.[41] Asimismo, también suponían que una narrativa paralela al relato existente sobre la clase obrera podría incorporarse inmediatamente a éste, tal vez, con algunas variantes que incluyeran las discusiones de los problemas específicos de las mujeres, como la maternidad y las responsabilidades domésticas. No obstante, éste no ha sido el caso. Por el contrario, las mujeres o bien siguen siendo excluidas de la historia de la clase obrera, o se las incluye con incomodidad como casos especiales de la experiencia general (masculina), o bien siguen recibiendo un tratamiento completamente aparte. Las mujeres siguen siendo un sujeto particularizado; ni su historia ha alcanzado el estatus canónico de la de Thompson, ni ha sido objeto de nuevas consideraciones en la formación de la clase obrera en su conjunto. La incorporación o revisión a la que nos referimos no se conseguirá si antes no nos enfrentamos a la incómoda pregunta que nos plantea la historia de las mujeres: si las mujeres trabajan y se comprometen en la política ¿cómo se puede explicar su invisibilidad, la falta de atención hacia ellas en las teorías de la formación de la clase y en el registro histórico?

Una parte de la respuesta reside en la forma en que se construyeron los significados de la clase en sí; otra parte radica en la manera en que se ha escrito la historia de clase. Thompson supone que existe un relato de la formación de la clase obrera; este es el punto de su analogía con la biografía individual. En su relación, las visiones políticas triunfantes se convierten en expresiones singulares y necesarias de la conciencia de clase, las únicas sobre las que vale la pena escribir con todo tipo de detalles. Este tipo de historia es fundamentalmente teleológica, porque presupone la existencia del carácter inevitable de los acontecimientos y de un vínculo permanente y único entre el presente y el pasado. Barbara Taylor ha desafiado la opinión unitaria de la política de la clase obrera al presentar una discusión sobre las tradiciones que competen a la clase obrera dentro de los movimientos socialista y del trabajo. Su obra apunta hacia un relato más complejo, el de la lucha por la hegemonía entre las visiones conflictivas de una nueva sociedad. Taylor argumenta que el feminismo era importante para el socialismo utópico, para sus designios más radicales e imaginativos, y vincula la desapa-

rición de las preocupaciones feministas y de las voces femeninas con el desplazamiento de la teoría utópica por parte de los racionalistas, el "socialismo científico". La documentación de Taylor sobre los intentos alternativos de definición de la política de la clase obrera persigue la legitimización de las críticas de las feministas contemporáneas al establecer los precedentes históricos de éstas:

> Las socialistas feministas miran hacia atrás, hacia los owenistas; así, siguen teniendo la nostalgia de la transición a un pasado remoto, pero como una forma de esbozar los comienzos de un proyecto democrático-comunista que todavía sigue, en gran parte, el nuestro propio, y con el cual seguimos luchando para redefinir los fines de los modernos movimientos marxistas. Porque, lo que al fin y al cabo cuenta como respuestas utópicas depende de quién plantee las preguntas.[42]

Este enfoque señalaba una crítica de amplia repercusión, porque si las evaluaciones del significado de los programas políticos variaba según "quién plantea las preguntas", entonces no sólo necesita ser revisado el relato de Thompson sino también sus premisas teóricas. Si la conciencia de clase era inherente a ciertas relaciones de producción ¿qué es lo que podría explicar las expresiones fundamentalmente diferentes que ésta encontró? ¿Cómo podrían presentarse la diversidad y el desacuerdo en la unificada narrativa que Thompson construyó?

Entre los socialistas feministas estas preguntas han recibido respuestas de distintas clases; una de ellas está basada en la teoría psicoanálitica, otra en una variante del marxismo, y la tercera en las teorías posestructuralistas del discurso. Las dos primeras reescribieron la historia de la clase obrera como un conflicto no sólo entre clases sino entre sexos. Concibieron la clase como un hecho establecido y añadieron otra hebra complicada —el género— a la historia de la formación de la clase obrera. La tercera somete —de una forma que a mí me parece más provechosa— la categoría de clase al escrutinio analítico, y reescribe su historia desde la perspectiva no de la teleología sino de lo que Foucault, haciéndose eco de las palabras de Nietzsche, llamó la genealogía.[43]

Las historiadoras feministas han utilizado la teoría psicoanalítica para formular la cuestión de la diversidad dentro de la clase obrera en términos de género, y para postular el conflicto entre mujeres y hombres como un hecho fundamental de la experiencia humana y de la organización social moderna, tan fundamental como las relaciones de producción y los conflictos

de clase. Además, el psicoanálisis insiste en la importancia del inconsciente en el comportamiento humano, y así proporciona una crítica poderosa de las premisas del racionalismo y del igualitarismo liberal. La historiadora Sally Alexander, por ejemplo, ha abierto una importante brecha teórica al presentar los conceptos lacanianos en los análisis del comportamiento social.[44] Sin embargo, la premisa del perdurable antagonismo sexual se ha interpretado demasiado a menudo literalmente, como la inevitabilidad del conflicto entre mujeres y hombres reales. Los tan complicados argumentos de Freud y Lacan acerca de los procesos de la construcción de la identificación de género y de la bisexualidad del sujeto, se reducen a discusiones sociológicas acerca de diferencias objetivas de experiencia, interés, actitud, comportamiento y de opción política entre mujeres y hombres. Se supone que "hombres" y "mujeres" son categorías fijas de identidad, con necesidades históricas variables (pero intrínsecamente conflictivas). En realidad, como muestran los libros de Thompson y Taylor, las diferencias definidas no tienen una consistencia evidente. A principios del siglo XIX, las mujeres se comprometieron heroicamente en la política racionalista, mientras los hombres compartían con impaciencia los espejismos de la vociferante señora Southcott. Si bien lo masculino y lo femenino es una longeva oposición cultural, debemos saber que hombres y mujeres no han estado siempre en lados opuestos. ¿Cómo explicar entonces la emergencia de movimientos políticos con diferentes programas dirigidos a las relaciones entre los sexos; con diferentes formas de explicar el significado de clase; con diferentes representaciones de la diferencia sexual codificadas en su lenguaje?

Una respuesta indirecta a estas preguntas es la que formula la conexión entre género y clase desde su perspectiva de análisis de sistemas duales. En este enfoque, el patriarcado es un sistema social destinado a ser paralelo al capitalismo y que al mismo tiempo lo atraviesa. Cada sistema tiene su organización y relaciones, su dinámica, su historia y su propia ideología distintiva. Muy a menudo los orígenes del patriarcado se localizan en la familia y en los sistemas de parentesco, incluyendo las relaciones de producción y reproducción doméstica. Las relaciones capitalistas se desarrollan en torno a los significados de producción y conllevan unas prácticas económicas que son, al menos en teoría, "ciegas frente al sexo", impermeables al género.[45] Según este análisis, el advenimiento del capitalismo acarreó la aplicación de una ideología de género patriarcal en las prácticas económicas, la importación de ideas de un ámbito a otro (en donde la ideología patriarcal podría explicarse por las relaciones materiales). Los análisis de sistemas duales elu-

den algunos de los escollos más obvios del psicoanálisis, porque a veces la conducta semejante de hombres y mujeres puede explicarse como una función de la mistificadora "ideología de género", pero no resuelve cuestiones importantes: por qué esta ideología tan potente persiste todavía, cómo se relaciona con la articulación de los intereses de clase, y por qué diferentes estrategias políticas (que implican relaciones entre el género y la clase) sumergen al interior de un grupo sociológicamente similar. Es un tipo de solución mecánica enmarcada dentro de la lógica del análisis materialista, la que permite introducir la "ideología de género" como una variable independiente en el análisis del capitalismo, mientras al mismo tiempo está conservando el imperativo sociológico, es decir, la necesidad fundamental de explicar esta ideología como el resultado directo de la organización material y social.

Los sistemas duales y la teoría psicoanalítica, a pesar de ser tan diferentes, han sido utilizados de la misma forma sociologizante por las historiadoras feministas del trabajo y, en consecuencia, éstas no han formulado preguntas sobre política como las que Barbara Taylor plantea en su obra: ¿Cuáles son los orígenes de los diferentes programas políticos articulados por los obreros? ¿Cómo se pueden explicar las diferentes formas en que se expresaban y definían los intereses de clase? ¿Cómo explicar teóricamente la existencia de tradiciones diferentes, de diferentes "conciencias" entre tipos similares de trabajadores? No podemos explicarlas mediante unas simples correlaciones sociológicas entre la existencia social y el pensamiento político; ni permaneciendo fieles a las ideas sobre la inmanencia de la conciencia en la experiencia social; ni concibiendo la clase como un movimiento unificado, enraizado en una percepción singular y compartida de intereses. Ni tampoco permaneciendo, en otras palabras, dentro de la estructura analítica de la historia de Thompson, sino problematizando todas las conexiones que ésta presupone con tanta facilidad. ¿Cómo podemos hacer esto?

La dirección nos ha sido indicada, al menos, por las historiadoras feministas en algunas discusiones recientes sobre el discurso y la ideología. Del mismo modo, Jane Lewis documenta cuidadosamente la influencia de la ideología de género (sean cuales sean sus orígenes) en las políticas de los trabajadores y pide a las historiadoras feministas que presten atención a "la forma en que género y clase se construyen el uno a la otra", con lo cual implica una reciprocidad conceptual que desafía los enfoques de los sistemas duales.[46] El hábil resumen de Alexander sobre Lacan apunta al papel crucial que juega el lenguaje en la aparición de la conciencia de los niños; en

efecto, éste sugiere la necesidad de volver a pensar las ideas de conciencia utilizadas por la reciente historia del trabajo. Dicha reflexión sustituye los conceptos de discurso y retórica, e inserta entre la realidad objetiva de la existencia y la percepción que el sujeto tiene de la misma, los problemas de representación, de contingencia y de variabilidad del sentido.

Entre las feministas británicas, Denise Riley es probablemente quien ha adaptado este enfoque a la historia de la forma más completa. En su libro sobre el feminismo y la categoría de las mujeres aporta una discusión que podría aplicarse provechosamente al estudio de las mujeres de la clase obrera, o para el caso, al estudio de cualquier categoría cuyo origen se haya localizado en la naturaleza o en las relaciones sociales objetivas:

> Para decirlo de forma esquemática: el término "mujeres" se ha construido históricamente, discursivamente, y siempre en relación a otras categorías ellas mismas cambiantes; "mujeres" es una colectividad volátil en la cual las personas femeninas pueden tener posiciones muy diferentes; así, la aparente continuidad del sujeto "mujeres" no debe ponerse en relación con aquellas otras categorías; el término "mujeres" como colectividad es errático sincrónicamente y diacrónicamente, mientras que para el individuo "ser una mujer" también es inconstante, y no puede proporcionar un fundamento ontológico.[47]

Si lo mismo se puede decir por ser un trabajador o un miembro de la clase obrera, la cuestión se aparta de la conciencia para pasar a la organización de la representación, al contexto y a la política de cualquier sistema específico de representaciones. La identidad se convierte no en el reflejo de alguna realidad esencial sino en un asunto de lealtad política. La historia feminista enfocada de esta forma cambia el relato de Thompson. Rechaza su teleología y lo vuelve a contar como un relato de la creación de la identidad política a través de las representaciones de la diferencia sexual. Clase y género devienen algo inextricablemente vinculado en esta versión, como representación, como identidad, como práctica social y política.

IV

En el prefacio de *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Thompson elaboró una definición unitaria de clase: era una relación histórica, no una categoría o una cosa; heredó su significado en las relaciones de oposición y

en las definiciones que los hombres dieron a estas relaciones. Para Thompson la cuestión era el tiempo y el contexto ¿dónde y bajo qué circunstancias se descubrió la identidad común de la clase obrera? Y apuntó que los intereses y las experiencias comunes que dieron lugar a esta identidad, existieron aparte de la conciencia de clase; la precedieron y estructuraron la naturaleza de las percepciones de los hombres. La conciencia de clase era la expresión cultural de la experiencia de los hombres sobre las relaciones de producción y, aunque ésta pudiera variar de un lugar a otro, era un fenómeno identificable. Si en su relación tuviéramos que prestar atención al discurso en vez de prestarla a la conciencia, abriríamos nuevas posibilidades de interpretación. En primer lugar, quisiéramos preguntar cómo se formularon las categorías de clase a través de la representación en momentos históricos específicos, y atendiendo a las semejanzas que constituyeron los límites de las posibilidades lingüísticas, y para diferentes clases de expresión, diferentes definiciones, discusiones acerca de la definición: afirmaciones, negaciones y represiones. Prestaríamos atención a los procesos por los cuales una definición ha emergido como dominante, y buscaríamos las relaciones políticas que se han establecido explícitamente y estructurado implícitamente. El resultado no sería un concepto de clase unitario, ni la historia como una teleología, sino un concepto de clase como un campo que siempre contiene significados múltiples y discutibles. En segundo lugar, nos preguntaríamos cómo figuran en este proceso las referencias a la diferencia sexual: ¿cómo funciona la exclusión o la marginalización de aquello que se construyó como femenino, por ejemplo, para asegurar la aceptación de las codificaciones masculinas en las particulares ideas de clase? ¿Cómo "naturalizó" el género los significados particulares de clase? ¿Cómo, a su vez, hizo divisiones de clase, si fue como un conjunto de relaciones derivadas naturalmente de las condiciones económicas que algunas ideas de género establecieron? En tercer lugar, nos gustaría preguntar cómo y de qué manera las concepciones de clase organizaron las percepciones de la experiencia social. En vez de suponer una adecuación exacta entre la vida material y el pensamiento político, entre la experiencia y la conciencia, este enfoque rompe este esquema, rechaza la oposición entre ellos. Y argumenta que la articulación, la definición —la construcción del sentido— debe ser analizada como un conjunto de acontecimientos en sí mismo. Los gestos de Thompson hacia las tradiciones del radicalismo inglés nos explican algunas influencias temáticas o continuidades en la expresión política de la clase obrera, pero no formulan los procesos culturales, subjetivos y textuales por los cuales estos temas adquieren significación.

Thompson insistió en que los términos utilizados para expresar la idea de clase estaban en relación con la época y el lugar, pero éste no se preguntó *cómo* se había construido el significado del concepto en sí mismo. Es precisamente esta tarea de "deconstrucción" la que emprendieron algunas feministas en un esfuerzo por solucionar el enigma de la invisibilidad de las mujeres, su marginalidad o subordinación en las historias de la clase obrera. No obstante, si empezamos por examinar cómo se representaba la clase, tendremos que relativizar unos presupuestos que están tan incrustados en nuestras tradiciones, tan naturalizados, que parece que son autoevidentes incluso en las líneas políticas e ideológicas. A partir de esta estrategia relativa, los textos canónicos devienen, en concreto, unos objetivos valiosos porque su atractivo depende, al menos en parte, de su habilidad de encarnar y expresar aquellos presupuestos "naturales", unas veces de formas novedosas, otras de formas cómodamente familiares. A través del análisis de estos textos comprendemos mejor cómo opera una noción como la de clase para construir su propio campo conceptual, y cómo opera un texto como el de la historia de Thompson para establecer este campo conceptual en un nivel empírico detallado (y así supuestamente irrefutable). Mientras la crítica del detalle en las nuevas pruebas empíricas es importante (el hecho de añadir nueva información sobre las mujeres, por ejemplo), los conceptos que establece el mismo campo también deben ser objeto de análisis.

Ha habido muchas críticas entre las historiadoras feministas sobre la atención a las historias tradicionales porque a menudo se focalizan en los escritos de los hombres y parece que dejan de lado la importancia de concebir a las mujeres como sujetos históricos. Mientras hay mérito en el argumento de que debemos atender a las mujeres en nuestros escritos sobre la clase, también lo hay en el señalamiento en que esta atención toma por sentado demasiado y entonces es forzosamente incompleta. ¿Podemos escribir acerca de las mujeres obreras sin examinar las formas en que lo femenino se utiliza para construir las concepciones de clase? ¿Podemos escribir acerca de cualesquiera mujeres sin preguntarnos cómo representaba su cultura lo que ellas eran, y cómo se definían ellas a sí mismas? ¿Podemos suponer que no existía una conexión entre la representación cultural y la autodefinición? ¿Cómo podemos interpretar esta conexión? ¿Podemos suponer un entendimiento preexistente y común a todas las mujeres, o a todas las mujeres de la misma clase? ¿Existía un interés susceptible de ser descrito objetivamente de parte de las mujeres obreras en la Inglaterra del siglo XIX?

¿Cómo figuran la política y el atractivo de los movimientos políticos específicos en las definiciones de tales intereses?

No podemos escribir sobre la clase sin interrogar sus significados, no sólo su terminología y el contenido de sus programas políticos sino la historia de su organización simbólica y de sus representaciones lingüísticas. Todo esto nos lleva a decir que, para que los historiadores feministas del trabajo incluyan a las mujeres en relatos como el de *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, primero tenemos que resolver cómo funcionan tales libros según la forma en que están escritos. Este tipo de operación analítica nos permite teorizar una historia distinta de la política de la clase obrera, una que dará nueva forma a nuestro conocimiento del género y la clase.

Tercera Parte

EL GÉNERO EN LA HISTORIA

V. IDENTIDADES MASCULINAS Y FEMENINAS EN EL ÁMBITO LABORAL.*

La política del trabajo y la familia en la industria parisina del vestido en 1848

ALGUNOS estudios sobre el movimiento de la clase obrera en el siglo XIX en Francia han destacado el papel importante que desempeñaron los trabajadores calificados en la defensa de las tradiciones artesanales, sus esfuerzos para organizarse políticamente y asegurar un cambio económico. Estos trabajadores se asociaron en una cooperativa de producción que controlaba las relaciones económicas, en un intento por ofrecer una alternativa a la competencia brutal que para ellos representaba la llegada del capitalismo industrial. La palabra *fraternité* era el lema de su filosofía asociacionista, y proyectaba la fraternidad de los artesanos como la base de las nuevas relaciones de producción.[1]

Al prestar atención a las bases económicas de la política de los artesanos, los historiadores dejaron de lado otros aspectos del discurso de los artesanos que estaban en relación con el género y la familia. Este hecho no se debe ni a una escasez de información ni a la falta de ésta. Al contrario, la literatura de protesta de las décadas de 1830 y 1840 está llena de referencias a la familia, y a los papeles y características de los hombres y las mujeres. Tanto si leemos las peticiones de aumentos salariales o los ataques contra la codicia de la burguesía, como si escuchamos la forma en que los oradores evocan la profunda miseria del trabajador o como brindan por el futuro de una nueva sociedad, estamos oyendo hablar de diferencia sexual. En el programa de los socialistas utópicos de este periodo la familia era un tema clave; o bien se planteaban experimentos con formas alteradas de orga-

* Este ensayo se publicó primero con el título "Men and Women in the Parisian Garment Trades: Discussions of Family and Work in the 1830's and 40's" (Hombres y mujeres en la industria del vestido parisino: una discusión acerca de la familia y el trabajo en las décadas de 1830 y 1840), en Roderick Floud, Geoffrey Crossick y Patricia Thane (comps.), *The Power of the Past: Essays in Honor of Eric Hobsbawm* (El poder del pasado. Ensayos en honor de Eric Hobsbawm), Cambridge University Press, Cambridge, 1984. Mi ensayo fue revisado y reescrito; en realidad, se ha convertido en uno nuevo. Algunas partes del texto original se han utilizado aquí con el permiso del editor.

nización familiar, como hicieron Charles Fourier y los sansimonianos, o bien se hacían promesas de mejoras cualitativas para mayor felicidad de las parejas tradicionales y de sus hijos. La organización del trabajo y el asociacionismo eran tan sólo dos de los temas predominantes en este periodo de protestas de la clase obrera; la familia era el tercero, un tema tan importante como los dos anteriores, con los cuales estaba interrelacionado.

¿Cuál era el significado de las representaciones de los trabajadores sobre la familia en las décadas de 1830 y 1840? ¿Cómo estaban en relación tales representaciones con las demandas políticas en pro de una organización equitativa del trabajo? ¿Cómo representaban, hombres y mujeres, sus identidades laborales? ¿De qué forma la masculinidad y la femineidad, así como las alusiones a las mujeres y a los hombres, se manifestaban en las críticas al capitalismo? ¿Cómo definía el género la política de los trabajadores del siglo XIX? ¿De qué manera construían el género las visiones utópicas contenidas en el discurso político?

Estas preguntas presuponen la integración de los análisis que normalmente se han realizado por separado, porque la historia del trabajo, la historia de las mujeres y de la familia se han abordado en compartimentos separados, al menos entre los universitarios estadunidenses.[2] Más importante todavía es, quizá, el hecho de que estas cuestiones sugieren una alternativa a las teorías reduccionistas de la causalidad que a menudo han utilizado los historiadores del trabajo. El hecho de dirigir la investigación hacia el discurso nos permite dar una explicación más sólida de la actividad humana que aquélla que insiste en la oposición entre la realidad material y la interpretación. Por ejemplo, la idea de que hay una causalidad primaria para las relaciones económicas no es un hecho evidente ni para los trabajadores ni para los historiadores; es más bien una forma de percibir o de teorizar sobre la organización social. Una medida del éxito de esta teorización es su incorporación a la sabiduría del sentido común o proverbial, a una comprensión generalizada de la cultura que dista mucho de los tomos abstractos o de los polémicos panfletos. La creencia general en las interpretaciones monocausales no las hace menos parciales o selectivas. Al contrario, tales interpretaciones deben ser comprendidas como una parte del aparato de la producción cultural de los sujetos. Así, las referencias a la "experiencia" deben tomarse como un aspecto de esta producción cultural, no como el reflejo de algo preexistente ni como un punto de partida.

Los movimientos de protesta de los trabajadores del siglo XIX presentaban unos análisis de la organización social que interpretaban la experiencia

incluso cuando éstos apelaban a sus repercusiones objetivas en las vidas de la gente. En este proceso, tales movimientos otorgaron a los individuos unas formas de conciencia social basadas en los términos comunes de la identificación, proporcionando así los medios necesarios para llevar a cabo una acción colectiva.

Aunque pueda haber provechosos análisis sobre el discurso político en un nivel muy general y teórico, mi interés apunta hacia una lectura más contextual que toque la política desde una perspectiva popular y específica. Por política entiendo no las discusiones sobre la participación formal en el gobierno (aunque éstas formaran parte, seguramente, de lo que estaba en juego en 1848), sino las discusiones sobre el poder y el conocimiento que trataban, en formas muy variadas y a menudo simultáneamente, del voto, del trabajo, de la familia y del género. ¿De qué manera las representaciones de la familia y la diferencia sexual se incorporaban en las discusiones sobre la economía y la organización del trabajo en los oficios individuales? ¿Qué tienen que ver éstos con las demandas relativas al derecho al voto? ¿De qué modo se referían a las divisiones sexuales del trabajo las estrategias que pretendían reformar los oficios particulares? ¿Diferían éstas cuando iban dirigidas a las mujeres o a los hombres? Estas cuestiones presuponen que las identidades laborales no eran inherentes a las relaciones de producción, y que la competencia laboral, por ejemplo, era una descripción relativa, y no absoluta, de algunos tipos de trabajo. En lugar de atenerme a la literalidad de las autodefiniciones de los trabajadores del siglo XIX, me pregunto cómo eran formuladas éstas y en qué términos. ¿Los sastres eran objetivamente más competentes que las modistas? ¿Las diferencias en cuanto a competencia técnica eran tan grandes dentro de los oficios masculinos y femeninos como entre unos y otros? ¿O bien hay otras explicaciones para las diferentes representaciones de estos oficios?

Este ensayo presenta un estudio de caso de los llamamientos dirigidos a hombres y mujeres, y también hechos por ellos, en el ramo de los oficios del vestido en París en las décadas de 1830 y 1840. He elegido los oficios del vestido porque muchas de las habilidades básicas de costura que se requerían eran compartidas por hombres y mujeres, aunque hubiera diferencias en cuanto a los trajes hechos a medida y otras prendas de vestir a medida. Los oficios del ramo del vestido contaban con el mayor número de trabajadores parisinos durante este periodo (cerca de 90 000 en comparación con el siguiente ramo más importante y exclusivamente masculino de los oficios de la construcción, que empleaban a 41 000 trabajadores en 1847).[3] Los oficios

del vestido se encontraban en un periodo de transición, ya que los trajes de sastre hechos a medida y el corte y confección en general debían enfrentarse a la competencia que representaba para ellos la naciente industria de la confección. Como ellos condenaban las nuevas prácticas comerciales y manufactureras, los trabajadores del ramo del vestido se encontraban al frente de los movimientos de protesta de la clase trabajadora. Los sastres organizaron huelgas en 1830 y 1840; muchos de ellos se incorporaron al movimiento Icariano de Cabet, fueron pioneros en el desarrollo de cooperativas de productores y pasaron a engrosar las filas de la Revolución de 1848.[4] Modistas y costureras estaban entre quienes respondieron al evangelio sansimoniano; éstas superaron en número a otras categorías de discípulos del movimiento obrero y participaron de forma importante en *La tribune des femmes* (La tribuna de las mujeres), un periódico editado de 1832 a 1834 por las mujeres sansimonianas. Al igual que sus colegas masculinos, las costureras implicadas en la política reclamaron el "derecho al trabajo" para las mujeres, organizaron con éxito cooperativas productoras y obtuvieron contratos del gobierno revolucionario en 1848.[5] Sus líderes se unieron a las voces que proponían unas alternativas socialistas y cooperativistas ante las desigualdades sociales, pero además añadieron su propia poesía feminista, de modo que los temas dominantes ganaron en complejidad y algunas veces se diversificaron.

El ramo de los oficios del vestido nos permite comparar los llamamientos dirigidos a trabajadores y trabajadoras, en concreto la construcción del género a través de documentos. En ambos casos se daba mayor importancia a los aspectos ligados a la economía, a las formas en que los oficios del vestido se estaban transformando por medio de las cada vez más específicas divisiones del trabajo, y el empleo de un gran número de trabajadores no calificados que cosían en sus casas a precios muy bajos por pieza. Además, la cuestión de cómo controlar y eliminar la competencia hacía surgir cuestiones más generales sobre la actividad salarial de las mujeres y sus responsabilidades en la familia, sobre las divisiones sexuales del trabajo más apropiadas y los derechos políticos. Las identidades de los oficios del vestido se concebían a la vez en sus aspectos económico, sexual y político. En esto los trabajadores de este ramo no eran, desde luego, los únicos. Los sastres y las costureras, al definir y formular sus posiciones adaptaron, incorporaron, añadieron y reaccionaron a las ideas de los demás, es decir, de los trabajadores de otros oficios, de los teóricos de lo social, de los políticos republicanos y de los burgueses moralistas. Sastres y costureras participaron en la cultura

en sentido amplio y en un movimiento político más general. Además, vale la pena examinar de cerca sus formulaciones específicas porque éstas nos permiten ver en detalle cómo y en qué términos el género participaba en la articulación de un conjunto de identidades artesanales específicas.

I

Durante los primeros meses de 1848, en la primavera de la Revolución, obreros y patrones se reunieron en el Palacio de Luxemburgo, bajo el liderazgo de Louis Blanc, para moldear una nueva organización del trabajo. La comisión de los sastres se dividió casi inmediatamente en patrones y obreros, quienes estaban en amargo desacuerdo sobre la cuestión del alquiler del trabajo. Los sastres insistían en que cualquier tipo de trabajo debía realizarse en el taller, mientras los patrones argumentaban que cierto tipo de producción en el hogar era un aspecto vital para la prosperidad del oficio. Según los sastres, el taller era el único lugar donde el trabajo podía ser dividido "de forma regular y equitativa", y donde los trabajadores calificados podían recibir una formación.[6] Los patrones estaban en desacuerdo con esto, y sostenían que el hogar del trabajador casero era "el primer peldaño de la empresa"; y que la desaparición de estos trabajadores no sólo interferiría en la formación de los aprendices, sino que también ésta acarrearía graves consecuencias morales, porque si se acabara con el trabajo casero los sastres romperían "los vínculos familiares" al separar al padre de su esposa e hijos y, de este modo, violarían "los derechos sagrados de la humanidad".[7] Los sastres se negaron a aceptar esta visión del trabajo casero ya que, según ellos, socavaba la moralidad en lugar de reforzarla. Era mucho mejor para cada uno, decían, si "el hogar permanecía separado durante el día" y cada miembro de la familia iba al trabajo "como si aún fuera un trabajador".[8]

La Comisión de Luxemburgo se disolvió antes de que la discusión de los sastres pudiera dar con una solución. No obstante, ésta permitió sacar a la luz una de las formas que los trabajadores habían elegido para desafiar los reajustes de los procesos del trabajo. El debate sobre el trabajo en alquiler es interesante no sólo como un comentario sobre este oficio sino por el vínculo que crea entre la organización del trabajo y la familia. En esta discusión en particular, los sastres equipararon el trabajo en el taller con la posibilidad de un mayor control de las condiciones de empleo, de las subidas salariales y, por encima de todo, con una tradición artesanal cuya hono-

rabilidad provenía de mucho tiempo atrás. Aunque la historia del oficio de sastre se caracterizaba, como muchos oficios del siglo XVIII y de principios del siglo XIX, por una variedad de reajustes que iban de los practicantes en solitario a los grandes talleres, la protesta de las décadas de 1830 y 1840 sólo puso énfasis en un aspecto. Los cambios en el oficio se presentaban como las salidas dramáticas de un sistema corporativista coherente y autorregulado hacia otro caótico y competitivo, en lugar de que tales cambios se vieran como unas modificaciones o intensificaciones de los procesos que se habían puesto en marcha. Además, el contraste entre el trabajo en el taller y el trabajo casero clarificó la naturaleza del cambio, al presentar una firme crítica de lo que había ocurrido. Y también estableció los términos de una identidad ocupacional que vinculaba la capacidad técnica tanto con el alquiler del trabajo como con las habilidades prácticas, y legitimó estas definiciones haciendo referencia al género y a la historia.

El contraste entre el trabajo en el taller y el trabajo casero se representaba mediante una oposición entre dos tipos de trabajadores: los honorables artesanos y los miserables *appièceurs* (o trabajadores que cobran por pieza). Los primeros eran presentados como los descendientes de la corporación de los sastres parisinos, cuyos estatutos estipulaban ya en el siglo XVIII que "todo el trabajo debe realizarse en el taller, nada fuera, así cada persona puede practicar su arte y vivir de su trabajo".[9] Estos talleres empleaban de dos a 20 hombres jornaleros que pasaban a depender de unos maestros, quienes a su vez también eran artesanos. El taller podía ser, o bien un establecimiento independiente, o algunas habitaciones anexas a la vivienda familiar del maestro. Cuando el taller estaba junto al hogar, la esposa del maestro echaba una mano en épocas de mucho trabajo, o cosía botones y dobladillos durante el año, pero la unidad básica de producción era un equipo de hombres jornaleros cuyo medio de subsistencia dependía de sus salarios.[10]

Los sastres de las décadas de 1830 y 1840 pasaron por alto, en sus idealizadas imágenes del oficio en el pasado, las diferencias entre maestros y jornaleros. En el siglo XVIII los jornaleros no formaron parte de las corporaciones, y las condiciones del trabajo eran más precarias de lo que sugerían las descripciones de los estáticos sistemas de organización.[11] Pero el hecho de que maestros y jornaleros hubieran trabajado juntos en el taller, proporcionó suficientes elementos a los sastres del siglo XIX para que éstos se incorporaran a la historia corporativa de los maestros, y así se distinguieran claramente (como artesanos cualificados) del creciente número de trabajadores del ramo del vestido a quienes se conocía como *appièceurs* (o trabajadores que cobraban por pieza).[12]

Los *appièceurs* trabajaban en sus casas, cobraban por pieza y, al igual que las mujeres, eran empleados esporádicamente por los sastres que trabajaban por encargo y por los fabricantes de confección. Puesto que el oficio de sastre era un oficio de temporada, en el cual se trabajaba muy intensamente en primavera y en otoño, y muy poco en verano y en invierno, los maestros utilizaban una fuerza suplementaria de trabajo para hacer las costuras y los acabados de los vestidos en las épocas de mayor ocupación. Para realizar estos trabajos dependían de las mujeres, quienes trabajaban solas en sus casas, y de los *appièceurs*, quienes podían ir a trabajar al taller cuando se les requería, o bien trabajar en su casa con la ayuda de otros miembros de la familia que no recibían pago o de asistentes que recibían una paga por su trabajo. La categoría de *appièceur* podría ser una derivación de los *chambrelans* del siglo XVIII, maestros fracasados, jornaleros ineptos o extranjeros, a quienes la exclusión de los gremios habría obligado a practicar clandestinamente el oficio en su casa, a un precio humillante, y quienes, a pesar de esto, aportaron cierta flexibilidad en la fuerza de trabajo del oficio de la sastrería.[13]

El número de *appièceurs* parece haberse incrementado en la primera mitad del siglo XIX, en gran parte como consecuencia del crecimiento de la industria de la confección. Entre 1830 y 1848 este sector invadió de forma estable el mercado del vestido. Hacia 1847, la *confection* (confección) superaba un tercio del total de ventas de ropa de hombre (hacia 1860 alcanzó la mitad del mercado).[14] A diferencia de la sastrería por encargo, que respondía a las demandas de clientes individuales, la industria de la confección produjo en masa artículos en tallas estándares. Los cortadores preparaban en los talleres las diferentes partes de un traje y los trabajadores externos se ocupaban de componer las piezas. Una vez acabados los trajes, estos eran devueltos a los mercaderes quienes, o bien los vendían a otros talleres más grandes, o bien mandaban a los vendedores con ellos a los mercados y ferias. Algunos de los primeros trajes de confección fueron trajes de trabajadores, puesto que los fabricantes suponían que en esos trabajos era menos importante la calidad que su bajo precio.

La fabricación de artículos de confección tuvo grandes ventajas respecto a la sastrería por encargo. La ropa se podía comprar al por mayor, con lo que se echaba a perder mucho menos material. Los trajes podían producirse todo el año ya que su fabricación no dependía de los encargos individuales. Desde luego, cuando los fabricantes de confección extendieron sus operaciones al mercado de la clase media, tuvieron que esperar a ver qué estilos se

imponían para la próxima estación. Pero en los periodos de bajo rendimiento, aquéllos podían producir artículos prácticos como vestimenta para trabajadores, cuyos estilos no cambiaban de un año a otro. Los *confectionneurs* (trabajadores del ramo de la confección) gozaban de mejores fuentes de crédito, tenían más capital a su disposición, menos gastos y menos costes laborales que los pequeños sastres que trabajaban por encargo. Había una amplia reserva de trabajadores potenciales que estaban dispuestos a trabajar, y sus circunstancias —necesidad económica y aislamiento— resultaban atenuadas frente a las demandas, colectivas o individuales, de un alza de la tarifa por pieza. En cualquier caso, la tendencia de las tarifas por pieza era a la baja durante la estación de menor actividad porque, además de los hombres y mujeres que trabajaban normalmente para los *confectionneurs*, los sastres de taller también percibían una cantidad por pieza hasta que los encargos en la tienda mejoraron.

La competencia de los *confectionneurs* afectó directamente a los reajustes del trabajo en las sastrerías que trabajaban por encargo. Algunos patrones cayeron en bancarrota. Los pocos que gozaban de una reputación de alta calidad tuvieron suficientes clientes que siguieron favoreciéndolos. Los demás empezaron a disminuir los costos del trabajo reduciendo el número de trabajadores en el taller y utilizando en lugar de éstos a trabajadores caseros. Algunos maestros se convirtieron en subcontratistas y transformaron sus talleres en fábricas de explotación de obreros; entonces los obreros pasaron a engrosar las filas de los *appièceurs* y buscaron trabajo de sastres por encargo y de fabricantes de prendas de confección.[15]

Resulta difícil establecer unas líneas claras entre las distintas categorías del trabajo. De todas formas, tal declaración en pleno debate entre los defensores del trabajo casero y los adversarios de éste, parece estar respaldada por una medida de validez porque captaba las interconexiones entre varias prácticas del oficio de sastre:

> Los *appièceurs* casados rindieron un gran servicio: perfeccionaron a menudo las tareas más ingratas; y en general se ocuparon de formar a los aprendices, por lo que no deberíamos olvidar que el hogar del *appièceur* es el primer peldaño de la empresa.[16]

Además, parece que quienes se autodenominaban sastres *(ouvriers tailleurs)* se cambiaron a otras ocupaciones. Las designaciones de éstas siguieron ordenando las tablas de las investigaciones estadísticas, pero ya no

estaban correlacionadas de forma nítida o consistente con el trabajo realizado por los individuos.

En sus actividades políticas, los sastres activistas buscaron la forma de mantener la distinción, entre el trabajo por encargo y el trabajo de confección, una distinción que se borraba con rapidez y que no siempre podían llevar a la práctica, pero que les sirvió para criticar el presente y encontrar alternativas a su situación. En este periodo, los movimientos de lucha y protesta apuntaban a la producción basada en el taller. Los líderes sastres insistían en que los patrones no utilizaran a trabajadores externos, en que el taller fuera el lugar donde se produjeran todas las prendas de vestir, y en que se mantuvieran o aumentaran los salarios; de este modo los pequeños sastres individuales no estarían obligados a recurrir al trabajo a domicilio *(travail à domicile)*. Los sastres resintieron especialmente los intentos de los maestros de bajar las tarifas en el taller, porque los sastres pensaban que los pequeños empresarios, podrían identificarse con ellos, e insistían en que los valores de cooperación y asociación reemplazaran la perspectiva competitiva que prevalecía. La cooperación se ejemplificaba en los talleres alternativos como aquella que se había establecido durante una lucha en octubre de 1833, con la que se perseguía dar trabajo a los huelguistas sin empleo y hacer efectiva la igualdad entre obreros y patrones. Según decían, las bases de esta igualdad se hallaban en una capacidad común y en el respeto mutuo que se practicaba en un único lugar, el que había existido una vez, decían los sastres, en las corporaciones precapitalistas.[17] Durante la Revolución de 1848, unos grupos de sastres se unieron a unos pocos maestros para ganar clientes para los oficios del vestido y garantizar el empleo de los obreros "calificados". *Le Travail: L'Association fraternelle et égalitaire des tailleurs* (El Trabajo: la asociación fraternal e igualitaria de los sastres) obtuvo contratos del gobierno para producir los uniformes de la Guardia Nacional. Aquellos que tuvieron a su cargo la administración del taller fijaron salarios uniformes para distintos puestos, incluyendo a los trabajadores externos. Aunque ellos emplearan a trabajadores externos, insistían en que éstos eran trabajadores marginales, y que el taller era el centro de reorganización del oficio.[18] *Le Journal des tailleurs* (El periódico de los sastres), un periódico dirigido a los patrones y obreros del oficio del vestido, también elogiaba al trabajador:

> El *atelier* (taller) bien organizado, donde las obligaciones recíprocas se respetan escrupulosamente... El *atelier* tiene otras ventajas... para la prosperidad del ofi-

cio y el bienestar de sus trabajadores: el poder de dividir el trabajo, en cualquier estación y según las necesidades y circunstancias, de una manera justa y equitativa... además, el *atelier* estimula de forma natural la emulación, la cual redunda en un perfeccionamiento de las habilidades y en la producción de esta elegancia superior que da cohesión a la industria francesa.[19]

En una representación de este tipo, el trabajo calificado y el taller son sinónimos. Quienes trabajaban en sus casas eran, por definición, no calificados. Por supuesto, desde el punto de vista de la organización de la protesta, los *appièceurs* eran difícilmente identificables, puesto que estaban dispersos por toda la ciudad y su habilidad para obtener trabajo dependía de su voluntad de aceptar las bajas tarifas por pieza que les pagaban los *confectionneurs*, los cuales les hacían la competencia en las tarifas del taller.

La posición del *appièceur* era antitética a la regulación colectiva, fuera cual fuera su capacidad técnica; pero la descripción de los sastres oponía lo que era el taller, marcado por la regulación colectiva y la calificación, al hogar, espacio de una competitividad caótica y de la falta de calificación técnica. La oposición distinguía dos tipos de trabajo y la transformación —y deterioro— de las prácticas tradicionales del oficio. La producción basada en el hogar era, a la vez, la causa y la consecuencia de la competencia que enfrentaban los grupos de trabajadores y los individuos, y aquello que en la retórica política de los sastres se caracterizaba amargamente como *La concurrence qui nous fait étrangers à notre état* (La competencia que nos hace ajenos en nuestro propio estado).[20]

Inevitablemente, el ataque dirigido a los *appièceurs* y al trabajo doméstico contenía referencias a las mujeres y a la familia. El objetivo de las organizaciones políticas de los sastres era la autorregulación de su oficio, y el trabajo en el hogar no cabía en dicha autorregulación, ni de manera formal ni informal. La legislación del gobierno revolucionario hizo esto explícito al eximir a los talleres familiares, en febrero de 1848, de una propuesta de ley sobre el trabajo de las mujeres y los niños porque los legisladores habían formulado objeciones a la inspección de los hogares privados. Con respecto a esto, se argumentaba que no sólo se violaría la privacidad sino que el interés común de la unidad del trabajo también hacía imposible asignar una responsabilidad, incluso a la cabeza de familia, para reforzar la ley. Si el gobierno se negaba a regular los talleres familiares, los miembros del oficio no podían de ningún modo hacer lo mismo.[21]

Se creía que la autoexplotación asociada al trabajo doméstico corrompía el orden y el tejido emocional de la vida de familia. Los delegados de los sastres en la Exposición de Londres de 1862 se desmarcaron airadamente de las demandas de un amplio sector de fabricantes de ropa, quienes afirmaban que el trabajo casero intensificaba los "hábitos amorosos de las familias de trabajadores".[22] Estas demandas, decían, eran "del todo contrarias a la realidad":

> No, la práctica del trabajador que desempeña su labor en casa no ha mejorado su suerte; no, los niños no están mejor cuidados ni vigilados por sus padres; no, el trabajo compartido no suaviza los temperamentos; al contrario, los amarga cada vez más... Para poder vivir, un obrero trabaja incansablemente de 16 a 18 horas al día; incluso hay hogares donde el trabajo nunca se detiene... Mientras la esposa descansa, el marido hace su parte y prepara las tareas de su esposa; cuando él termina el trabajo, o más bien sucumbe al agotamiento, la esposa se levanta y el marido ocupa su lugar... ¿Cómo puede una mujer, en estas deplorables circunstancias, educar y criar decentemente a sus hijos, cuando ante los ojos de éstos hay discordia y desacuerdo entre el padre y la madre, causados sobre todo por el sufrimiento y el trabajo forzado al cual están condenados sus progenitores?[23]

Las esposas de los sastres no tenían tiempo para las tareas domésticas y soportaban el peso de unas existencias sin alegría; al trabajar "sin ningún tipo de compensación", llevaban unas vidas "incluso más tristes que las de sus maridos". "Cuando consultábamos esto era raro encontrar una esposa de sastre que no maldijera su destino".[24] Los sastres, al llevarse el trabajo a casa, rompían un conjunto de divisiones "naturales" entre el día y la noche, el trabajo y el descanso, los padres y los hijos, los hombres y las mujeres. La supuesta armonía doméstica entre el hombre y la mujer daba lugar a la discordia y al desacuerdo, lo cual comprometía no sólo las relaciones del presente sino también la moralidad futura por la forma en que la aprendían los niños.

La solución, para los sastres, implicaba una clara separación entre el trabajo y la casa. Y tal separación implicaba la clarificación de todas las demás cuestiones. El trabajo en el taller era, por definición, calificado; el que se realizaba en casa era no calificado, tanto si el trabajador era hombre como mujer. El deterioro económico y la descalificación se equiparaban con un cambio del espacio masculino al femenino. La confusión de las esferas des-

embocaba inevitablemente en la corrupción del hogar y del trabajo; los hombres que trabajaban en sus casas debían soportar la degradación de su condición, al verse implícitamente asociados a la femineidad. En este sentido, la defensa del *atelier* aseguró la masculinidad de la capacidad técnica y la identidad política de los sastres como trabajadores calificados. La visión utópica de la cooperación colocó a la posesión común de una capacidad técnica por encima de otras diferencias, como una base para unir a propietarios-trabajadores y a sus empleados en torno a la regulación colectiva de su vida laboral.

No obstante, la separación de un espacio masculino y femenino no acarreó consigo una división de papeles entre el marido y la esposa que acarreara la exclusión de las mujeres de una actividad salarial. La expresión *femme ménagère* estaba ausente de la retórica de los sastres, a pesar de que ya la habían formulado otros artesanos, como los impresores.[25] Es cierto que a las esposas se les exigía el cuidado de los hijos y de la casa, pero su actividad no se limitaba al ámbito doméstico; ni tampoco el trabajo realizado en casa tenía que ser necesariamente malo para las mujeres. En realidad, según el documento citado más arriba, la situación penosa de la esposa del sastre venía del hecho de que ella no recibía ninguna compensación por su trabajo. Por una cruel inversión de los ajustes de la costumbre, el marido se convirtió en el explotador de su mujer. No sólo éste fracasó a la hora de apoyarla, sino que también le impidió que ganara su propia parte del salario familiar. La objeción explícita a la producción casera era que ésta violaba distintos tipos de actividad masculina y femenina, y que usurpaba a los miembros de la familia el control de sus responsabilidades distintivas. Los sastres trabajaron, en este momento de discusión de la reforma económica y social, con conceptos de género que asignaban a las mujeres y a los hombres capacidades, trabajos y espacios distintivos, pero no aprobaron un orden social que equiparara exclusivamente a las mujeres con la domesticidad y a los hombres con el trabajo remunerado.

II

Al mismo tiempo que los portavoces de los sastres defendieron el taller como el lugar más apropiado de trabajo en 1848, las líderes de las costureras pidieron al gobierno de la República que apoyara sus propios planes. Estos no eran sustancialmente diferentes, en su forma e ideología, de las asociaciones que proliferaban entre artesanos (aunque éstas fueran un poco más

numerosas). Dichos planes subrayaban la importancia de la cooperación, la autorregulación del oficio y el deseo de acabar con el desorden creado por la competitividad capitalista. Aunque las costureras pidieron talleres y, en realidad, establecieron varias asociaciones cooperativas de productores por su propia cuenta, el lugar de trabajo nunca fue para ellas una cuestión tan importante como para los sastres. El trabajo en casa era aceptable siempre y cuando no diera lugar a la subcontratación ni al pago de tarifas por debajo del programa establecido. Mucho más importantes eran las ganancias de una costurera, porque éstas eran una forma de medir su calificación y la clave de su integridad e independencia, tanto si aquélla era soltera o casada. Como las costureras articularon los términos de una identidad colectiva, su llamamiento a las mujeres del sector de las prendas de vestir hizo hincapié en una combinación de responsabilidades con su actividad asalariada y con su familia.

A diferencia de los sastres, las líderes costureras definieron ampliamente a sus votantes potenciales como todas las mujeres que cosían para vivir. Esta definición incluía a las modistas *(couturières)* y a las costureras *(lingères)*, cuyos distintos títulos laborales no sólo implicaban calificaciones diferentes sino también especialidades diferentes. (Las *couturières* hacían los vestidos de las mujeres, mientras que las *lingères* cosían vestidos y además cualquier producto textil). Las líderes observaban los pequeños talleres donde las maestras cualificadas formaban a las aprendices y supervisaban a los jóvenes trabajadores solteros. Dichas líderes también buscaron el apoyo de las modistas de mayor edad, ya casadas, quienes, o bien habían abierto un taller o dirigían un negocio en su vecindario. También intentaron llevar un registro de quienes que trabajaban por pieza, de forma regular o esporádica. Este último grupo incluía tanto a las que tenían calificación rudimentaria como aquella con una larga formación, a quienes habían establecido conexiones con un pequeño taller o fabricante, y a quienes trabajaban únicamente cuando había trabajo.

En lugar de hacer distinciones entre niveles de calificación técnica, las costureras reconocieron las confusiones producidas por una larga historia de transformación y por la llegada de la *confection*.[26] Las costureras calificadas se mezclaban con las costureras no calificadas en los talleres. El mercado de la confección atrajo rápidamente a la clientela de medios más modestos, de la cual habían dependido algunas modistas y costureras, y estas mujeres intentaron compensar sus pérdidas aceptando trabajos por pieza. A menudo, las bajas tarifas por pieza las obligaban a incluir a los miembros de la

familia en su trabajo: hijas, hermanas y abuelos ancianos podían ser requeridos para ayudar a una madre a terminar sus trabajos de costura. Las muchachas que aspiraban a una calificación más elevada podían empezar ayudando a sus madres y luego podían encontrar una mejor situación, pero también podían terminar tal como habían empezado.

Aunque sin duda hubo solidaridad de los artesanos en las tradiciones corporativas de las trabajadoras de la costura, en 1848 las costureras organizadoras no invocaban esta historia. En vez de eso, hablaban de justicia y de justicia económica, y de las necesidades e intereses específicos de las mujeres obreras. Sus análisis ubicaban los orígenes de los problemas de las costureras no sólo en las prácticas del capitalismo (la avaricia de los patrones, la injusta competencia de los conventos y las prisiones, las fluctuaciones del mercado) sino también en las desiguales relaciones de poder entre las mujeres y los hombres. En otras palabras, su socialismo se combinaba con cierto feminismo.[27]

Cuando las líderes costureras describieron la crisis en su oficio, señalaron que la *confection* tuvo dos efectos. Los pequeños productores fueron socavados y desplazados como en el caso de los sastres, pero este proceso implicó además la sustitución de los hombres por las mujeres en la propiedad de los negocios y en el control de la producción. Por otra parte, la carga del trabajo a domicilio cayó casi del todo en los miembros femeninos de la familia quienes, sin embargo, siguieron realizando los servicios domésticos esenciales para sus maridos e hijos. En la retórica de las líderes, su situación común de mujeres que cosían para vivir proporcionó a las costureras de cualquier condición las bases de identificación colectiva.[28]

En sus planes de reforma, las costureras destacaban en prioridad la necesidad de un control salarial, sin tomar en cuenta el lugar de trabajo; sólo de esta manera podrían resolverse los conflictos entre mujeres de actividades variadas. En 1848, la identidad de las trabajadoras del vestido presuponía que las mujeres podían ser unas competentes administradoras de su salario y del trabajo doméstico. En realidad, la validez de las demandas salariales de las mujeres se establecía a partir de sus responsabilidades hogareñas. Cuando los salarios eran demasiado bajos y, en consecuencia, el trabajo era excesivo, una militante se quejaba de que "nadie hace la sopa, nuestros maridos no tienen nada para cenar, nosotras no tenemos nada, ¿acaso esto es la felicidad?"[29] Al reconocer la especial conexión de las mujeres con el hogar y la familia, esta retórica estableció una identidad laboral distintiva para las mujeres. Utilizó asociaciones culturales entre la femineidad y la domesti-

cidad para insistir en la autenticidad de las mujeres que también ganaban un salario, para legitimar actividad asalariada práctica femenina, y para establecer sus intereses como algo propio de su sexo.

El objetivo inmediato de la acción política colectiva de las costureras era ganar un mayor control de las relaciones entre el trabajo y la familia. Las activistas quisieron conseguir este control de muchas maneras; presionaron al gobierno republicano para que estableciera unos talleres nacionales para las mujeres y luego subiera los salarios porque ellas no estaban satisfechas con los 12 céntimos que ganaban por pieza. Algunas costureras deploraron la vanidad masculina, el hecho de que los hombres de la Guardia Nacional encargaran camisas acolchadas y no simples camisas; pero la mejora salarial fue la demanda en la que concentraron sus fuerzas. El 15 de abril, dos columnas de mujeres hicieron una marcha desde el Taller Nacional de Mujeres hasta el Palacio de Luxemburgo para pedirle a Louis Blanc un día de salario o bien la tarifa de un franco por pieza. Su demanda se basaba en el rechazo de la tarifa existente, a la que consideraban humillante porque no equivalía más que a una limosna: "Lo que queremos las mujeres", le dijeron a Blanc, "es una compensación digna a cambio de nuestro trabajo, no un sistema de caridad organizada".[30]

En la delegación de mujeres y, por supuesto, entre las asociaciones de mujeres de este periodo había una variedad de propuestas para reorganizar adecuadamente el trabajo. Una costurera sugirió a Blanc que permitiera trabajar en sus casas a las mujeres casadas, en lugar de permanecer sentadas todo el día en los talleres nacionales. Si se pagara la "tarifa apropiada" y se controlara el número de piezas, se conseguiría la regulación del oficio y "los hogares no sufrirían" las consecuencias de la actual situación".[31] Otros sugirieron que el Estado abriera guarderías para niños (*crèches*, de cero a tres años) y comedores nacionales, así las familias podrían prosperar mientras las mujeres estarían ejerciendo su "derecho al trabajo".[32] Un plan detallado proponía el establecimiento de centros de formación para costureras en cada distrito *(arrondissement)* de París. Las madres, para no cargar con sus hijos, podrían dejarlos en la guardería que les quedara cerca de su taller o bien, si su capacidad técnica se lo permitía, podrían llevarse el trabajo a casa.[33] En las cooperativas que las empresas crearon en junio y en octubre de 1848 para las modistas que trabajaban por encargo y las costureras, cada cual ganaba un salario estándar *por día*; cuando el trabajo nocturno era necesario en periodos de gran actividad, éste se pagaba como horas extras. El horario de trabajo en un taller iba de las ocho de la mañana

a las seis de la tarde, "así las mujeres pueden ocuparse del hogar y cenar con su familia".[34]

Las costureras responsables de formular y llevar a cabo las demandas correspondientes a su oficio insistieron en que fueran las mujeres quienes tuvieran la responsabilidad de sus propios asuntos de trabajo. Éstas resintieron con amargura el hecho de que un hombre, un tal Duclerc, encabezara la Comisión de los Talleres Nacionales de Mujeres, en la cual tenían sus representantes electas. Y atribuyeron a la incomprensión masculina de los intereses y necesidades de las mujeres, la intolerable tarifa por pieza que el gobierno había fijado. Desirée Gay, que militó por la causa de los talleres y luego fue delegada en la Comisión de Mujeres del Distrito 2° de París, denunció la organización general y las quejas que se recibían de éstos, como una "decepción... el despotismo bajo un nuevo nombre... una mistificación perpetrada por los hombres para librarse de las mujeres".[35] En contraste con los talleres subvencionados por el gobierno, las asociaciones productoras de costureras eran dirigidas en su totalidad por mujeres, quienes insistían en fijar todas las políticas, lejos de toda interferencia masculina. La Asociación Fraternal de Obreras de la Lencería *(Association Fraternelle des Ouvrières Lingères)*, por ejemplo, devolvió una subvención que había recibido del gobierno porque en los términos de concesión de la misma se les impedía pagar a las trabajadoras el salario diario que ellas consideraban necesario para llevar una vida decente.[36]

Las costureras organizaron cooperativas y reclamaron aumentos salariales en nombre del "derecho al trabajo", el grito de lucha de los movimientos obreros en 1848. El gobierno republicano aprobó este derecho en principio en febrero, y a partir del reconocimiento del derecho se formularon políticas económicas y sociales, y la participación política se dio en otros términos. Para las líderes costureras, la exclusión de las mujeres del sufragio universal era una gran injusticia y querían demostrarlo defendiendo la idea de que las mujeres también eran productoras y propietarias de su fuerza de trabajo. En el contexto de 1848, las mujeres reclamaban sus derechos políticos insistiendo en sus identidades como trabajadoras:

> Las mujeres deberían de trabajar... es mejor que las mujeres tengan un oficio en vez de una dote... Si los hombres y las mujeres aportan mutuamente sus medios de subsistencia, se ayudarán el uno al otro y estarán unidos.[37]
>
> La mujer trabajadora contribuirá con su parte en los ingresos familiares y nosotras, que hemos reclamado el derecho al trabajo para todos, también

nos atreveremos a creer en la igualdad, la expresión religiosa y fraternal de los dos sexos.[38]

Con el objeto de afirmar su igualdad con los hombres, estas mujeres hacían hincapié en sus ingresos salariales, el denominador común menos comparable que pudiera existir. Mientras la retórica sobre la calificación consolidaba alianzas dentro del mundo masculino del trabajo, en el caso de las mujeres aquélla no servía para tal propósito porque las relaciones entre las mujeres no estaban en juego; más bien era su parecido con los hombres en tanto productores lo que les permitiría conquistar los derechos políticos que les habían sido negados. Al mismo tiempo que las mujeres discutían a favor de la igualdad entre hombres y mujeres como productores, la idea que exponían del "trabajador" venía especificada y modificada por una designación explícitamente femenina. Ellas insistían en que los diferentes intereses y necesidades de las mujeres trabajadoras (de sus papeles domésticos) constituían en sí un motivo suficiente para su inclusión en la política. En los gobiernos democráticos, decían, todos los intereses deben ser representados por aquellos que los conocen y comprenden; e insistían: "Nosotras no pedimos ser ciudadanos, sino ciudadanas *(citoyennes)*. Si reclamamos nuestros derechos, lo hacemos como mujeres... en nombre de nuestras sagradas obligaciones familiares, de los tiernos cuidados de una madre".[39] Evidentemente, las madres no podían ser integradas en la categoría (masculina) de ciudadano o trabajador. Por esta razón, Desirée Gay sostenía que las mujeres deben tener sus propios mítines para definir sus intereses y sólo luego acudir a los mítines de los hombres. Sólo así podría surgir una visión colectiva: "Mujeres y hombres pueden esclarecerse mutuamente y llegar a un acuerdo sobre sus intereses comunes, así no podrá decirse que unos desunen lo que Dios une, y así en el futuro deseamos crear (no los habrá) dos campos separados, con los hombres en uno y las mujeres en otro".[40]

La versión de Gay de la "república social" era compartida por sus asociadas en el periódico feminista-socialista *La Voix des femmes*. Éstas reclamaban una nueva sociedad en la cual las mujeres podrían obtener el divorcio, tener un control sobre sus propios ingresos, rechazar la dominación de un marido egoísta, y ocuparse de sus hijos y del hogar así como disfrutar de su derecho al trabajo. Como individuos autónomos, las mujeres podrían contribuir en todos los aspectos como seres sociales: "Emancipadas en la familia y en el Estado, dueñas de nosotras mismas, cumpliríamos con nuestras responsabilidades de forma mucho más concienzuda".[41]

El llamamiento feminista por la igualdad se basaba en la doble semejanza entre hombres y mujeres como fuentes de ingresos y en sus intereses y responsabilidades distintos, pero complementarios. Su retórica invocaba el republicanismo y el sansimonianismo, y reclamaba derechos políticos para el presente y una visión de futuro. Por un lado, los llamamientos de las costureras eran muy similares a los de los sastres. Ambos hacían hincapié en los derechos de los productores y en las divisiones del trabajo entre los sexos, divisiones que, aunque asociaran a las mujeres con el hogar y la familia, no hacían de la domesticidad la antítesis de la sociedad productiva. Sin embargo, existían diferencias importantes en cuanto al significado y énfasis de unos y otras. Mientras las costureras feministas consideraban a su trabajo asalariado como la prueba de que eran productoras (y, en consecuencia, ciudadanas), los sastres implicados en la política basaban su identidad colectiva en la posesión de competencias técnicas (históricamente transmitidas). Dichas habilidades los separaban de los trabajadores no calificados y de los que eran simples asalariados. La forma en que los sastres se representaban a sí mismos degradaba exactamente lo que las costureras; y les daba razones para incluirse como miembros en otros movimientos colectivos de trabajadores de otros oficios calificados, pero asimismo para excluir a los asalariados sin calificación y, por consiguiente, a las mujeres. El hecho de que los sastres aceptaran que las mujeres podían ganar un salario no representó necesariamente un desafío ni para la imagen masculina del trabajo calificado ni para la lectura jerárquica que los sastres hacían del taller y del hogar, del trabajo y la familia. A diferencia de las costureras, la creencia de los sastres en la complementariedad de estos lugares no significaba que creyeran en la igualdad entre lo masculino y lo femenino, entre el hombre y la mujer.

En 1848, como en las dos décadas que precedieron a la Revolución, los trabajadores relacionaron la solución de su malestar económico a la reforma del sistema político. Las identidades laborales que ellos habían elaborado incluían una dimensión política, en un sentido legal y formal de participación en el gobierno. Los términos de esta participación eran distintos para hombres y mujeres, aunque dentro de las clases obreras ambos grupos estuvieran excluidos desde antes de 1848. Los hombres se enfrentaban a distinciones basadas en el bienestar y en la propiedad; las mujeres constituían una categoría a la que se le había negado explícita y repetidamente su ciudadanía. Las demandas de derechos tomaron en cuenta la diferencia de género que imperaba. Los trabajadores, republicanos y socialistas, reinterpretaron

los significados de propiedad y afirmaron que el trabajo calificado los habilitaba a votar. Por el contrario, las trabajadoras avanzaron dos argumentos. Uno tenía que ver con su igualdad, en tanto productoras, con respecto a la categoría de los hombres; así, en la identidad laboral que ellas elaboraron faltaban los refinamientos y las particularidades de los artesanos, y subrayaban la homogeneidad de todos los trabajadores asalariados, no la distinción debida a la competencia técnica. El otro argumento estaba relacionado con su diferencia respecto a los trabajadores, por la razón de que las *mujeres*, como categoría social, tenían interés en asegurarse el voto. La relación asimétrica de hombres y mujeres con la política y las distintas suposiciones sobre unos y otros presentes en el discurso político de la época quedaban plasmados en las diversas identidades laborales desarrolladas por las costureras y los sastres, y para ellos, las diferencias entre trabajadores y trabajadoras, eran la base de la acción colectiva en 1848.

III

Como los sastres y las costureras formularon unas estrategias para su oficio, ellos mismos se ubicaron dentro de un discurso más amplio cuyo objetivo era la crítica de la política económica capitalista y el rechazo de los argumentos de los moralistas burgueses. Dentro del cuerpo de la teoría social(ista) capitalista, había diversos grados de intensidad y programas distintos, pero también había unos usos comunes de las imágenes de la familia y de las referencias al género. La familia era una entidad abstracta, un lugar de total satisfacción humana, en oposición a la alienación de la sociedad capitalista. La resolución del conflicto y la competencia eran descritos a través de la pareja heterosexual: la reconciliación armoniosa de los opuestos, masculino y femenino. En esta visión no estaba claro si lo masculino-femenino eran iguales o bien eran reajustes jerárquicos dentro de la unidad; la ambigüedad permitió la aparición de las distintas interpretaciones desarrolladas por los sastres y las costureras, además de cierta inconsistencia en su uso. Las idealizaciones acerca de la familia coexistieron junto con los ataques de las mujeres a la estructura de la ley patriarcal y con sus peticiones de igualdad política, o con las denuncias de los hombres acerca del trabajo casero y su celebración de la fraternidad y la calificación laboral.

Según parece, la formulación de las estrategias del oficio no siguió un programa teórico único. Por el contrario, invocó imágenes muy variadas, al

menos en París, en la cada vez más importante prensa obrera y en los movimientos políticos. Estas imágenes se encontraban en los escritos de Cabet y sus asociados en *Le Populaire* (El Popular), en los seminarios sansimonianos y en las lecturas de la calle, en los discursos de los banquetes republicanos, y en las páginas de la publicación feminista *La Voix des femmes* (La voz de las mujeres). Estas imágenes se incorporaban a las canciones callejeras y a las series de melodramas. Las imágenes eran generales en la cultura del periodo, pero su uso en la retórica de los trabajadores subvirtió lo que hoy denominamos los temas burgueses estándar.

La representación de la familia por parte de los trabajadores, como una alternativa al capitalismo, asociaba la feminidad con el amor y los lazos emocionales. Las mujeres encarnaban y expresaban los sentimientos humanos. Lo que ellas hacían era menos importante que lo que ellas significaban. Cabet describía las cualidades amorosas de las mujeres mediante una gloriosa visión romántica que enfatizaba su contribución característica, y suponía que la feminidad no era contradictoria con su participación en la actividad productiva. En Icaria, escribía Cabet, todas las mujeres trabajarán "en talleres y realizarán el oficio que hayan elegido; pero su trabajo será moderado, la jornada de trabajo será corta".[42] La feminista sansimoniana Jeanne Deroin, una de los organizadoras de las costureras en 1848, compartía la visión de Cabet sobre lo femenino, aunque su versión de las relaciones masculinas-femeninas era más igualitaria que la de Cabet. Para Deroin, la madre de Cristo encarnaba la cualidad de lo amoroso, lo maternal, la inocencia y los rasgos devotos del carácter femenino: "La mujer debe cumplir... su misión de sacrificio y devoción. Ella actúa porque ama. El amor de la humanidad es un amor eterno".[43]

El efecto destructivo del capitalismo era la corrupción del amor, caracterizado mediante la caída de una joven, por lo general una costurera. Esta hija trabajadora debía enfrentarse a la opción imposible de morirse de hambre porque sus ahorros eran insuficientes, o bien convertirse en una prostituta. "Pobreza o vergüenza" eran las dos caras de la misma moneda. Cabet escribió sobre la "hija del proletariado": "Debe trabajar para que su familia sobreviva, pero en unas condiciones que la embrutecen, pierde su salud y belleza, y es constantemente amenazada por la plaga del libertinaje".[44] La historia de la costurera se contó una y otra vez, convirtiéndose en un relato popular o en una moraleja con una trama y un desenlace predecibles. El tema de la destrucción de la inocencia por causa de violación o muerte, como una analogía de las consecuencias del capitalismo. El "orden social", al corromper

o destruir la vida de una mujer joven, dañaba no sólo a la generación en curso sino también a la próxima. Además, la tragedia de la joven costurera conllevaba la perversión de todo lo natural y humano. Pureza e inocencia eran sinónimos de la virginidad femenina. La prostitución representaba no sólo la antítesis de la virginidad sino también su pérdida natural, porque las mujeres vendían por dinero lo que debería haberse dado por amor.

En la versión más sobrecogedora de uno de estos cuentos, una joven, el único sustento de su familia cuando su padre artesano pierde el trabajo, se convierte en prostituta a causa de su desesperación. Una noche se acerca a un hombre que resulta ser su padre. Su único recurso, su única forma de preservar su inocencia después de este incidente, es el suicidio.[45] Lo que hace que esta historia sea tan horrible es que una joven, contra su voluntad y por la fuerza de las circunstancias, se convierte en su propia antítesis: la inocencia deviene promiscuidad, la devoción familiar casi conduce al incesto, lo natural se convierte en lo no natural, culminando en suicidio. El símbolo de la costurera caída evocaba conscientemente las idealizaciones de la clase media sobre el hecho de hacerse mujer, y demostraba el grado de hipocresía burguesa y de opresión de clase. Se mostraba la "realidad" de la clase obrera para que fuera lo menos parecida posible a los ideales burgueses y, en realidad, era la consecuencia del egoísmo capitalista, encarnado en un joven petimetre que se aprovechaba de los apuros económicos de una joven obrera. Además, se mostraban los ideales burgueses para que sus mismas prácticas los contradijeran, porque no era el amor sino el nexo del dinero, reflejado en la dote y en la herencia, lo que imperaba en las relaciones de la familia burguesa. En contraste con lo anterior se encontraba una clase obrera empobrecida, la *communauté*, cuyo denominador común era tan sólo el afecto. En un banquete de 1848, el ciudadano Legre, un sastre, se animó a brindar por la familia. Siguió a otros dos obreros cuyos brindis giraban en torno a los temas burgueses de la propiedad y el orden. Ellos apelaron a estas dos ideas, pero invirtiendo su significado habitual. Equiparaban el trabajo con la propiedad y el brindis a la propiedad se convirtió en una reafirmación del derecho inalienable de los artesanos al trabajo. El orden se redefinió en los términos de cooperación y asociación, una nueva armonía que podría sustituir el desorden que la competitividad capitalista había sembrado. Legre levantó su vaso "a la familia humana, basada en el amor y no en el dinero... en la cual la solidaridad sustituyó al individualismo". Los supuestos defensores de la familia, siguió diciendo Legre, eran unos charlatanes; eran unos corruptos, cuyas hijas y esposas se vendían a ellos a cambio de lujos. Los ver-

daderos amigos de la familia no eran especuladores, pero quienes "eran objeto de burlas de parte de la antigua sociedad, buscaban, a pesar de ello, en el seno de la familia, el bálsamo alentador del amor para cicatrizar sus heridas".[46] Según esta visión, la familia no era una estructura organizativa sino una experiencia humana satisfactoria, la felicidad colectiva de la utopía socialista que reconciliaba las diferencias y armonizaba los opuestos, como lo ejemplificaba del matrimonio. Saint-Simon presentaba primero la reconciliación de lo individual y lo colectivo, y sus discípulos lo citaban normalmente: "El individuo social es el hombre y la mujer. Fuera de su unión nada es completo, ni moral, ni duradero, ni posible".[47]

A tono con las ideas burguesas, que presentaban una división del trabajo muy clara entre hombres y mujeres, y que postulaban la coexistencia espacio-temporal de la agresión y el amor, de la competitividad y la asociación, esta visión utópica de la familia resumía la total transformación de las relaciones humanas en un nuevo orden social. Según esta visión, la familia no podía coexistir con el capitalismo, del cual era su antítesis crítica. En 1848, para los sastres y para las modistas que participaban en la política, el símbolo de la costurera en apuros y de la satisfacción emocional que encarnaba la familia, articulaba tanto la miseria de la vida como el sueño de su contrario. El hecho de hacer unas propuestas específicas sobre la organización de la familia o de aprobar un papel para la mujer que la confinara exclusivamente al mundo doméstico hubiera significado aceptar el punto de vista burgués de que la familia ideal podría existir en alguna parte y resolver de verdad el efecto alienante del capitalismo. La visión utópica socialista no aceptaba tal posibilidad; en vez de eso, insistía en que las familias bajo el capitalismo no podían ser completamente felices, y en que, hasta que la sociedad francesa no fuera transformada, ninguna institución podría alcanzar la satisfacción a la que se referían las visiones idealizadas de la familia.

La idealización de los teóricos utópicos sobre la familia se basaba inequívocamente en la elevación, en una clamorosa aprobación de las características que se asociaban con lo femenino. Sin embargo, los usos de lo femenino y sus implicaciones para las mujeres no eran ni singulares ni estaban definidos. El modelo de la familia unificada y amorosa era una alienación capitalista de cómo deberían vivir los trabajadores y de cómo debería implantarse la división sexual del trabajo. Era simplemente un sueño, algo a lo que se debía aspirar, algo que servía para exhibir (y manifestarse en contra de) los inconvenientes de la sociedad presente. De nuevo, la familia idealizada serviría de modelo para medir a la familia explotada y, como ocurrió en la

retórica de los sastres, ese modelo podría llevar a formular demandas en pro de una protección inmediata del hogar (y de las relaciones morales y emocionales que en él existían) respecto de las exacciones del trabajo abrumador. Y aun, otra interpretación destacaba el poder regenerador de las mujeres y la necesidad de garantizarles una total influencia en la vida político-social. Según esta lógica (feminista), la protección de la familia como fuente de amor y emoción en el presente requería no sólo la glorificación de la maternidad sino el reconocimiento de los derechos de las mujeres.[48]

Las visiones utópicas de la familia eran suficientemente ambiguas como para permitir todo un espectro de interpretaciones, las cuales coexistían y creaban conflictos en los debates del movimiento obrero de 1848. Dichas visiones, sin embargo, compartían un sustrato común, a raíz de su oposición a algunas representaciones burguesas del orden social.[49] Los usos del género en el discurso de los trabajadores del ramo del vestido marcaban de forma muy variada una oposición entre lo masculino y lo femenino, entre hombre y mujer, pero de la manera como lo explicaban los historiadores en sus análisis del discurso burgués. En las cuestiones de capacidad técnica, carácter y emoción, se suponía que hombres y mujeres eran diferentes, pero tal dicotomía no oponía, de forma clara ni consistente, el trabajo a la familia, el productor a la madre, lo económico a lo doméstico, lo público a lo privado, el marido a la esposa. Sin embargo, las formas en que estas oposiciones funcionaban demuestran cuán crucial era el género en la formación de las identidades laborales y en los llamamientos políticos. Los obreros, a través de los conceptos de género, interpretaron y vivieron su experiencia, poniendo en juego los términos según los cuales los debates de 1848 y, fundamentalmente, su propia historia, estaba escribiéndose.

VI. EL MUNDO DEL TRABAJO A TRAVÉS DE LAS ESTADÍSTICAS.*

La *"Estadística de la industria en París (1847-1848)"*

> El examen que coloca a los individuos en un campo de vigilancia los sitúa al mismo tiempo en una red de escritura; los compromete con un conjunto de documentos que los captan y los fijan.
>
> MICHEL FOUCAULT, *Vigilar y castigar*

LOS INFORMES estadísticos eran como armas en el debate sobre la "cuestión social", que tanto preocupaba a los políticos franceses bajo la Monarquía de Julio. Las encuestas públicas y privadas seguían proliferando entre los años de 1830-1848 porque tanto los conservadores como los reformadores sociales afines a ellos recogieron pruebas para fundamentar sus respectivas posiciones. Los análisis de los problemas sociales y de los programas para la reforma (sobre todo los referidos a la situación de los trabajadores en las ciudades y en los nuevos centros industriales) se basaban en la preferida veracidad científica que exponían y categorizaban las tablas numéricas. Este enfoque se guiaba por las ideas de la Ilustración acerca del poder de la ciencia objetiva y recurría a métodos de recolección y análisis de datos desarrollados a finales del siglo XVIII.[1] A pesar de que los debates acerca de la recolección y uso de los datos revelaban la naturaleza contingente y problemática de tal verdad estadística, las partes implicadas en los debates invocaban su objetividad y autoridad. El discurso de la reforma social a principios del

* Este ensayo se presentó originalmente en la John Lax Memorial Lecture del Mt. Holyoke College, en octubre de 1984. Posteriormente se revisó y se publicó con el título "Statistical Representation of Work: the Politics of the Chamber of Commerce's *Statistique de l'industrie à Paris 1847-48*" (Representación estadística del trabajo: la política de la Cámara de Comercio en su *Statistique de l'industrie à Paris 1847-48*), en Steven Laurence Kaplan y Cynthia J. Koepp (eds.), *Work in France: Representation, Meaning, Organization and Practice* (El trabajo en Francia: representación, sentido, organización y práctica) (Cornell University Press, Ithaca, Nueva York, 1986) pp. 335-63. Se reproduce aquí gracias al amable consentimiento del editor, Cornell University Press.

siglo XIX en Francia fue legitimado mediante la presentación de hechos estadísticos supuestamente incontrovertibles.

Las estadísticas establecieron un sentido de certeza sin precedentes, y esto sirvió para legitimar las demandas de los administradores burgueses y de sus críticos aristocráticos y obreros. Raras veces se cuestionó el estatuto de ciencia objetiva de la información estadística. Cuando el director de la Prefectura de policía, Louis Frégier, escribió en 1840 sobre las clases peligrosas de París, presentó estadísticas esperando que éstas corregirían los errores y la exageración y "arrojarían luz en las mentes para conducirlas por el camino de la verdad".[2] Alexandre Parent-Duchâtelet, autor de un estudio sobre la prostitución, publicado en 1836, insistió en expresar sus hallazgos numéricamente:

> Al recoger y registrar todo el material he realizado un gran esfuerzo para presentar los resultados numéricos de cada punto que he tratado, porque actualmente a una mente juiciosa no le basta con expresiones tales como muchos, a menudo, algunas veces, muy a menudo, etc.... especialmente en las circunstancias en que se trata de... serias determinaciones y graves consecuencias".[3]

El novelista Eugène Sue, cuando se le pidió consejo sobre cuál sería la mejor manera de promover la reforma social, instó a los fundadores del periódico obrero *La Rûche Populaire* (La Colmena Popular), a "exponer la situación de la clase obrera con hechos y cifras incontestables".[4] Y los editores de otro periódico obrero, *L'Atelier* (El Taller), buscaron la forma de refutar las "falsas argumentaciones" de un miembro de la legislatura mediante la compilación de datos sobre salarios, horas, y sobre el coste de la vida en varios oficios. Los hechos y las cifras eran como una verdad que hablaba por sí sola. "Nuestras cifras", advertían al político, "ganarán muy probablemente la consideración de todos ustedes".[5] El legado de esta investigación consiste en unos volúmenes de informaciones estadísticas sobre varios aspectos de la vida social y económica. Los historiadores los han utilizado como fuente inagotable para reconstruir el mundo del trabajo y las vidas de los obreros, como pruebas cuantitativas irrefutables sobre las cuales descansa la revisión de las antiguas interpretaciones y la formulación de las nuevas. En cierto sentido, hemos aceptado su valor y hemos perpetuado los términos del debate del siglo XIX según el cual las cifras son, en cierto modo, más puras y menos susceptibles a las influencias subjetivas que otras fuentes de información. Aunque el lenguaje de algunos historiadores sociales, con sus oposi-

ciones jerárquicas entre fuentes cuantitativas y cualitativas, entre datos numéricos y pruebas literarias, entre análisis científicos e impresionistas y entre documentación "suave y dura", sea menos convincente que hace algunos años, aún permanece la tendencia a tratar los números de forma significativamente diferente de las palabras. Se da por descontado que las relaciones de los médicos franceses que detallan las miserias de los obreros en los nuevos centros industriales contienen presuposiciones, opiniones y posiciones políticas que deben ser decodificadas y explicadas, pero en realidad las cifras que éstos presentan —sobre salarios, número de miembros por familia, números de empleados por establecimiento— se aceptan como datos esencialmente no problemáticos (excepción hecha de los puntos de vista puramente técnicos sobre minuciosidad, métodos de recolección y cálculo de datos, etc.). Y esto todavía es más cierto para los informes estadísticos. Se señalan sus propósitos y el contexto histórico de elaboración, pero pocas veces se considera como parte de una fuente preparada con un interés específico. En vez de eso, arrancamos los números sin cuestionarnos las categorías en las cuales estaban integrados, y aceptamos también como objetivas las explicaciones que acompañan las tablas, y raras veces sentimos la necesidad de situar a los autores de esos textos dentro de sus contextos discursivos concretos.[6] Este procedimiento tiene, al menos, tres resultados: supone posible dividir un problema indivisible o integral, el de la naturaleza de la realidad y su representación; niega los aspectos políticos inherentes a la representación; y simplemente subutiliza las fuentes.

No tengo la intención de discutir sobre la utilidad de los informes estadísticos que detallan el crecimiento de las poblaciones, la talla de las unidades domésticas o el género de la fuerza de trabajo. Lo que quiero hacer es argumentar en contra de su uso positivista simple y en favor de una conceptualización más completa y más compleja de la "realidad" que éstos representan. Argumento en favor de una lectura de los informes estadísticos que problematice y contextualice sus propias categorías y sus conclusiones; en otras palabras, estoy por acabar con la separación existente entre los informes estadísticos y otros tipos de textos históricos.

Los informes estadísticos no son ni colecciones totalmente neutras de hechos ni imposiciones simplemente ideológicas. Por el contrario, son formas de otorgar autoridad a ciertas visiones del orden social, unas formas de organizar las percepciones de la experiencia.[7] Al menos desde el siglo XVIII, los números se han estado utilizando para autentificar unas determinadas categorías de interpretación u organización. Así, la recopilación de estadísticas de

población basadas en los hogares (en lugar de basarse en los pueblos o en los lugares de trabajo) revela y, al mismo tiempo, construye una determinada visión de organización social, basada en una idea particular de la familia, la cual se ha ido "naturalizando" durante la presentación de los datos. Para tomar otro ejemplo, el mundo del trabajo y de los trabajadores no se reflejaba simplemente en las investigaciones estadísticas de las décadas de 1830 y 1840, sino que fue definiéndose y adquiriendo significado a través de la cuestión de quién representaría a los trabajadores y en qué términos lo haría un asunto político de importancia. La representación no era sólo un asunto relativo al derecho de voto o a la delegación de los derechos cívicos; se trataba de la definición misma de la realidad, de ahí la proliferación de debates acerca de los contenidos y metodologías de las investigaciones estadísticas y de la articulación en una encuesta de algunos significados en oposición a otros.[8]

Los informes estadísticos ejemplifican el proceso por el cual los modelos de estructura social y las imágenes de la realidad se elaboraron y revisaron. Si, en su forma final, un volumen estadístico parece algo fijo y absoluto —lo cual es cierto de algún modo— su contenido en realidad plantea preguntas y es flexible. En sus páginas están cargadas de una serie de debates y discusiones implícitas, y cada interlocutor pretende decir la última palabra. El aspecto fascinante de la lectura de estos informes reside en su método de argumentación, porque los informes estadísticos están configurados a modo de un discurso político. Y como tales, nos aportan ideas muy valiosas sobre los procesos por los cuales las relaciones de poder se establecen, se ejemplifican, son impugnadas y acaban por imponerse.

En este ensayo voy a centrarme en uno de estos informes, la *Estadística de la industria en París (1847-1848)*, realizado por la Cámara de Comercio de París, y publicado en 1851.[9] Las cifras que en él se presentan han permitido a los historiadores calibrar la medida y describir la organización de una serie de oficios en las vísperas de la Revolución de 1848. Lo que aún no se ha explorado es cómo este documento interpreta el mundo de los obreros y su trabajo. Tengo el propósito de perseguir esta exploración, y he intentado analizar no sólo los contenidos de la *Estadística* sino también la forma en que nos es presentada y la estructura retórica de su argumentación. Empiezo situando este informe en su contexto histórico y político porque forma parte del debate en curso acerca de la condición de los trabajadores en las décadas de 1830 y 1840. Luego, examino las categorías de clasificación empleadas en la presentación de los datos y demuestro cómo éstas recurren a las teorías en boga sobre economía política y cómo apelan a la autoridad de la

ciencia para construirse como objeto. Al final analizo cómo los autores del informe intentan persuadir a los lectores, mediante el empleo de referencias sexuales en un nivel literal y metafórico, de la necesidad de aceptar tales interpretaciones. Concluyo que la *Estadística* se servía de las estadísticas y de la ciencia para legitimar su propio argumento político. Así, el ejercicio consiste menos en *qué* dice la *Estadística*, puesto que los términos en que está formulada su argumentación resultarán familiares a los estudiosos de la historia del siglo XIX en Francia, que en *cómo* opera su discurso político.

I

> Hoy en día es necesario que la población obrera abandone las ideas falsas y vuelva al mundo real.
>
> *El Monitor Industrial*, 2 de julio de 1848

La Cámara de Comercio de París era un grupo elitista de hombres de negocios, fabricantes y economistas. Fue fundada en 1803 cuando el prefecto del Sena estableció una asamblea de 60 hombres de negocios para elegir a 15 de sus miembros, cuya función consistiría en velar por los asuntos económicos de la capital. A partir de entonces, sus miembros variaron (entre 15 y 20); otros fueron reclutados por los órganos de dirección, y cada año un tercio del grupo era renovado o bien confirmado en sus puestos respectivos. La Cámara era un cuerpo semiautónomo, que dependía fundamentalmente del ministro del Interior. Y representaba y hacía posible una estrecha colaboración entre el mundo de los negocios y el gobierno durante el periodo que nos ocupa, la primera mitad del siglo XIX.[10]

La Cámara de Comercio empezó a trabajar en la *Estadística de la industria* en la segunda mitad de 1848, en una atmósfera cargada de tensión social. Aunque la introducción del volumen no ofrece ninguna explicación sobre el momento escogido para la investigación, parece que se trate de una colaboración de la Cámara de Comercio al "restablecimiento del orden moral, tan profundamente alterado en nuestro país".[11] Había habido una Revolución en febrero de 1848, en la cual sus líderes lucharon por el establecimiento de una república. En junio había tenido lugar una insurrección que reveló a los líderes de la nación el alcance del peligro de una revolución social: "familia, propiedad, nación, todos ellos fueron atacados en su esencia; la

misma civilización del siglo XIX se veía amenazada por los golpes de estos bárbaros".[12]

Los "nuevos bárbaros" eran los obreros parisinos que habían tomado las calles para protestar por el cierre de los talleres nacionales, patrocinados por el gobierno, con el fin de proporcionar ayuda a los desempleados. Para ellos el cierre de los talleres indicaba la traición del gobierno a los principios de la Revolución a la que los obreros habían contribuido en febrero, una Revolución que sustituyó a la monarquía por una república. El gobierno consideró que las protestas constituían una amenaza para la república y mandó al ejército, bajo la dirección del general Louis Eugène Cavaignac, para restaurar el orden.

En las semanas que siguieron al aplastamiento de la rebelión, el general Cavaignac, que en ese momento ya era jefe del gobierno y tenía poderes para actuar en caso de emergencia, buscó el apoyo de los hombres de negocios, de los políticos y de los científicos de las ciencias sociales para lograr la restauración permanente del orden. Se reunió con los fabricantes en varios distritos de París *(arrondissements)*, y sometió sus análisis de las causas del movimiento conocido como Los Días de Junio.[13] El general pidió al Comité de Trabajo del gobierno que buscara la forma de estimular la recuperación económica y que propusiera unos planes de ayuda para los desempleados;[14] y también pidió la colaboración de la Academia de Ciencias Morales y Políticas (Académie des Sciences Morales et Politiques), un cuerpo semioficial de eruditos que estudiaba las cuestiones sociales y hacía recomendaciones políticas.[15] Todos estos grupos reconocían que debían mejorarse las condiciones materiales de los trabajadores, pero al mismo tiempo también subrayaban la importancia de las ideas. En palabras de *Le Moniteur Industriel* (El Monitor Industrial), un periódico que representaba los intereses de los comerciantes y los fabricantes, tuvo que haber existido un ataque concertado hacia las "falsas ideas" que habían estimulado "ambiciones incontroladas", una "sed de reformas tan imprudentemente incitada" por las promesas extravagantes de algunos socialistas, miembros formales del gobierno. Si la imagen de los obreros era la de unos chiflados, la de unos salvajes engañados, cuyas pasiones se habían desencadenado y estaban fuera de todo control, existía sin embargo la posibilidad de imponer la disciplina. Exponerlos a la "realidad" restauraría el sentido perdido de equilibrio. Había que demostrarles a los obreros que su condición no era lamentable, que la industria no había generado necesariamente la pobreza, al contrario, que los esfuerzos personales de los inteligentes y laboriosos habían redundado en

el progreso individual y en las mejoras colectivas: "Ya es hora de volver a emplear un lenguaje más decoroso y de tener un juicio más sano. Gracias a Dios, nuestra sociedad no se merece todas las maldiciones que ha recibido. Sin lugar a dudas, aún puede ir mejorando las condiciones sociales y así lo hará...; sin embargo, lo que hoy en día debe fortalecerse es el sentimiento del deber y el dominio de la conciencia".[16]

En la *Estadística de la industria*, la Cámara de Comercio presentó un anteproyecto que organizaba la "realidad" de la organización económica parisina. La palabra del título, Estadística, identificaba el informe con la recopilación oficial de información que normalmente se había preparado para uso administrativo y se distinguía de la más politizada *Encuesta* de mayo de 1848.[17] Sus autores situaban el informe en un contexto explícitamente histórico para marcar su superioridad respecto a los esfuerzos que se habían hecho antes; y denunciaban implícitamente todas las cuestiones que habían formulado previamente.[18] Esto les permitió hablar de estas cuestiones y formular opiniones y respuestas sin tener la obligación de reconocer que un argumento de causalidad y una serie de posiciones políticas estaban en la base de su propia investigación. Bajo el velo de la objetividad, la *Estadística* pretendía decir la última palabra en una serie de debates políticos que duraban desde hacía mucho tiempo, los cuales se planteaban cómo evaluar los efectos del capitalismo industrial en las vidas de los obreros franceses.

El debate implicó al menos a tres grupos de la sociedad francesa. El primero comprendía a investigadores privados sociales, los más famosos de los cuales eran doctores pertenecientes a la *Académie des Sciences Morales et Politiques* (Academia de Ciencias Morales y Políticas), quienes, con su mirada científico-práctica, habían evaluado y registrado en detalle la degeneración física y moral de los obreros de la industria. Dichos doctores atribuían la delicuencia, el vicio y la enfermedad que encontraban en los centros industriales a las específicas condiciones de trabajo y prácticas de empleo. Así, el doctor Louis Réné Villermé, en un estudio de 1840, identificó tres "prácticas perniciosas" como causas del desorden social. Éstas eran la mezcla de los sexos en las fábricas, que conducía a la corrupción moral; el largo día de trabajo de los obreros niños, que destruía su salud; y la práctica de algunos empresarios que consistía en dar avances sobre el salario a sus obreros, a modo de préstamo, lo cual los llevaba a la imprevisión y a la pobreza.[19] La cuestión clave, en la mayoría de estos tratados, consistía en argumentar en pro de la reforma de la Ley de 1841 sobre el trabajo infantil —la filantropía, los bancos de ahorro, la educación, la sanidad doméstica o la legislación pro-

tectora— que limitaba a diez el número de horas de trabajo de los niños en las grandes fábricas. Pero mientras ellos insistían, a veces con éxito, en la necesidad de llevar a cabo esta reforma, los escritos de los investigadores sociales de las décadas de 1830 y 1840 también habían elaborado una imagen de la clase trabajadora que causaba conmoción: ésta era moralmente vulnerable, socialmente dependiente y resultaba fácil conducirla a la corrupción y al vicio. Había varias influencias que podían separar a las clases trabajadoras confiables de las clases peligrosas; éstas eran fundamentalmente la estabilidad geográfica y una familia intacta o la existencia de estructuras familiares lo mismo en la casa que en lugar de trabajo.

El segundo grupo comprendía a los representantes de los trabajadores, que empezaron a pedir, en sus periódicos en la década de 1830, que quienes experimentaban la pobreza en su propia piel fueran quienes hablaran de ella. Los detalles de la vida de la clase obrera no podían ser comprendidos por observadores externos. Los representantes de los trabajadores argumentaban que en lugar de éstos, la información y la interpretación precisas de la pobreza tenían que llegar en forma de testimonios personales de parte de quienes la vivían. Este grupo lanzó ataques contra la concentración del capital, a la que consideraba responsable del deterioro de los oficios calificados, del incremento de la competición entre los trabajadores asalariados laborales, de los bajos salarios y del enorme sufrimiento de las familias. Ellos insistían en que no eran las faltas morales, sino el capitalismo, la causa de la degradación del trabajo y de las vidas de los artesanos calificados. Desde las páginas de *L'Atelier* y *Le Populaire*, de las páginas de la *Union Ouvrière* de Flora Tristan y de la *Organisation du Travail* de Louis Blanc, se reclamaba la atención del gobierno hacia estos problemas, a la vez que se pedía que los intereses del trabajo tuvieran una representación política.[20]

El tercer grupo participante en el debate sobre la cuestión social comprendía a los investigadores del gobierno que intentaron recoger estadísticas (normalmente de los empresarios o de las cámaras de comercio) sobre los modelos de crecimiento industrial, los salarios y el empleo. Su preocupación manifiesta era seguir la huella de la actividad económica porque ésta garantizaba la prosperidad nacional. Pero la condición de los trabajadores no era su principal preocupación en este esfuerzo; en realidad, se suponía que básicamente todos se beneficiaban del crecimiento económico. En la década de 1820 se recogía la información sobre los trabajadores para el cálculo de los costos de producción (el "precio de la mano de obra" encabezaba columnas de cifras que más tarde se designarían como "salarios").[21] La ambiciosa

Encuesta industrial, realizada de forma inconstante e imperfecta por el ministro de Comercio en el periodo de 1839 a 1847, tenía como objetivo registrar a todas las empresas, el número de trabajadores y sus salarios, y presentar una visión global del estado de la economía, supuestamente como una forma de evaluar y de responder, al menos en parte, a las reivindicaciones en pro de una reorganización económica o reforma.[22] Y todavía, el hecho de haberse concentrado en la industria representó la negación de la importancia de los problemas de los obreros y de la organización del trabajo.

La trascendencia de este problema pareció incrementarse durante la década de 1840, cuando se publicaron los informes sobre la pobreza o sobre el peligro de la clase obrera y cuando las luchas crecieron en amplitud y frecuencia. En las campañas políticas para la reforma, que se intensificaron en este periodo, los defensores del republicanismo lanzaron un llamado de atención al gobierno en los temas laborales. Estos denunciaron la parcialidad o la ignorancia acerca de la existencia de datos económicos y sociales y exigieron el reconocimiento oficial de los problemas de los trabajadores mediante una investigación gubernamental sobre el trabajo y las condiciones laborales. "La investigación no debe aportar respuestas al *cómo* de la reforma social, sino al *por qué* de la reforma política".[23] Los representantes republicanos y socialistas equipararon la Encuesta a los "Cuadernos de quejas", esas listas de agravios que habían articulado varios grupos sociales en vísperas de la Revolución francesa de 1789.[24] Y también insistían en la evidencia de la verdad que contenían esos documentos, una verdad que ayudaría a disipar la imagen de una clase obrera moralmente depravada y sentaría un precedente para el reconocimiento de la conexión entre los derechos económicos y los derechos políticos de los trabajadores.

El éxito de este llamamiento se hizo visible en febrero de 1848, cuando la muchedumbre que exigía el "derecho al trabajo" propició el derrocamiento de la Monarquía de Julio y la instauración de la Segunda República. Sin embargo, para los líderes del nuevo gobierno, el sufragio universal masculino era más que suficiente para la reforma, y en lugar de incrementar la influencia del trabajo en la administración del país, pretendieron limitarla. Los argumentos trataban en particular de la inclusión de un ministerio del Trabajo en el gobierno, de quien se esperaba que tuviera el poder suficiente para llevar a cabo un cambio económico sustancial. La mayoría rechazó consecuentemente esta demanda, que fue ampliamente sustituida por gestos simbólicos. Así, un trabajador, Alberto, y el socialista Louis Blanc fueron incluidos en el primer gobierno provisional de la República, y se proclamó

el "derecho al trabajo" como principio fundamental. A Louis Blanc se le asignó la presidencia de la Comisión de Luxemburgo, un ente cuya misión era examinar las discusiones de los trabajadores con la dirección, pero éste no tenía poder legislativo ni presupuestario. Otra comisión asignó fondos a las asociaciones cooperativas de trabajadores, mientras el ministro de Trabajos Públicos dirigía los Talleres Nacionales, una medida provisional para aliviar el desempleo masivo que siguió a la Revolución.

El gesto final se hizo en mayo de 1848. Después de la manifestación del 15 de mayo, que incluyó a miles de miembros insatisfechos de dichos talleres, Louis Blanc levantó de nuevo la demanda de ministerio del trabajo. Blanc sostenía que un miembro del gabinete, bien informado y con el poder suficiente, podría tratar positivamente las cuestiones económicas y sociales, y cumplir así la promesa de la Revolución. La conservadora Asamblea Constituyente rechazó su demanda, y en su lugar votó lanzar una encuesta sobre la agricultura y el trabajo industrial. En mayo de 1848, la investigación sobre el trabajo —una demanda radical bajo la Monarquía de Julio— se convirtió en una táctica conservadora para debilitar el prestigio del gobierno y, en consecuencia, negar influencia política a los intereses de los trabajadores. Además, cualquier pensamiento podría proporcionar información para refutar las quejas más extravagantes de los trabajadores.[25]

Y además, esta encuesta era un compromiso político, y como tal encarnaba enfoques y métodos divergentes. Aunque su misión era frustrar las demandas más radicales de la política laboral, sus preguntas, sus categorías y su plan de aplicación aceptaban no obstante la existencia de una clase obrera definible, cuyos intereses entraban en conflicto con los de sus empresarios. Sus 29 preguntas estaban enfocadas casi exclusivamente hacia las condiciones de trabajo y las vidas de los trabajadores en 1848. No había preguntas sobre las fuentes del capital de los fabricantes, sobre la organización de la producción, las ganancias del oficio o el valor de la actividad comercial. Había preguntas sobre cómo deberían crearse nuevos trabajos, sobre si las manufacturas en el convento o en la prisión competían injustamente con la producción artesanal, y sobre qué medidas debían tomarse para mejorar la suerte de las familias obreras pobres. Más llamativa era la ausencia (especialmente cuando se contrastaba con la última *Estadística* de la Cámara de Comercio) de ejercicios autoconscientes en cuanto a la definición del obrero. Se suponía que cualquiera (ya fuera trabajador o empresario) que respondiera a las preguntas sobre el aprendizaje, las ganancias, el coste de la vida, las condiciones domésticas, la educación religiosa y moral y otras simi-

lares, y sabía lo que era un obrero. Además, el Comité de Investigación supuso que, a pesar de que había categorías compartidas, habrían respuestas diferentes, de parte de los trabajadores y empresarios, a estas preguntas. Precisamente porque resultó de una negociación, la encuesta pudo reconocer el conflicto de clase que había surgido durante la Revolución de 1848.[26]

El Comité del Trabajo encargado de realizar la encuesta, era muy consciente de la naturaleza volátil de su trabajo, e hizo todo lo posible para impedir el desencadenamiento de consecuencias políticas catastróficas. Éste deliberó cuidadosamente acerca de cómo elegir a los representantes locales que proporcionarían la información, y consideró seriamente la advertencia del presidente municipal de París, quien decía que si se celebraban elecciones entre los trabajadores, las reuniones podían convertirse en un pretexto para realizar más manifestaciones por las calles. Los miembros del Comité escucharon a las delegaciones de trabajadores iracundos que percibían a los primeros como a los jefes de un foro para dar a conocer y resolver las quejas, en lugar de ser un ente neutro dedicado a recoger información. Y, a su vez, ellos pretendieron influir la conducta de los trabajadores al mostrar aprecio por el decoro y el respeto, y denunciando la hostilidad y las conductas impetuosas. Una investigación que reconociera la parcialidad potencial de sus fuentes tenía que ser percebida necesariamente como un instrumento de influencia política. Por esta razón, el Comité trabajó despacio en un principio, pero después de Los Días de Junio sus miembros abandonaron la encuesta por completo. En vez de esto, se ocuparon de otros asuntos (la necesidad de proporcionar a los trabajadores casas limpias e instituciones de ahorro; la creación de colonias agrícolas para niños abandonados, huérfanos y delincuentes; la revisión de la ley de 1841 sobre trabajo infantil para permitir el incremento de horas de trabajo); todas estas medidas no tenían por misión atender las demandas de los trabajadores sino ofrecer soluciones alternativas en la forma de una tutela moral y de un control social.[27]

Tal era el contexto histórico y político de la *Estadística* de la Cámara de Comercio. La investigación que el gobierno había patrocinado sobre el trabajo y las condiciones laborales había adquirido un enorme significado político, ya que no sólo indicaba el deseo de información sino la intención de actuar respecto a las demandas laborales. Sin embargo, la Cámara estaba convencida de la necesidad de repudiar esta conexión entre información y política, así que preparó lo que consideraba un informe neutro sobre una situación objetiva que permanecería fuera de cualquier disputa política. Su programa de preguntas difería de aquellos que se habían elaborado en mayo de 1848. En

ese momento, un equipo de investigadores neutrales, pagados, visitó fábricas, talleres y hogares para recoger datos. Estos no querían conocer opiniones acerca de cómo deberían mejorarse las cosas; tan sólo querían descripciones y enfocaban sus preguntas al terreno de la industria, no del trabajo. En realidad, aunque el volumen de información pretendía ocuparse de los trabajadores (los tres cuartos de las cifras que trataban de ellos), la estructura de la *Estadística* parecía subordinarlos a la economía, el principal punto de preocupación.

El Comité de la Cámara decidió, para sorpresa de todos y sin dar una explicación real, recopilar información anterior a 1847. En junio de 1848 se aprobó la realización de un informe que debía llevarse a cabo en los meses siguientes, cuyo objetivo debería haber sido calibrar los efectos de la Revolución, pero no parece que éste haya sido su propósito. En realidad, en el texto del informe tan sólo había comparaciones esporádicas entre los datos de 1847 que se presentaban en las tablas y el estado del empleo en unos determinados oficios de 1848. Parece más bien que el objetivo fue capturar una situación más normal en la cual podrían haber desembocado las cosas. Desde esta perspectiva, la *Estadística* presentó un plan de reconstrucción económica y una forma de demostrar a los asustados inversores que la confusión de los meses anteriores fue una aberración, algo no característico de la organización básica ni de las relaciones en la economía parisina.

El formato del informe conllevaba un sentido de estabilidad y control. En realidad, la impresión visual que nos da al girar página tras página es la de precisión y orden. Había trece secciones que representaban los diferentes tipos de industria en París (vestido, preparación de comida, química, construcción, etc.). Dentro de cada sección se describían unas determinadas empresas. Se presentaban cifras sobre el valor medio de los negocios de diferentes tallas, sobre el número de empleados, la edad, el sexo y el número de sus trabajadores, el lugar de trabajo, y el promedio diario pagado en salarios. Debajo de los cuadros, unas explicaciones escritas ampliaban la descripción. Para cada tipo de empresa el texto estaba dividido en unas secciones de información que empezaban con una discusión sobre la tecnología y la organización del trabajo, a la cual seguían detalles acerca de las prácticas de aprendizaje, promedios de salarios y variaciones de empleo por temporadas. La sección final trataba de las "morales y costumbres" de los trabajadores. Esta última sección examinaba los rasgos de carácter y los patrones de comportamiento que explicaban la prosperidad o la falta de ésta de un grupo concreto de trabajadores. El tono de esta sección final tenía la misma imparcialidad que las discusiones sobre tecnología y salarios. Las referencias

a la falta de previsión y al carácter disipado de los trabajadores, aunque debamos tomarlas como interpretaciones, ahí se presentaban como hechos idénticos a varios hechos numéricos.

El esquema clasificatorio de la *Estadística* disponía toda la información de acuerdo con el tipo de artículos fabricados, ya fueran producidos o vendidos, y con los tipos de servicios manuales que se habían realizado (reparación de calzado o lavado y planchado de ropa, por ejemplo). El término *Industrie* denotaba tanto una actividad empresarial como cualquier actividad productiva. En realidad, los autores del informe definieron y justificaron escrupulosamente su descripción del mundo del trabajo como un mundo de empresarios. Figuraban en las listas de jefes de "empresas": *1)* todos los individuos autoempleados; *2)* todos los individuos que hacían artículos por encargo, y que empleaban a uno o más trabajadores, tanto si estos eran miembros de una misma familia como si no, y tanto si eran pagados como si no; *3)* todos los individuos que hacían artículos por encargo de una "clientela burguesa" (esta categoría incluía a los sastres, modistas, e incluso a las lavanderas), y *4)* todos los individuos que hacían artículos por encargo y que trabajaban al mismo tiempo para varios fabricantes. Los autores del informe reconocían que, sobre todo las dos últimas categorías podían considerarse como "simples trabajadores caseros", pero argumentaban que por cuestiones de contabilidad éstas habían requerido la designación de empresarial. Mientras que los trabajadores empleados en un taller o en su casa por un único empresario serían enumerados por sus jefes, quienes trabajaran para más de un empresario debían registrarse dos veces o quizá ninguna. La solución consistía en definirlos como jefes de negocios, por muy pequeño que fuera su negocio.[28]

El efecto de esta categorización fue la reducción significativa del número de gentes, entre la población parisina, que se consideraban trabajadores. Las definiciones de la *Estadística* negaron la identificación de clase en torno a la cual se habían reunido, desde febrero a junio, maestros empobrecidos, artesanos independientes y trabajadores cualificados en los grandes centros —quienes se llamaban a sí mismos trabajadores o proletarios— en los clubes, en las manifestaciones y en las asociaciones productivas. La *Estadística*, al referirse a los trabajadores y a los jefes como a "industriales" —como productores industriales— rechazó la terminología socialista que tan claramente distinguía a los trabajadores de los jefes; haciendo esto, trasladó el foco de atención lejos de las relaciones de producción al simple hecho de la actividad productiva. En este sentido, los términos neutros de clasificación presentaron un determinado retrato de la organización económica; un retrato

que, por otra parte, estaba asociado con un conjunto de creencias políticas conservadoras.[29]

En lugar del conflicto descrito por la retórica socialista, que se había concretizado en la rebelión de junio, el informe presentaba un supuesto retrato neutral en el cual las relaciones jerárquicas (de propiedad, dirección, capacidad técnica, sexo y edad) eran una parte del mismo sistema de producción, una garantía de alta calidad y de una eficiente adaptación al mercado. No había ningún tipo de conflicto en estas descripciones. El conflicto era descrito como un aspecto no natural de los reajustes del sistema, y sus causas eran ajenas a éste. La economía de París era un mundo lleno de *petites entreprises* (pequeñas empresas). Los autores señalaban con orgullo el arte, la ingenuidad y la competencia de estos *industriels* (industriales):

> Sus productos infinitamente variados son conocidos en el mundo entero... Los fabricantes a menudo guían, y a la vez siguen, los caprichos de la moda y del gusto del mundo elegante. Los trabajadores, tan activos e inteligentes, se adaptan gracias a su extraordinaria competencia, a todos los cambios de diseño.[30]

La *Estadística* de 1847 recuperaba y presentaba, de forma minuciosamente categorizada y enumerada, la realidad de la vida económica parisina. Aquélla discutía implícitamente las demandas radicales de los socialistas revolucionarios, a las que presentaba como fantasías equivocadas, cuando no peligrosas. La *Estadística* construyó y justificó un modelo diferente del que presentaban los socialistas, el cual abogaba por la restauración de un orden económico, político y moral. Inspirada por este esfuerzo, la *Estadística* apelaba a la ciencia de la economía política, que además de ser su guía teórica y metodológica, era una garantía de verdad y precisión.

II

> La estadística es una verificación de la economía política por los hechos.
>
> E. BURET, *De la misère* (Sobre la miseria), 1840

La Cámara de Comercio, con el objeto de dirigir sus esfuerzos de investigación, eligió al principal vocero de la ciencia de la economía política para

dirigir sus esfuerzos de investigación. Horace Émile Say (1794-1860) encarnaba, por su mismo apellido, la escuela liberal francesa. Su padre, Jean-Baptiste Say, fue quien había introducido en Francia las teorías de Adam Smith, añadiéndoles sus propias interpretaciones sobre el papel de los mercados en el desarrollo económico. De verdad que si en Francia había un nombre que tuviera una denotación de economía política, éste era el del vástago de una importante familia protestante, Jean-Baptiste Say. Horace Say estudió en Ginebra, trabajó en una importante empresa comercial durante algunos años y viajó a los Estados Unidos y a Brasil. En 1831 fue nombrado juez en el Tribunal Comercial del Departamento del Sena, y en 1834 se convirtió en miembro de la Cámara de Comercio de París. Fue concejal del Ayuntamiento de París y, en 1846, publicó un libro sobre la administración de la ciudad de París. En 1848 fue nombrado secretario de la Cámara de Comercio. Say, como se sentía identificado con la burguesía liberal parisina, pasó a formar parte del Consejo de Estado en 1849, para dejarlo después del golpe de Estado de Napoleón III, en 1851. Su experiencia, que alternaba los negocios con la administración, reflejaba los estrechos vínculos existentes entre el comercio y la política bajo la Monarquía de Julio, los cuales persistieron durante la Segunda República.

Horace Say tenía la responsabilidad de propagar las enseñanzas de su padre. En 1842 fundó la Sociedad de Economía Política, y durante las décadas de 1830 y 1840 publicó numerosas ediciones de los libros de su padre, añadiéndoles su propia revisión y comentarios. La *Estadística* fue probablemente el mayor logro de todas sus publicaciones. Ganó el premio de estadística de la Academia de Ciencias Morales y Políticas en 1853, el cual otorgaba su enorme prestigio en un momento en que la economía política del Imperio todavía no se había definido, y es muy probable que ese premio contribuyera también a la elección de Say a la Academia en 1857.[31]

Su hijo, Jean-Baptiste Léon Say (1826-1896) era su asistente. Léon Say fue administrador de las vías férreas al dejar el Collège Bourbon, además de ser un activo defensor de las teorías de su abuelo. Trabajó en el Diccionario de Economía Política y escribió a favor del libre comercio y de la libertad individual. Después de febrero de 1848 se incorporó a la Guardia Nacional de París y participó en la represión de la insurrección de junio. Como un leal defensor de Cavaignac, hizo campaña a favor de la elección de este general a la presidencia de la República, en diciembre de 1848, en contra de las fuerzas más reaccionarias que apoyaban a Bonaparte, Léon Say fue prefecto del Departamento del Sena en 1871, y ministro de Finanzas en la década

de 1890. En estos años, como buen republicano conservador, aplicó la doctrina familiar a sus políticas.[32] En el discurso que pronunció en los funerales del economista liberal Frédéric Bastiat, en 1878, recordó el sentido del asedio ideológico que había experimentado en 1848:

> En 1847, todos los esfuerzos en el campo de la economía política estaban dirigidos contra el sistema de protección; en 1848 éste tuvo que enfrentarse a nuevos adversarios y se encontró a sí mismo luchando contra los socialistas... (Eran) unas batallas serias; a su lado, la libertad de comercio y el proteccionismo se convirtieron en meros incidentes. La principal doctrina era la de la libertad del individuo; teníamos la obligación de salvar al individuo del nuevo panteísmo que absorbería a toda la humanidad dentro del Estado.[33]

La *Estadística* era un ingrediente de la contienda contra el socialismo. Ésta tenía como telón de fondo los términos de economía política, una doctrina que reclamaba para sí el estatuto de ciencia y, por consiguiente, un valor de verdad que residía fuera de toda construcción o control humano. J.-B. Say había escrito: "las leyes generales con que se componen las ciencias políticas y morales existen a pesar de las disputas [...] Se derivan de la naturaleza de las cosas de manera tan indudable como las leyes del mundo físico; no se les imagina, se les encuentra".[34]

Sus seguidores aceptaron este razonamiento, porque encontraban en la certeza de su ciencia las explicaciones que necesitaban para comprender algunos detalles contradictorios o confusos. En efecto, sus seguidores examinaban de cerca la información, la discutían incluso cuando ésta no parecía encajar con el esquema general, y luego resolvían las tensiones existentes entre la información y las categorías de explicación apelando a los principios o a las leyes de la teoría. Éste era el caso de los conceptos sustanciales del informe: la definición de la actividad productiva como *industria* y la designación de varios tipos de productores (definición que incluía a varios obreros) como empresarios o jefes industriales *(chefs d'industrie)*.

El enfoque del informe de la industria *(industrie)*, estaba directamente inspirado en los escritos de J.-B. Say. En el *Tratado de economía política* éste explicaba que el trabajo *(travail)* era un concepto demasiado restringido, que no servía para describir la producción. El término trabajo denotaba únicamente trabajo manual o fuerza física, pero no incluía el conocimiento de la naturaleza y la economía, ni la aplicación de este conocimiento (la producción organizada y la venta de artículos o servicios) que también

era necesario en la creación del valor.[35] Quienes tenían compromisos en la industria eran empresarios, aunque realizaran un trabajo manual y ganaran muy poco, como en el caso de los sastres o los zapateros, las modistas o las lavanderas. La formación, el talento y la competencia que requerían los artesanos significaba, casi por definición, que eran autoempleados de hecho o potenciales, y que estaban comprometidos en la concepción y en las actividades comerciales que diferenciaban a la industria *(industrie)* del trabajo *(travail)*. Para Say, los empresarios tenían una función crítica en el centro de las redes de producción e intercambio. Cuando "los acontecimientos secundaban su habilidad" aquéllos se aprovechaban generosamente, y muchos de ellos adquirieron "casi todas las grandes fortunas".[36] Si la movilidad ascendente y la posibilidad de una mejora estable eran sinónimos de empresario, entonces cuanto más numerosos eran los empresarios más válido era asociar la promesa del capitalismo con el progreso económico individual. En contraste, ser obrero *(ouvrier)* significaba vivir en una posición estancada. Quienes se denominaban obreros eran trabajadores no calificados; ejecutaban sus tareas bajo la dirección de los demás, y renunciaban a una parte de los provechos de la producción a cambio de un salario.[37] Aunque podrían haber mejoras colectivas para los trabajadores en la medida en que la civilización progresara, la movilidad individual no se mantenía como un objetivo.

De acuerdo con la terminología de Say, la *Estadística* alistaba a tres categorías de *chefs d'industrie* en sus columnas. Había quienes empleaban a más de 10 obreros; quienes empleaban de dos a 10; y quienes empleaban a uno o a ninguno. La última categoría incluía como obreros a los miembros de la familia que ayudaban al "jefe" de la empresa. Los maridos de las lavanderas "que trabajaban con sus esposas", los hijos o parientes de los zapateros o sastres, todos ellos eran contabilizados como *ouvriers*.[38] La familia obrera unida, si bien representaba genuinamente un negocio independiente (había pastelerías, carnicerías y lecherías) o una fuente de ingresos colectiva (había zapateros o trabajadores del ramo del vestido que cobraban por pieza) se convirtió esta relación en una pequeña empresa *(petite entreprise)*.

Si bien los cuadros daban una impresión de pequeños negocios, el texto que los acompañaba reconocía los problemas inherentes al hecho de aplicar este concepto a ciertas categorías de empresa. Otra vez más, como de costumbre en la sección de salarios, los autores admitían que el término empresario *(employeur)* o "jefe del negocio" no plasmaba de forma precisa la situación real de muchos comerciantes hombres y mujeres. Aunque estos fueran contabilizados como empresarios, en la práctica estos autoemplea-

dos individuales eran —y el término empleado es el mismo una y otra vez— realmente trabajadores:

> Los que tapizan y hacen sillas de mimbre, cuando trabajan por cuenta propia, en verdad son trabajadores.[39]
>
> Los "patrones" que hacen zapatos por encargo en verdad son trabajadores.[40]
>
> Los "patrones" de las modistas que trabajan solos en verdad son trabajadores.[41]
>
> Los fabricantes de chales son en realidad maestros trabajadores.[42]

El caso de las costureras era tan confuso que se había establecido una lista por separado después de las visitas casa por casa, y los informantes tuvieron que abandonar la idea de separar a los obreros de los trabajadores por cuenta propia, y en lugar de esto presentaron un cuadro de las *ouvrières lingères* (modistas de lencería).[43] En efecto, para los sastres, las notas a pie de página retiran las categorías de "patrón" a los sastres, a quienes cobran por pieza, y a los que reparan la ropa usada cuando trabajan solos, y los asimilan a la categoría de obreros para el cálculo de salarios. De este modo, el informe contabilizaba a los que cobraban por pieza *(appièceurs)* como jefes de su propio negocio, en una sección: "Los que cobran por pieza y trabajan solos en sus casas o con sus esposas están registrados como industriales *(industriels)* y no como trabajadores".[44] Pero en el registro de los promedios de salario el informe definía de nuevo el estatuto de aquéllos: "Los patrones que cobran por pieza son en verdad trabajadores. El producto de su trabajo es la mejor prueba de ello".[45]

Las estadísticas de salarios podrían haber cuestionado la prosperidad y la naturaleza empresarial de muchos pequeños oficios y haber discutido las gráficas que establecían el número de fabricantes y de los trabajadores que éstos tenían. Según admitían los autores, el término trabajador era más apropiado para muchos artesanos que se habían empobrecido y muchas artesanas que, en realidad, vendían su fuerza de trabajo en lugar de los artículos que producían. Pero como la terminología de clasificación se mantenía fuera de toda definición humana, los hechos debían interpretarse dentro de la estructura teórica que determinaba la economía política. Cualquier otro enfoque que modificara, por ejemplo, este modelo a la luz de los hechos, habría puesto en duda la utilidad de esta ciencia para establecer el carácter indiscutible de las afirmaciones de *Estadística*. Así, los autores tenían que hacer frente a un problema de metodología debido a la ambigüedad de la situación de algunos productores; esto afectaba al cálculo de salarios

pero no representaba un desafío importante a su visión de la organización económica.

La *Estadística*, por la forma en que presentaba la información, formulaba, pero no reconocía, una serie de interpretaciones alternativas a la mala situación de los trabajadores. Dichas interpretaciones eran descartadas mediante la simple afirmación de los axiomas de la economía política. Tal interpretación sugería, por ejemplo, que cientos de pequeños productores se habían arruinado por la falta de regulación del sistema económico. La *Estadística* replicaba que el Estado y la regulación corporativa dificultaban necesariamente la prosperidad. J.-B. Say había escrito: "el interés privado es el más hábil de los maestros".[46] Otra interpretación citaba la excesiva subdivisión de la organización de la producción, refiriéndose en particular a la práctica de la subcontratación asociada a la confección de ropa y a la construcción de edificios. En 1848 los grupos de trabajadores habían presionado con éxito para hacer aprobar leyes que ilegalizaran la subcontratación, de tan convencidos que estaban de que estas prácticas socavaban la estructura de sus oficios.[47] Los autores de la *Estadística* se referían indirectamente a los debates de 1848 cuando invocaron la teoría de Say sobre los mercados para rechazar la idea de que "los apuros" de algunos grupos de trabajadores podían atribuirse a la subcontratación. Say había argumentado que la multiplicación de empresas era siempre el resultado de las demandas del consumidor y de la producción y el empleo que resultaban inevitablemente estimulados.[48] Los autores de la *Estadística* observaban, en términos similares:

> Es difícil aceptar la idea de que la condición de los obreros se haya empeorado realmente por la presencia de nuevos empresarios industriales que han hecho aumentar la demanda de trabajo y han ofrecido nuevas fuentes de ingreso durante los periodos de desempleo; sin lugar a dudas, debemos atribuir la penuria de estos trabajadores a otras causas".[49]

Las otras causas tenían que ver fundamentalmente con la familia, la organización "natural" en la que vivía la gente, la cual determinaba fenómenos económicos tales como la ley de salarios. La *Estadística* explicaba que los apuros de las obreras de la lencería no derivaban de la subcontratación en la industria de la confección sino del hecho de que las condiciones del empleo de las mujeres violaban la ley de salarios. J.-B. Say había explicado la ley de salarios en su *Traité* (Tratado), en el cual señalaba que existían dos cálculos distintos, uno para el salario de las mujeres y otro para el

de los hombres. El salario del hombre tenía que mantener al trabajador y asegurar la subsistencia de sus hijos, los cuales constituían el capital físico de la futura generación de trabajadores manuales no calificados. Así, para los hombres, los costos de reproducción de la fuerza del trabajo estaban incluidos en el precio que se pagaba por el poder de trabajo. Por el contrario, las mujeres y los niños eran dependientes naturales, por lo que nunca tendrían que ser autosuficientes. Aquellas mujeres que, por alguna razón, tenían que ser autosuficientes, estaban siempre en desventaja, porque debían hacer frente a la competencia de otras mujeres que sólo necesitaban un complemento a los ingresos familiares. Éste era el estado permanente de las cosas, la ley que prevalecía en el mercado del trabajo de las mujeres.[50]

Ni J.-B. Say ni los informantes de la *Estadística* encontraron que los ingresos del salario fueran en sí mismos una contradicción con respecto al estatus de las mujeres. Las mujeres tenían "ocupaciones que eran capaces de realizar", y éstas podían incluir algunos trabajos tradicionalmente masculinos. (Los autores indicaron en la *Estadística* que los compositores parisinos les prohibieron a las mujeres trabajar con ellos, aunque éste fuera "un trabajo que parecía que podían realizarlo sin cansarse, y que les es permitido en otras ciudades, como en Senlis, por ejemplo".)[51] El problema era más bien que demasiadas mujeres tenían la desgracia de vivir fuera de su marco natural —la familia— el cual era, en realidad, el único contexto económicamente viable para todos los trabajadores, tanto mujeres como hombres.[52]

La familia era un punto crítico en el análisis de la *Estadística*, sobre los salarios y sobre la vida social y económica en general. Los autores vieron en la familia no sólo un modelo de organización de la producción sino las fuentes de desarrollo moral e individual. La familia era el entorno natural que potenciaba las cualidades de disciplina individual y orden, tan necesarias para la salud y prosperidad de la sociedad. Basándose en Say, y también en los escritos de los doctores reformistas de 1840, los autores de la *Estadística* consideraban a la familia como el eje conceptual de las relaciones sociales. Por otra parte, su foco de análisis era el trabajador y el grado en que él o ella estaban incrustados en las estructuras familiares. Si el tema declarado del informe era la industria, la preocupación de sus autores tenía que ver con la moralidad de los trabajadores. Por supuesto, la moralidad, o la carencia de ella, tenía consecuencias políticas y económicas. Así, la discusión acerca de la moralidad permitió a los autores hacer alusiones a la política de 1848 en un simple informe económico objetivo.

En la *Estadística*, los términos que marcaban contrastes morales vinculaban la disciplina en el trabajo con el comportamiento personal. Los buenos trabajadores eran disciplinados, muy trabajadores, no faltaban al trabajo, eran puntuales, respetaban las leyes y eran ahorradores. Los malos trabajadores eran turbulentos, difíciles de gobernar, perezosos, disipados, faltos de previsión, se permitían el gusto por el placer y tenían una conducta frívola. Estas cualidades se desarrollaban en los mundos interrelacionados de la familia y el trabajo. El análisis presentado en la *Estadística* reproducía, de atrás hacia adelante, la organización del trabajo y las condiciones de la vida de familia, utilizando una para explicar a la otra. Cuanto más cercana a la familia parecía la estructura del trabajo, cuanto más enredados estaban los trabajadores en las familias, mejor se comportaba la fuerza de trabajo. Aunque una mala familia pudiera transmitir "el pecado original" que mancharía para siempre la moralidad de un trabajador, las familias también eran influenciadas a su vez por la naturaleza del trabajo que realizaban sus miembros.[53] El lugar de trabajo ideal era un taller pequeño, encabezado por un patrón benevolente y paternalista, con un grupo estable de trabajadores calificados, casados, que realizaban el oficio para el cual se habían formado. Desde luego, los trabajadores estaban bien pagados y se comportaban correctamente, trasladando a sus vidas privadas las relaciones ordenadas del taller. Si las sustancias naturales con las que trabajaban poseían las cualidades requeridas, los efectos positivos se intensificaban mucho más. De este modo, todos aquellos que trabajaban con los metales, los artesanos que utilizaban materiales preciosos, eran los mejores de todos. El oro y la plata desarrollaban de algún modo, en los trabajadores de las joyerías, un gusto civilizado por las cosas buenas, como el agua estimulaba en aquellos que trabajaban con ella —lavanderas y curtidores, por ejemplo— una sed excesiva y desafortunada de bebidas alcohólicas.[54] Estas referencias establecían una clara equivalencia entre las sustancias materiales y la familia. Todas ellas eran naturales y sus efectos podían ser estudiados de la misma forma.

Los trabajadores de las joyerías eran un caso ejemplar para los autores de la *Estadística*. Ofrecían una relación idealizada de la experiencia de estos trabajadores mediante la descripción de una historia de vida:

> En general a los trabajadores de las joyerías, que ganan buenos salarios, les gusta vestirse bien; los placeres vulgares del cabaret los atraen menos que los placeres de la danza, el teatro, un paseo en el campo. Esto es así porque ellos prefieren

> la vida doméstica a una existencia desordenada *(une existence de désordre)*. Estos trabajadores se casan más de buena gana porque pueden encontrar trabajo para que sus mujeres lo hagan en casa, y así no tendrán que abandonar los cuidados del hogar... Más tarde la mujer puede emplear como aprendices a dos o tres jóvenes; los hijos (del trabajador) también pueden iniciarse en tareas apropiadas a sus edades; el orden y el confort caracteriza al hogar, y el hogar del trabajador se transforma en un pequeño taller.[55]

Esta interpretación disolvía la línea de separación entre la familia y el lugar de trabajo; el orden de uno construía el orden de la otra, conduciendo a una mejora (personal) del trabajador y éste se convertía en empresario: "Para quienes son inteligentes es fácil convertirse en fabricantes por cuenta propia si así lo quieren".[56] Los autores, en su intento por subrayar las influencias que conducían al éxito, concluyeron su relación regresando al trabajador de la joyería a su lugar, que lo subordinaba naturalmente a su patrón:

> Las relaciones entre patrones y trabajadores siempre han sido bastantes buenas. Se observaban unas relaciones recíprocas de cortesía, al menos hasta la Revolución de febrero; muchos patrones incluso siguieron la práctica de organizar una alegre comida anual para sus trabajadores; y cuando un trabajador se casaba, invitaba a su patrón y a la esposa de éste al banquete.[57]

Los autores de la *Estadística* enfatizaron la importancia del pequeño taller comparándolo con otros lugares de trabajo: con los *chantiers* (las obras de construcción) y sus cambios constantes de trabajos forzados (como en los oficios de la construcción); con las fábricas que tenían un gran número de trabajadores y no tenían establecidos los tradicionales límites de edad y sexo que los separaran; y con las habitaciones individuales, donde los trabajadores que cobraban por pieza trabajaban duro, en su aislamiento, sin ningún tipo de supervisión y, por consiguiente, sin estar sujetos a unos códigos de conducta moral o profesional.[58]

Según el informe, la mayor desventaja de los *chantiers* era que la contratación se hacía fuera; los trabajadores debían presentarse en algunos puntos —la Place de Grève para los oficios de la construcción, el Cloître Saint-Jacques-l'Hôpital para las lavanderas— y esperar allí para tener una oferta de trabajo. Era difícil mantener una línea de separación entre el descanso y la búsqueda de trabajo, y resultaba difícil evitar las connotaciones sexuales (esperar en la calle para tener una proposición). Para los trabajadores de la

construcción "se presentaron muchas ocasiones de estimulación mutua, y el lugar de contratación era, a menudo, para los hombres de conducta irregular, el punto de inicio de viajes de placer".[59] Las lavanderas tenían que escuchar, a menudo, "proposiciones indecentes" y hacer frente a las tentaciones de la prostitución.[60]

El informe señalaba que en las grandes fábricas los patrones podían no supervisar cuidadosamente a sus trabajadores y "penetrar con benevolencia en sus vidas íntimas".[61] En lugar de tener información, los jóvenes trabajadores aprendían por el ejemplo; la imitación de sus mayores no respetaba las diferencias de edad y estatus y, en consecuencia, era perjudicial para su moralidad.[62] La *vie commune* (vida común) en la fábrica, la mezcla de sexos en la misma habitación, relajaba tanto el control moral que "los hombres energéticos, en estas condiciones, tenían fácilmente comportamientos turbulentos".[63] Al estar sobreestimulados (la metáfora sexual era inequívoca) se exponían a "desfortunadas ilusiones", a ideas que inevitablemente rompían la producción industrial y el orden político.

Finalmente, en la lista de ejemplos negativos de la *Estadística* se encontraban los trabajadores aislados, que vivían por su cuenta en habitaciones amuebladas en la ciudad. Estos *logements garnis* (habitáculos equipados) eran alojamientos temporales para las poblaciones emigrantes itinerantes, para aquellos que estaban fuera del orden familiar o laboral. El informe decía que estos trabajadores, al no tener patrones que cuidaran de ellos ni padres que los formaran y supervisaran, tenían una inclinación a la mala conducta, a la promiscuidad y, en el caso de las mujeres, a la prostitución.[64]

Aunque según la *Estadística* las condiciones de trabajo eran críticas para engendrar una buena moralidad, los autores también sugirieron que una familia ordenada podría subsanar los efectos peligrosos del lugar de trabajo. Aquí se daba el ejemplo de los trabajadores de la construcción, en particular de los albañiles. Estos eran trabajadores itinerantes, pero el informe señalaba que la organización de su oficio era rigurosa y que la formación estaba todavía en auge. Aunque los albañiles vivieran en habitaciones amuebladas en París, estas residencias impresionaban a los investigadores por su decencia, ya que estaban organizadas por el oficio y supervisadas por los mayores. A pesar de que los albañiles vivieran temporalmente fuera de sus familias respectivas, estaban muy apegados a los lazos familiares: "Tienen una residencia familiar en sus pueblos, a la cual contribuyen con sus ahorros".[65]

De modo similar, la *Estadística* hacía distinciones entre los trabajadores caseros. Aquellos que vivían en sus residencias propias estaban casados

y poseían algunos muebles, eran descritos, a pesar de ser pobres, como honrados y honorables. Y los investigadores suponían que incluso aquellos que vivían en habitaciones amuebladas tenían "buena conducta" cuando se casaban o cuando el oficio organizaba momentos de descanso. En el mundo marginal de los *logements garnis*, que para Frégier, en 1840, habían sido la cuna de "las clases peligrosas", los autores de la *Estadística* encontraron cuatro categorías de trabajadores: aquellos que tenían una conducta moral buena, pasable, mala o muy mala.[66] El factor determinante eran los lazos familiares o bien la estructura del oficio, con algunos vestigios de jerarquía o de control entre sus miembros. Por otra parte, el control se manifestaba fundamentalmente como represión sexual. Entre los trabajadores disciplinados y ahorradores que pregonaba la Estadística, cualesquiera "turbulencia", lujuria, pasión y excitación eran reprimidas.

Así, los defensores del libre comercio y de la libertad individual hacían caso de la disciplina y del control. Pero a diferencia de los socialistas, a quienes atacaron por querer regular la economía, Horace Say y sus colaboradores no pretendían imponer leyes artificiales sobre lo que ellos denominaban los fenómenos naturales. En vez de eso, atribuían una función reguladora natural a la familia, cuya existencia y bienestar debían ser promovidos por el Estado. El papel de la ciencia moral consistía en encontrar las maneras de nutrir y proteger esta institución natural, jerárquica y represiva. Si bien para la economía política el proteccionismo era el anatema de su política económica, en cuanto a política social estaba al orden del día.[67]

El análisis de la familia y la moralidad cumplía varias funciones en la *Estadística*. Permitía a los autores aprobar formas de organización artesanal a pequeña escala, sin que pareciera que estaban pidiendo una intervención, y trasladó la explicación causal de la Revolución de 1848, del sistema económico a la familia obrera. Como tal, el análisis de la familia fue utilizado como réplica a los socialistas, a modo de informe científico. Los términos de su ciencia eran firmes y persuasivos, se presentaban bajo forma de descripciones de los trabajos de la familia y la economía, entendidos como fenómenos naturales. El orden de las informaciones, mediante tablas numéricas, respondía a la creencia general de que las pruebas cuantitativas podían resolver las discusiones políticas. Según esta perspectiva, la *Estadística* sirvió para documentar la realidad externa existente; su formato y modo de presentación hicieron de ella un caso elocuente, otorgándole el estatuto de hecho.

III

> La criminalidad de la mujer es más peligrosa que la del hombre porque es más contagiosa.
>
> C. LUCAS, *De la réforme des prisons* (Sobre la reforma de las prisiones), 1838

La *Estadística* también presentaba un argumento político, bajo la forma velada de una discusión sobre el desorden sexual. El argumento se basaba en la invocación de una "realidad" peligrosa y desordenada que entraba en competencia y amenazaba a la realidad que los autores aprobaban. La introducción de la "realidad" segunda y antitética dejaba clara la necesidad de aceptar el anteproyecto económico de los autores. Para nosotros, ésta también cuestiona el estatus del documento como descripción científica objetiva.

La *Estadística* presentaba el mundo del trabajo en los términos de una oposición entre lo bueno y lo malo, el orden y el desorden, y entre trabajadores domesticados y disipados. Aunque hubieran relaciones precisas sobre el número de hombres y mujeres en cuanto a la fuerza de trabajo y en cada rama de fabricación, las atribuciones de los tipos de conducta moral no eran específicas de ningún sexo. Según el informe, podían encontrarse hombres y mujeres tanto en las categorías buenas como en las malas, y a menudo presentaban rasgos similares en los mismos oficios. Y aún en su retrato de la familia y de la moralidad, los autores trataban los temas de la sexualidad no controlada de las mujeres, utilizando la imagen de la prostituta para conjurar las visiones de un mundo (de una clase obrera) peligroso y fuera de control.

El informe utilizaba a las mujeres para referirse al límite de las posibilidades de conducta moral. Éstas, asociadas de forma natural con la familia, encarnaban y transmitían todas sus virtudes: "La buena conducta es, a menudo, hereditaria, sobre todo de madre a hija".[68] Como una mujer, una patrona (mujer) responsable se hace cargo de sus jóvenes empleadas y protege a aquéllas que tienen reputación o hábitos de "virtud ligera". Las mujeres casadas que están a la cabeza de una empresa (cosiendo vestidos o vendiendo comida) en su ámbito familiar tenían dotes de mando y aptitudes comerciales. Como trabajadoras, incluso eran más fiables cuando estaban

casadas, por haber aceptado, bajo el poder y protección del marido "la ley natural" de su propia dependencia.[69]

En la *Estadística* la situación de las obreras casadas era la de la "buena" clase obrera en relación con sus patrones; a cambio de cierta dependencia (respecto a la inteligencia y a los recursos de un jefe), el trabajador renunciaba a sus derechos a cambio de un salario. Con su buen comportamiento, como la fidelidad sexual de la esposa, se le reconocía a cambio un lugar en un sistema de subordinación y dominación. Aceptar los papeles significaba canalizar el propio deseo, obedeciendo a una ley que no había sido escrita pero que no se podía alterar.

Las mujeres que vivían fuera de la familia vivían fuera de la ley, y esto acarreaba peores consecuencias para algunas más que para otros. Las mujeres mayores que vivían solas eran miserables; eran incapaces de mantenerse a sí mismas porque habían perdido a quienes las sostenían antes y no tenían el control de sus propias vidas. Eran víctimas de sus circunstancias (y más allá de la corrupción sexual), sólo podían ser compadecidas por su suerte.[70] Por el contrario, las mujeres jóvenes independientes eran peligrosas, y su condición era sinónimo de una sexualidad libre de restricciones. Por ejemplo, entre las sombrereras todo dependía de

> la condición en que se encontraban los trabajadores. Así, casi todos aquellos que viven con las sombrereras, que las emplean, manifiestan una conducta recta y disciplinada, están acostumbrados al ahorro y al orden... No es lo mismo para aquellas mujeres que trabajan en habitaciones y para aquéllas que son libres de hacer lo que desean al final del día; entre estas mujeres se encuentran la disipación y las privaciones. Éstas cobran, en general, por día o por pieza, y su salario les basta para su subsistencia. La posición difícil en la cual éstas también caen a menudo debe atribuirse a su falta de ahorro y a su conducta desordenada.[71] Los autores de la *Estadística* desarrollaron la asociación entre mujeres e indulgencia sexual al señalar que las mujeres que vivían solas mostraban una conducta peor que los hombres. Entre los grupos de trabajadores tumultuosos, se citaba típicamente a las mujeres como "incluso más" turbulentas o disipadas.[72] A falta de correctivos internos, las mujeres jóvenes se permitían la pasión y el vicio, y ello desembocaba inevitablemente en la prostitución. Aparte de que esto fuera intrínsecamente repugnante porque ellas aceptaban y explotaban la sexualidad, las prostitutas también desarrollaron un gusto por el lujo que todavía corrompió más su comportamiento (J.-B. Say

> advirtió que mientras el consumo era importante para la economía, los gustos lujosos distorsionaban la suavidad de sus procesos).[73]
>
> A veces uno se da cuenta de los indicios de un nivel de vida que su ocupación declarada no puede justificar.[74]
>
> Un gran número de trabajadoras hacía gala de una conducta dudosa y recibía un salario insuficiente para permitirse el estilo de vida que llevaba. Estas forman parte de las asistentes a los bailes públicos que pocas veces se presentan asiduamente a su trabajo.[75]

La palabra "dudosa" *(douteuse)* recurría a referencias sobre la conducta de las obreras solteras; y no sólo implicaba un juicio negativo acerca del comportamiento dudoso de éstas, sino también un sentido de duplicidad y engaño. Los investigadores no podían estar nunca seguros de lo que estas mujeres hacían realmente; las apariencias podían ser imprecisas y los títulos que designaban las ocupaciones podían ser un ardid. La doble revisión que había designado la investigación para contar a las modistas de la lencería (la cual consistía en recabar información de los patrones y visitar todos los hogares donde podían vivir las modistas) representaba no sólo una auténtica dificultad a la hora de contar a las trabajadoras caseras de un oficio que estaba abierto a cualquier mujer que tuviera unos conocimientos rudimentarios de costura, sino también la dificultad de saber cuál era la verdad: "Parece que el método más certero sea hacer un censo de las modistas en sus casas".[76]

En muchos casos este método exigía dos visitas, porque las modistas vivían en alojamientos que recibían un trato detallado y exhaustivo en una sección separada de la *Estadística*.[77] La contabilización de las modistas también implicaba un intento más a fondo para averiguar información acerca de su conducta moral:

> La información sobre las condiciones de vida de estas trabajadoras provenía de las impresiones de quienes realizaban el censo..., de las respuestas de los mismos trabajadores y de los vecinos".[78] Incluso así "era difícil evaluar la conducta de estas trabajadoras" o incluso decidir si eran trabajadoras: "Para algunas de ellas, el trabajo de costura es tan sólo un medio de disimular sus fuentes reales de ingresos".[79]

Estas trabajadoras subvertían la exactitud del recuento de la *Estadística* de los trabajadores parisinos; cuestionaban la capacidad técnica de los obser-

vadores para "ver" los hechos, y se resistían a encajar dentro de las categorías establecidas. El carácter incierto de estas trabajadoras planteaba un problema más amplio, el de determinar el estatus de cualquier mujer que viviera fuera de los contextos habituales de la familia, el trabajo, la economía y el intercambio. La sugerencia de prostitución implicaba irregularidad y corrupción. Estas mujeres, que por un lado eran trabajadoras y por el otro no, eran marginales al mundo de la industria parisina, aunque también formaran parte de ella. Su comportamiento amenazaba al orden moral, e implicaba la destrucción no sólo de la disciplina del trabajo sino también de todas las relaciones sociales. Al no ser aparente su subordinación al padre o marido, vivían como marginales. La mayor ambigüedad de su situación, el hecho de que no encajaron en ninguna categorización, era la medida de su peligrosidad.[80]

La prostituta representaba la sexualidad —masculina o femenina— corrupta, invertida, o simplemente no regulada, fuera de control. Las mujeres, mediante su subordinación y dependencia "naturales" representaban a la clase obrera en relación al capital.[81] En el texto, las representaciones de clase y sexualidad se desplazaban una a otra; la cifra de mujeres obreras solteras contenía ambas referencias. En la preocupación obsesiva de la *Estadística* por las mujeres de conducta dudosa, se encuentran codificadas toda una serie de observaciones y advertencias acerca de otra "realidad", el lado oscuro y peligroso de la clase obrera (en realidad, de la personalidad humana), que debe conocerse para ser reprimida.[82] Esta "realidad" siempre acechaba por debajo de la superficie; era el lado oculto del mundo lleno, artístico y próspero del trabajo que los autores habían ensalzado orgullosamente en la introducción del volumen. Era, como lo había demostrado la insurrección de junio de 1848, un universo caótico y peligroso en el cual los papeles normales de conducta y las jerarquías naturales estaban invertidas, en el cual la vigilancia paternalista de los patrones ya no podía contener por más tiempo la turbulencia de sus hijos. La única solución a esta situación, la única manera de prevenir su resurgimiento era volver a imponer los términos de la ley patriarcal.

De este modo, los autores de la *Estadística* presentaban su visión de la "realidad" y su argumento del porqué ésta debía aceptarse como un modo de estructuración de la vida económica. Al hacer esto, produjeron un texto revelador de su propia relación política con la "realidad": es una realidad contingente más que absoluta, construida más que descubierta, impuesta con unas finalidades políticas más que vivida de forma natural o inevitable. Como los cuadros numéricos organizaron una masa de información en cate-

gorías de comprensión, las cuales implicaban un determinado modelo de estructura social, la ley impuso y reforzó —haciéndolas reales— las relaciones que se deseaban para la vida social y política.

IV

En los años que siguieron al diseño y publicación de la *Estadística*, las tenaces leyes de censura del Segundo Imperio y los cuidadosos informantes de la policía previnieron de la aparición de otras versiones alternativas de la realidad del mundo laboral. Así, los términos de análisis de la *Estadística* conservaban cierto estatus oficial. La Cámara de Comercio siguió empleando las categorías de la *Estadística* en estudios subsiguientes; la investigación sobre la industria en París en 1860 *(L'Industrie à Paris en 1860)* empleó el mismo formato de 1848. Bajo la Tercera República, nuevas técnicas de investigación y un clima político muy distinto engendraron otros tipos de investigaciones estadísticas que acarrearon diferentes construcciones del mundo del trabajo.[83] No podemos extendernos en las historias de estos esfuerzos; sin embargo, cuando están escritas, seguramente descubrirán no sólo la organización y estructura del mundo laboral sino el grado en que su sola descripción constituía un tema de intenso debate y de disputas políticas.

Es mediante los términos políticos de poder y conocimiento como mejor podemos evaluar, los usos de la *Estadística de la industria* de 1847-1848 para la investigación histórica. Ésta había sido escrita al comienzo de 1848 con la intención de objetar las demandas económicas y políticas más radicales de la Revolución, y de reafirmar una visión de la organización económica que, los teóricos socialistas en particular, habían desafiado severamente. En la documentación estaba codificada la estructura analítica de la economía política y un argumento de lo que podría ocurrir si ésta no se aprobaba. Las demandas científicas de los investigadores y las presentaciones tabulares de la información de los mismos, establecían el significado del informe y reforzaban su estatus descriptivo de autoridad. Dicho estatus, además del clima político del periodo, incapaz de escuchar desafíos, dio a sus autores la última palabra no sólo en ese momento sino para la posteridad. Cuando los usos administrativos y polémicos de la *Estadística* hubieron pasado de moda, los historiadores que buscaban datos irreprochables tomaron el informe por su valor nominal y lo incorporaron a su documentación sin cuestionarse sus categorías ni interpretaciones. Este procedimiento perpetúa una visión

de la economía y de la ciencia estadística como una empresa esencialmente objetiva; y hace de la historia un socio involuntario de la política de otra época. Un enfoque alternativo sitúa cualquier documento en su contexto discursivo y lo lee, no como un reflejo de una realidad externa, sino como una parte integral de esta realidad, como una contribución a la definición del sentido o a la elaboración de éste, a la creación de relaciones sociales, de instituciones económicas y de estructuras políticas. Tal enfoque requiere que el historiador se cuestione los términos en los que se presenta cualquier documento y que se pregunte, en consecuencia, cómo éste contribuye a construir la "realidad" del pasado.

VII. "¡OBRERA!, PALABRA SÓRDIDA, IMPÍA..."*

Las mujeres obreras en el discurso de la política económica francesa (1840-1860)

> ¡Obrera! para todos aquellos que han leído, como Jules Simon, el gran libro de la vida real, esta palabra suena en nuestros oídos como un sinónimo, un resumen de cosas crueles: dolores, privaciones, miserias, prostitución.
>
> HIPPOLYTE DUSSARD,
> *Le Journal des Économistes*, 1861

EN EL *Salón de París* de 1861, Auguste-Barthélémy Glaize expuso una pintura titulada *Misère la Procureuse* (La procuradora miseria). En la pintura domina una vieja bruja, andrajosa, enseñando unos feos pechos caídos, con las piernas al aire. Está arrastrando un bastón (su actitud recuerda las figuras de la muerte) y señala o hace señas a las luces de una ciudad distante, con sus dedos torcidos. Detrás suyo, trabajando junto a una vela, se encuentran algunas mujeres jóvenes, serias, vestidas a la usanza rural. Una sostiene un huso; detrás suyo hay una rueca. Enfrente de la bruja hay un grupo de mujeres voluptuosas, desnudas, cayéndose de un carro conducido por caballos o arrojándose a él, el cual se dirige rápidamente hacia la ciudad.

La pintura describe no tanto un contraste estático como una narrativa de transición: del campo a la ciudad, de la sociedad tradicional a la moderna, del orden al desorden, del atuendo y comportamiento apropiados de las mujeres a la degradación y a la corrupción sensual. La transformación de la prudencia en unas vírgenes tontas ocurre a través de la vieja mujer, cuyo aspecto espantoso nos advierte a nosotros, pero no a sus víctimas, del destino que les esperaba. Para el artista, también era importante que los sujetos

* Este ensayo fue publicado por vez primera en Patrick Joyce (comp.), *The Historical Meanings of Work*, Cambridge University Press, Cambridge, 1988, y aquí se transcribe con el permiso del editor. Los comentarios de Albert Hirschman, Laura Engelstein, Michael Fried y Ruth Leys fueron de gran ayuda para mí.

fueran obreras. "Cuántas mujeres jóvenes", escribió en el catálogo, "que dejan el trabajo, caen por sí mismas en todos los vicios que conlleva el libertinaje para huir de este espectro que parece perseguirlas siempre?"[1] Por supuesto, el espectro era la pobreza, que uno de los críticos de la época definía como "la madre de la desesperación y la infamia, de cualquier tipo de prostitución". Pero las palabras de Glaize eran tan ambiguas acerca de la causalidad como lo era su pintura. El abandono de las jóvenes parece emanar de ellas mismas, quienes, en lugar de ser conducidas a un destino fatal, se apresuran, con cierto deseo placentero, a abrazarlo. Aquí la pobreza es una advertencia para las mujeres disipadas (la causa misma de su caída) de las consecuencias que podrían derivarse de sus inclinaciones naturales.

Tal ambigüedad sobre las mujeres y la pobreza caracterizó gran parte del debate sobre las mujeres obreras durante el siglo XIX, un debate que captó la atención pública en 1858-1860 (los mismos años en que Glaize estaba pintando su tela) con la publicación de algunos estudios, como el de Julie-Victoire Daubié *La femme pauvre au XIXe siècle* (La mujer pobre en el siglo XIX), que ganó el concurso de la Academia de Lyon en 1859, y el de Jules Simon *L'Ouvrière* (La obrera) de 1860. En efecto, los elogios que recibió la pintura de Glaize tienen, en parte, su origen en el hecho de que éste captó muy bien los términos de discusión de sus contemporáneos. Maxime du Camp decía algo parecido en su comentario; opinaba que la pintura era "absolutamente fantástica y, no obstante, fantásticamente real, comprensible para todos".[2]

La publicación de estos estudios colocó la cuestión de *L'Ouvrière* (La obrera) al frente de los debates sobre la moralidad, la organización económica y la situación de las clases trabajadoras. Asimismo, también vinculó la importancia de la economía política con el debate general sobre las mujeres, el cual seguía haciendo estragos en este periodo, al que un historiador denominó "La querella de las mujeres del Segundo Imperio". Los años de 1858-1860 conocieron una gran efusión de libros dedicados especialmente a las mujeres: de Proudhon, con su *De la justice dans la Révolution et dans l'église,* 1858 (Sobre la justicia en la Revolución y en la Iglesia), prefiguró su diatriba más virulenta en *La pornocratie ou les femmes dans les temps modernes* (La pornocracia o las mujeres en los tiempos modernos), que se publicó póstumamente en 1871; de Michelet, *L'Amour,* 1858 (El amor) y *La Femme,* 1860 (La mujer); y las respuestas femeninas a estas obras, de parte de Juliette Lamber Adam, *Idées anti-proudhoniennes sur l'amour, la femme et le mariage,* 1858 (Ideas anti-proudhonianas sobre el amor, la mujer y el

matrimonio), y de Jenny d'Héricourt, *La Femme affranchie,* 1860 (La mujer emancipada).[3] La cuestión de la mujer trabajadora sirvió para centrarse en algunas preocupaciones sobre la independencia, el estatus legal y los roles sociales apropiados a la mujer, aunque dicha cuestión no fuera la más importante en todos los aspectos del debate sobre la cuestión de la mujer.

Para los economistas el tema de *L'Ouvrière* (La obrera) no era una novedad en 1858-1860, aunque el tema en sí mismo era más importante que antes. Las referencias a las mujeres ya estuvieron presentes, durante mucho tiempo, en el discurso de la economía política del siglo XIX en Francia, si bien sólo implícitamente o como parte de una discusión más general sobre las clases obreras. Este discurso incluía las voces de los teóricos que proponían una nueva ciencia económica, y las críticas de todo tipo (de los proteccionistas que atacaban el libre mercado, de los moralistas que temían que el desarrollo económico socavara el orden social, de los socialistas que se aliaron contra el individualismo y la competitividad, y de los feministas que cuestionaban los efectos de las nuevas divisiones del trabajo.

Sería impreciso ver estas voces en franca oposición, como en un debate formal, porque unas y otras coinciden en aspectos importantes, y constituyen lo que Denise Riley ha llamado en otro contexto una "red de referencias cruzadas", que están en intersección en algunos puntos y divergen netamente en otros.[4] Uno de los puntos importantes de intersección era la representación de la mujer trabajadora, sobre la cual los contemporáneos intercambiaban opiniones acerca de los efectos del desarrollo industrial en la sociedad francesa mediante diferentes concepciones de la feminidad, la sexualidad y el orden social.

En este ensayo quisiera acercarme a este discurso desde una determinada perspectiva, la que está contenida o a la que se refieren directamente los economistas políticos. Eran estos los hombres (y unas pocas mujeres) que se encargaron de definir los términos de una nueva ciencia económica (el funcionamiento del mercado y la organización de la producción y la distribución del bienestar), de codificar sus leyes y disciplinar a sus profesionales. Estos se presentaron a la opinión pública y a los legisladores porque deseaban trasladar, de forma incisiva, sus puntos de vista a la política. A través de los comunicados públicos, de un periódico (*Le Journal des Économistes*, fundado en 1842) y una organización *(La Société d'Économie Politique)* anunciaron sus puntos de vista al mundo. Tenían a un eminente representante en el mundo académico —el catedrático de política económica en el Collège de France— y a algunos miembros en la Academia de las Ciencias Morales

y Políticas, en las cámaras de comercio, además de oficinas locales y nacionales del gobierno. A pesar de que los economistas políticos se sintieron acosados, ya que instaron a los sucesivos gobiernos, quienes estaban muy poco dispuestos, a instituir el libre comercio en las décadas de 1840 y 1850, aquéllos tuvieron una repercusión crucial en la articulación del nuevo orden económico. Habiendo establecido el poder intelectual e institucional de su ciencia a través del control del conocimiento y del acceso al gobierno, los economistas políticos eran capaces de proporcionar la estructura conceptual dentro de la cual (y contra la cual) tenían que trabajar quienes se planteaban las cuestiones económicas.

I

Las referencias a las mujeres trabajadoras en los escritos de los economistas políticos franceses del siglo XIX eran directas e indirectas. La figura de la mujer trabajadora era tanto un tema explícito en las discusiones sobre la pobreza, los salarios, las profesiones y la familia como un sinónimo del desorden. A menudo resulta imposible separar estos usos porque, como veremos, están muy imbricados, como en el caso de la pintura de Glaize. La mayor parte de las discusiones sobre las mujeres trabajadoras implicaba también algunas consideraciones sobre las ciudades; se evocaban constantemente dos tipos de ciudades y dos tipos de problemas. El primero era la situación de las mujeres jóvenes, solas, en los centros urbanos como París *(femmes o filles isolées)*, que trabajaban para recibir a cambio unos salarios de miseria y, en consecuencia, pasaban a engrosar las filas de los pobres urbanos. El segundo se refería a los habitantes de los nuevos centros industriales, a las mujeres que trabajaban muchas horas en las máquinas y que vivían en hogares como miembros de unidades que apenas parecían familias normales.

El término empleado para referirse a las mujeres trabajadoras independientes era ambiguo. En el régimen de vigilancia de la prostitución, *femmes isolées* (mujeres marginales) se refería a las prostitutas clandestinas que no estaban registradas en ninguna de las casas en que estaba permitido tal comercio.[5] En los estudios sobre los trabajadores, como el de la *Estadística de la industria*, preparada por la Cámara de Comercio de París en 1848, el término *femmes isolées* designaba a las mujeres que tenían unas fuentes de ingresos (normalmente modistas de lencería o costureras), que vivían solas en habitaciones amuebladas, donde cosían prendas de vestir para el comercio de

la confección, y cobraban por pieza.[6] El hecho de que el término era el mismo no era una coincidencia. Desde la masiva encuesta de Parent-Duchâtelet sobre la prostitución en 1836, era del conocimiento de todos que las prostitutas ocasionales procedían de las categorías de las jóvenes trabajadoras:

> De todas las causas de la prostitución, en París y probablemente en otras grandes ciudades, no hay más actividad que la falta de trabajo y pobreza, la consecuencia inevitable de los salarios insuficientes. ¿Qué son las ganancias de nuestras costureras, de nuestras modistas lenceras, y en general de todos aquellos que trabajan con la aguja?... Déjennos comparar... el precio de su trabajo con el de su deshonor y dejaremos de sorprendernos al ver a tan gran número de ellas cayendo en el desorden que es, digamos, inevitable.[7]

El análisis de Parent también incluía explicaciones que no estaban estrictamente relacionadas con los salarios o con las condiciones de trabajo. Él pensaba que, además de la pobreza, "la vanidad y el deseo de brillar en suntuosos vestidos, junto con la pereza, es una de las causas más influyentes de la prostitución, especialmente en París".[8] Tales deseos podían extenderse de forma exuberante cuando las mujeres jóvenes vivían y trabajaban lejos de la vigilancia de los patrones o padres. Tal como indicaban los autores de la *Estadística* en 1848, una "conducta disipada" y "desordenada" se asociaba con "las mujeres que trabajaban en sus habitaciones y... con aquellas que son libres de hacer lo que quieren al final del día".[9] En realidad, el estatus profesional de estas mujeres era "dudoso" a los ojos de los autores de la *Estadística*. Nunca quedaba claro si sus salarios procedían del trabajo honrado o de la prostitución: "Uno a veces se da cuenta del bienestar que la profesión que han declarado no puede justificar".[10] La condición de independencia, tanto si desataba deseos insaciables como si acarreaba miseria y desempleo, conducía a la prostitución.

La lujuria y el despilfarro, asociados a la prostitución, producían un llamativo contraste tanto hacia las formas del necesario (y autorregulador) consumo que permite el funcionamiento de la economía, como hacia las manifestaciones apropiadas (y autolimitadoras) de la sexualidad. Un artículo aparecido en *Le Journal des Économistes* en 1842 establecía una conexión explícita entre el consumo y la sexualidad. Su autor ubicaba la criminalidad no en la pobreza sino en la pasión, en "la pobreza moral" que acarreaban "los deseos inmoderados". Y advertía contra un crecimiento demasiado rápido del nivel estándar de vida de "las clases bajas", el cual podría estimular

en exceso el deseo: "Debemos vigilar, si pretendemos acelerar los progresos de éstas, de que no caigan en el desorden de sus pasiones".[11]

Los empleos intercambiables del término *femmes isolées* sugerían que todas estas mujeres trabajadoras eran prostitutas potenciales, que vivían en un mundo marginal y no regulado, en el cual estaba subvertido el buen orden —social, económico, moral y político—. Entonces, a nivel retórico, el empleo del término *femmes isolées*, con sus referencias ambivalentes, tenía un doble efecto: fusionaba a algunos tipos de mujeres trabajadoras con las prostitutas y también identificaba el libertinaje sexual con la pobreza. La causalidad ambivalente (¿pobreza o mala moral?) era menos importante que la misma asociación porque sólo había un remedio para el libertinaje sexual y éste era el control.

Los comentarios sobre las mujeres trabajadoras reconocían varias categorías y formas respecto al empleo femenino, pero la situación de las *femmes isolées* preocupaba a quienes escribían sobre las mujeres trabajadoras. Los economistas políticos elogiaban los talleres en los cuales las maestras calificadas supervisaban e instruían a las aprendices (se hacía la analogía con las madres e hijas) y admitían la necesidad y la utilidad de que las mujeres casadas ganaran un salario al combinar el trabajo en casa con los trabajos domésticos. Pero inevitablemente sus escritos ignoraban la cuestión de la pobreza y, por consiguiente, el dilema de las *femmes isolées*.[12] Esto era así porque el término *femmes isolées* revelaba la realidad desoladora del estatus económico de las mujeres. En la condición patológica de éstas uno llega a comprender "las leyes naturales" de los salarios de las mujeres.

¿Cuáles eran estas leyes? Tal como expresaba Jean-Baptiste Say, uno de los primeros teóricos de economía política en Francia, y tal como repetían sus seguidores, existía una diferencia fundamental entre el cálculo del salario de los hombres y el de las mujeres. Un salario de hombre tenía que mantener al trabajador y proveer la reproducción de la fuerza de trabajo; su salario incluía los costes de subsistencia de sus hijos y esposa, "dependientes naturales" que nunca podrían ser completamente independientes.[13] Los salarios de las mujeres, como el de los hombres, se establecían a partir de las leyes de la oferta y la demanda, pero operaba un factor adicional en la competición de las mujeres por un trabajo. Aquellas mujeres que, por cualquier razón, tenían que ser autosuficientes, debían entrar en competencia con otras mujeres cuyo estado era natural, es decir, aquellas que sólo necesitaban complementar los ingresos familiares y que, por consiguiente, estaban dispuestas a trabajar por menos que una simple tarifa de subsistencia. Say

admitía que lo inverso podía ser lógicamente verdad en el mercado del trabajo masculino —que podía parecer que los hombres no casados, sin familia a sus espaldas, resultaban menos costosos de contratar que los casados y, por consiguiente, se podían bajar los salarios por debajo de las tarifas de subsistencia familiar. Pero Say recordaba a sus lectores las consecuencias a largo término de este sistema: los trabajadores no tendrían descendencia, las ofertas futuras de trabajo disminuirían y los salarios tendrían que subir.[14] ("Los salarios suben cuando dos patrones van detrás de un trabajador; los salarios bajan cuando dos trabajadores van detrás de un patrón" era la máxima citada en un tratado tras otro sobre las teorías de los salarios y los beneficios.) La solución radicaba en el establecimiento de salarios masculinos —para los casados o solteros— que incluyeran los costos de reproducción. Según la economía política, la reproducción era un concepto económico, no una función biológica. Éste estaba relacionado con la provisión de ayudas para vivir, con la acumulación de capital, no con la producción de vida en sí misma. Tal como señalaba Say, "la dificultad no es nacer sino subsistir".[15] La subsistencia preparaba a un niño a la edad adulta, construía la fuerza y la cualificación que se requerían ocasionalmente para el trabajo: "Esa capacidad [...] puede ser considerada un capital que no se formó más que por la acumulación anual y sucesiva de los montos consagrados a criarlo".[16]

Lo que hoy en día denominamos "capital humano" se adquiría y medía únicamente en términos monetarios como las sumas que se asignaban a la crianza de un niño, o los salarios que se pagaban a un hombre adulto. Por esta razón, el salario de los trabajadores tenía que ser superior al que se requería para su mantenimiento individual; el importe adicional representaba para el patrón una inversión en la futura generación de trabajadores. El trabajo de una mujer en el parto y el cuidado de los hijos no figuraban en estos cálculos. El parto y la crianza eran los materiales toscos que resultaban afectados por la política económica, los elementos de la naturaleza a partir de los cuales se habían construido las sociedades. Say definió la producción como la actividad que daba valor a las cosas, gracias a la cual pasaban de ser simplemente materia a ser artículos intercambiables con un valor reconocido.[17] En su léxico, la reproducción era un sinónimo de producción:

> Algunas veces se llama reproducción a la producción porque, en efecto, no es nada más que la reproducción de materiales en otra forma lo que les confiere un valor... La palabra producción es más precisa porque el bienestar en cuestión no proviene del mismo material sino del valor que se otorga al material.[18]

Esta definición de la reproducción subsumió y convirtió en irrelevante la referencia más exclusivamente biológica. La cuestión no era si el capital era humano o no, el énfasis se ponía en cómo se había creado el valor y quién lo había creado. Por una especie de lógica circular, los padres eran considerados como los agentes de transformación de los niños en adultos, puesto que sus salarios incluían los costes de subsistencia. Estos salarios, que en teoría reconocían la parte de los trabajadores (y se la reembolsaban) en la creación del valor en el taller, se convirtieron, respecto al hogar, en un medio de conferirle al padre el estatus de valor-creador. Al concederle un valor monetario al desarrollo humano y al atribuírselo todo a los salarios de los padres, la contribución de las mujeres, como trabajadoras domésticas y como fuentes de ingresos, se convirtió en irrelevante.[19]

En parte, esto estaba relacionado con cierto nivel de abstracción: el salario del hombre absorbía todos los costes del trabajo social, incluido el gasto del poder de trabajo. Pero la representación de la producción-reproducción en tanto que actividad masculina procedía también de una concepción de la economía que dependía de la naturaleza, respecto a la cual aquélla se consideraba como su análoga y como su antítesis. La economía era un fenómeno natural que tenía sus propias leyes, las cuales eran semejantes a las del mundo físico; el estatus de los economistas políticos como científicos radicaba en su voluntad de observar las leyes autónomas del orden económico en la actividad humana. Si bien la economía era un fenómeno natural, las actividades humanas ligadas a ésta implicaban la transformación de la materia, de la prodigalidad de la naturaleza en cosas de valor. La distinción entre la materia natural y la creación de valor se definía mediante las oposiciones: nacimiento/subsistencia, materias primas/productos de valor, naturaleza-trabajador, madre-padre. Según este esquema, si bien por un lado se reconocía la contribución que la mujer hacía al valor social por el hecho de dar a luz, por el otro se le quitaba importancia porque el salario del hombre cubría o reembolsaba estos costes. Asimismo, al salario de las mujeres se le negaba el estatus de creación de valor que se atribuía al de los hombres. Las mujeres eran, por definición, trabajadores inferiores y, por consiguiente, incapaces de crear el mismo tipo de valor. El periódico obrero *L'Atelier* lo especificaba claramente en el prefacio de una discusión acerca de los problemas de las mujeres que trabajaban: "Aunque el trabajo de las mujeres sea menos productivo para la sociedad que el de los hombres..."[20]

La simetría del cálculo del salario resultaba muy llamativa: los salarios de los hombres incluían los costes de subsistencia y reproducción, mientras

que los salarios de las mujeres requerían los complementos de la familia, incluso para la subsistencia individual. En ambos casos, se reconocía (y estimulaba) la afiliación familiar, pero los resultados eran muy diferentes. Los hombres solteros o casados podían vivir de sus salarios, pero no las mujeres. Los hombres encarnaban las posibilidades de libertad individual que pregonaban los teóricos en economía política, mientras que las mujeres se convirtieron en seres sociales dependientes, con los deberes y las obligaciones que la teoría suponía que ellas tenían hacia los demás. Aunque los críticos de la economía política declararan que todos los salarios debían garantizar mínimamente la subsistencia de los trabajadores masculinos y femeninos, los teóricos replicaban que esto era imposible puesto que los salarios de las mujeres necesitaban la contribución del hombre. O bien, como Eugène Buret escribió en su estudio de *La pobreza de las clases trabajadoras:* "Las mujeres, desde una perspectiva industrial, son trabajadoras imperfectas. Si el hombre no añadiera sus ingresos al salario insuficiente de su compañera, el sexo constituiría para ellas una causa de miseria".[21]

Buret empleaba el término sexo en un doble sentido: para refererirse a las actividades socialmente aceptables —lo que ahora llamamos género— y para denotar el acto físico que al sobrepasar ciertos límites conducía a la depravación y a la corrupción. El término *femmes isolées* demostraba que fuera del contexto de la familia ni el trabajo ni el sexo podían dar a las mujeres una recompensa aceptable.

Pero las mujeres podían trabajar dentro de las estructuras familiares. La cuestión relativa a las discusiones sobre las *femmes isolées* no era que las mujeres no fueran aptas para el trabajo o que el trabajo las incapacitara para la maternidad, pues los estudios sobre los salarios y la distribución del bienestar reconocía la importancia de la contribución de las mujeres a los presupuestos del hogar, mientras que las descripciones de las mujeres trabajadoras señalaban lo bien que vivían los empleados que ejercían un trabajo adecuado a su resistencia física y a su sexo, y que estaban sujetos a una minuciosa vigilancia en entornos similares al de la familia. Por otra parte, quienes practicaban el ahorro y la moderación a pesar de los bajos salarios obtenían a cambio el bienestar financiero. La solución a los bajos salarios de las mujeres no sólo consistía en el apoyo financiero que recibían de los hombres, sino en el decoro asociado a la represión del deseo, el deseo de vivir sobrepasando los propios medios y el deseo de indulgencia sexual, ambos asociados a la prostitución. En este punto los economistas políticos jugaron implícitamente contra sus críticos socialistas, algunos de los cuales habían

utilizado la imagen de la prostituta para simbolizar la situación de todos los trabajadores bajo la explotación capitalista. Los economistas políticos no trataron directamente el tema, pero hicieron una declaración contraria basada en la autoridad de su ciencia. Si los socialistas hubieran señalado que la venta del poder de trabajo no era diferente de la venta de los cuerpos de las mujeres, ya que la explotación sexual y la económica eran coincidentes,[22] los economistas políticos hubieran establecido una minuciosa distinción entre el empleo productivo y disciplinado de la fuerza muscular y los aspectos (antieconómicos) y autocomplacientes de la actividad sexual. Además, al ubicar la sexualidad en los cuerpos de las mujeres, establecieron un contraste de género: entre el trabajo y el sexo, la productividad y el despilfarro, la disciplina y la indulgencia, lo masculino y lo femenino. Esto tuvo como efecto la negación de la participación de los hombres en el intercambio inherente a la prostitución y, en consecuencia, la propuesta de una solución aparentemente no corrompida por ésta. Si la productividad económica y el orden moral debían mantenerse, el principio masculino tenía que prevalecer. Esto significaba que la familia patriarcal —una entidad jerárquica e independiente— tenía que ser la escuela de la encarnación del orden. La figura ambivalente de la *femme isolée*, la cual vinculaba la pobreza con la sexualidad, demostraba las consecuencias de todas aquellas vidas que se habían vivido fuera de los contextos regulados.[23]

Las implicaciones de esta discusión iban más allá de las referencias a la realidad de las vidas de las mujeres. El término *femmes isolées* representaba el ámbito de la pobreza, un mundo de sexualidad turbulenta, de independencia subversiva y de peligrosa insubordinación.[24] Todo ello era la encarnación de la ciudad.[25] Para algunos escritores, todo esto era el ejemplo de los peores esfuerzos de la urbanización, "la horrenda mezcla de cien cosas viciadas, viciosas, que suben a ella desde la calle, el aliento de los espíritus inmundos, la mezcla de humos, de emancipaciones malignas y de malignos sueños que flota sobre nuestras sombrías ciudades";[26] para otros era el origen de la desmoralización de la clase trabajadora, algo tan evidente en los grandes centros urbanos. Causa y efecto se hallaban habitualmente muy imbricados en los escritos de los economistas políticos. La figura de la *femme isolée*, por el contrario, tenía una función evocadora. Al estar asociadas a la prostitución, estas mujeres arrastraban la "lepra moral" que hacía de las grandes ciudades "unos centros permanentes de infección"; ellas expresaban simplemente o permitían la expresión de aquellas "pasiones tumultuosas" que, en tiempos de disturbios políticos —como en la Revolución de 1848—,

amenazaban con socavar el orden social.[27] El término *femmes isolées* significaba desviación social y económica. La amenaza política que planteaba su situación subrayaba la necesidada de algún tipo de intervención gubernamental y ponía claramente en relieve cuál debía ser la alternativa deseable.

En la presentación del problema de las *femmes isolées* vemos como se incorpora la política económica de la ciencia moral en el discurso de la producción del bienestar. Giovanna Procacci, quien describió muy bien este proceso, señala que "la incorporación de la moralidad al campo de la economía" en la primera mitad del siglo XIX hizo "posible la elaboración de un conjunto de instrumentos técnicos de intervención".[28] Cuáles eran y cómo operaban no nos importa aquí, pero es importante señalar que la intervención iba dirigida a la familia y no a la economía.[29] La familia era el regulador natural de la moral, mientras la economía se autorregulaba en un ámbito fuera de todo control humano. Las leyes de una y otra estaban interconectadas —en el lenguaje de la economía política— y podían descubrirse mediante la observación científica, como "las leyes de la atracción (magnética) o de la gravedad".[30] Resulta imposible separar las consideraciones morales de las económicas en los escritos de estos economistas políticos.[31] Los análisis de los salarios vinculaban el género con la economía: dentro de las familias la "dependencia natural" de las mujeres respecto a los hombres explicaba las diferencias de salarios entre mujeres y hombres; las "leyes naturales" de la oferta y la demanda explicaban porque las mujeres tendrían que depender siempre de los hombres. Un conjunto de leyes "naturales" articulaba y construía al otro; y cualquier discusión acerca de la situación de las *femmes isolées* admitía y reafirmaba el hecho de la inferioridad de las mujeres o, según la formulación de Buret, la reputación "imperfecta" de éstas como fuentes de ingresos y la consecuente necesidad de retenerlas dentro de la estructura familiar.

II

En las discusiones de economía política sobre las mujeres trabajadoras en las ciudades industriales hay dos temas íntegramente correlacionados. Uno tiene que ver con los efectos de la maquinaria en el mismo trabajo. La nueva división del trabajo implicó el establecimiento de un régimen en el cual todo era intercambiable, las partes del producto y los trabajadores. Cuando el poder mecánico pudiera ser sustituido por la fuerza humana, entonces

desaparecería al menos una de las diferencias entre el trabajo del hombre y el de la mujer. Otro tema tenía que ver con el espacio físico de las fábricas, con las calles de las ciudades y las casas de los trabajadores, donde tenía lugar la promiscua mezcolanza. Este tema se refería implícitamente a la nivelación de las diferencias en el trabajo, pero era presentado como una cuestión aparte. La cuestión del empleo de las mujeres en las fábricas implicaba no sólo tomar en cuenta los salarios y las condiciones de trabajo, sino también la relación existente entre la industrialización, la urbanización y la división sexual del trabajo.

Con la introducción de la maquinaria, los empleos adquirieron cierta homogeneidad. De hecho, en Francia, en las décadas de 1840 y 1850, sólo había máquinas en un número limitado de lugares, la mayoría de las veces en las fábricas textiles. Incluso en el mercado del trabajo de la industria textil permaneció la segregación sexual. Aun los economistas políticos reconocieron que el potencial de la maquinaria consistía en diluir cualquier tipo de diferencias entre los trabajadores. Entre los economistas políticos, los detractores de la nueva división del trabajo objetaban la pérdida de individualidad de los trabajadores —"(éste) puede ser reemplazado por cualquiera que llegue"—[32] y de la capacitación técnica, la marca que hacía la distinción entre *les bons et les mauvais ouvriers* (los buenos y los malos obreros);[33] los defensores de aquélla declaraban que las máquinas habían simplificado tanto el trabajo que quienes no conseguían un empleo por no tener la formación adecuada o muy poca formación —las mujeres y los niños— ahora tendrían la oportunidad de ganar un salario: "(Las máquinas) crean trabajos lo suficientemente simples como para confiar en quienes hasta el momento no han sido aptos para trabajar, en las mujeres y los niños, y, en general, en la parte más débil de la población".[34]

Esto tuvo como resultado que la fuerza de trabajo que estaba disponible tuviera un uso más productivo, pero también tuvo otras aplicaciones más ambiguas. Puesto que ya no servían las diferencias de fuerza muscular, y que tal fuerza había sido uno de los factores de la diferencia en el salario de los hombres y las mujeres, ahora debía conseguirse cierta igualdad entre los sexos. El mercado del trabajo debía ser, en consecuencia, más abierto, y manifestar las virtudes de la *liberté de travail* (libertad de trabajo). Desde luego, de manera más amenazadora, las máquinas podían feminizar todo el trabajo al disociar la producción del esfuerzo físico, de la actividad de creación de valor que todo salario reconocía y que en la economía política se asociaba con la masculinidad.

Curiosamente, fueron los trabajadores (masculinos) quienes hicieron surgir el espectro de la feminización, no los economistas políticos.[35] Al menos en las décadas de 1830 y 1840, los economistas políticos habían formulado la cuestión de la mecanización como un tema de moralidad, del trastorno amenazador de las distinciones naturales entre los sexos. Los comentarios citaban, por ejemplo, que las máquinas habían hecho estragos en todos los oficios femeninos, como el de la hilandería, al separar a las mujeres de lo que era una competencia femenina y de su ubicación en el hogar.[36] Pero la cuestión de las repercusiones de la maquinaria en las distinciones laborales seguía lo más a menudo en forma de discusiones sobre moralidad, formuladas en términos de las consecuencias que tenía la cohabitación espacial de sexos. Esta era, y no la naturaleza del trabajo en sí, la principal preocupación de la mayoría de relatos sobre la vida de las fábricas en las décadas de 1840 y 1850.

Había muchos relatos de fábricas que habían escrito, en este periodo, los investigadores afiliados a la Academia de Ciencias Morales y Políticas, entre quienes se encontraban Louis Réné Villermé, Louis Reybaud y Armand Audiganne. Como viajeros en tierras extrañas, estos hombres viajaban de ciudad en ciudad, registrando hasta el más mínimo detalle los lugares nuevos y desconocidos que habían visto.[37] Sus informes se imprimían en *Le Journal des Économistes* o en *La Revue des deux mondes*, y luego se publicaban en forma de libro. Alcanzaron una amplia circulación, haciéndose con una enorme autoridad, y sus puntos de vista se citaban como pruebas científicas en varios análisis y programas del periodo. Estas relaciones, al conferirle a la ciencia económica una dimensión moral, dieron lugar a los debates sobre el futuro del desarrollo industrial en Francia que hacían estragos en las décadas de 1840 y 1850, y fueron utilizados por ambos lados, por quienes abogaban por un crecimiento económico sin restricciones, por la mecanización y el libre comercio, y por sus adversarios, que defendían un crecimiento restringido, la producción a pequeña escala y los aranceles de protección. Lo que llama la atención es lo importante que era la diferencia sexual en la construcción de los términos del debate.

Los relatos sensacionales del doctor Villermé son típicos de este género, y su preocupación por el sexo ha sido señalada por los historiadores.[38] Villermé comparaba la pobreza y el desorden de varias ciudades que había visitado en los términos de sus niveles relativos de desorden sexual. En los peores casos, por ejemplo, en algunos vecinos de Lille, la promiscuidad, el incesto, la obscenidad y la prostitución eran desenfrenados y existían pruebas

de éstos tanto en el hogar como en el trabajo: "¡Cómo! ¿Mezcláis los sexos en vuestros talleres cuando... podía ser tan fácil separarlos? ¿Ignoráis los discursos licenciosos que provoca esa mezcla, las lecciones de malas costumbres que resultan... y las pasiones torrenciales que desatáis tan pronto como empieza a hacerse oír su voz?".[39]

Incluso en las fábricas donde hombres y mujeres trabajaban en diferentes tareas, el hecho de que cada cual llegara al trabajo y saliera al mismo tiempo conducía a la promiscuidad y estimulaba la práctica de las chicas jóvenes que trabajaban "el quinto cuarto del día" como prostitutas.[40] La mezcolanza de las calles seguía en los hogares:

> No añadiría nada a esta descripción de las atroces cosas que revela, de una sola mirada, la profunda miseria de estos desgraciados habitantes; pero debo decir que en varias de las camas de que acabo de hablar he visto a individuos de ambos sexos y de muy diferentes edades yaciendo juntos, la mayoría sin camisón y repulsivamente sucios. Padre, madre, ancianos, niños, adultos, todos apretados, amontonados. Me detengo. El lector completará el cuadro, pero le advierto que si quiere acertar, su imaginación no debe retroceder ante ninguno de los repugnantes misterios realizados en esas camas impuras, en medio de la oscuridad y la embriaguez.[41]

El publicista Theodore Fix, que escribía sobre la condición de la clase obrera en *Le Journal des Économistes* varios años después de la aparición del estudio de Villermé, citó los "graves desórdenes" (que indicaban disturbios políticos así como ofensas morales) que derivaron de las situaciones que el doctor había descrito. En oposición a quienes argumentaban que la fábrica era en sí responsable del aparente desorden de las ciudades industriales, Fix insistió en que la corrupción moral tenía su causa en la pobreza. Y apeló a una "policía de las fábricas" como una forma de aumentar los niveles de vida de las ciudades industriales. Fix presentó ejemplos de patrones que habían tomado las medidas necesarias para regular la conducta de sus trabajadores, incluso si ello implicaba un coste financiero. Estos separaron rigurosamente los sexos, regularon las horas de trabajo para que hombres y mujeres no se mezclaran en los corredores de la fábrica ni en las calles, y expulsaron a quien tuviera una conducta obscena. "Estos sacrificios... siempre son ampliamente recompensados y sus fábricas están entre las que más prosperan".[42] Si bien otros podían compartir o no la solución de Fix, lo que sí compartían era su descripción de los síntomas.[43] "En desorden" *(Pell-mell)* era

el término recurrente para designar las irregularidades que existían, una dispersión aleatoria que desafiaba a las jerarquías naturales y las separaciones, que no permitía distinguir el hogar y el lugar de trabajo, que disolvía los significados de las diferencias entre hombres y mujeres.

Las mujeres trabajadoras eran el emblema de este problema. Su destino en las fábricas de las ciudades era contrastado normalmente con la situación de las mujeres en todos los talleres femeninos o con la de aquellas que trabajaban en sus casas. Aunque se reconociera que las mujeres trabajadoras ganaban unos buenos salarios en las fábricas —mejores que en cualquier otro trabajo femenino— los efectos morales importaban más que estas ganancias económicas. Las mujeres de las fábricas estaban expuestas a las compañías vulgares, a ser seducidas, a ser arrancadas del cuidado del hogar y de los hijos, o a descubrir alternativamente, en compañía de otros, los placeres de la sensualidad, el gusto de la lujuria, la posibilidad de cumplir sus deseos materiales y sexuales. Por el contrario, se describía a las mujeres empleadas en los talleres femeninos (normalmente de poca plantilla) o en su casa como castas, ordenadas y bien preparadas para las responsabilidades del matrimonio y la maternidad.

Lo que llama la atención de estas supuestas descripciones de las ciudades industriales es lo exageradas que eran. Otras relaciones nos dicen que hombres y mujeres no estaban mezclados indiscriminadamente en las fábricas; y describen trabajos y talleres en los cuales había una tendencia a la segregación por el sexo. Además, hombres y mujeres compartían espacios en las calles de las pequeñas ciudades, en las granjas y en los hogares, igual a como lo hacían en los centros de fabricación. Al fin y al cabo, una de las características de cualquier familia u hogar era la amalgama de edades y sexo en el mismo espacio físico.[44] ¿Cómo podemos explicar entonces las contradicciones? Será prestando atención a la retórica de estos escritos, así como a sus funciones literales, examinando los contrastes empleados para constituir significados. Estos relatos tienden a representar como detalles físicos lo que en realidad eran cualidades abstractas. En las descripciones de Villermé se consigue este efecto organizando conversaciones obscenas, incestos, oscuridad y porquerías en oposición al lenguaje decoroso, a las relaciones conyugales íntimas, a la luz y la limpieza. El retrato gráfico de la mezcolanza promiscua siguió vigente debido a la ausencia, en las ciudades industriales, de las características definitorias del buen orden: jerarquía, control, estabilidad, todas expresadas como un asunto de las relaciones habituales entre mujeres y hombres. “Las morales públicas se han relajado profundamente

en las grandes ciudades", escribían los autores de un libro sobre niños abandonados, "...un caso especial son las ciudades industriales, donde un gran número de trabajadores de ambos sexos viven juntos en un mismo lugar".[45] De algún modo la equivalencia —trabajadores de ambos sexos, no hombres y mujeres unidos en sus familias— ilustraba y explicaba el problema. El desorden de la sexualidad no regulada florecía donde las líneas sociales de la diferencia sexual eran borrosas.

Si la ausencia de distinciones entre los sexos indicaba un "grave desorden", entonces la moralización de las clases trabajadoras requería articular y reforzar la diferencia sexual. Fue en estos términos que una nueva generación de moralistas examinó el efecto del trabajo asalariado sobre las responsabilidades domésticas de las mujeres, y empezó a describir la maternidad como el primer trabajo natural de las mujeres. El uso metafórico de la sexualidad femenina para hablar de la pobreza de la clase trabajadora o del desorden implicaba para ellos una solución literal: la atención a las vidas y a las actividades de las mujeres trabajadoras.

III

La larga discusión acerca de la condición de las clases trabajadoras en términos de una sexualidad desordenada de las mujeres culminó y cambió (pero no se terminó) en 1858-1860, en el contexto de las negociaciones sobre el Tratado de Libre Comercio con Inglaterra, y luego en el momento de su aplicación. Firmado en enero de 1860, este documento condenó todos los intentos por detener el progreso del crecimiento urbano industrial. Tanto sus detractores como sus defensores estaban de acuerdo en que Francia sólo podría unirse al desafío británico si aumentaba su proceso de mecanización y si intensificaba su ritmo de cambio económico. ¿Cuáles serían las repercusiones morales de un desarrollo de este tipo? Esta pregunta requería unas respuestas que a la vez se referían a la *querelle des femmes* (la disputa de las mujeres) y a cuestiones económicas, y exponían explícitamente los términos de la diferencia sexual, en particular tal como se aplicaban a los papeles naturales de las mujeres.

Los moralistas que se identificaron a sí mismos con la economía política exploraron las cuestiones de moralidad mediante investigaciones detalladas sobre el trabajo y el salario de las mujeres: Jules Simon (profesor, publicista, miembro de la Sociéte d'Économie Politique) publicaba sus artículos en

Le travail et le salaire des femmes (El trabajo y el salario de las mujeres), primero en *La Revue des deux mondes* (La revista de los dos mundos) y luego en un libro colectivo llamado *L'Ouvrière* (La obrera), que apareció en 1860. Julie-Victoire Daubié, una joven institutriz y virtualmente desconocida hasta que presentó su cautivador discurso de ingreso al concurso de la Academia de Lyon en 1859, publicó algunas partes de su ensayo primero como *Quels moyens de subsistence ont les femmes?* (¿Cuáles son los medios de subsistencia de las mujeres?), y luego en el libro *La femme pauvre au* XIX*e siècle* (La mujer pobre en el siglo XIX), en 1866. Los estudios de Daubié y de Simon trataban de algunos hechos referidos al trabajo manual de las mujeres (no se hablaba de trabajos ni profesiones que requerían niveles elevados de educación), y algunos críticos los leyeron únicamente en esta perspectiva.[46] No obstante, dichos estudios también eran juicios morales, preocupados menos por los asuntos económicos que por las cuestiones generales de orden y justicia. Estos dos estudios iban dirigidos a públicos populares, a ese lector bien informado que se conoce con el nombre de "opinión pública", pero también formaron ampliamente parte de lo que yo he llamado el discurso de la economía política. Se basaban en el conocimiento y las ideas que proponían los economistas políticos, y hablaban de éstas; en cuanto a Simon, aceptaban sus preceptos, y en el caso de Daubié adoptaban una posición crítica.

Aunque estos estudios enfocaran más exclusivamente el tema hacia la condición de las mujeres trabajadoras, estaban dentro de la tradición de los primeros informes científicos sobre las condiciones de la clase obrera. Simon evocó explícitamente el método de la observación directa que habían empleado sus predecesores (Audiganne, Reybaud, Villermé): "No lo he visto todo, ni tampoco he dicho todo lo que he visto; pero puedo afirmar que no existe una sola miseria de las que he referido de la que no haya sido testimonio y que no siga oprimiendo mi corazón".[47]

Daubié adoptó un plan algo diferente porque no tenía la reputación ni el prestigio, ni tampoco era miembro de ninguna sociedad científica liberal. Ella consiguió darle autoridad a su texto cambiando su propia voz, citando en vez de ésta documentos históricos, fuentes de información e informes gubernamentales. Y aún en momentos cruciales introdujo anécdotas dramáticas que, aunque no declarara haberlas vivido directamente, le permitían figurar como testigo de las historias que contaba.[48]

Al igual que los trabajos de sus predecesores, estos trabajos tenían una conciencia moral que suponía que las leyes económicas habían sido descritas con precisión y se hallaban condensadas en la ciencia moral (y en la que

podríamos llamar social). Simon anunciaba su intención en la primera línea: "El libro que van a leer es un libro acerca de la moral".[49] Daubié insistía en que deberían haber "tratados de justicia moral en los prólogos de los tratados de comercio" y concebía claramente su trabajo en estos términos.[50] Simon y Daubié, al citar el desorden sexual, establecieron la necesidad de las consideraciones morales en una época demasiado materialista. Ambos libros evocaban las mismas imágenes de prostitución, incesto y libertinaje que aparecían en los primeros estudios; está claro que ellos suponían que los lectores ya estaban familiarizados con este tipo de estudios. Y aún, el tono y el énfasis de los libros de Simon y Daubié contrastaba claramente con los primeros trabajos, por el hecho de que se concentraban en las soluciones positivas. Mientras la prostitución y el incesto habían sido el punto central (y el elemento estimulante) del estudio de Villermé, Simon era devoto del altar de una maternidad idealizada y Daubié, más práctica, buscó la forma de mejorar la posición de las madres trabajadoras. Si las antiguas investigaciones entendían el desorden de la clase obrera en términos de una sexualidad no regulada para las mujeres, estos estudios se centraban en las madres, a las que consideraban la clave de una vida familiar y social ordenada. Si los antiguos estudios detallaban la ruptura del orden en términos de una pérdida de la diferencia sexual, éstos imponían unos criterios de diferencia sexual como un medio para conseguir o mantener el orden en la organización social y económica. Si bien antes la sexualidad de las mujeres planteaba el problema global de una clase obrera perjudicial, ahora la maternidad (descrita como una función física femenina, pero asexuada) parecía indicar la existencia de una clase obrera potencialmente más manejable; además, las declaraciones a favor de la maternidad implicaban una nueva visión de las relaciones entre las clases trabajadoras y medias, entre los trabajadores y el Estado.

En efecto, Simon y Daubié tan sólo invirtieron el énfasis de las primeras construcciones, haciendo explícito lo que hasta entonces había permanecido implícito (esto es, que las mujeres modestas y las buenas madres eran la antítesis de las prostitutas, que la disciplina y el orden doméstico eran lo opuesto a la pobreza). Resultaba llamativo el efecto que esto tuvo sobre las representaciones de las mujeres trabajadoras: ahora se las presentaba más a menudo como víctimas arrancadas de su trabajo natural de madres y esposas por necesidad económica (la pobreza), arrancadas del trabajo y de los lugares de trabajo adecuados a su condición sexual. El verdadero peligro que debía evitarse no era tanto la pasión sexual descontrolada sino la pérdida del sustento maternal, la clave no sólo de la propia educación de los

niños sino del sustento y de la fuerza de la vida de familia. No obstante, si bien el foco explícito se había trasladado de las representaciones negativas a las positivas, la diferencia sexual seguía estableciéndose, como antes, no como una comparación sistemática entre mujeres y hombres sino simplemente como una razón natural y como una característica física de los cuerpos de las mujeres.

Simon y Daubié tenían distintas agendas. El primero era un eminente comentarista de asuntos sociales que más tarde se convertiría en uno de los legisladores importantes de la Tercera República. La segunda era feminista por autodefinición; en 1862 obtuvo el primer título de bachiller que se había concedido a una mujer, y dirigió campañas en contra del control gubernamental de la prostitución y a favor del sufragio de las mujeres en los primeros años de la Tercera República. Simon escribió su libro en nombre de la sociedad, citando y aprobando los puntos de vista de Michelet acerca de las mujeres. Daubié escribió en nombre de las mujeres, e hizo declaraciones a favor de la importancia de la independencia (económica) de las mujeres. Las diferencias de argumento e intención entre ellos eran de una importancia crucial, pero las semejanzas también eran reveladoras. En ambos casos, las discusiones sobre las mujeres trabajadoras convergían en la cuestión de la maternidad, concebida como la cualidad definitoria o la característica de la feminidad.

L'Ouvrière (La obrera) empezaba con un contraste dramático entre los avances tecnológicos y la ciencia, por un lado, y la degradación de la vida de la familia, por el otro. La mecanización había sustituido a los hombres por las mujeres en la industria porque "según las leyes del salario" resultaba más económico emplear a las mujeres. Esto representó una auténtica mejoría de la situación material de las mujeres porque los salarios que éstas ganaban en las fábricas eran más elevados que los que recibían en cualquier otra parte. Entonces ¿cuál era el problema? Simon citaba el grito angustiado de Michelet: "¡La obrera! ¡Palabra impía, sórdida, que ninguna lengua ha tenido jamás, que ninguna época habría comprendido antes de esta edad de hierro, y que contrarresta por sí sola todos nuestros pretendidos progresos".[51]

Y luego añadió sus propias explicaciones: "La mujer que se convierte en trabajadora ya no es una mujer".[52]

La contradicción mujer/trabajadora tuvo varias manifestaciones. Las mujeres hacían el trabajo que antes habían hecho los hombres; ellas abandonaron "la vida escondida, protegida y modesta, rodeada de un cálido afecto, tan necesario para su felicidad y la nuestra"[53] por la fábrica, donde estaban mez-

cladas todo el día con mujeres de "dudosa moralidad" y de hombres, algunos de los cuales, como los supervisores, las "dominaban" (la insinuación sexual parece sobreentenderse); las mujeres empleaban más fuerza física en el trabajo de la que era recomendable para sus cuerpos;[54] y ganaban unos salarios que podían inducirlas a cuestionar la autoridad de sus esposos en casa.[55] Las distinciones en el seno de la familia se habían nivelado: ya no había una madre y un padre sino dos trabajadores; ya no había una familia a la que regresar al final del día, sino tan sólo un alojamiento sucio donde los niños estaban abandonados y a quienes se les había privado del amor de su madre. Los cambios en las fábricas ignoraban incluso las diferencias entre el día y la noche; todo lo que era natural y antes se daba por descontado, ahora se había desbaratado.

Según Simon todavía seguían existiendo modelos de normalidad, en los que, curiosamente, cabían las mujeres que ganaban un salario pero trabajando en los hogares o en los talleres muy pequeños donde las diferencias naturales podían ser respetadas (eran ejemplares las condiciones de producción de la hilandería de seda y los tejidos en la región de los alrededores de Lyon). Para Simon, lo ideal era una empresa familiar en el campo, donde las mujeres podrían trabajar en las tareas más delicadas debido a su condición más débil, donde podrían interrumpir la producción para cuidar de los hijos y del marido, donde podrían infundir en el hogar el espíritu amoroso y donde encarnarían y "personoficarían" a la familia: "Es necesario que las mujeres sean aptas para el matrimonio y que las mujeres casadas sean capaces de permanecer en casa todo el día, para ser allí la providencia y la personificación de la familia".[56]

Si las mujeres permanecían en casa garantizarían el tipo de comportamiento que conservaba los ingresos y prevenía la pobreza que resultaba de la tendencia (de los hombres) al despilfarro y la disipación. (Aquí el peligro de la autocomplacencia en la lujuria se había atribuído no a las prostitutas sino a los obreros hombres). Los salarios de los hombres iban destinados al mantenimiento de las familias siempre que se administraran de forma adecuada, en una atmósfera moral que sólo las mujeres podían mantener. Según Simon, quienes argumentaban que el aumento salarial de los hombres devolvería a las mujeres a su sitio en el hogar, no comprendían el proceso. Primero, era necesario poner en práctica la moralidad, y luego el salario de los hombres permitiría mantener a la familia.[57] Según esto, ni la economía ni la familia debían intervenir. Pero como según los principios de la economía política las instituciones debían moldearse de acuerdo a las leyes económicas, la ciencia moral no había especificado suficientemente la importan-

cia de los papeles naturales de los hombres y las mujeres en la organización de la vida familiar.

Raras veces se refería Simon a los hombres, aunque cuando lo hacía reconocía que estos hacían los trabajos más duros lejos del hogar. Su imagen de los hombres, como productivas fuentes de ingresos y personajes amorales, se colegía de los contrastes implícitos con las mujeres. Las más elocuentes (y memorables) descripciones de Simon idealizaban a las mujeres:

> La mujer sólo crece con amor, y el amor sólo se desarrolla y se fortalece en el santuario de la familia.[58]
>
> Si hay algo que la naturaleza nos enseñe suficientemente es que las mujeres están hechas para ser protegidas, para vivir como una joven cercana a su madre, y como esposa bajo la protección y la autoridad de su marido.[59]
>
> Podemos escribir libros e inventar teorías sobre los deberes y los sacrificios, pero las auténticas maestras de la moralidad son las mujeres. Son ellas quienes aconsejan dulcemente el derecho, quienes recompensan la devoción con una caricia... Todas las mejoras materiales serán bienvenidas, ¡pero si ustedes quieren mejorar la condición de las mujeres trabajadoras y, al mismo tiempo, garantizar el orden, estimular buenos sentimientos, hacer que se comprendan el país y la justicia, no separen a los niños de sus madres![60]

Lo que estaba en juego era la esencia de la femineidad y todo lo que tenía que ver con el amor, la moralidad y la maternidad. No se consideraba perjudicial que las mujeres tuvieran una actividad asalariada, siempre y cuando no las distrajera de sus vocaciones naturales; en efecto, ésta las sacaba del aburrimiento y de los periodos de inactividad. Pero no era gracias al salario que las mujeres creaban el valor social *(social value)*, sino ejemplificando y reforzando la moral de la familia.

He empleado el término "valor social", pero Simon nunca lo hizo. Las referencias a la creación del valor social, en realidad a cualquier valor creado por las mujeres, no figuraban en el vocabulario conceptual de Simon. Parece que él hubiera relegado el lenguaje del valor a los asuntos económicos y técnicos, que no eran apropiados para discutir acerca de qué eran o qué hacían las mujeres. En vez de eso, todo el texto de Simon estaba construido en oposición a los conceptos materiales y monetarios: las mujeres estaban asociadas con una espiritualidad secular, con el amor y los sentimientos; vivían en un ámbito fuera de la economía y lo que ellas hacían quedaba aparte de ésta; sus cualidades eran inherentes a su carácter y, por

encima de todo, estaban vinculadas con las funciones de la maternidad. Las mujeres tenían la capacidad de transformar a los demás: bajo su tutela los niños se convertían en seres morales, en seres amorosos; los hombres se volvían maridos y padres responsables y disciplinados; incluso los salarios alcanzaban su auténtico valor cuando la moral prevalecía en el hogar. Pero esto no era el valor, no creaba una actividad precisamente porque no era reconocible en términos monetarios. De hecho, para serlo, debería socavar la eficacia de las mujeres, reducir a dinero una actividad cuya importancia no podía literalmente medirse. Después de todo, lo que las mujeres creaban no poseía un valor de cambio cuantificable en el mercado porque no era la fuerza física ni la capacidad de trabajo de los niños lo que producían las madres. Estas cualidades seguían dependiendo de la subsistencia que procuraba el salario del padre. Por el contrario, las mujeres inspiraban esas características de comportamiento de las que dependían no tanto la capacidad productiva de la sociedad o su bienestar, como su estabilidad y las bases de su organización social. Todo esto lo dejó en su lugar, en realidad lo tomó como un axioma, la primera definición de producción de la economía política, y de los hombres como productores creadores de valor (y, por consiguiente, fuentes de ingresos). Mientras Simon arrojó luz sobre las actividades femeninas en el hogar y la crianza de los hijos, destacando el valor social de éstas, lo hizo sin desafiar el cálculo de la economía política. En lugar de eso, construyó el sentido de su texto con una nueva serie de oposiciones: lo económico/lo no económico, taller/ hogar, fábrica/familia, material/espiritual, crecimiento físico/educación moral, fuentes de ingresos/moralización, economía/sociedad, trabajadora/madre, hombre/mujer.

El hecho de reconocer en estos contrastes la "ideología de la domesticidad" o la "doctrina de las esferas separadas" equivaldría a tener y, a la vez, a perder de vista la cuestión clave. Desde luego, el trabajo de Simon contiene un tema con el que están familiarizados los historiadores del siglo XIX en Europa y los Estados Unidos, en gran parte gracias a la investigación que han llevado a cabo la historia de las mujeres. Pero si etiquetáramos el tema y lo reconociéramos, esto significaría perder la oportunidad de ver cuándo y en qué contextos se articulaban este tipo de ideas, y cómo funcionaban de manera específica. En el caso de Simon parece justo concluir que se basaba en (y se adelantaba a) los puntos de vista de los primeros críticos del capitalismo (los románticos católicos y los socialistas cristianos, por ejemplo) quienes, basándose en la Biblia, argumenta-

ban que el destino de la mujer era dar a luz y ser madre, y que el trabajo asalariado era, por consiguiente, una actividad no natural.[61] Pero el momento escogido para la publicación de su trabajo también es crucial, y nos permite explicar el error de Simon respecto a la pregunta de si el crecimiento industrial podría detenerse o no. Simon pensaba claramente que no, y en cada punto se llevaba horrorizado las manos a la cabeza debido a la imposibilidad de salvar cada vez menos talleres pequeños, que trabajaban con eficacia, en vez de construir nuevas fábricas. En efecto, su libro no propone una solución económica ni sugiere maneras de revertir los cambios. Uno de sus críticos estaba tan fastidiado porque Simon no sugería una política que calificó su libro de "un largo gemido emitido por un hombre de sensibilidad y talento" y se preguntaba qué repercusiones podría tener este estudio.[62] Creo que el impacto fue ideológico, no inmediatamente programático; porque su libro representaba en cierto modo una negociación con los detractores del libre comercio, los cuales habían advertido que el rápido crecimiento industrial y urbano podría socavar la vitalidad (moral y física) de Francia y, en 1860, habían denunciado histéricamente el Tratado con Inglaterra, el cual representaba la concreción de sus peores temores. Simon aceptaba algunas de las críticas de los proteccionistas en cuanto a las mujeres trabajadoras, pero también señalaba (por el tono de mala gana que emplea) que la historia no podría dar marcha atrás. La discusión de Simon sobre la verdadera naturaleza y la misión de las mujeres exponía una vía alternativa de comprensión del futuro. Desarrolló y respaldó una visión del orden moral y de la organización social ajena, pero perfectamente compatible con una economía basada en un crecimiento industrial ilimitado.

El libro de Simon se presentaba como un estudio de los hechos de las vidas de las mujeres trabajadoras pero, por encima de todo, era un ejercicio de preceptos e idealizaciones. Sus exhortaciones más imperiosas eran acerca de la feminidad, no sobre el trabajo, y evitó discutir sobre cualquier solución práctica a los problemas que describía. Simon insistió en que ninguna legislación ni coerción podrían cambiar el curso de la organización social, pero sugirió que un proceso de "educación e instituciones" podría ocasionalmente tener algún efecto.[63] Su libro constituyó, y no en menor medida, una parte de este proceso de educación, porque presentaba una declaración normativa acerca del ser mujer como un objetivo que debía alcanzarse. La familia idealizada, con la mujer en el centro, era el modelo que la gente elegía cada vez más para vivir. El remedio que había que esperar era "el regreso de

la madre a la familia... a la vida de familia... a las virtudes de la familia".[64] En efecto, se explicaban a la vez las bases naturales y la saludable repercusión social de la familia, con lo cual se haría realidad su promesa teórica: "Siempre es deseable", escribía Simon, "que las cosas se hagan de acuerdo con las instituciones".[65] Entonces, el título del libro de Simon representaba unos hechos penosos, contrarios a las necesidades institucionales de la familia: *L'Ouvrière* (La obrera) era la antítesis de *la mère* (la madre).

Julie Daubié, a diferencia de Simon, se enfocó al estudio de las mujeres de otra forma, aunque empezó con gran parte de los mismos presupuestos. Como él, equiparaba la inmoralidad y la desorganización con la pérdida de unos límites claros en cuanto a la diferencia sexual. Daubié argumentaba que uno de los efectos destructivos del salario del trabajo industrial había consistido en borrar algunas distinciones sexuales que se habían institucionalizado y, por eso, se privó a las mujeres de una actividad económica legítima y de una protección moral. Los hombres o las máquinas (o ambos) habían usurpado los oficios tradicionalmente femeninos —hilandería, bordados, encajes— dejando únicamente para las mujeres las ocupaciones serviles, no cualificadas. La pérdida de los derechos exclusivos para practicar estos oficios significó, para las mujeres, la pérdida de una competencia de costumbres, de un trabajo apropiado a sus aptitudes naturales de protección moral y legal, la pérdida de trabajos y salarios que contribuían de forma significativa a la subsistencia.[66] El régimen industrial borró los límites de estas diferencias:

> Hoy en día se desvía, a la fuerza, a la madre de su familia, a la esposa de su marido, de su hogar, y al trabajo de su sexo; la infancia se ha convertido en presa de la más ávida especulación; la joven..., la débil y la fuerte, todas clavadas en la misma cadena como esclavas de la industria, tienen que realizar el mismo trabajo.[67]

Este sistema produjo hombres irresponsables que monopolizaban todas las ventajas, y explotaban a las mujeres, quienes no podían soportar sin una compensación, las cargas de la "civilización".[68]

Estas cargas se cobraron en la constitución física de las mujeres; los cuerpos de las jóvenes eran martirizados por el libertinaje y la seducción, los de las madres eran incapaces de amamantar a los pequeños de tan agotados que estaban a causa de la fatiga. Daubié pintó gráficamente la lucha perdida de las mujeres contra las máquinas de vapor en términos de vio-

lación física: "La mujer que compite con las máquinas, luchando contra las ruedas y el engranaje para ser más veloz que éstos, ha entregado su vida a la industria sin tener a cambio la certeza de que recibirá su pan diario. Pero la industria no sólo ha sacrificado violentamente su cuerpo, también ha matado su alma".[69]

Daubié subrayó esta imagen citando a unos médicos, los cuales concluían que: "desde el punto de vista de la salud, las condiciones de las mujeres trabajadoras son más deplorables que las de las prostitutas".[70]

La prostitución representaba el abuso moral y físico de las mujeres, la perversión de su propia vocación, la maternidad. Daubié escribió: "En todas las sociedades bien constituidas, la mujer debe estar por encima de la esposa y la madre, y su trabajo más bello debe ser el llevar al mundo al hombre".[71] Como portadoras de hijos y directoras del hogar, las mujeres personificaban a la familia; cuando los hombres estaban de acuerdo en apoyar a sus esposas y a sus hijos, aquéllas reconocían su deber social de protección a la familia (y, por extensión, al país).[72] En efecto, las mujeres representaban hacia la institución familiar la misma solicitud que las madres expresaban naturalmente a sus hijos. Entonces, la visión de Daubié sobre un orden moral ideal iba al par con la de Simon: la moralidad se basaba en el sentido de responsabilidad hacia los otros, el cual se desarrollaba en el seno de las familias, en el centro de las cuales se encontraba una mujer.

Como Simon, Daubié no se refirió a la maternidad, al ejemplo que habían establecido las mujeres, o a la instrucción moral que éstas impartían como algo que tuviera un valor. Daubié aceptó la ecuación que hacía la economía política entre el valor y la actividad asalariada y, por lo tanto, colocaba a las labores domésticas en una esfera separada. Pero al mismo tiempo, pensó que era posible para las mujeres crear valor en el mercado de trabajo y emplear sus salarios, si era necesario, para apoyar únicamente a sus hijos. En un claro desacuerdo con los economistas políticos, no vio nada intrínsecamente diferente en la productividad de los hombres y de las mujeres, y por esta razón insistió en la igualdad de salarios para ambos sexos. Daubié argumentó que el estatus social de las mujeres sólo resultaría fortalecido si éstas tenían acceso a un trabajo pagado decentemente. Pero también pensó que el trabajo, aunque fuera necesario, no era una solución deseable para las mujeres casadas.

Daubié formuló en cuestiones separadas lo que para Simon y otros eran conceptos intrínsecamente contradictorios —el trabajo asalariado y la maternidad— en un esfuerzo por encontrar soluciones prácticas al problema acu-

ciante de la pobreza de las mujeres. Desde su perspectiva, este problema tenía dos causas relacionadas entre sí: el monopolio de los hombres respecto a los oficios que antes habían sido femeninos o respecto a los oficios perfectamente adecuados para las mujeres, y el egoísmo de los hombres (encarnado en la ley Le Chapelier de 1791), los cuales se movían tan sólo por sus derechos individuales (seducían y abandonaban a las jóvenes, despilfarraban los recursos familiares en la bebida y se negaban a contribuir a los gastos del hogar) en lugar de cumplir con sus deberes sociales: "En vano he buscado el deber del hombre en la organización social; sólo he encontrado su derecho a una libertad ilimitada de opresión. Éste es, si no me equivoco, el nudo de todas las cuestiones de trabajo y de economía política".[73]

Si la pobreza de las mujeres la habían causado los hombres, entonces las mujeres debían tener el poder de buscar la reparación de sus agravios. La solución de Simon, que consistía en devolver a las mujeres a sus casas, sería algo fútil si no iba acompañada de las leyes necesarias que limitaran la opresión o la fuerza de los hombres, que les hicieran asumir sus derechos. Daubié estaba de acuerdo en que el remedio a largo plazo era la moralización de los hombres (tanto trabajadores como profesionales), pero sostenía que esto sólo se conseguiría reforzando la posición de las mujeres. No se trataba de un retorno al pasado ni de declaraciones idealizadas, sino de la aplicación de la igualdad (igualdad ante la ley, iguales posibilidades de participación en la elaboración de las leyes, iguales posibilidades de acceso a la formación y al aprendizaje de todos los trabajos, e igual paga por horas.

Según la perspectiva de Daubié, la igualdad no erradicaría la diferencia sexual; la igualdad ubicaría a las mujeres en una posición desde la cual podrían protegerse a sí mismas. En primer lugar, la igualdad de acceso al trabajo permitiría a las mujeres romper los monopolios injustificados sobre los oficios que son perfectamente adecuados para las mujeres (como la imprenta) e incorporarse a aquellos oficios "que aprovechan naturalmente los atributos propios" de su sexo.[74] En segundo lugar, la igualdad de la paga eliminaría la presión que soportan las mujeres para trabajar en exceso, la cual representa una violación a sus inclinaciones naturales, y permitiría a las mujeres solteras ser autosuficientes sin tener que depender de los hombres (y, por consiguiente, ser vulnerables sexualmente). Aquí Daubié rechazaba implícitamente el cálculo asimétrico del salario que defendía la economía política, y en vez de eso admitía que las mujeres eran, como los hombres, naturalmente independientes y que los salarios deberían asegurar la subsistencia de cualquier trabajador. Los naturales límites físicos de las mujeres no

deberían descalificarlas respecto a las fuentes de ingresos, porque el salario confería el estatus de productor, no reflejaba las capacidades inherentes a la persona. En tercer lugar, los derechos legales capacitarían a las mujeres para forzar a los seductores a reconocer su paternidad, y a los maridos recalcitrantes, a admitir las obligaciones financieras hacia sus familias. La igualdad ante la ley conferiría a las mujeres el poder de reforzar las reglas normativas de la organización familiar en muchos de los términos estructurales en que los moralistas y los economistas políticos las concebían.

En efecto, Daubié formuló dos problemas y presentó dos soluciones aparentemente diferentes para estos. El primer problema era, en sus orígenes, económico, y estaba relacionado con el hecho acuciante de que las mujeres necesitaban trabajar y de que los trabajos existentes y niveles salariales hacían imposible su subsistencia. Esta situación acarreaba repercusiones materiales y morales. Para las mujeres solteras la solución era pobreza o vergüenza (ambas conducían al libertinaje y a la muerte), para las mujeres casadas, el resultado no era tan sólo la pobreza individual sino el sacrificio de los hijos. El segundo problema era moral, y se refería al hecho de que los hombres hubieran abandonado a sus familias, prefiriendo su libertad individual en lugar del cumplimiento de sus deberes. Esto tenía un efecto económico, especialmente para las mujeres casadas, las cuales necesitaban compensar la subsistencia que sus maridos deberían haberles dado; esto también tenía un efecto moral, al romper la organización de la familia y el orden social. A pesar de que Daubié señalaba que las causas y efectos materiales y morales estaban relacionados, proponía para los dos problemas dos soluciones separadas: la primera (para las mujeres solteras) consistía en la igualdad en el mercado de trabajo; la segunda (para las casadas) el poder legal de reforzar la responsabilidad paterna.

En cierto sentido, la segunda solución anulaba la importancia radical de la primera, porque sugería que la igualdad era una medida compensatoria para las mujeres que todavía no se habían casado, o que podían no casarse, o para aquellas cuyos maridos no cumplían con el sostén económico de la familia. Daubié, al aprobar el punto de vista de la economía política de los hombres como la mayor fuente de subsistencia (económicamente responsable de la reproducción de la fuerza de trabajo), dejó en su lugar la formulación teórica que definía a las mujeres, solteras o casadas, como una categoría imperfecta de fuentes de ingresos. Aunque sus soluciones prácticas eran un grito lejano de las de Saint-Simon, y aunque las relaciones de poder de los géneros constituyeran la piedra angular de su análisis, Daubié se mantuvo

dentro de los límites conceptuales que había establecido la temprana economía política, aceptando la idea de que el trabajo y la familia (la economía y la moralidad), eran esferas separadas, cuando era precisamente la relación entre ellas lo que, en realidad, estaba en el centro del cálculo del salario.

IV

En el discurso de la economía política, las mujeres trabajadoras eran un tópico preponderante; eran a la vez un objeto de estudio y un medio de representación de ideas sobre el orden social y la organización social. Los economistas políticos dirigían su atención a las mujeres trabajadoras porque éstas parecían revelar algo del carácter problemático del desarrollo urbano e industrial, en concreto, su dimensión moral. A través de este acto de observación, las mujeres trabajadoras se convirtieron en una parte esencial del vocabulario conceptual de la ciencia moral, en unos medios por los cuales las reglas normativas eran articuladas y aplicadas. Esto implicaba un doble movimiento, el cual fijó a la vez a las mujeres trabajadoras aparte del amplio mundo del trabajo, como un caso fuera de la norma, y convirtió su situación en algo importante para la solución del problema que planteaban las clases trabajadoras urbanas.

La marginación de las mujeres trabajadoras se basaba en y reforzaba la presentación de la economía política de su ciencia moral y económica, en términos de cualidades naturales de hombres y mujeres; la invocación de la naturaleza legitimaba algunos preceptos y los colocaba más allá de los límites de la discusión. Éste era el caso de la discusión acerca de los bajos salarios de las mujeres, como resultado de su natural dependencia (una función de la maternidad) y de la proyección de un orden social y moral deseable, según unas líneas muy pronunciadas de diferencia sexual, un orden especialmente dividido entre el hogar y el trabajo, físicamente dividido entre la fuerza muscular de los hombres y su productividad, y la maternidad de las mujeres y su carácter doméstico.

El discurso de la economía política con el que he trabajado aquí era totalmente idealizado, y nos dice muy poco sobre lo que significaba el trabajo para las mujeres que lo realizaban. Sin embargo, este discurso no tenía lugar en un ámbito aparte de lo material, lo económico o lo político. Más bien estableció las definiciones que servían para discutir la política, para poner en práctica los programas, e incluso para desarrollar críticas funda-

mentales, como las de los socialistas.[75] La economía política proporcionó los términos en los que se fundamentaban y se impugnaban las relaciones de producción y las divisiones sexuales del trabajo.

Así, la marginación de las mujeres trabajadoras era un efecto producido históricamente que debe ser examinado en sí mismo. Los historiadores que tratan a las mujeres trabajadoras como si fueran marginales a los procesos de urbanización e industrialización perpetúan de forma acrítica los términos del discurso del siglo XIX y, de este modo, pierden la oportunidad de analizar cómo operaba éste. Será precisamente estudiando la producción de la marginalidad de las mujeres trabajadoras que podremos descubrir algunas de las cuestiones más importantes de la política pública y del debate político de mediados del siglo XIX en Francia. A través de tal enfoque, no sólo veremos otra dimensión de la historia, sino que estaremos en posición de identificar —y quizá de cambiar— una de las formas en que se ha construido el significado del trabajo.

Cuarta Parte

IGUALDAD Y DIFERENCIA

VIII. EL CASO SEARS*

EN LOS últimos años se ha utilizado la "igualdad *versus* diferencia", en forma abreviada, para caracterizar las posiciones feministas y las estrategias políticas en conflicto. Quienes argumentan que la diferencia sexual debería ser un aspecto irrelevante en las escuelas, en los lugares de trabajo, en los juzgados y en la legislatura, son colocados en la categoría de la igualdad. Quienes insisten en que los llamados en nombre de las mujeres deberían hacerse en términos de necesidades, intereses y características comunes a todas las mujeres como grupo, son colocadas en la categoría de la diferencia.[1] En los enfrentamientos acerca de la superioridad de una u otra de estas categorías, las feministas han invocado a la historia, la filosofía y la moralidad, y han concebido nuevas etiquetas clasificatorias: feminismo cultural, feminismo liberal, separatismo feminista y otras.[2] Recientemente, el debate acerca de la igualdad y la diferencia se ha utilizado para analizar el caso Sears, el juicio por la discriminación sexual que la Equal Employment Opportunity Commission (EEOC) [Comisión de Oportunidades Igualitarias de Empleo] entabló en 1978 contra el gigante del comercio al por menor Sears, Roebuck & Company, en el cual las historiadoras Alice Kessler-Harris y Rosalind Rosenberg presentaron sus testimonios en lados opuestos.

Se han escrito muchos artículos sobre el caso Sears, entre los cuales hay uno reciente de Ruth Milkman, quien insiste en que hay que prestar atención al contexto político de unos principios aparentemente intemporales: "Ignoramos las dimensiones políticas del debate de la igualdad *versus* diferencia, a riesgo nuestro, especialmente en un periodo de reacciones conservadoras como éste". Y concluye:

* Este ensayo se escribió primero en forma de artículo para un número especial de *Feminist Studies*, sobre las influencias del posestructuralismo en el feminismo. Esta versión es una reescritura del ensayo "Deconstructing Equality *vs.* Difference, or The Uses of Post-Structuralist Theory for Feminism" (primavera de 1988), vol. 14, núm. 1. El material del ensayo original se usa aquí con el permiso de los editores de *Feminist Studies*, los cuales conservan los derechos de publicación. Las discusiones que mantuve con Tony Scott me ayudaron primero a formular el argumento; y las meditadas sugerencias de William Connolly, Sanford Levinson, Andrew Pickering, Barbara Hernstein Smith y Michael Walzer lo perfilaron y lo mejoraron.

> Tan amplio como sea el contexto político en que nos encontremos, las académicas feministas deben ser conscientes del peligro real que representarán los argumentos sobre la "diferencia" o la "cultura de las mujeres" sobre otros usos distintos de aquellos para los cuales han sido concebidos originariamente. Esto no significa que debamos abandonar estos argumentos o el campo intelectual que éstos han abierto; no, esto significa que debemos ser conscientes, en nuestras formulaciones, y no perder de vista las formas en que nuestro trabajo puede ser explotado políticamente.[3]

La formulación que Milkman matiza con tanto cuidado implica que la igualdad es nuestro curso más seguro, pero también se muestra reacia a rechazar por completo la diferencia. Milkman siente la necesidad de tomar partido por una u otra, pero el problema es por cuál de éstas. Su ambivalencia es un ejemplo de lo que la teórica en leyes Martha Minow ha etiquetado en otro contexto como "el dilema de la diferencia". Minow señala que la diferencia en el caso de los grupos subordinados "deja en su lugar una neutralidad defectuosa", pero centrarse en la diferencia podría acentuar el estigma de la desviación. "Tanto centrarse en la diferencia como ignorarla supone el riesgo de recrearla. Este es el dilema de la diferencia".[4] Minow sugiere que lo que necesitamos es pensar acerca de la diferencia de otra forma, lo cual implica rechazar la idea de que la igualdad *versus* diferencia constituye una oposición. En lugar de estructurar análisis y estrategias como si estos pares binarios fueran intemporales y verdaderos, lo que necesitamos es cuestionarnos cómo funciona esta dicotomía de la igualdad y la diferencia. En lugar de permanecer dentro de los límites del discurso político existente, necesitamos someter tales términos a un examen crítico. Y no podremos aprovechar esos términos hasta que comprendamos cómo funcionan.

Si miramos de cerca las pruebas del caso Sears, éstas nos sugieren que la igualdad *versus* diferencia puede que no describa a los lados opuestos. Durante los testimonios, la mayoría de argumentos en contra de la igualdad y a favor de la diferencia eran, en realidad, pronunciados por los abogados de Sears o por Rosalind Rosenberg. Todos ellos construyeron a un oponente en contra del cual afirmaban que hombres y mujeres eran diferentes, que las diferencias fundamentales —producto de la cultura o de modelos de socialización de hace mucho tiempo— conducían a las mujeres a una supuesta falta de interés en los trabajos de ventas a comisión. La defensa de Sears, con el objeto de hacer su propia declaración diciendo que la diferencia sexual, y no la discriminación, podían explicar los modelos adoptados en Sears,

atribuyó a la EEOC un supuesto que nadie había formulado antes en estos términos: que las mujeres y los hombres tenían intereses idénticos.[5] Alice Kessler-Harris no argumentó que las mujeres eran iguales a los hombres; en vez de eso empleó una variedad de estrategias para desafiar las afirmaciones de Rosenberg. En primer lugar, argumentó que las pruebas históricas sugerían mucha más variedad en los trabajos que tenían realmente las mujeres de la que suponía Rosenberg. En segundo lugar, sostuvo que las consideraciones económicas compensan habitualmente los efectos de la socialización en las actitudes de las mujeres hacia el empleo. Los salarios eran un incentivo para adoptar posiciones nuevas, exigentes o atípicas. Y en tercer lugar, señaló que históricamente la segregación por sexo en el trabajo era una consecuencia de las preferencias del patrón, no una opción del empleado. Kessler-Harris sugirió que la cuestión de las opciones de las mujeres no podría resolverse si el proceso adoptado predeterminaba en sí mismo el resultado, al imponer unos criterios generalizados en cuanto al género que no eran necesariamente relevantes para el trabajo que tenían entre manos. Entonces el debate se dirigió no en torno a la igualdad *versus* diferencia sino en torno a la relevancia de las ideas generales sobre la diferencia sexual en un contexto específico.[6]

Para construir el caso de discriminación patronal, los abogados de EEOC citaron obviamente, de forma parcial, los cuestionarios de solicitud de empleo y las declaraciones de los jefes de personal, pero no presentaron ningún testimonio de alguna persona que hubiera experimentado la discriminación. Kessler-Harris se refirió a los modelos pasados de segregación sexual en el mercado de trabajo como el resultado de las opciones del patrón, pero la mayoría de las veces apeló a la historia para hechar abajo la afirmación de Rosenberg de que las mujeres como grupo diferían sustancialmente de los hombres en los detalles de su comportamiento, en lugar de insistir en que la variedad era una característica de las opciones laborales de la mujer (como también lo era de los hombres), por lo que no tenía sentido, en este caso, hablar de las mujeres como de un grupo uniforme. Kessler-Harris definió la igualdad para referirse al supuesto de que las mujeres y los hombres deberían tener el mismo interés en los trabajos de ventas a comisión. No declaró que las mujeres y los hombres tuvieran, por definición, este mismo interés. Más bien Kessler-Harris y la EEOC cuestionaron la importancia de las decisiones adoptadas en cuanto a las generalizaciones sobre los comportamientos necesariamente antitéticos de mujeres y hombres. La EEOC argumentó que las prácticas de contratación en Sears eran el reflejo de unas

ideas descuidadas e inaplicables acerca de la diferencia sexual; Sears argumentó que las diferencias fundamentales entre los sexos (y no sus propias acciones) explicaban los desequilibrios de género en su fuerza de trabajo.

El caso Sears se había complicado debido a que casi todas las pruebas que se presentaban eran estadísticas. Por consiguiente, el testimonio de las historiadoras sólo podía ser inferencial en el mejor de los casos. Ningún historiador tenía mucha información acerca de lo que había ocurrido verdaderamente en Sears; más bien cada cual pretendía explicar las pequeñas disparidades estadísticas refiriéndose a crasas generalizaciones sobre la historia de las mujeres trabajadoras. Además, en una suerte de parodia del positivismo, estaban obligados a jurar la verdad o falsedad de tales generalizaciones, las cuales se habían desarrollado para otros propósitos distintos a los de una impugnación legal, y se veían obligadas a tratar sus premisas interpretativas como hechos. En este sentido, resulta reveladora la lectura del interrogatorio de Kessler-Harris. Cada una de sus cuidadosas y matizadas explicaciones sobre la historia del trabajo de las mujeres era restringida a una simple declaración abreviada por la insistencia de los abogados de Sears, quienes le pedían que contestara simplemente a sus preguntas con un sí o un no. De modo similar, la refutación de Rosalind Rosenberg a Kessler-Harris prescindió de la sutil lectura contextual que Kessler-Harris hizo de la evidencia, y en su lugar pretendió imponer una prueba de absoluta consistencia. En un esfuerzo por mostrar que Kessler-Harris había engañado al juzgado, Rosenberg yuxtapuso el testimonio de Kessler-Harris en la prueba de su primer trabajo publicado[7] (en el juzgado, Kessler-Harris había argumentado que la historia nos mostraba una profusión de opciones de trabajo para las mujeres, mientras que en su libro apuntaba que las mujeres preferían el trabajo que podía combinar con las responsabilidades domésticas).[8] Sin embargo, fuera del juzgado, las disparidades del argumento de Kessler-Harris podían explicarse también de otro modo: en relación a la historia del trabajo que había excluido, como era típico, a las mujeres, sería sensato generalizar sobre la experiencia de las mujeres, enfatizando la diferencia para demostrar que el término universal "trabajador" era en realidad una referencia masculina que no podía explicar todos los aspectos de las experiencias laborales de las mujeres. En relación con un patrón que intenta justificar la discriminación refiriéndose a la diferencia sexual, sería más sensato negar los efectos totalizadores de la diferencia acentuando, en su lugar, la diversidad y la complejidad del comportamiento y la motivación de las mujeres. En el primer caso, la diferencia tiene una función positiva, al desvelar la injus-

ticia que se halla escondida en un término presumiblemente neutral; en el segundo caso, la diferencia tenía un propósito negativo, al justificar lo que Kessler-Harris creía que era un trato desigual. Aunque esa inconsistencia podría haberse evitado por medio de un análisis más consciente del "dilema de la diferencia", las diferentes posiciones de Kessler-Harris eran llamadas de atención legítimas para contextos diferentes; sólo en una sala de tribunal podían interpretarse como pruebas de mala fe.[9]

En la sala del tribunal, las exigentes demandas de consistencia y verdad señalaban las dificultades profundas que implica argumentar sobre la diferencia. Aunque el testimonio de las historiadoras tenía que explicar sólo una relativamente pequeña disparidad estadística en cuanto al número de mujeres contratadas a tiempo completo para las ventas a comisión, se prefirió dar unas explicaciones totalizadoras y categóricas.[10] Durante el interrogatorio, las múltiples interpretaciones de Kessler-Harris se hallaron contradictorias y confusas, mientras el juez, por otra parte, elogió a Rosenberg por su coherencia y lucidez.[11] En parte, esto se debió a que Rosenberg permaneció fiel a un riguroso modelo que vinculaba de forma no problemática la socialización con la opción individual; en parte era porque sus descripciones de las diferencias de género concordaban con los puntos de vista normativos que predominaban. Por el contrario, Kessler-Harris tuvo problemas para encontrar un modelo simple y singular que, al mismo tiempo, pudiera reconocer la diferencia y rechazarla como una explicación aceptable según el modelo de empleo de Sears. Por eso tuvo gran dificultad en mantener un razonamiento consistente ante la hostilidad del interrogatorio. Por un lado, daba la impresión de que aceptaba que el oportunismo económico afectaba igualmente a hombres y mujeres (y que, por lo tanto, hombres y mujeres eran lo mismo). ¿Cómo podemos explicar entonces las diferencias de género que su propio estudio había identificado? Por el otro, Kessler-Harris estaba siendo señalado por Rosenberg con la marca de la subversión, por haber dado a entender que todos los patrones podrían tener algún interés en tipificar sexualmente la fuerza de trabajo, y por deducir de su propia teoría (supuestamente marxista) una conclusión conspiratoria sobre la conducta de Sears.[12] Con todo, si las pautas de discriminación a las que se refería Kessler-Harris eran reales, uno de sus efectos bien podría ser el tipo de diferencia que Rosenberg señalaba. Kessler-Harris y sus abogados, atrapados en el marco del uso categórico de la evidencia histórica que hacía Rosenberg, adoptaron una estrategia básicamente negativa, presentando detalles que tenían como objetivo complicar y socavar las afirmaciones de

Rosenberg. Kessler-Harris no desafió en ningún momento las deficiencias teóricas del modelo de socialización de Rosenberg, ni tampoco presentó un modelo alternativo propio. Creo que esto habría requerido desarrollar todo el caso en torno a la discriminación patronal o bien insistir completamente en las diferencias de la línea argumental presentando la formulación de la igualdad *versus* diferencia como una simple ilusión.

Hacia el final, los argumentos más matizados de Kessler-Harris fueron rechazados como contradictorios o inaplicables y el juez sentenció a favor de Sears, repitiendo el argumento de la defensa según el cual "la presuposición de la igualdad de intereses carecía de fundamento", porque existían diferencias entre hombres y mujeres.[13] Con ello, no sólo se rechazaba la posición de EEOC, sino que se aprobaban implícitamente las políticas de contratación de Sears. Según el juez, puesto que la diferencia era real y fundamental, ésta podía explicar las variaciones estadísticas del sistema de contratación de Sears. Así, la discriminación se redefinía como el simple reconocimiento de la diferencia natural (producida histórica o culturalmente), lo cual le venía de perlas a la lógica del conservadurismo de Reagan. La diferencia fue sustituida por la desigualdad, la antítesis apropiada de la igualdad, convirtiéndose en la explicación y la legitimación de la desigualdad. La decisión del juez ilustra un proceso que la académica de letras Naomi Schor describió para otro contexto: éste "esencializa la diferencia y naturaliza la desigualdad social".[14]

El caso Sears nos da una buena lección acerca de cómo opera un campo discursivo, es decir un campo político. Y arroja luz no sólo en cuanto a la manipulación de conceptos y definiciones sino también en cuanto a la aplicación y justificación de las relaciones institucionales y políticas. Las referencias a las diferencias categóricas entre mujeres y hombres establecieron los términos dentro de los cuales Sears defendía sus políticas y la EEOC los desafió. La igualdad *versus* diferencia era la trampa intelectual que emplearon los historiadores para argumentar no acerca de las disparidades estadísticas minúsculas de las prácticas de empleo en Sears, sino acerca del comportamiento normativo de los hombres hacia las mujeres. Aunque podríamos concluir que el equilibrio de poder apuntaba a la EEOC, en aquel momento el caso tenía una buena audiencia y, por consiguiente, el resultado era inevitable, entraba dentro de los planes de Reagan de revocar los programas de acción positiva en la década de los setenta. De todas formas, todavía necesitamos articular una crítica sobre lo que realmente ocurrió, de forma que ésta pueda nutrir la próxima ronda de encuentros políticos. ¿Cómo podría conceptualizarse esta posición?

Cuando se plantea la igualdad y la diferencia como una dicotomía, entonces estructuran una opción imposible. Si uno opta por la igualdad, está obligado a aceptar la idea de que la diferencia es antitética a ésta. Si uno opta por la diferencia entonces admite que la igualdad es inalcanzable. En cierto modo, éste es el dilema aparente de la declaración de Ruth Milkman que he citado al principio de este ensayo. Las feministas no pueden dejar la diferencia; ésta ha sido nuestra herramienta analítica más creativa. No podemos dejar la igualdad, al menos mientras queramos hablar de los principios y valores de un sistema político democrático. Sin embargo, no tiene sentido que el movimiento feminista deje que sus argumentos se vean forzados a encajar en unas categorías preexistentes, que sus disputas políticas estén caracterizadas por una dicotomía que no hemos inventado. Entonces ¿de qué forma reconocemos y utilizamos las ideas de diferencia sexual y aun cómo argumentamos en pro de la igualdad? La única respuesta posible es doble: desenmascarando las relaciones de poder que se han construido postulando que la igualdad era la antítesis de la diferencia, y rechazando su consecuente construcción dicotómica de las opciones políticas.

La igualdad *versus* diferencia no puede estructurar las opciones de la política feminista; el par de opuestos tergiversa la relación de ambos términos. La igualdad en la teoría política de los derechos, que está detrás de las demandas de justicia de los grupos de excluidos, significa ignorar las diferencias entre los individuos, por un propósito en particular o en un contexto específico. Michael Waltzer así lo dice: "El significado primigenio de la igualdad es negativo; el igualitarismo en sus orígenes es una política abolicionista. Se orienta a eliminar no todas las diferencias sino únicamente parte de ellas, y un conjunto particular diferente en tiempos y lugares diferentes".[15]

Esto presupone un acuerdo social según el cual personas diferentes son equivalentes (no idénticas) para un propósito establecido. De acuerdo a este uso, el opuesto de la igualdad es la desigualdad o la inequivalencia, la no conmensurabilidad de los individuos o grupos en determinadas circunstancias y para determinados propósitos. Así, para los propósitos de ciudadanía democrática la medida de equivalencia ha sido, según las épocas, la independencia, el acceso a la propiedad, la raza o el sexo. La idea política de igualdad incluye y, desde luego, se basa en el reconocimiento de la existencia de la diferencia. Las demandas de igualdad se han basado hasta ahora en argumentos implícitos, y habitualmente no reconocidos, sobre la diferencia; si los individuos o los grupos fueran idénticos o los mismos, entonces no habría necesidad de luchar por la igualdad. Por consiguiente, la igualdad

podría definirse como una indiferencia deliberada ante las diferencias especificadas.

En la mayoría de usos, la antítesis de la diferencia es la igualdad o la identidad. Pero incluso aquí el contraste y el contexto deben especificarse. No hay nada evidente por sí mismo, o trascendente, acerca de la diferencia, incluso si el mismo hecho de la diferencia —la diferencia sexual, por ejemplo— parece evidente a simple vista. Deberíamos preguntarnos siempre ¿qué cualidades o aspectos están siendo comparados? ¿Cuál es la naturaleza de la comparación? ¿Cómo se está construyendo el significado de la diferencia? En el testimonio de Sears y en algunos debates entre feministas, se supone que la diferencia (sexual) es un hecho inmutable, que su significado es inherente a las categorías de hombre y mujer. Los abogados de Sears así lo declararon: "Lo razonable de los presupuestos *a priori* de la EEOC sobre la igualdad masculina y femenina con respecto a preferencias, intereses y calificaciones es... el quid de la cuestión".[16] Sin embargo, la cuestión del desafío de la EEOC nunca fue la igualdad sino la irrelevancia de las diferencias categóricas.

La oposición hombre/mujer, tal como Rosenberg la empleó, afirmaba el carácter incomparable de los sexos y, aunque la historia y la socialización podían ofrecer una explicación de los mismos, estos resonaban como diferencias categóricas que resultaban de la inferencia de los hechos de las diferencias corporales. Cuando se invoca la oposición hombre/mujer, como ocurrió en el caso Sears, ésta se refiere a una cuestión específica (la pequeña discrepancia estadística entre mujeres y hombres contratados para los trabajos de ventas a comisión) que está detrás de un principio general (el de las diferencias fundamentales entre mujeres y hombres). Las diferencias que podrían aplicarse en el interior de cada grupo, en esta particular situación —el hecho, por ejemplo, de que algunas mujeres pudieran elegir trabajos agresivos o arriesgados, o de que otras que ocupaban puestos elevados optaran por puestos de un nivel inferior— quedaban, por definición, excluidas en la antítesis entre los dos grupos. Por supuesto, la ironía es que el caso estadístico sólo requería la explicación de un pequeño porcentaje de comportamientos femeninos. Y además, el testimonio histórico argumentaba categóricamente acerca de las mujeres. En consecuencia, resultaba difícil argumentar (como lo habían intentado la EEOC y Kessler-Harris) que, dentro de la categoría femenina, las mujeres exhiben y participan típicamente todo tipo de comportamientos "masculinos"; que la socialización es un proceso complejo que no da lugar a opciones uniformes. Para argumentar esto se habrían tenido que atacar directamente las categorías de pensamiento sobre el género,

porque la oposición generalizada de hombre-mujer sirve para oscurecer las diferencias entre las mujeres, en cuanto a comportamiento, carácter, deseo, subjetividad, sexualidad, identificación de género y experiencia histórica. La insistencia de Kessler-Harris sobre la especificidad (y el aspecto de variación histórica) de las acciones de las mujeres se parecía a muchos casos especiales, a muchas excepciones fundamentalmente irrelevantes, porque no presentó una teoría alternativa a la insistencia de Rosenberg acerca de la primacía de la diferencia sexual.

La alternativa a la construcción binaria de la diferencia sexual no es la igualdad, la identidad o la androginia. Al subsumir a las mujeres dentro de la categoría general humana, perdemos la especificidad de la diversidad femenina y de las experiencias de las mujeres. En otras palabras, regresamos a los días en que se daba por sentado que la historia "de los Hombres" era la historia de todas las personas, cuando las mujeres eran "olvidadas de la historia", cuando lo femenino servía de contraste negativo, cuando era el "Otro" en la construcción de la identidad positiva masculina. No queremos reclamar la similitud o la identidad entre mujeres y hombres, sino una diversidad variable más compleja históricamente, insistiendo en que hombres y mujeres son categorías antitéticas, en que representan una diversidad que también se expresa de forma diferente para propósitos diferentes y en contextos diferentes. En efecto, la dualidad que esta oposición crea dibuja una línea de diferencia, la invierte con explicaciones biológicas y luego trata cada aspecto de la oposición como un fenómeno unitario. Se supone que todo dentro de cada categoría (hombre o mujer) es lo mismo; de ahí que se supriman las diferencias dentro de cualquier categoría. Además, la relación entre las categorías se presenta como una relación entre dos polos, uno positivo (el hombre) y otro negativo (la mujer). En contraste con esto, nuestro objetivo no sólo es ver las diferencias entre los sexos sino la forma en que este trabajo reprime las diferencias dentro de los grupos de género. La mismidad, construida en cada lado de la oposición binaria, esconde el juego múltiple de las diferencias y conserva su irrelevancia e invisibilidad.

En consecuencia, el hecho de colocar la igualdad y la diferencia en una relación antitética tiene un doble efecto: niega la forma en que la diferencia ha figurado por tanto tiempo en las ideas políticas relativas a la igualdad, y sugiere que la semejanza es el único terreno en el cual puede reclamarse la igualdad. Por consiguiente, esto coloca a las feministas en una posición imposible, porque tal como hemos argumentado dentro de los términos del discurso que establece dicha oposición, admitimos la actual premisa conser-

vadora que dice que, puesto que las mujeres no pueden ser idénticas a los hombres en todos los aspectos, éstas no pueden esperar ser iguales a ellos. Creo que la única alternativa es negarse a oponer la igualdad a la diferencia, e insistir continuamente sobre las diferencias: las diferencias como una condición de las identidades individuales y colectivas, las diferencias como un desafío constante frente a la fijación de estas identidades, la historia como ilustración repetida del juego de las diferencias, las diferencias como el auténtico significado de la igualdad en sí misma.

No obstante, la experiencia de Alice Kessler-Harris en el caso Sears nos demuestra que la afirmación de las diferencias frente a las categorías de género no es una estrategia suficiente. Lo que se requiere además es un análisis de las categorías de género, ya establecidas como juicios normativos, que organicen la comprensión cultural de la diferencia sexual. Esto significa que debemos escudriñar los términos "hombres" y "mujeres" tal como se usan para que puedan definirse mutuamente en contextos particulares (en los talleres, por ejemplo). La historia del trabajo de las mujeres necesita ser vuelta a relatar desde esta nueva perspectiva, como una parte de la historia de la creación de una fuerza de trabajo segregada. Por ejemplo, en el siglo XIX, algunos conceptos sobre la capacidad técnica masculina se basaban en el contraste con el trabajo femenino que, por definición, era no calificado. La organización y la reorganización de los procesos de trabajo se cumplía en referencia a los atributos del género de los trabajadores, en lugar de tomar en cuenta las cuestiones de formación, educación o clase social. Y las diferencias de salarios entre los sexos se atribuían a los roles familiares fundamentalmente diferentes que habían precedido a los reajustes de empleo, en lugar de haber sido una consecuencia de estos. En todos estos procesos, el significado de "trabajador" se establecía por un contraste entre las supuestas cualidades naturales de los hombres y de las mujeres. Si escribimos la historia del trabajo de las mujeres recogiendo los datos que describen las actividades, necesidades, intereses y cultura de las mujeres trabajadoras, dejamos en su lugar el contraste naturalizado y reificamos la diferencia categórica preestablecida entre las mujeres y los hombres. En otras palabras, empezamos la historia demasiado tarde, aceptando de forma acrítica una categoría de género (la mujer trabajadora) que necesita ser investigada porque su significado está vinculado con su historia.

Desde luego, si en nuestras historias relativizamos las categorías de hombre y mujer, esto significa que también debemos reconocer la naturaleza contingente y específica de nuestras demandas políticas. En consecuencia,

las estrategias políticas se basarán en los análisis de la utilidad de algunos argumentos en determinados contextos discursivos, sin apelar a las cualidades absolutas de las mujeres o los hombres. Hay momentos en que tiene sentido que las madres exijan que su papel social sea tomado en consideración, y contextos dentro de los cuales la maternidad es algo irrelevante en el comportamiento de las mujeres; pero sostener que la realización de la mujer pasa por la maternidad equivale a oscurecer las diferencias que hacen posible el poder tomar una opción. Hay momentos en que resulta sensato pedir una nueva evaluación del estatus de lo que socialmente se ha construido como el trabajo de las mujeres (las estrategias del "valor comparable" son el ejemplo más actual), y hay contextos en los cuales tiene más sentido preparar a las mujeres para entrar en los trabajos no tradicionales; pero sostener que la feminidad predispone a las mujeres a determinados trabajos (de crianza) o a determinados estilos (colaborativos) de trabajo, esto equivale a naturalizar los complejos procesos económicos y sociales y, de nuevo, a opacar las diferencias que han caracterizado a las historias del trabajo femenino. El hecho de insistir en las diferencias socava la tendencia a caer en categorías absolutistas, y en el caso de la diferencia sexual, en categorías esencialistas. Esto no representa negar la existencia de la diferencia de género sino que nos sugiere que sus significados se refieren siempre a construcciones particulares en contextos específicos. En contraste, las categorizaciones absolutistas de la diferencia acaban siempre por reforzar los papeles normativos.

No es fácil formular una estrategia política deconstructiva frente a las tendencias poderosas que construyen el mundo en términos binarios; pero creo que no existe otra alternativa. Quizá porque aprendimos a pensar de esta forma, las soluciones nos resultarán más evidentes. Quizá el trabajo teórico e histórico que hacemos puede preparar el terreno. Sin lugar a dudas, podemos animarnos con la historia del feminismo, que está llena de ejemplos de rechazos, dicotomías simples y que en cambio intenta demostrar que la igualdad requiere el reconocimiento y la inclusión de las diferencias.[17] En efecto, una forma en que las historiadoras podrían contribuir a una auténtica reconceptualización de estos conceptos es dejando de escribir la historia del feminismo como una historia de las oscilaciones entre las demandas de igualdad y las afirmaciones de la diferencia. Este enfoque enfatiza inadvertidamente el mantenimiento de la construcción binaria como algo inevitable, al otorgarle una larga historia.[18] En realidad, cuando miramos de cerca los argumentos de las feministas, nos percatamos de que no caben en unos

compartimentos tan claros. Tales argumentos no son más que intentos que pretenden reconciliar las teorías de los derechos igualitarios con los conceptos culturales de la diferencia sexual; para cuestionar las construcciones normativas de género a la luz de la existencia de comportamientos y experiencias que contradicen los papeles sociales asignados; para señalar las condiciones de la contradicción en lugar de resolverlas; para articular una identidad política para las mujeres que no se conforme a los estereotipos existentes sobre las mismas.

En las historias del feminismo y en las estrategias políticas feministas es necesario prestar atención tanto a las operaciones de la diferencia como a la insistencia sobre las diferencias, porque no es un alegre pluralismo lo que necesitamos invocar. La solución al "dilema de la diferencia" no proviene de la ignorancia ni de la asunción de la diferencia tal como está constituida normativamente. En lugar de eso, creo que la posición crítica feminista debe implicar en todo momento dos movimientos: el primero, la crítica sistemática de las operaciones de la diferencia de tales categorías, la exposición de los tipos de exclusiones e inclusiones que éste construye (las jerarquías), y el rechazo de su verdad última. No obstante, se trata de un rechazo no en nombre de una igualdad que implica similitud o identidad, sino más bien (y éste es el segundo movimiento) en nombre de una igualdad basada en las diferencias, diferencias que confunden, marcan rupturas y convierten en ambiguo el significado de cualquier oposición binaria establecida. Hacer cualquier cosa equivale a comprar el argumento político según el cual se requiere la similitud para alcanzar la igualdad, una posición insostenible para las feministas (y para los historiadores) que saben muy bien que el poder se ha construido en el terreno de la diferencia, y por lo tanto es desde ahí que debe ser desafiado.

IX. HISTORIADORAS PROFESIONALES EN LOS ESTADOS UNIDOS (1884-1984)*

LAS HISTORIAS sobre el progreso de la democracia, sobre la creciente participación de los individuos y de grupos en la vida social y política, adopta a menudo un modelo mecánico para el cambio. Se pone énfasis en el hecho de ganar acceso a recursos, espacios e instituciones. El acceso tiene una connotación física: acercamiento, entrada, uso. La idea de acceso se representa metafóricamente como el hecho de pasar por puertas y portales, por encima de obstáculos, barreras y bloqueos de cualquier tipo. La mayoría de las veces se mide la accesibilidad cuantitativamente, según el número de individuos o miembros de grupos que acceden a entrar. Mientras por un lado este tipo de discusión ha sido útil e importante para detectar aspectos ligados a la discriminación o a la democratización, por el otro también ha desviado la atención de algunas cuestiones cualitativas. ¿Cómo son aquellos que cruzan los umbrales recibidos? En el caso de que pertenezcan a un grupo diferente del que ya está dentro ¿en qué términos se incorporaron? ¿Cómo entienden los recién llegados su relación con el lugar en el que acaban de entrar? ¿Cuáles son los términos de identidad que establecen los recién llegados?

Estas cuestiones presuponen que la sola entrada no resuelve todos los problemas de discriminación, que las organizaciones e instituciones son sistemas jerárquicamente diferenciados, que el acceso físico no es el final

* Este ensayo cuenta con una larga historia: inició cuando investigaba sobre algunas historiadoras estadunidenses para dar una plática en la Berkshire Conference on the History of Women [Conferencia Berkshire sobre la Historia de las Mujeres] en junio de 1981. El texto luego fue publicado con el título "Politics and the Profession: Women Historians in the 1980's" [La política y la profesión: historiadoras en la década de 1980] en *Women's Studies Quarterly* (otoño de 1981) IX. Continué luego con la misma investigación para otra plática, ahora en la American Historical Association, en diciembre de 1984. La versión que se reproduce aquí es la que se redactó para el número especial de la revista *Dedalus*, titulado "Learning about Women: Gender, Politics and Power" [Aprender sobre las mujeres: género, política y poder] (otoño de 1987) y que se publicó con el título "History and Difference" [Historia y diferencia]. Agradezco mucho a Jill Conway y a Jacqueline Goggin su lectura crítrica del primer borrador de este ensayo, y a Goggin, además, por facilitarme generosamente la información que ha reunido durante su propia investigación sobre las historiadoras estadunidenses.

del relato. En general, tales cuestiones importan para el estudio de la organización social, pero quienes las han planteado de forma más incisiva han sido los que se interesan en el género y la raza. Esto no debería sorprendernos, puesto que nuestra cultura ha encarnado la diferencia en los órganos generativos y en el color de la piel. La experiencia de los portadores de estas marcas diferenciales plantea un desafío a los modelos físicos de acceso porque desmiente la conclusión de que todo el asunto radica en llegar a la puerta.

La cuestión de la diferencia se plantea a menudo desde un punto de vista sociológico, pero también es una cuestión cultural o conceptual. Las prácticas sociales de los miembros de un oficio o profesión están íntimamente relacionadas con las formas en que estos interpretan el significado de su trabajo. El conocimiento que debe invertirse en una profesión como la medicina o la historia también contribuye a nutrir su estructura, su organización y a sus socios. En el campo de la historia, por ejemplo, la idea de un actor arquetípico, de un agente humano universal, se encarnaba habitualmente en un hombre (blanco). Aunque se supusiera que el hombre universal equivalía a todo el género humano, en realidad su representación creaba jerarquías y exclusiones. Las mujeres, los negros y otros eran o bien invisibles como sujetos históricos, o bien se los describía como poco importantes, menos importantes que los hombres blancos. Hasta hace poco, la mayor parte de la historia escrita ejemplificaba la importancia de los hombres blancos y la marginación de la gran mayoría. Lo que ocurría en la historia escrita, también sucede en la organización de la profesión histórica: predominaban los hombres blancos; mujeres, negros y otros ocupaban un lugar netamente secundario. Desde la década de los sesenta ha habido cambios tanto en la historia escrita como en la profesión de historiador, y ambos están intrínsecamente relacionados. El desarrollo de una y otro implica lo que debería llamarse la caída o, mejor dicho, la particularización del hombre universal. Ha sido menos posible absorber a los sujetos históricos en una única categoría de "hombre" y que las mujeres, los negros y otros fueran al mismo tiempo visibles y progresivamente importantes tanto como sujetos de la historia como profesionales historiadores.

Es a través del examen de la articulación de la diferencia, de las relaciones jerárquicas y desiguales entre diferentes grupos que las relaciones de interdependencia entre el conocimiento y el comportamiento organizativo se hacen más evidentes. Podemos comprender mejor el significado global de las identidades ligadas al mundo del trabajo cuando vemos no sólo quién

está incluido en ellas, sino el tratamiento que reciben las diferencias existentes entre las personas que practican un oficio, cuáles de ellas importan más, cómo se comprenden y si cambian con el tiempo y cómo cambian. Así, la diferencia nos da una idea de lo que debería llamarse la cultura de una profesión o la política de una disciplina.

Mi interés se centra en un tipo particular de diferencia, en la diferencia sexual o de género. En este ensayo investigo a las mujeres historiadoras que, gracias al hecho de tener un doctorado en historia, una posición académica, y de ser miembros de la Asociación Americana de Historia, fueron reconocidas como miembros de la profesión de la historia. Habiendo aceptado la disciplina en su doble sentido —como sistema de formación y como sistema de normas— desde un principio tuvieron la calificación como profesionales. Sin embargo, su inclusión en un cuerpo de élite de profesionales no se llevó a cabo sin ciertas complicaciones; como las historiadoras presuponían que el acceso debería darles el reconocimiento pleno a su identidad profesional, toparon frecuentemente con situaciones que las obligaban a recordar su diferencia. Sus percepciones del trato diferente que recibían y sus reacciones a éste variaban en cada momento dependiendo de muchos factores, no siendo el menos importante de ellos su comprensión de la historia (su concepción del conocimiento que profesaban) y su definición de quién era incluido como sujeto histórico. La experiencia de las mujeres historiadoras, al haber tenido que luchar con el problema de la diferencia, hace patente el poderoso obstáculo que planteaban los conceptos de historia con respecto a la igualdad, los cuales postulaban un proceso unitario que habría sido experimentado por un hombre universal, representativo de todos los demás.

I

Cuando en 1884 se fundó la Asociación Americana de Historia (AHA), las mujeres estaban formalmente incluidas como miembros. El Consejo Ejecutivo había resuelto que "no hay nada en la Constitución... que impida la admisión de mujeres en la Asociación cuando éstas tengan la misma calificación profesional que se requiere para los hombres".[1] Las mujeres eran aceptadas en la disciplina, especialmente si tenían una formación universitaria y si habían practicado conscientemente el método científico que se consideraba tan importante en la nueva historia profesional. El hecho de poseer un título universitario concedía a las mujeres la categoría de miembros

nominales de la pequeña élite de universitarios que constituían la AHA.[2] Incluso quienes no tenían un doctorado también eran considerados elegibles, porque el objetivo que compartían sus fundadores, entre los cuales se encontraban J. Franklin Jameson y Herbert Baxter Adams, era diseminar la historia a lo largo y ancho de la nación con la ayuda de investigadores y profesores talentosos. A pesar de su aparente política abierta, una vez admitidas las mujeres en la AHA, éstas recibían un trato diferente. El trato distinto a veces era sutil, otras veces explícitamente discriminatorio, y se basaba siempre en el presupuesto de que la diferencia física visible era fundamentalmente importante.

El hecho de que las mujeres pasaran a formar parte de la asociación encajaba con la ambiciosa misión democrática de los fundadores de la organización. Estos estaban decididos a arrebatar la historia de los caballeros anticuarios, cuyas prácticas socavaban los principios de la ciencia.[3] En efecto, los fundadores construyeron la imagen de la nueva historia profesional en oposición al romanticismo de los anticuarios. Opusieron al enfoque histórico precedente basado en las tradiciones pintorescas y otros incidentes románticos —al que la medievalista Nellie Nelson describió burlonamente como una relación de damas fallecidas y caballeros encantadores— un estudio más arriesgado de las instituciones y la política.[4] Asimismo, los fundadores atacaron, por elitista y acientífica, la idea de que los buenos historiadores debían tener una formación clásica y una sensibilidad literaria. Jameson formuló claramente esta cuestión en 1891:

> Ahora asistimos a un despliegue a conciencia de un buen trabajo de segunda clase... que es el que más necesita nuestra ciencia actualmente; porque ésta necesita urgentemente que se mejoren los procesos técnicos, este acabado superior del arte, gracias al cual un amplio número de trabajos inteligentes pueden hacer más para potenciarlo que un pequeño número de trabajos de algunos genios literarios.[5]

Al incluir a las mujeres en la AHA, los fundadores subrayaron su impulso democrático y nivelador, su deseo de "llevar todos los recursos históricos de la nación al campo de acción de la Asociación, y su convicción de que cualquier persona inteligente podría dominar su ciencia".[6] En efecto, había un punto importante, el hecho de que las mujeres practicaban la historia científica: el poder de la investigación objetiva era tal que éste superaba cualquier predisposición femenina a buscar temas pintorescos o esotéricos. También

existía una dimensión simbólica complicada, que se basaba en las oposiciones masculino/femenino y hombre/mujer. La vieja historia se representaba como femenina, fuera cual fuera el sexo de quienes la practicaban, mientras que la nueva historia era masculina. Al alistar a las mujeres en el lado de la historia científica, sus defensores demostraron que habían vencido las tendencias aristocratizantes y románticas que permanecían en su disciplina de nuevo cuño. Existían también otras razones obvias para incorporar a las mujeres a la nueva Asociación. Éstas representaban un componente institucional importante para la creación de los departamentos de historia y para la mejora del currículum estandarizado de historia en los centros de enseñanza secundaria, y superior en las academias y universidades. Si la nueva historia iba a triunfar, debía enseñarse bien; por consiguiente, los fundadores de la AHA se tomaron la enseñanza de la historia con auténtico celo misionero. En las décadas de 1880 y 1890, los *colleges* de mujeres eran un componente significativo del mundo académico y, aunque los directores fueran hombres, el profesorado femenino iba en aumento. Así, las mujeres miembros de la AHA podían servir para la función particularmente útil de llevar la historia a sus dos fortalezas independientes: las Academias y los *colleges* de mujeres. Nellie Neilson cumplió esta tarea en el Mt. Holyoke College; Lucy Maynard Salmon, cuyo campo era la historia americana, hizo lo mismo en Vassar. Cuando fue contratada en 1887, el presidente James Taylor escribió a Herbert Baxter Adams que muy pronto iba a ponerse remedio a la "provisión inadecuada" de historiadores en su institución. "El reciente nombramiento de Miss Salmon... redundará sin duda en una reorganización satisfactoria de todo el departamento".[7]

Por un lado, los portavoces de la AHA insistían en un currículum uniforme de historia, que no hiciera distinciones entre lo que debía enseñarse a las mujeres y a los hombres. No vieron la ironía de que la enseñanza de la historia tanto en Wellesley como en Johns Hopkins, durante las décadas de 1880 y 1890, se asignara a los estudiantes los papeles de miembros de la Cámara de los Comunes y los hacían discutir importantes cuestiones de política constitucional y legislativa[8] (y el hecho de que las mujeres no tuvieran derecho a voto ni un papel formal en la política, ni en los Estados Unidos ni en Inglaterra, parecía no tener importancia en cuanto a la esencia y método de su pedagogía). Además, las mujeres no estaban excluidas como objetos de interés histórico. Adams, por ejemplo, instaba a que el alcance de la historia no se limitara a los hombres importantes, y recordaba a sus colegas que:

> Los miles y millones de anónimos hombres buenos y verdaderos, y de mujeres devotas y llenas de fe... que asumen un buen liderazgo y llevan a la humanidad hacia adelante, generación tras generación. A menudo, la biografía de algún hombre simple, como Abraham Lincoln, o de alguna mujer sacrificada, como Florence Nighttingale, son las que representan el mayor estímulo e incentivo para el común de los mortales. Pero debemos recordar que ningún hombre ni ninguna mujer merecen figurar en un registro biográfico o histórico a menos que hayan contribuido, de algún modo, al bienestar de la sociedad y al progreso del mundo.[9]

En esos años la historia promovió, salvo algunas excepciones, que hombres y mujeres fueran tratados de forma asimétrica. Esto era una consecuencia de la forma en que se había conceptualizado la historia, del supuesto de que los procesos de cambio eran evolutivos, lineales y unitarios. El progreso y el bienestar eran conceptos políticos esenciales, y el progreso se medía como un movimiento hacia el autogobierno democrático. Adams defendía el estudio de las "ciudades, plantaciones, parroquias y condados" como el de los estados y las naciones. Las unidades de análisis, grandes y pequeñas, eran las organizaciones políticas, y la concepción del estudio era unitaria e integrada.[10] Las pequeñas unidades resonaban en las grandes; proporcionaban la manera de comprender cómo funcionaba la organización política y bajo qué circunstancias ésta progresaba.[11]

La idea de la historia como estudio del progreso hacia la democracia, reconocía un proceso lineal y universal aplicable en proporciones y en formas distintas a todas las personas. El hecho de asumir la unidad y la universalidad permitía incluir en la historia a grupos muy diversos, pero esto también hacía innecesario que se especificaran sus diferencias. Una figura única y prototípica representaba al sujeto histórico: el hombre blanco y occidental. Para Adams y sus colaboradores, el estudio de la historia era el estudio de la política, es decir, el estudio del "hombre dentro de una sociedad organizada". El propósito de tal estudio era el autoconocimiento, el cual "conduce a la autodeterminación y al autocontrol". Más allá de esto, la enseñanza de la historia tenía consecuencias políticas importantes porque conducía al "autogobierno... el mejor resultado y el más elevado de la experiencia del hombre en sociedad".[12] Al hacer hincapié en estos ejemplos del hombre como sujeto de la historia, no quiero decir que los historiadores como Adams excluyeran a las mujeres de su concepción de la historia, pues no lo hicieron. Más bien absorbieron a las mujeres, las incluyeron en una

concepción generalizada y unificada, representada en la idea del hombre, diferente de ésta pero a la vez siempre subordinada a ella. Lo femenino existía pero era un caso particular; lo masculino, un símbolo universal.

Las consecuencias de tal forma de pensar eran la negación y el reconocimiento de la diferencia. Esto es, negar la diferencia al no querer reconocer que las mujeres (u otros, como los negros y los judíos) podrían tener una experiencia histórica fundamentalmente diferente; y reconocer la diferencia descalificándolas, dando de algún modo un trato igual a quienes son diferentes de la figura universal. Este doble efecto se hacía evidente en la forma en que se había escrito la historia: los hombres blancos (de clase media) eran los sujetos típicos, que actuaban para que las cosas ocurrieran, mientras que las mujeres eran representadas (si acaso de modo absoluto) como devotas y fieles, asegurando la continuidad generacional a través de los eternos papeles reproductivos que estaban fuera de la historia. Asimismo, esto se hacía patente en los arreglos institucionales y organizativos, por ejemplo, en la estructura del liderazgo de la AHA; porque a pesar de sus gestos de inclusividad formal, la AHA daba simplemente por descontado que los miembros que tenían realmente una importancia, así como los propios líderes, fueran hombres blancos. El lenguaje de la universalidad se basaba en, y contenía en su seno, unas diferenciaciones que desembocaban en un trato desigual hacia las mujeres respecto de los hombres.

Adams se afanó para mantener a las mujeres como miembros de la organización, pero siempre quedaba claro que ellas eran mujeres, individuos especiales, diferenciados no por sus logros ni por su formación sino por sus supuestas cualidades naturales y por su vínculo con las mujeres de los *colleges*. Por ejemplo, en las reuniones de la AHA había una reunión anual para los hombres de la Asociación. Las señoras —historiadoras y esposas de historiadores— asistían a una reunión denominada *Té colonial para damas*. Las mujeres protestaron contra esta práctica, pero sus objeciones fueron ignoradas. Lucy Salmon escribió en 1905: "No nos importan los tés donde nos encontramos con una sociedad de mujeres, y desaprobamos las diversiones que separan a los miembros en dos clases, hombres y mujeres".[13] La AHA nunca fue más allá de los gestos simbólicos cuando incluyó a las mujeres en posiciones de liderazgo. Lucy Salmon era la única mujer miembro de los comités especiales (incluyendo eventualmente al Consejo Ejecutivo) en el primer periodo, pero cuando instó a Adams a incluir a otra mujer en el Comité de los Siete (el grupo encargado de la enseñanza de la historia), éste le escribió a un amigo que él "¡era de la opinión que con una mujer ya era sufi-

ciente!"[14] En 1919, cuando Salmon era miembro del consejo, lamentó no haber podido incrementar el número de mujeres en la administración de la AHA:

> No quiero presionar a favor de algunos nombres de mujeres para miembros de ninguno de estos comités; e incluso, como pienso que he escrito mucho más que antes, podría hacerlo pero siento que la Asociación se ha privado, por una ordenanza basada en la autonegación, de los servicios de muchas mujeres de gran valía.[15]

Esta situación, tan evidente desde el principio, siguió siendo la misma en la década de los años sesenta del siglo XX. Arthur Link señaló que en la mayor parte de la historia de la AHA "las mujeres eran despachadas sin contemplaciones de las posiciones de liderazgo y gobierno". Y cita como prueba el hecho de que sólo cinco mujeres habían sido incluidas entre los 96 miembros del Consejo Ejecutivo antes de 1933, y que las mujeres eran representadas en los comités en una proporción de una por nueve hombres, o sea, que estaban subrepresentadas en relación con el número de mujeres miembros de la Asociación.[16]

Aunque en la AHA había momentos buenos y malos para las mujeres, éstos nunca se hicieron patentes en un trato discriminatorio hacia ellas. En las décadas de 1920 y 1930 se incrementó el número de mujeres que obtuvo su doctorado y que pasó a formar parte de los departamentos de historia, sobre todo en los *colleges* femeninos. Aún así, a la vez que el prestigio y el poder de investigación de las universidades aumentó en este periodo, las mujeres sufrieron una marginación progresiva, al verse confinadas en las Facultades de primer ciclo y en las instituciones femeninas.[17] En el seno de la AHA éstas constituían el 19% de sus miembros en 1920, pero no llegaban a 5% de los líderes.[18] El tono que prevalecía era el de un club de una élite masculina, cuya estructura formal y cuyas prácticas sociales informales marginalizaban a las mujeres. Los modelos establecidos siguieron, con pequeñas variaciones, en el periodo de posguerra. Howard K. Beale señalaba en 1953 que "la discriminación contra las mujeres es persistente", y la vinculaba con un amplio conjunto de inclinaciones "contra los negros, los judíos, los católicos, las mujeres y otras personas comunes" que operaba en la profesión de la historia.[19] Los efectos de estas parcialidades, al afectar a las mujeres, fueron sistemáticamente documentados por un comité especial creado en 1970 en respuesta a las demandas de las mujeres historiadoras a favor de un cambio de trato. Estas mujeres argumentaban que el hecho de

reclutar a un gran número de mujeres en el campo de la historia, hecho que se había iniciado desde mediados de la década de los sesenta, no garantizaba de por sí la igualdad; y que debía prestarse una atención explícita a erradicar la discriminación.[20] El informe del comité, conocido como el Informe Rose *(the Rose Report)* (por su presidente Willie Lee Rose), proporcionó abundantes pruebas de la larga historia de la infrarrepresentación sistemática de las mujeres en el seno de la AHA y en el conjunto de la profesión, y recomendó la creación de un comité permanente sobre las historiadoras mujeres, cuyo cometido sería apoyar y supervisar las estadísticas, con el objeto de "asegurar una mayor equidad para las mujeres, como futuras estudiosas y profesoras de historia".[21] La AHA, al nombrar este comité, reconocía formalmente la persistencia de la diferenciación a causa del género y la necesidad de prestarle atención como un problema estructural a largo plazo.

En la historia de las mujeres en la AHA, cabe destacar un momento de excepción con respecto a las otras prácticas excluyentes a nivel de liderazgo. En 1943 se convirtió en presidenta de la asociación una mujer. Y aún así, la elección de Nellie Neilson a la presidencia de la AHA no significó el principio de una nueva era. En vez de eso, su elección indicaba el breve triunfo de lo que parece haber sido una coalición de historiadores progresistas y de feministas organizadas, en el amplio contexto de coaliciones y movilizaciones populares contra el fascismo en la víspera de la entrada de los Estados Unidos en la segunda Guerra Mundial. El nombramiento de Neilson, como segunda vicepresidenta (lo cual la ponía automáticamente en la línea de la presidencia) tuvo lugar en 1940, un año especialmente propicio para atender no sólo a las mujeres sino también a otros grupos que anteriormente se habían dejado de lado. Bajo la presidencia de Merle Curti el programa del comité organizó varias sesiones en torno al tema "El hombre común" *(Common Man)*. Selig Perlman habló de "Las clases sociales en la historia del trabajo en América", Ellen Dubois presidió una comisión acerca de "El negro en la historia de los Estados Unidos", y Mildred Thompson, del Vassar College, presidió una sesión sobre "Las mujeres en la historia"; en el congreso de la AHA la primera sesión se dedicó enteramente a la historia de las mujeres.[22] La atención que se prestaba a la historia de las mujeres y la elección de Neilson fue el resultado de muchos años de presión política de éstas, algunas de las cuales se habían organizado en la Berkshire Conference of Women Historians (Congreso de Historiadoras de Berkshire), fundado en 1929, y otras simplemente actuando a fondo en compromisos

feministas. Y en 1939 ya eran bastante activas porque la presidencia del Comité de Nombramientos señaló en su informe la existencia de un bloque feminista *(feminist block [sic])*.[23] La presión de las mujeres coincidía con la determinación que tenían los progresistas, como Curti y Beale, de practicar la democracia dentro de la Asociación, y afirmaban de forma simbólica y auténtica la conexión de la historia con los procesos democráticos que ellos relataban, en un momento en que en Europa el constitucionalismo y el liberalismo estaban sitiados. El comité era explícito en su objetivo de incluir a las mujeres, y escribió a todos los miembros de la AHA, en mayo de 1940, instándoles a nombrar y votar por las mujeres distinguidas que "no habían tenido el reconocimiento suficiente de parte de los funcionarios de la Asociación".[24]

Sin embargo, la elección de Neilson no constituyó ni marcó una evolución hacia la igualdad de las mujeres en este proceso. El modelo general de subrepresentación persistió incluso bajo su presidencia y, como la guerra llegaba a su fin, incluso se intensificó por el declive del número de mujeres que obtenían su doctorado y un trabajo en el campo de la historia.[25] Además, surgió un nuevo discurso que hacía hincapié en las cualidades masculinas del historiador, asociándolas con la salvaguarda de las tradiciones nacionales y la democracia, con las actividades académicas que evocaban el compromiso renovado con el heroísmo que representaba el esfuerzo de la guerra, a pesar de estar en una época de paz y de guerra fría. En 1951 Allan Nevis, cuando apeló a una mayor valoración de los esfuerzos de los hombres de negocios para construir América, sugirió que los historiadores debían abandonar el idealismo femenino, e hizo el retrato de los hombres de negocios "en sus auténticas proporciones, como constructores con una fuerza indispensable"[26] (El contraste entre idealismo y materialismo, entre sentimentalismo y fuerza se presentaba como un contraste entre lo femenino y lo masculino; y aunque no hablara directamente de las mujeres, tenía unas implicaciones muy claras en cuanto a la conexión de la ideología de la guerra fría con el género en la descripción del historiador típico).

"He presenciado en mi generación cómo se abrían las puertas a las mujeres, y ahora me toca ver cómo empiezan a cerrárselas", escribió Beatrice Hyslop, una historiadora de la Revolución francesa, cuando pensaba jubilarse del Hunter College en 1969.[27] Los comentarios de Hyslop se referían a la década de los años cincuenta y principios de los sesenta, una época que contrastaba con la década de los años treinta, cuando ella realizaba su trabajo de doctorado. Hyslop siguió escribiendo, con ironía, hasta que se inició

una gran transición, pero pasarían todavía muchos años antes de que las mujeres fueran normalmente aceptadas en los puestos de poder en la AHA, y no fue hasta 1987 que una segunda mujer asumió la presidencia.[28]

II

La AHA había aprobado formalmente la inclusividad y empleaba el lenguaje de la universalidad, a pesar de que éste se basaba en las diferencias. Y como representaba al historiador típico y al sujeto histórico típico como hombre (blanco), hizo de las mujeres una excepción muy particular y molesta. Su similitud con el tipo universal no se podía dar por descontada, más bien tenía que demostrarse o probase a partir del comportamiento de cualquier mujer. Así, fueran cuales fueran sus capacidades y formación, las mujeres debían aceptar el total desafío de repudiar las supuestas incapacidades que se utilizaban para atacar a su sexo. Ésta no era una tarea fácil, cualquiera que fuera la estrategia adoptada. Se podían ignorar los sistemas de diferenciación, aceptando sus limitaciones y operando dentro de ellas; pero esto seguía dejando a los sistemas en su lugar y muy a menudo colocaba una pesada carga en la mujer, quien podía atribuir el trato que recibía a sus propias fallas. Se podían atribuir los casos específicos de discriminación a la misoginia individual, y así se evitaba hacer un análisis sistémico. Se podía reconocer la forma en que las diferencias de género conducían a un trato desigual, y condenarlas como violaciones de los principios democráticos individuales o colectivos. Se podía afirmar la diferencia de las mujeres y elevarla a una posición de complementariedad e incluso de superioridad respecto a los hombres. Tanto si se hacía en nombre de la igualdad como en nombre de la diferencia, la acción colectiva de las mujeres podía ser extremadamente eficaz desde una perspectiva política; pero arrastraba con ella el potencial para subrayar el hecho de que las mujeres tenían una identidad aparte, diferente, el potencial de señalar el contraste, en lugar de restarle importancia, entre los historiadores y las mujeres historiadoras.

La historia de las historiadoras profesionales desde 1884 ilustra todas estas estrategias. De hecho, una misma persona ha utilizado combinaciones de las mismas a lo largo de su vida. Resulta interesante examinar en detalle algunas de ellas, porque nos ofrecen otra forma de comprender las operaciones de una profesión como un sistema diferenciado, y así podemos comprender los efectos de tal sistema sobre aquellos individuos que han sido

percibidos como diferentes. Aquí voy a centrarme en estas estrategias que reconocían la existencia de la discriminación y pretendían combatirla; éstas nos capacitan para ver cómo formulaban sus críticas las mujeres historiadoras profesionales en relación a los conceptos históricos que prevalecían en ese momento.[29]

La estrategia de Lucy Salmon consistía en insistir en que las mujeres fueran incluidas en la idea universal de humanidad. Si éste fuera el caso, entonces las prácticas de exclusión de las mujeres entrarían en contradicción con las ideas de universalidad e igualdad y conducirían, como quedó bien claro para la AHA, al desperdicio de las inteligencias disponibles. Salmon creía firmemente en la coeducación (había obtenido su licenciatura y su *master* en la Universidad de Michigan), aunque siempre enseñó en *colleges* de mujeres. Y mientras por un lado aceptaba las limitaciones de su empleo, por el otro, luchaba sin cesar contra los intentos de control del presidente de las vidas de las profesoras mujeres en Vassar.[30] Salmon consideraba que las mujeres no debían recibir un trato diferente del que recibían los hombres. Después de todo, éstas estaban llamadas a ser incluidas en la figura universal del hombre; cualquier otra interpretación era irracional o injusta.

Y era precisamente porque Salmon consideraba que las mujeres formaban parte de la definición de lo humano que emprendió una activa campaña a favor del voto de las mujeres. Para ella el sufragio era una forma de alcanzar la igualdad, de concederles a las mujeres la posibilidad de ser miembros de cuerpo entero en la sociedad. De hecho, la sociedad sería el beneficiario último porque otras personas de mucho talento y capacidad se implicarían formalmente en los asuntos políticos. Cuando ya hubieran ganado, el voto garantizaría la total participación de las mujeres en una variedad de instituciones políticas, en las que sin duda estarían incluidas las asociaciones profesionales.

Salmon basó su argumento en su creencia general (patente en la historia que ella escribía y que sus colegas compartían) de que la historia significa un progreso hacia la democracia y la igualdad. Salmon demostró los prejuicios existentes contra su sexo como un asunto de actitudes individuales, como una reliquia de un pasado menos civilizado que estaba en vías de desaparición, o como el resultado de una insuficiente experiencia, inteligencia o educación. Así, escribió sobre Woodrow Wilson, con quien había estudiado su doctorado en Bryn Mawr, que la vida de éste estaba gobernada por una ambición egoísta y de estrechas miras. Además, a éste no le gustaba la enseñanza y:

> estaba singularmente muy poco dispuesto para enseñar a las mujeres. Por lo que parece, nunca había tenido ninguna de las relaciones normales de la vida con las mujeres, y suponía que las mujeres eran muy diferentes de los hombres, y creo que no hizo nunca ningún esfuerzo para comprenderlas. Siempre había supuesto que las mujeres eran intelectualmente diferentes de los hombres y que, en consecuencia, ellas no tenían ningún interés para él. Estoy casi segura de que nunca creyó (desde el fondo de su corazón) en la educación universitaria para las mujeres. Una vez me dijo que una mujer que hubiera contraído matrimonio con un hombre intelectual y educado, era más educada que una mujer que tuviera una formación universitaria. Todo esto me divertía y nunca quise discutir con él otros aspectos del tema, ni tampoco declarar mis puntos de vista (no hubiera servido de nada hacerlo). Yo sentía que sus opiniones reflejaban una experiencia social y educativa muy limitadas, y ¡esperaba que alguna vez aprendería mejor las cosas![31]

Como muchos de sus contemporáneos, Salmon participó en la vida profesional suponiendo que se le debía un trato igual al que recibían los hombres (aunque reconociera la existencia de la discriminación). Para ella "el progreso va en la dirección de la eliminación, en lugar de la acentuación, de las diferencias entre hombre y mujeres".[32] El biógrafo de Salmon destaca que ésta "desconfía de los movimientos que reconocen la existencia de una especial 'esfera de las mujeres'", y que se niega a reconocerla en sus escritos, en sus actividades políticas y profesionales, y en su conducta personal.[33] Tal reconocimiento sólo serviría para perpetuar la falsa idea de que las diferencias biológicas entre los sexos están en el fondo de las distinciones educativas y profesionales. Los esfuerzos individuales para eliminar los prejuicios eran preferibles, según el punto de vista de Salmon, a la acción colectiva porque tal acción nos llevaría inevitablemente a aceptar la diferencia. "No crea", le escribió Salmon a un colega suyo "que... no me intereso en el trabajo que están haciendo las mujeres; estoy interesada en cualquier trabajo que sea bueno, pero no especialmente porque éste sea hecho por mujeres". Salmon admitía que las mujeres trabajaban bajo condiciones muy poco favorables, pero insistía en que éstas "deben ser eliminadas... por las mujeres afectadas, de forma individual, no colectiva".[34]

Lucy Salmon consiguió destacar profesionalmente durante su vida; eliminó con sus propios criterios los obstáculos que permanecían en el camino de la mujer. Aumentó la participación de las mujeres en los comités de la AHA, además de animar a las estudiantes a convertirse en historiadoras, con

la ayuda de una red de contactos que las apoyaban e informaban. Cuando Salmon falleció, Edward Cheney la elogió como pensadora original e instó a que publicaran su manuscrito inacabado porque "no deberíamos permitir que desaparezca nada de lo que ella ha escrito".[35] Probablemente su obra fuera más seria y profunda que las de muchos de sus colegas masculinos, incluyendo a Herbert Baxter Adams. Y aún así, su nombre desapareció virtualmente de las relaciones de la historia de la profesión, como de esa conmemorativa *Historia (History)* que John Higham publicó en 1965. En efecto, la *Historia* de Higham, un relato de la disciplina desde su institucionalización en 1884, expone los trabajos realizados sobre la diferencia de género y los límites de las estrategias individualizadas para tratar este tema. No sólo está ausente Salmon de estas páginas dedicadas a los principales historiadores de América, también faltan virtualmente todas las mujeres (y los negros). Ninguno de los trabajos de las mujeres están incluidos en las listas de los debates historiográficos; Mary Beard aparece en dos notas a pie de página como la autora de un libro acerca de su marido, y como coautora, junto a él, del libro que se atribuye en el texto a su marido; y la presidencia de Nellie Nelson tampoco es tan reconocida, ni siquiera de pasada.[36] La invisibilidad de las mujeres en este libro no es el resultado de su ausencia de los rangos de los historiadores en ejercicio, ni de los miembros activos de la AHA; su invisibilidad deriva directamente del supuesto de que la figura universal masculina (hombre blanco y anglosajón) puede ser utilizada para tipificar al sujeto histórico, y que quienes sean diferentes de ésta son insignificantes y menos importantes, porque esta figura los representa y a la vez los excluye. El hecho de insistir, como hizo Salmon, en la irrelevancia de la diferencia del género frente a esta forma de pensar, equivalía a atacar los efectos pero no el origen de las diferenciaciones ni de las exclusiones ni de la discriminación.

Otro conjunto de estrategias implicaba las reformas explícitas de la exclusión institucional de las mujeres, que unas veces realizaban los individuos, y otras, los grupos organizados colectivamente. Estos surgieron con mayor fuerza en las décadas de 1920 y 1930, un periodo de ferviente nacionalismo, dentro de la disciplina de la historia.[37] Había cátedras para las mujeres en el campo de la investigación universitaria, en un intento de rectificar la ausencia virtual de mujeres profesoras en estos feudos masculinos. George Herbert Palmer, siguiendo probablemente a su esposa, Alice Freeman, dio dinero para crear una cátedra de tiempo completo para una mujer, en el Departamento de Historia de la Universidad de Michigan. De

igual modo, Florence Porter Robinson, contratada para enseñar Economía doméstica en Beloit College a pesar de tener su doctorado en historia, dejó su herencia a la Universidad de Wisconsin para el establecimiento de una cátedra de Historia de las mujeres. En ambos casos, los donantes estipulaban unos salarios y unos términos de contratación idénticos a los de los hombres.[38]

La cuestión de los puestos universitarios para mujeres también la tomó en consideración el Congreso de Berkshire (Berkshire Conference), una organización fundada en 1929 por profesoras de *colleges* de mujeres de la Costa Este, que deseaba que "las historiadoras que ejercen su profesión aisladamente puedan reunirse más a menudo para intercambiar ideas". Un grupo de mujeres que regresaba en tren de una reunión de la AHA habló de la posibilidad de crear "un gran sentido de camaradería en nuestro oficio". Según los datos recogidos por Louise Loomis, se trataba de ofrecer oportunidades de encontrarse informalmente para poder discutir y tener "contactos sociales" entre ellas.[39] También existía cierto resentimiento contra la nueva práctica de los historiadores masculinos que consistía en aumentar los congresos informales que excluían explícitamente a las mujeres. El grupo de Berkshire reconocía implícitamente que tenían algo en común por el hecho de ser mujeres. Aunque ellas insistieran en que no eran un grupo de presión, en realidad formaban un grupo de intereses y ejercían presión en nombre de las mujeres de la AHA.

Desde la primera reunión discutieron sobre las formas de mejorar la situación de las mujeres historiadoras. Empezaron por un plan que establecía un programa de intercambio de profesores, así las mujeres podían tener experiencias variadas fuera de los límites de sus propias instituciones. Este plan nunca se llevó a cabo, debido a las consecuencias de la depresión económica y por existir otros asuntos más apremiantes. En la década de 1930, frente a la discriminación informal —la preferencia masculina en la contratación en los *colleges*, por ejemplo— y a las leyes claramente discriminatorias contra las mujeres casadas, que habían promulgado el Estado y las legislaturas federales, el Congreso de Berkshire apuntó hacia "una perspectiva profesional para las mujeres", y examinó unos modelos de contratación, rangos y tabuladores salariales comparables para hombres y mujeres.[40] Parece que Emily Hickman, del New Jersey College para mujeres, fue la más directa e imaginativa de sus líderes. En un mítin sugirió que la Asociación Americana de Universidades de Mujeres (AAUW) hiciera "un estudio estadístico de las posibilidades de las mujeres en el mundo académico". También pensaba que

"las biografías de las mujeres eminentes" deberían publicarse "con la intención de desmentir los rumores según los cuales ninguna de ellas es adecuada para la presidencia de un *college*". Y dirigió la atención del grupo hacia la inclusión de las mujeres en las posiciones de poder en la AHA, mandando postulación tras postulación, presionando a hombres comprensivos e instándoles a apoyar a las recién postuladas.[41]

El Congreso de Berkshire representó un esfuerzo organizado para mejorar la situación de las mujeres historiadoras, aunque tuviera lugar en los confines de la Costa Este. Las mujeres de otras regiones, actuando con un sentido de compromiso hacia la causa feminista —unas veces apiñadas en los *colleges* de mujeres, otras aisladas en instituciones de coeducación— también organizaron campañas para colocar en los puestos de poder a las mujeres. Un ejemplo es Mary Williams, una historiadora especializada en historia de Latinoamérica, que había obtenido su doctorado en Stanford, en 1914. Williams enseñó durante algún tiempo en Wellesley y luego en Goucher College; en 1933 empezó a moverse en la política (el año en que Louise Phelps Kellogg —miembro de una de las redes informales de mujeres— actuó en el Comité de Nombramientos)[42] para el nombramiento de Nellie Neilson a la presidencia de la asociación.[43] La historia detallada de estos esfuerzos sumamente políticos todavía no se ha escrito, pero una simple ojeada ya nos apunta la existencia de un esfuerzo autoconsciente, generalizado y determinado de parte de las mujeres para desafiar las desigualdades que vivían a causa de su sexo.[44] A diferencia de Lucy Salmon, estas mujeres abogaban por, y emprendieron, la acción colectiva para desafiar las estructuras de diferenciación en el interior de la profesión que habían elegido.

El fermento general de la década de 1930 contribuyó claramente a las acciones que ellas emprendieron. No sólo eran los grupos de interés una parte visible de la vida social y política durante el Nuevo Trato *(New Deal)*; éstos retenían cada vez más la atención de los historiadores. John Higham calificó a la "nueva historia" que adquirió prominencia en la década de 1930 de "historia progresista". Esta se centraba en los conflictos entre diferentes secciones y grupos económicos; "más que unidad, ponía énfasis en la diversidad".[45] El relato de la herencia americana contado por historiadores progresistas era el de una protesta social, el de la organización de movimientos que lucharon en nombre de los menos privilegiados para obtener mejoras y cambios. La idea de que existía un sujeto humano universal no desapareció; en efecto, el llamamiento por la igualdad se hacía en nombre de los derechos humanos inalienables. No había ningún cambio respecto a la creencia

optimista de que el relato de la historia era el relato del progreso hacia la democracia política (ahora también democracia social). Sin embargo, el relato era cada vez más complicado por el juego entre los grupos de interés que competían entre sí.

En este contexto, las mujeres se habían identificado como un grupo de interés. Sus intereses no provenían de alguna necesidad inherente o de su identidad, sino de la experiencia de la discriminación externa que les había sido impuesta: el hecho de compartir un trato negativo las constituía en un grupo. Éstas argumentaban que se había apelado a diferencias biológicas irrelevantes para negarles puestos de trabajo, puestos de liderazgo y poder; e insistían en que la capacidad intelectual y la competencia profesional no tenía nada que ver con el sexo. Y aun así, si debían combatirse los efectos incapacitadores de la diferenciación, era necesaria la acción colectiva de las mujeres, como mujeres. La cuestión era incluir a las mujeres en cualquier sector considerado humano, para insistir en la androginia, puesto que lo era, del hombre universal.

Las mujeres no sólo hicieron presión sobre sus intereses como miembros de la profesión de la historia, también recogieron informaciones de los archivos y unas pocas escribieron historias de mujeres. La creación de nuevos conocimientos acerca de las mujeres en el pasado tenía muchos objetivos, el principal de los cuales consistía simplemente en establecer el hecho de que las mujeres eran, como decía el libro de Mary Beard en su título, "una fuerza en la historia".[46] Se ponía énfasis en la contribución positiva de las mujeres en la construcción de las sociedades y las culturas, en el desafío a la supuesta pasividad o irrelevancia de las mujeres y, por consiguiente, a su invisibilidad en el registro histórico. Casi por definición, la visibilidad conferiría humanidad, haría que fueran evidentes los términos en los cuales la igualdad debería practicarse.

Las feministas de las décadas de 1920 y 1930 apelaron a los principios democráticos y a la creencia en la universalidad literal del hombre para justificar su derecho a participar plenamente en la profesión. Ellas suponían que sus intereses eran los de todos los historiadores, y que sólo los prejuicios impedían que las mujeres pudieran cumplirlos. En un sentido, no había nada en la representación masculina del sujeto histórico que impidiera que las mujeres se identificaran con él; ellas pensaron en sí mismas como sujetos viables y capaces de llevar a cabo un cambio. Sin embargo, conseguir la igualdad era más difícil que pedirla u organizar su consecución, al menos en parte porque el hombre era menos susceptible a la pluralización

de lo que en realidad parecía. Las declaraciones a favor de la universalidad se basaban en un contraste implícito con la diferencia y la particularidad; por más que el hombre fuera universal, la simple existencia de la mujer demostraba la especificidad de ésta. Así había sido repetidas veces en la AHA, a pesar de las presiones, organizadas y vigorosas de las feministas.

Beatrice Hyslop reflexionaba sobre las frustraciones que causaba esta situación, en los siguientes términos:

> ... pero, allá donde una mujer tenga la capacidad para convertirse en una historiadora importante, ¿por qué debería haber discriminación por el solo hecho de ser mujer? Una mujer joven que empieza su carrera desea tener una oportunidad igual, para demostrar su talento y competir por una recompensa. Las mujeres historiadoras piden la misma igualdad de oportunidades. Demasiadas veces ni tan siquiera se les ha dado una oportunidad... ¿Acaso hay algo en la historia... que excluya la capacidad profesional?[47]

Hyslop pensaba que no, pero a mí me gustaría apuntar que había algo: la diferenciación por razón de sexo era implícita a nivel abstracto, pero no dejaba de ser una diferenciación de género, ya que partía del concepto de hombre como sujeto humano representativo. Mientras los actores históricos y los historiadores siguieran estando representados por él, a las mujeres les resultaría difícil conseguir la igualdad a la que creían tener derecho.

III

En la década de 1970 las mujeres historiadoras llevaron a cabo otra estrategia colectiva. El nuevo enfoque, a pesar de tener como objetivo conseguir la igualdad de condiciones para mujeres y hombres, ponía énfasis en la diferencia de una manera que resultó incómoda, cuando no inaceptable, para algunas feministas de antes. Con el objeto de atender a los intereses de las mujeres como profesionales, la organización de las camarillas de las mujeres, la publicación de periódicos separados y la escritura de la historia de las mujeres, todo ello corrió el riesgo de validar, aunque fuera de forma inadvertida, la diferencia de las mujeres respecto a los hombres.

El nuevo énfasis en la diferencia se configuró en el contexto nacional que habían generado las políticas gubernamentales de acción afirmativa, las cuales permitieron la manifestación y legitimización de aquellos grupos que se

habían organizado en torno a unos intereses, los grupos de mujeres, de negros y otros. Para las feministas, la creación de comisiones estatales y nacionales sobre el estatus de las mujeres, debida al presidente John F. Kennedy en 1961, puso en movimiento algunos procesos que desembocaron, entre otras cosas, en la creación de la Organización Nacional de Mujeres (National Organization of Women) en 1966.[48] En el interior de la AHA, el Comité Coordinador de las Mujeres en la Profesión Histórica (CCWHP) surgió en 1969 para ser el portavoz explícito de los intereses de las mujeres.[49] Las presiones que éste ejerció condujeron a la formación del Comité de la AHA que cuestionó el Informe Rose en 1970. Este informe abrió una nueva era para la participación de las mujeres en la AHA: después de 1970, los modelos de exclusión empezaron a derrumbarse, las mujeres eran propuestas para los comités clave, eran elegidas para integrar el consejo, y provocaron efectos significativos en las políticas de la asociación, además de ser guías ejemplares en los departamentos de historia, por la justicia que mostraron en los procesos de contratación y como profesores numerarios, por ejemplo.[50]

El Comité Permanente de Mujeres Historiadoras (CWH), creado después del Informe Rose, era el motor de estos cambios (los cuales no eran necesariamente permanentes). Este Comité tuvo enormes repercusiones prácticas y simbólicas. No sólo designó a las mujeres como sector electoral aparte, con un abogado a su servicio; también les permitió el acceso a las deliberaciones políticas de alto nivel.

La CWH admitió que las diferencias de género eran utilizadas para diferenciar y, por consiguiente, para discriminar a las historiadoras, y quiso cambiar esta situación; y al mismo tiempo fomentó una identidad colectiva aparte para las historiadoras. Las mujeres, por fin, tenían una presencia indiscutible como grupo definido como diferente, y obtuvieron importantes concesiones gracias a esta presencia visible. En efecto, la visibilidad permitió identificar las operaciones negativas de la diferenciación y, en consecuencia, contratacar la discriminación; también capacitó a las mujeres para realizar, como historiadoras, acciones políticas positivas. La dificultad se presentó al querer establecer los términos de la identidad. ¿Se podía invertir simplemente la valencia, aceptando las diferencias que ya se habían asignado a las mujeres, pero evaluándolas positivamente? ¿Se debían sustituir otros rasgos femeninos unificados? ¿O se debían definir los intereses comunes como un rechazo de los términos de la diferencia que habían impuesto los otros? Si debía hacerse esto último ¿en nombre de qué podría ser rechazada la diferencia? ¿En nombre de la humanidad? ¿Acaso esto no nos haría regresar a las

cuestiones del hombre, a la relación siempre problemática de las mujeres con esta representación?

Estas preguntas (a las que no se había respondido en absoluto) eran planteadas incluso más extremadamente por otro aspecto de la política feminista en la década de 1970: el surgimiento de la historia de las mujeres como un importante campo en la investigación universitaria. La presencia visible, organizada, de las mujeres, hizo posible su aparición como sujetos históricos junto con una reconceptualización general de la misma historia. La nueva visión de la historia, que empezó a hacerse realidad desde principios de los años sesenta, representó un desafío respecto a las ideas anteriores. Según la explicación de Higham, a la nueva historia le preocupaba "la tendencia que tienen las estructuras estables de venirse abajo" y "la desastrosa erosión de toda autoridad institucional".[51] La nueva historia apartó la vista de la política formal para focalizarse en varias áreas de la experiencia humana: la vida laboral, la familia y la sexualidad. Asimismo, cuestionó la única línea narrativa de la historia como progreso hacia la democracia, y la eventual validez que suponía el hecho de representar a la humanidad en términos unitarios. Los historiadores escribieron libros acerca de los conflictos y las luchas, de los modos cambiantes de dominación, de jerarquía social y resistencia. En este proceso, introdujeron una pluralidad de actores históricos, cuyos puntos de vista especiales y relatos diferentes debían ser contados porque sus contenidos y su resultado no eran el mismo que los del típico hombre blanco. En efecto, estas típicas figuras habían sido anteriormente particularizadas como un único grupo entre muchos. El Renacimiento no había representado "un renacimiento para las mujeres"; el Descubrimiento de América se convirtió, en parte, en el relato de la eliminación de los indios; el Destino Manifiesto *(Manifest Destiny)* se presentó como una justificación ideológica para la expansión imperialista; y la esclavitud no se convirtió en "una institución peculiar" sino en un capítulo más del relato del racismo americano.[52] Los diferentes relatos de las mujeres, los negros, los pobres y los colonizados no podían reducirse a una única línea narrativa sobre el hombre americano. Pero ¿cómo podía contarse su historia?

En su mayoría, las historias de estos diferentes grupos se habían escrito como narrativas aparte, junto a lo que se denominaba la historia dominante o en oposición a ésta. La historia de las mujeres se convirtió en un campo aparte dentro de la disciplina, generando una nueva erudición prodigiosa acerca de las vidas y experiencias de las mujeres del pasado. El nuevo conocimiento demostró lo que se negaba implícitamente en las explicaciones

anteriores, esto es, que las mujeres eran actores significantes, y que la historia de sus vidas arrojaba luz no sólo en los ámbitos de la existencia humana que hasta ahora no se habían estudiado, sino también en aquellos procesos de cambio mejor estudiados, como la industrialización y la urbanización. Al mismo tiempo, el nuevo conocimiento se proyectaba en términos de afirmación de las diferencias y de separación de las mujeres, creando un contraste implícito con el mundo del hombre o de los hombres ya conocidos en la historia: éstos tenían una cultura aparte, ideas distintas sobre el significado del trabajo o la familia, formas literarias o artísticas identificables, y formas femeninas de conciencia política.[53] La documentación acerca de este mundo de las mujeres podía convertirse en una finalidad en sí misma; se pensaba que con sólo establecer su existencia ya era un desafío suficiente a la corriente dominante. Los historiadores creían saber lo que era la categoría "mujeres" y empleaban poco tiempo para investigar todo lo que se producía sobre ésta; en vez de eso, lo que hacían era atribuir los aspectos negativos al patriarcado o a la dominación masculina, y los aspectos positivos a la resistencia o a la mediación de las mujeres, sin analizar en ninguno de los casos cómo adquirían las mujeres un significado social y político en contextos particulares.[54] Este tipo de historia de las mujeres aportaba pruebas de la existencia de lo que podría denominarse, y que ya se suponía que era, una esfera femenina separada. Los historiadores, por el mismo hecho de haber convertido en visibles a las mujeres, habían marcado también su diferencia. Esto podía representar un desafío para la narrativa oficial *a la vez* que la confirmación de ésta; un desafío porque desestabilizaba la especificidad de ésta, y una confirmación porque los diferentes relatos eran tan diferentes que eran inconsecuentes, triviales y paralelos pero no importantes para la historia oficial de la democracia americana.

Ambos efectos son evidentes en la práctica profesional común. Por un lado, hay historiadores como Carl Degler que reconocen la necesidad de un nuevo concepto de la historia. Éste escribe:

> Lo que ha significado la historia o el pasado tendrá que cambiarse antes (la historia de las mujeres), se ha convertido en una parte de esto... puesto que el pasado convencional no sólo era concebido (¿o inventado?) por los hombres, sino que incluye casi por definición sólo aquellas actividades en las que los hombres se han comprometido, mientras que las actividades históricas de las mujeres han sido ignoradas casi por completo... Ahora el desafío es volver a pensar nuestra

concepción del pasado que enseñamos y sobre el cual escribimos para que las mujeres... estén incluidas en él.[55]

Por el otro, la mayoría de departamentos de historia rechaza el desafío de Degler y trata la historia de las mujeres como un campo de estudio separado, y contratan a quienes han escrito sobre mineros o ferrocarrileros para los puestos de historia social del siglo XIX o XX, pero rechazan por estar en el campo de especialidad equivocado a quienes han escrito sobre costureras o sobre operarias textiles (mujeres). La explicación común que dan es que "ya tenemos a un historiador de mujeres". Para estos historiadores el tema de las mujeres es, por definición, un tema particularizado que permanece fuera de los campos tradicionalmente establecidos. Lo que está en juego es el rechazo a reconocer la particularidad y la especificidad de los hombres, una consecuencia inevitable de la caída del hombre universal. Frente a este rechazo, que evocan la tradición, el legado de la civilización y el retorno de la narrativa en su nombre, el hecho de integrar a las mujeres en la historia, incluyéndolas en el concepto de humanidad al lado de los hombres, es una tarea impresionante.

Las diversas estrategias de las mujeres historiadoras han fracasado en la cuestión de la diferencia como fenómeno conceptual y estructural. Cómo reconocer y rechazar los términos de la discriminación, cómo actuar colectivamente en nombre de las mujeres sin confirmar por ello la realidad de una esfera femenina separada; estos dilemas han sido persistentes y nunca se han resuelto por completo. En efecto, los debates sobre cómo resolverlos ocupan un lugar central en las discusiones teóricas comunes entre historiadoras feministas y otros. Las preguntas que plantea la historia de las mujeres son las mismas que plantea la acción colectiva de las mujeres en la profesión de la historia: ¿acaso la narrativa histórica —la gran historia de la civilización occidental o de la democracia americana— puede mantener el carácter plural de su temática? ¿podemos concebir una idea de humanidad que no esté encarnada, o sea, construida en términos de género? ¿podemos expander el concepto de lo humano hasta incluir distintas manifestaciones del mismo? No podemos hacerlo fácilmente o, como mínimo, todavía no. El ideal de la democracia, entendido como la extensión de los derechos (o del acceso) al mayor número de gente posible se confunde con la historia de la continua desigualdad de diferentes grupos. El pluralismo como teoría de la inclusión democrática ignora el problema del poder y las formas en que la diferencia establece e institucionaliza los diversos significados del poder.

Ha sido imposible pedir la igualdad sin reconocer de algún modo la diferencia; pero insistir demasiado en la diferencia (como indicaba Lucy Salmon) socava las demandas de igualdad. Este rompecabezas no es el resultado de estrategias defectuosas de parte de quienes buscan un trato igual, sino de la incapacidad de algunas teorías del liberalismo de tomar en cuenta la diferencia, aunque ésta defina la igualdad.[56]

Creo que la solución al dilema de la igualdad-diferencia se encuentra en otra direccón, en el análisis crítico de las categorías que normalmente damos por sentadas: historia, mujeres, hombres, igualdad, diferencia, y los términos de la propia teoría política. En vez de dar por supuesto que conocemos el significado de estos términos, deberíamos analizar cómo se han desarrollado y utilizado en contextos históricos específicos, como productos de una cultura, una política y una época determinadas. No podemos escribir sobre las mujeres en la historia a menos que queramos albergar la idea de que la historia como un relato unificado era una ficción sobre un sujeto universal, cuya universalidad era adquirida mediante procesos implícitos de diferenciación, marginación y exclusión. En otras palabras, el hombre nunca ha sido una figura verdaderamente universal. Han sido los procesos de exclusión que se han llevado a cabo a través de la diferenciación los que han establecido la plausible universalidad del hombre, la cual debe constituir el foco principal de una historia diferente, más crítica (sólo así empezaremos a hacerla). Un aspecto de estos procesos implicaba la definición del término "mujeres", la atribución de características, rasgos y papeles en contraste con los "hombres". La diferencia que los historiadores documentaron en muchas de las historias de mujeres era producida por estos procesos; aquélla no surgía de ninguna cualidad esencial o inherente al sexo femenino. Por consiguiente, la "experiencia de las mujeres" o la "cultura de las mujeres" existe sólo como la expresión de la particularidad femenina, en contraste con la universalidad masculina; cada uno de estos conceptos manifiesta una determinada visión de la vida social. Otro aspecto de estos procesos de diferenciación implicaba el constante reajuste de la relación entre igualdad y diferencia. La igualdad no ha sido nunca una práctica absoluta, más bien representa la suspensión, de ciertos propósitos y en determinados contextos, de las exclusiones obligatorias contra algunas diferencias; históricamente, algunas diferencias han tenido más importancia que otras en determinados momentos. En consecuencia, para los propósitos de acceso a la profesión de la historia, las diferencias de sexo se descartaban formalmente; mientras que para los propósitos de liderazgo y asignación de poder

en el seno de la AHA, las diferencias de sexo se tomaban en cuenta. Parece que el género ha sido una forma importante de establecer jerarquías que luego se explicaban en términos de diferencia, aunque la definición y el uso del término hayan variado, como así lo demuestran las historiadoras profesionales de la historia de las mujeres.

El problema de la diferencia complica el relato de la democratización cuando éste se presenta como una historia de accesibilidad, porque sugiere que las desigualdades persisten incluso si se eliminan las barreras físicas. Dicho problema también exige que prestemos atención a las relaciones de poder en el seno de aquellas organizaciones supuestamente homogéneas, y nos indica que éstas están relacionadas no sólo con distinciones sociológicas relativas a los practicantes, sino con auténticas concepciones de conocimiento producidas en el seno de una disciplina o profesión, y amparadas por éstas. Esto no significa que el acceso y los conceptos de diferencia sean cuestiones distintas, ya que existe una clara conexión entre ellas: las líneas de inclusión y exclusión se dibujan en términos de diferencia, al ser jerarquías internas, y los términos empleados son a menudo similares, cuando no los mismos. Además, parece provechoso distinguir diferentes tipos de diferenciación, en lugar de fundir tales cuestiones, como la accesibilidad y la jerarquía interna, incluso cuando ambas impliquen trazar fronteras según el sexo. Estos procesos intrínsecamente relacionados tienen una historia que debe ser referida con precisión. La exactitud del enfoque y un análisis detallado nos permitirá apreciar más profundamente el grado de variedad y de persistencia de las interconexiones entre el género y la política de una disciplina como la historia.

X. ALGUNAS REFLEXIONES ADICIONALES SOBRE GÉNERO Y POLÍTICA*

EN LOS últimos 10 años, la investigación universitaria sobre género y política ha sido tan prolífica y trascendente que es imposible resumirla o sintetizarla en su totalidad. En lugar de eso, he tomado la opción de examinar unas cuantas premisas subyacentes a algunos de estos estudios, con una mirada dispuesta a provocar una evaluación crítica, o al menos una revisión y una reconceptualización de los términos más empleados en nuestros análisis.

LA DISTINCIÓN SEXO/GÉNERO: "AUNQUE RESULTE ÚTIL EN UN PRINCIPIO, EN REALIDAD CASI NUNCA SE APLICA"

En el *American Heritage Dictionary of the English Language* (3a. ed., 1992), la definición de "género" es la siguiente:

> En primer lugar el término género se ha empleado tradicionalmente para referirse a las categorías gramaticales de lo "masculino", lo "femenino" y lo "neutro"; pero en años recientes esta palabra se ha estabilizado en cuanto a su uso para referirse a las categorías basadas en el sexo, como en frases del tipo *gender gap* (vacío de género) y *the politics of gender* (la política del género). Tal empleo se apoya en las prácticas de muchos antropólogos que reservan el término *sexo* para referirse a las categorías sociales o culturales. De acuerdo con esta norma, podríamos decir: *"parece que la eficacia de la medicación depende del sexo del paciente (no del género)"*, pero también *"en las sociedades campesinas, los roles que están determinados por el género (no por el sexo) probablemente deban definirse de forma mucho más clara"*. Aunque esta distinción resulte útil en un principio, en realidad casi no se aplica y, además, se la emplea de formas muy variadas en todos los niveles" (p. 754).

* Una versión algo diferente de este artículo apareció en Myra Marx Ferree, Judith Lorber y Beth B. Hess (eds.), *Revisioning Gender*, Sage Publications, Thousand Oaks, Calif., 1999.

La última frase es crucial en la medida en que nos recuerda la futilidad del hecho de insistir en usos lingüísticos más precisos así como la dificultad que las feministas han tenido a la hora de separar las denominaciones sociales de sus referentes físicos. No importa con cuánto tesón las teóricas del feminismo se dedicaron a pulir el término "género" (depurándolo de todas las connotaciones naturales y elevando, al mismo tiempo, su estatus, a la categoría de constructo social), porque de cualquier modo no fueron capaces de prevenir la corrupción del mismo. En una conversación común y corriente, "sexo" y "género" pueden emplearse como sinónimos y como términos opuestos; en realidad, algunas veces parece que "género" no sea más que un cortés eufemismo de "sexo". Y a juzgar por el número de libros y artículos universitarios que utilizan "género" y "mujeres" como si fueran sinónimos, los académicos no tienen más razón que el público en general en mantener la distinción entre lo físico y lo social (entre la naturaleza y la cultura, el cuerpo y la mente) algo que pretendían lograr con la introducción del término "género".

Aunque de manera constante se hayan llevado a cabo esfuerzos progresivos para encauzar la confusión que existe en torno a la definición de este término (desde llamamientos en favor de un control más estricto hasta sugerencias sobre la necesidad de no utilizarlo en absoluto) no creo que ésta sea la mejor forma de abordar el asunto (Bock, 1989; Hawkesworth, 1997; Nicholson, 1986, 1994-1995). Más bien creo que necesitamos interpretar la tendencia a fusionar sexo y género como sintomática de ciertos problemas permanentes (Sedgwick, 1990).[1] Uno de ellos es la dificultad de representar los cuerpos como artefactos sociales completos, dentro de los términos de la oposición entre naturaleza y cultura. Mientras los dos ámbitos sigan concibiéndose como antitéticos, no podrá darse una explicación adecuada de los cuerpos (y del sexo) desde el único punto de vista de la construcción social. El género no substituirá al sexo en las discusiones sobre la diferencia sexual; por el contrario, el término género se referirá siempre al sexo como al último eslabón de su significado. Cuando el sexo reside dentro del género de esta forma, no hay nada que pueda impedir que se identifique a su ser con (o como) el mismo género. Entonces, lo que parecería ser una confusión conceptual y terminológica, en realidad no es más que una fiel representación de la ausencia de una distinción clara entre los dos términos.

La aparente claridad de la distinción entre sexo y género oscurece el hecho de que tanto el uno como el otro son formas de conocimiento. Cuando utilizamos la oposición "natural" frente a "construido" perpetuamos la idea

de que existe una naturaleza transparente que podemos llegar a conocer de algún modo aparte del conocimiento que podamos producir acerca de ella (Haraway, 1991). Pero en realidad, tanto la "naturaleza" como el "sexo" son conceptos con una historia (Butler, 1993), que están unidos a través del lenguaje y sus significados han cambiado a lo largo del tiempo y a través de las culturas. Cuando la oposición sexo/género descuida el peso del lenguaje en la construcción de la naturaleza, entonces lo que hace es reforzar el estatus natural (prelingüístico, ahistórico) del sexo, exactamente lo mismo que se proponía destacar con la introducción del término "género" (Adams, 1979). El empalme entre la fusión de sexo y género, en su uso común, quizá pueda considerarse como la corrección del error que colocaría al sexo fuera del lenguaje; pero en lugar de esto, parece que quienes emplean los términos indistintamente estén diciendo que tanto el "sexo" como el "género" son atribuciones de significado, formas variables de diferenciación de los cuerpos en los ámbitos, si bien diferentes, de lo físico y lo social. Si este fuera el caso ¿de qué sirve insistir en la distinción entre sexo y género?

Otra razón por la cual ha resultado difícil mantener una distinción clara entre sexo y género ha sido el impulso universalizador tanto del feminismo (movimiento político surgido en occidente en la época de las revoluciones democráticas del siglo XVIII) como de las ciencias sociales (cuyos orígenes son casi contemporáneos con los del feminismo). Los impulsos universalizantes del feminismo y de las ciencias sociales generaron una visión fundamentalmente homogénea de las mujeres a través de las épocas y las culturas, al tomar como transparente por sí misma la diferencia fundamental de las "mujeres" respecto de los "hombres" (Riley, 1988). Incluso cuando las diferencias culturales o nacionales son reconocidas por todos, éstas se presentan como fenómenos secundarios, como tantas variaciones sobre un tema universal en el cual el género siempre significa lo mismo, esto es, una relación asimétrica, acaso antagonista, entre las mujeres y los hombres, la cual establece las funciones de cada uno dentro de unos espacios y unas actividades por separado. Pero si el género —el hecho invariable de la diferencia sexual— es universal, a fin de cuentas ¿qué es lo que puede explicar, aparte de la biología, su universalidad? Si el término género es un sinónimo de las formas sociales que se han impuesto sobre las diferencias existentes entre las mujeres y los hombres, entonces la naturaleza (cuerpos, sexo) pasa a ser el factor que determina la diferencia. Si el estudio sobre las mujeres conduce sistemáticamente al análisis de género, entonces la investigación

tiene un sustento esencialista: la presencia física de las mujeres significa que está en vigor un sistema de diferencia —que ya nos resulta conocido— (Yanagisako y Collier, 1987). Cuando el género supone la existencia previa de la diferencia sexual, en realidad se está fundamentando libremente sobre ésta, de modo que es imposible afirmar unas distinciones conceptuales claras entre sexo y género.

Puede que no sea necesario mantener tales distinciones, y que resulte más provechoso aceptar la falta de precisión que han reconocido los editores del *American Heritage Dictionary*. Si los términos "género" y "sexo" están destinados a ser conceptos —formas de conocimiento— es porque están íntimamente relacionados, acaso de tal forma que no se les puede distinguir. Si ambos son formas de conocimiento, luego el género no está destinado a reflejar el sexo ni a imponerse por encima de éste; en este caso el sexo se convierte en un efecto del género. El género, las normas sociales que intentan organizar las relaciones de los hombres y las mujeres en las sociedades, produce el conocimiento que tenemos sobre el sexo y sobre la diferencia sexual (en nuestra cultura equiparando al sexo con la naturaleza). Ambos términos, sexo y género, son expresiones de determinadas creencias acerca de la diferencia sexual; más que descripciones transparentes o reflejos de la naturaleza son, en realidad, organizaciones de la percepción (Keates, 1992). En el entendido de que el sexo, el género y la diferencia sexual sean *efectos* producidos discursiva e históricamente, entonces no podremos tomarlos como los puntos de arranque de nuestra problemática. Es más conveniente que nos hagamos las siguientes preguntas: ¿cómo se refieren las leyes, las normas y las disposiciones institucionales a las diferencias entre los sexos y cómo las toman en cuenta a nivel práctico?, ¿en qué términos?; ¿cómo han organizado las diferentes sociedades las relaciones de género?; ¿en qué términos se ha articulado la diferencia sexual?; ¿cómo han producido conocimientos los discursos médico y jurídico —el discurso del paciente y el del ciudadano, por ejemplo—, conocimientos destinados a reflejar la verdad acerca de la naturaleza de las mujeres y los hombres? (Foucault, 1980; Laqueur, 1990); ¿cuál ha sido la conexión entre género y política?; ¿se ha apelado a la diferencia sexual de formas diferentes en movimientos político-sociales de distintos tipos?; ¿cómo y en qué términos?; ¿cuál es la naturaleza del llamamiento?; ¿qué clase de valores psíquicos son los que se invocan y/o producen en la organización social de las diferencias entre los sexos?; ¿qué vínculo específico articula la diferencia sexual a otros tipos de diferencia (raza, clase, etnicidad, etcétera)?

Para abordar estas preguntas es necesario hacer lecturas específicas acerca de instancias particulares; no dan por sentado que el género sea siempre la fuerza conductora de la política. Por el contrario, tales cuestiones consideran la posibilidad de que exista cierta relación, o ninguna, entre el género y la política; y tampoco presuponen la existencia de un significado invariable para el género en sí mismo. En vez de eso, consideran que el género es un fenómeno psíquico-social complejo y cambiante. Además, las lecturas deben guiarse por la teoría o las teorías, es decir, por el intento de detectar alguna lógica (o lógicas) que sustente las variadas manifestaciones del comportamiento humano. La teoría nunca ha estado ausente de la investigación feminista; los debates entre marxistas, estructuralistas, posestructuralistas y quienes se basan en el psicoanálisis han avivado este campo durante las décadas pasadas, creando tensiones productivas incluso en medio de intercambios airados. Uno de los efectos de esta actividad ha sido la urgencia con que se han complicado los análisis en los términos que sugería Gayle Rubin en su artículo de 1975 "El tráfico en el caso de las mujeres": "Con el tiempo alguien tendrá que escribir una nueva versión de *Los orígenes de la familia, la propiedad privada y el Estado* (de Friedrich Engels) y reconocer la mutua interdependencia de la sexualidad, la economía y la política sin menospreciar la total significación de cada una de ellas en la sociedad humana" (Rubin, 1975, p. 145).

El tipo de síntesis por el cual aboga Rubin nos exige que reflexionemos sobre la sexualidad en los mismos términos que empleamos para pensar sobre economía y política, esto es, como en una actividad humana compleja más que como un simple reflejo o como la realización de un acto físico. La teorización acerca de la sexualidad humana ha sido el feudo del psicoanálisis durante este siglo. Sigmund Freud escribió: "Es esencial entender claramente que los conceptos de 'masculino' y 'femenino', cuyo significado parece hoy en día tan claro para la gente común, se encuentran entre los más confusos del campo científico". "En los seres humanos", prosiguió, "no se encuentra la masculinidad o la feminidad en estado puro, tampoco en un sentido psicológico ni biológico. Al contrario, cada individuo presenta una combinación de rasgos pertenecientes a su propio sexo y al sexo opuesto, así como también manifiesta una mezcla de actividad y pasividad; en todo caso estos últimos rasgos se ajustan con sus propios rasgos biológicos" (Freud, 1905, pp. 125-172). Para Freud, la autoidentificación de una persona como macho o hembra es un proceso cultural, físico y psicológico complejo, que gira en torno al mito de la castración. El psicoanalista francés Jacques Lacan fue más lejos

al insistir en que "hombre" y "mujer" no eran descripciones biológicas sino significantes de posiciones simbólicas asumidas por los sujetos humanos (Lacan, 1977). Y tanto para Freud como para Lacan, la identidad sexual no fue nunca estable, no se estableció nunca por completo; ésta solamente se consolidó a través de su realización repetitiva (en la necesaria relación con los otros).

Para Freud, fue la función represiva de la civilización la que, en nombre de la reproducción de las especies, dirigió las energías sexuales difusas hacia una patología monogámica, heterosexual ("El requerimiento... según el cual debe haber un tipo simple de relación sexual para cada uno, pasa por alto las disimilitudes, innatas o adquiridas, en la constitución sexual de los seres humanos; y separa a un considerable número de ellos del gozo sexual, de modo que esto se convierte en la fuente de una seria injusticia" (Freud, 1930, p. 104). Así pues, la diferencia entre los sexos es un logro social (el precio de la civilización), aunque no en el sentido que implica la oposición entre género y sexo (cultura y naturaleza). Lo cultural no es una operación planeada, impuesta racionalmente sobre los cuerpos físicos y luego internalizada por los sujetos. Desde una perspectiva psicoanalítica, lo psicológico, lo social y lo físico no existen independientemente uno de otro; por el contrario, están inextricablemente imbricados, constituidos en procesos psíquicos, y a través de procesos psíquicos están vinculados de forma privilegiada con el inconsciente.

La mayor contribución de Freud al estudio de la psique humana (y a través de ella al estudio de la producción de la diferencia sexual) fue la teoría sobre el inconsciente. De acuerdo con Freud, el inconsciente contiene los instintos reprimidos y los deseos subsecuentes a éstos. Aunque no sea directamente accesible a la conciencia, no obstante el inconsciente tiene una influencia discernible en las acciones humanas. Los deseos inconscientes se expresan en las minucias del lenguaje, en los chistes, los sueños y las fantasías; tales expresiones adquieren una forma simbólica, son condensaciones y desplazamientos del sentido, en ningún caso representaciones directas, y como tal deben ser interpretados. Las fantasías expresan los deseos inconscientes, realizan su cumplimiento (y las complicadas consecuencias de tal cumplimiento); además, inspiran la memoria, reconstruyendo y volviendo a moldear imaginativamente el pasado.

Por el hecho de que la fantasía configure las representaciones, las acciones y las memorias, es un componente del comportamiento humano de crucial importancia; y por el hecho de que ésta ofrece explicaciones generales acerca del origen de los seres humanos y de las características definitorias

de la sexualidad y la diferencia sexual, la fantasía no es sólo un componente de la vida psíquica de los individuos. Ésta forma parte de la estructura mítica de la cultura occidental. L. Laplanche y J. B. Pontalis definen como fantasías primarias u originales aquellas que "se vinculan con los problemas del origen común a todos los seres humanos: el origen del individuo (escena primitiva), de la sexualidad (seducción), de la diferencia entre los sexos (castración)" (Laplanche y Pontalis, 1968, p. 19).

Estas historias acerca del origen no se limitan a la sexualidad como si ésta fuera una esfera separada de la existencia humana. La fantasía se desparrama por todos los aspectos de la vida: en las culturas patriarcales la masculinidad no sólo está representada por la posesión de un pene y por la paternidad sino, dependiendo de la época y del lugar, por los estatus de soldado, propietario-arrendatario, científico y ciudadano, de los cuales las mujeres resultan necesariamente excluidas, ya que si se las incluyera equivaldría a reconocer que el sexo biológico, por un lado, y la identificación subjetiva respecto a las posiciones simbólicas masculina o femenina, por el otro, no son lo mismo. La imaginación humana (impulsada al menos en parte por el deseo inconsciente) se burla de los límites que los científicos sociales quisieran establecer: el ámbito de la economía no es nunca simple cuando se trata de satisfacer las necesidades básicas; y el de la política no trata nunca tan sólo de huelgas entre actores racionalmente motivados, autointeresados. Estos campos también se declinan por proyecciones ilusorias que movilizan los deseos individuales dentro de las identificaciones colectivas. Es en este sentido que Freud sugiere que la fantasía tiene una importancia crucial en la política. En su ensayo "Fetichismo" establece un vínculo explícito entre la ansiedad debida a la castración y al temor político. Después de sugerir que la visión de los genitales de su madre aterroriza al niño joven, que entonces reacciona negando que su madre no tenga un pene, Freud prosigue:

> Porque si una mujer había sido castrada, entonces el hecho de poseer un pene lo ponía en peligro; y contra esto emergió en rebelión la parte de su narcisismo que la naturaleza, por precaución, había asignado a este órgano en particular. En edad más avanzada, un hombre maduro quizá pueda experimentar un pánico similar ante el grito que pone en peligro el trono y el altar están en peligro, a lo cual seguirán consecuencias igualmente ilógicas (Freud, 1927, p. 153).

Aunque este ejemplo parece estar en relación con el desarrollo del sentido de la diferencia sexual de un individuo niño, Freud lo extiende a la expe-

riencia política colectiva. Tal como ha sugerido Neil Hertz, este caso implica que las amenazas políticas pueden ser experimentadas como amenazas sexuales, y viceversa (1983). Hertz señala que unas cuantas generaciones de historiadores representaron las revoluciones francesas de los siglos XVIII y XIX como arpías y medusas, "las furias del infierno, mediante una configuración abusiva de las mayores bajezas de las mujeres", en palabras del conservador inglés Edmund Burke (Hertz, 1983, p. 27). Según la lectura de Hertz, una revuelta social se entendía como la pérdida de aquello que los hombres tenían de más precioso: la propiedad, el poder, el nivel social, el prestigio familiar, la integridad física. Y en este discurso político conservador la masculinidad se asociaba con la elevación del *estatus quo*; la protección del orden significaba proteger al trono y al altar, y los límites de la diferencia sexual. Los significados están inextricablemente relacionados: los fantasmas (en este caso el temor de perder el falo) alimentan los significados de propiedad y familia; las realidades del poder económico y social se convierten en soportes del falo simbólico. Así, la fantasía tiene manifestaciones tangibles, resultados materiales.

No existe una solución para resolver la ambigüedad de las relaciones entre la imaginación y la realidad. Tal como Freud argumenta en otra parte (1909, pp. 206-208), no existe ninguna garantía de que la memoria (un "complicado proceso de remodelación") refiera literalmente por partes la realidad objetiva que hayamos vivido externamente; no hay forma de evadirse del hecho de que la fantasía sea una forma de realidad en sí misma (de realidad psíquica) y de que ésta se encuentre fuertemente enredada con la percepción. La percepción de la diferencia sexual está simultáneamente limitada por las normas de la civilización y animada por fantasías inconscientes que superan todos los límites. Aquélla desafía cualquier separación nítida entre las categorías de "sexo" y "género" que pudiera destruir —al establecer dos series de oposiciones fijas: naturaleza frente a cultura y hombres frente a mujeres— las formas en que el inconsciente rechaza las oposiciones, sean del tipo que sean. "Lo que nosotros denominamos nuestro 'inconsciente' —el estrato más profundo de nuestras mentes, constituido por los impulsos instintivos— no conoce nada que sea negativo, ni tampoco ninguna negación; en él coinciden los contrarios" (Freud, 1915, p. 296).

Así pues, me gustaría argumentar que la distinción entre sexo y género, que las feministas utilizaron para extender el campo de observación del sexo y la sexualidad desde la esfera física hasta la social y cultural, en realidad tuvo un efecto más limitado. Esto no sólo separó lo físico de lo social

(permitiendo un estatus natural en el proceso), sino que también eliminó toda la ambigüedad que la fantasía otorgaba a las identidades subjetivas como hombre y mujer, y a las formas en que el cuerpo materializa la psique (Shepherdson, 1999). Entonces, estudiar las políticas del género se convirtió en un asunto de rastreo de la legislación e inculcación de roles (la organización definitiva del macho y la hembra en hombre y mujer), en lugar de documentar un proyecto cuya imposibilidad real (crear una oposición hombre-mujer que fuera estable y resistente) definiera los términos de sus operaciones. Tales tipos de análisis de los roles del género y de la política de su producción fueron benéficos para los propósitos de las ciencias humanas, tal como lo describe críticamente Michel Foucault: éstas se empeñaron en negar las operaciones del inconsciente, creando a un hombre como sujeto racional, y asentando la "soberanía de su conciencia", esas cualidades auténticas que lo habían "esquivado sin cesar durante más de 100 años" (Foucault, 1972, p. 14). En otras palabras, estos análisis eran un aspecto de la creación ideológica del hombre como ser racional a parte entera y de la política como actividad propia de agentes completamente racionales.

No obstante, insistir en que la construcción de la diferencia sexual pone en juego procesos inconscientes no significa que el psicoanálisis sea la única teoría que podamos utilizar. En realidad, el tipo de análisis histórico del género que estoy sugiriendo es rechazado a menudo por los teóricos del psicoanálisis que conciben la diferencia sexual como algo fijo e inmutable, como el punto desde el cual emana la historia o por el cual los sujetos entran en la historia. Pero me parece que si respondemos al llamamiento de Rubin a favor de una teorización acerca de la interdependencia existente entre lo económico, lo político y lo sexual, entonces no podemos ignorar las operaciones de la fantasía en aquellos campos que antes se limitaban únicamente a cuestiones de necesidad, interés personal, razón y poder. ¿Qué significaría todo esto, concretamente, para el estudio del género, entendido como la articulación y la producción de conocimiento acerca de las diferencias entre los sexos?

En primer lugar, esto significaría descartar la idea (inherente a la noción de género como categoría) de que existe algo fijo o conocido de antemano en cuanto a los términos "hombres" y "mujeres" y a la relación entre ellos. ("No se puede tomar a la mujer como un sustantivo transparente para un objeto eterno", Adams y Minson, 1978, p. 82). Las nuevas preguntas que debemos hacernos son las siguientes: ¿cómo se utilizan estos términos en los contextos particulares en que se les invoca? ¿Qué es lo que está en juego en

los intentos por reforzar los límites entre los sexos? ¿Qué clases de diferencias se están aplicando?

En segundo lugar, "hombres" y "mujeres" son ideales establecidos para regular y canalizar los comportamientos, no son descripciones empíricas de gente real, que siempre se quedarán cortos para cumplir los ideales. ¿Cómo ofrecen las instituciones políticas y sociales la posibilidad (la ilusión o fantasía) de cumplir los ideales? ¿Cómo se consolidan las identidades sexuales y/o cómo actúan mediante la identificación con varias posiciones u ocupaciones sociales? (Reynolds, 1996; Roberts, 1994). A la inversa, ¿cómo se han consolidado las relaciones de poder mediante los llamamientos a la diferencia sexual? ¿Cómo se representan los llamamientos al deseo inconsciente en las articulaciones del poder? ¿Acaso existe una erótica del poder?

En tercer lugar, existen discrepancias, y aún contradicciones, en las normas culturales y los roles sociales que articulan la diferencia entre los sexos (incluso si la diferencia sexual por sí sola es un tema recurrente). Esto significa que hay que hacer lecturas para entender la especificidad de algunos significados, en vez de presuponer que todos los aspectos y esferas de la vida social son uniformes. Y también significa renunciar a las evaluaciones simples sobre la posición de las mujeres en términos de progreso y retroceso, en lugar de limitar estas caracterizaciones a campos específicos como el mercado de trabajo o las leyes. ¿En qué esferas de la vida es importante el cumplimiento de las normas relativas a los roles sexuales? ¿En qué esferas goza de una consideración irrelevante la diferencia sexual? ¿Cuáles son las contradicciones manifiestas? ¿Cómo se expresan, regulan, remedian y reprimen? ¿Cómo han influenciado los cambios acaecidos en una esfera a los cambios en otra? ¿Acaso el voto de las mujeres ha significado un incremento de las oportunidades de trabajo o un cambio en las prácticas de galantería?

Estas cuestiones nos empujan a realizar unos análisis distintos de aquellos que intentaban evaluar o bien el impacto de algunos regímenes o políticas particulares sobre las mujeres (¿había mejorado o se había deteriorado la condición de las mujeres con la Revolución francesa?), o el efecto emancipador que habría tenido el voto, o bien el incremento de la participación de las mujeres en la fuerza de trabajo. Tales cuestiones no suponen la existencia duradera de una colectividad homogénea denominada "mujeres" sobre la cual se imponen experiencias medibles. Los análisis que proponemos más bien cuestionan el surgimiento de la misma categoría "mujeres" como un acontecimiento histórico o político, cuyas circunstancias y efectos consti-

tuyen el objeto de nuestro análisis. A menos que el feminismo se defina como un proyecto dedicado a registrar medidas, este enfoque me parece que encaja dentro de la esfera de visión de los intereses feministas. En vez de volver a inscribir los términos de la diferencia (el sexo) naturalizándolos, sobre los cuales se han construido los sistemas de diferenciación y discriminación (el género), el análisis que proponemos empieza en un punto anterior del proceso, preguntándose cómo la diferencia sexual se ha enunciado ella misma como principio y práctica de la organización social.

EL GÉNERO Y LA POLÍTICA O LA FORMACIÓN DE FANTASÍAS

La relación entre la política y el género a menudo se ha concebido en términos de sistemas independientes o de procesos que interactúan el uno con el otro. La movilización política es un hecho (nacionalismo, luchas de clase, solidaridad étnica o religiosa) como lo son la transformación política (revolución, reforma legal, democratización) y el género (los roles normativos asignados a los hombres y a las mujeres, los constructos sociales de la realidad biológica), y la cuestión que nos planteamos es la siguiente: ¿cómo afecta el uno a la otra? Las recientes investigaciones académicas sugieren que esta forma de plantear el problema oscurece la interdependencia de los dos sistemas o procesos. Las características que marcan las diferencias entre los sexos (lo que interesa y lo que no en nuestra constitución física y psíquica) no existen aparte, sino que son producidas a través de las teorías y prácticas de la política, entendida ésta no sólo como la movilización de la fuerza para lograr un determinado objetivo, sino también como la capacidad de apelar a la fantasía. ("La política sin la fantasía", sin la manipulación de las formas inconscientes del goce, "es una ilusión", escribe la filósofa eslovena Renata Salecl, 1990, p. 52).

Un enfoque feminista del estudio de las revoluciones sociales y políticas del siglo XVIII al XX se dedicó a afirmar que la exclusión de las mujeres de la ciudadanía era un hecho discriminatorio (Nelson y Chowdhury, 1994). La negación de la ciudadanía colocaba a las mujeres en desventaja, a ojos de la ley, respecto a los hombres, privándolas del influyente rol público que gozaban algunas élites de mujeres bajo los regímenes prerrevolucionarios (Landes, 1988). La conclusión de muchos de estos estudios hace eco con el ahora famoso comentario de la historiadora Joan Kelly sobre el Renaci-

miento. Ésta dice que es muy probable que haya existido un Renacimiento en el siglo XVI, pero que según la mayoría de las medidas de progreso que se han aplicado hasta el momento, éste no representó un renacimiento para las mujeres (Kelly-Gadol, 1977). De igual modo, se ha señalado que las mujeres no gozaron, como ciudadanas, de los beneficios de la democracia en 1776 ni en 1789 (aunque esto no las impidiera comprometerse en la acción política). Y aunque, más tarde, las revoluciones socialistas trajeran consigo el reconocimiento de los derechos formales de las mujeres, éstas no acabaron con las jerarquías basadas en el sexo ni se tradujeron en una genuina igualdad entre los sexos. En otras palabras, el impacto de los principales cataclismos revolucionarios sobre las mujeres no ha sido progresivo (Boxer y Quataert, 1978).[2]

Tales desafíos a las simples narrativas del progreso resultaron provechosos en la medida en que propiciaron un debate sobre las demandas universalistas de algunos movimientos democráticos y socialistas (Taylor, 1983); además, también insistieron en la complejidad de la acción política de las mujeres y documentaron las múltiples formas que ésta adquirió (Kerber, 1980, 1997; Norton, 1980, 1996). Sin embargo, no tenían la costumbre de plantearse los términos de la diferencia sexual en sí misma; el término "género" significa toda una serie de categorías preestablecidas, de carácter opuesto, macho y hembra, y el término "política" altera, o bien perpetúa, las relaciones entre las mujeres y los hombres. La pregunta acerca de cómo la política ha constituido la diferencia sexual no se ha planteado directamente (cómo se ha consolidado la masculinidad, por decirlo de alguna manera, atribuyendo sus características antitéticas a la feminidad, y en qué términos).

Con todo, en los momentos cruciales de articulación de una política democrática se han presentado argumentos sobre los términos que estaban siendo empleados para marcar una distinción entre los sexos, así como sobre la importancia de no utilizar ninguna oposición hombre/mujer. Tomemos el caso de la ciudadanía en la Revolución francesa. Los revolucionarios, que según ellos mismos decían, estaban inspirados por Rousseau, proclamaban que las mujeres no podían ser ciudadanas a causa de su diferencia con los hombres: éstas eran seres dependientes, carecían de razón y autonomía, eran más aptas para la domesticidad y la crianza de los hijos e incapaces de emprender las acciones creativas que requería la autorrepresentación (Zerilli, 1994). Algunos hombres revolucionarios, como el marqués de Condorcet, discrepaban de esto e insistían en que cualesquiera diferencias físicas eran

consideraciones irrelevantes para la política. "¿Por qué no debería permitírseles ejercitar, a quienes están sujetas a embarazos y otras molestias pasajeras, los derechos que nadie imagina que puedan negárseles a quienes padecen de gota en invierno o atrapan enseguida un catarro?" (Condorcet, 1790, p. 98). Y la feminista Olympe de Gouges dirigió un llamado a los legisladores para que "miraran, buscaran y distinguieran, si pueden, los sexos en la administración de la naturaleza. En todas partes los encontrarán mezclados (o confundidos el uno con el otro, *confondus*)" (De Gouges, 1791, p. 89). La decisión política que asociaba la ciudadanía con la virilidad (ambos son términos sugerentes) introdujo la diferencia sexual allá donde no existía y donde no debería existir. En la esfera de la política las mujeres se convirtieron en seres visibles por su diferencia sólo cuando estaban atrancadas en el territorio propio de su sexo. Entonces la diferencia sexual era el efecto, no la causa, de la exclusión de las mujeres. Ver la diferencia sexual como la causa equivale a aceptar la explicación natural que daban los revolucionarios para justificar sus acciones. "¿Desde cuándo está permitido renunciar a su sexo y entrometerse en los asuntos del gobierno?" preguntó el político jacobino Chaumette en respuesta a una petición de las mujeres a favor de los derechos políticos. "¿Desde cuándo es decente ver cómo las mujeres abandonan el cuidado piadoso de sus hogares y las cunas de sus hijos para acudir a los lugares públicos, a las arengas en las galerías, a la barra del Senado? ¿Acaso la naturaleza confió a los hombres los cuidados domésticos? ¿Nos dotó de pechos para amamantar a nuestros hijos?" (Chaumette, 1793, p. 220).

¿Cómo podemos explicarnos pues la exclusión de las mujeres del ejercicio de lo que se anunciaba como los derechos humanos universales? Algunas sugerencias que se han presentado sobre el tema de la representación han señalado que los revolucionarios marcaron un contraste entre los estilos aristocráticos "femeninos" de lo artificioso y lo ilusorio, con los estilos "masculinos" burgueses de la objetividad y la racionalidad. El ataque a la aristocracia iba de par con el repudio de las influencias femeninas en la esfera pública. Tal interpretación concluye que en el curso de la revolución a las mujeres y a los aristócratas se les negaron los derechos de autorrepresentación por razones similares (Landes, 1988). Otros apelaron a la discusión freudiana del complejo de Edipo para caracterizar la Revolución francesa como una revuelta colectiva de los hijos contra el poder de sus padres (el rey). En esta interpretación, el denominador común que aseguraba la fraternidad democrática estaba fijado por la posesión y el intercambio de

mujeres (Hunt, 1992). Y aún otra interpretación identifica las formas en que se empleaban las ideas acerca del cuerpo (de los cuerpos realmente marcados) para reconfigurar imaginativamente las ideas del espacio público (Outram, 1989). Otra versión defiende que la introducción de la idea de igualdad formal a través de la figura del individuo abstracto planteaba un nuevo problema para la organización social y la identidad individual. Cuando se suponía que la jerarquía era la forma natural de la sociedad, los roles sociales y las identidades subjetivas coincidían; uno había nacido en un determinado lugar, que era su lugar. La idea de igualdad entre individuos autónomos hizo surgir la cuestión de la identidad de una nueva forma. "Sólo cuando se percibía a la gente como igual desde un punto de vista formal, la diferencia sexual como tal se convertía en algo concebible" (Salecl, 1994, p. 117) (Sonenscher, 1987, p. 10). Los individuos estaban llamados a ser autónomos, y aún su identidad dependía del reconocimiento de los otros. Sin la confirmación exterior, sin el sentido de la separación del otro u otros, la individualidad no tiene unos límites definidos, en consecuencia, carece de una existencia distintiva (Warner, 1992). Pero la igualdad entre individuos significaba que cada cual era independiente de los otros. ¿Cómo reconciliar la aparente contradicción entre dependencia e independencia? Los revolucionarios pusieron en práctica muchas soluciones: hicieron distinciones entre ciudadanos activos y pasivos, entre aquéllos que eran económica y socialmente dependientes e independientes, y entre las mujeres y los hombres. El hecho de redefinir las normas patriarcales existentes en términos de una diferencia sexual basada en la biología, mantuvo la ficción de una individualidad autónoma que era, a la vez, universal y masculina. Los "otros", cuyo reconocimiento confirmaba la individualidad de los hombres, no eran considerados como individuos, eran simplemente mujeres (Scott, 1996). Es en este punto que entramos en el registro de la fantasía: la autonomía y la independencia, el poder de autorrepresentación y la posesión de los derechos eran considerados como funciones fálicas, atribuidos a quienes tenían un pene biológico. Y el nacimiento de la nación (la plasmación del contrato social en la vida) demostró el potencial generativo del falo: la política era un trabajo de hombres a parte entera (Cornell, 1991).

Otro ejemplo de las interconexiones entre política y diferencia sexual proviene de la Polonia contemporánea. Ahí, comenta la socióloga Peggy Watson (1993), la llegada de la democratización y la transición del comunismo al capitalismo liberal han estado marcadas por una "ascensión de lo

masculino" en la esfera de la sociedad civil. Los llamamientos a favor de las diferencias tradicionales o naturales entre los sexos se han utilizado para rescindir los derechos que las mujeres apreciaban como algo rutinario bajo el estado socialista. La democracia está siendo aclamada como un retorno a la normalidad en las relaciones de género; en este sentido la desigualdad social y la diferencia sexual acaban reforzándose mutuamente. Bajo el estado socialista, señala Watson:

> el vacío de la sociedad civil y de la propiedad privada tuvo un significado ambivalente para las relaciones de género. Por un lado, las restricciones en el campo de la acción pública autónoma... acarrearon la nivelación sustancial de las relaciones entre mujeres y hombres. Esta dimensión de igualdad era reforzada además por la codificación de los derechos legales de las mujeres, que se basaban en la premisa de la contratación a tiempo completo. Por otro lado, la ausencia de la sociedad civil fomentaba también una organización neo-tradicional de la sociedad, uno de cuyos aspectos consistía en la valorización y el atrincheramiento en las definiciones tradicionales del término género. El efecto combinado de estas dos series de influencias es el responsable del hecho de que en la Europa oriental las ideas tan profundamente enraizadas sobre la diferencia sexual vayan, a menudo, de la mano con la falta de un sentido auténtico de la desigualdad de género (Watson, 1993, p. 71).

Watson añade que en la actual remodelación política, la sociedad civil se ha convertido en el terreno de la acción de los hombres, mientras que la esfera privada de la familia y del hogar (en otros tiempos el centro de resistencia de una esfera pública sinónimo de un estado autoritario) ha quedado limitada a los asuntos domésticos de las mujeres.

El empoderamiento político de los hombres no reside en las proclamas de una experiencia superior (las mujeres eran miembros destacados del gobierno bajo los antiguos regímenes), en sus competencias o calificaciones (las oportunidades educativas también se habían garantizado a ambos sexos bajo el comunismo) sino más bien en la diferencia sexual. Un oficial polaco lo dijo en estos términos: "Es imposible hablar de discriminación hacia las mujeres. La naturaleza les otorgó un papel diferente del que reservó para los hombres. El ideal debe seguir siendo el de mujer-madre, para la cual la capacidad de dar a luz es una bendición" (Watson, 1993, p. 73). El ataque al derecho al aborto, que en Polonia no se puede separar de la influencia política de la Iglesia católica, es un ejemplo del

intento explícito por llevar a cabo este ideal. "¡Nacionalizaremos esos vientres!", proclamó un miembro del Senado polaco (Watson, 1993, p. 73). La cuestión no reside simplemente en tener una política para la población (liberando a las familias de la coerción del Estado) o en una reducción del nivel económico (eliminar a las mujeres de la fuerza de trabajo para que así no tengan que competir con los hombres) o en la reafirmación de una creencia religiosa profundamente sentida. Se trata más bien de evocar una asociación ilusoria entre el poder del Estado, el acceso desigual a la distribución de sus recursos y el carácter masculino de sus representantes. Recordemos un viejo eslógan feminista en un nuevo contexto: lo personal (en el sentido de los procesos inconscientes y conscientes, profundamente sentidos) es lo político (en el sentido de unas relaciones de poder estructuradas), y lo político, lo personal.

¿La presencia de las mujeres requiere siempre un análisis de género?

Uno de los efectos importantes del activismo feminista y la investigación académica ha sido el que han señalado las formas en que categorías supuestamente neutras eran, en realidad, categorías sexuadas. En consecuencia, el individuo abstracto y la fundación de la democracia liberal se han revelado masculinos (Elshtain, 1981; Fauré, 1991; Pateman, 1988); se ha demostrado que algunas declaraciones sobre los derechos humanos se limitaban, en sus intenciones y práctica, a los hombres (Reynolds, 1986; Okin, 1979); algunas profesiones y actividades (notablemente en el campo científico) se han vuelto a presentar como masculinas (Keller, 1985; Rossiter, 1982, 1995; Glazer y Slater, 1987); y la denominación "obrero" *(worker)* ha resultado referirse a la capacidad productiva y a la competencia de los hombres, incluso aunque muy raras veces conlleve la calificación explícita que tiene "mujer obrera" (Phillips y Taylor, 1980; Scott, 1993). Precisamente, ha sido al volver explícitas las premisas implícitas sobre el sexo y la diferencia sexual que las feministas hicieron que los académicos y los gestores políticos fueran conscientes de la inequidad que padecían muchas mujeres. Ya se tratara de denunciar la mentira de una revolución republicana que había prometido la igualdad y en vez de ello había negado la ciudadanía a las mujeres, o de hacer visible la barrera translúcida del "techo de cristal" (Comisión Federal del Techo de Cristal, 1995) (Federal Glass Ceiling

Commission, 1995), el caso es que las feministas nos permitieron ver cómo las divisiones entre mujeres y hombres habían configurado las medidas sociales y políticas de las sociedades, a la vez que habían sido configuradas por éstas.

Para el proyecto feminista ha sido importante exhibir las formas en que esta clasificación aparentemente neutra ha ocultado la exclusión de las mujeres. El feminismo ha identificado las sutiles y variadas formas en que ha operado la discriminación a lo largo de la historia, y ha consolidado la identidad de las mujeres como un componente político (de aquellos que han vivido y, quizá, también han resistido a la discriminación) en el presente y el pasado. De este modo, las feministas han encontrado modelos ejemplares de comportamiento; han establecido tradiciones dentro de las cuales se han proyectado a sí mismas. Sin embargo, la designación de "mujeres" como categoría intrínsecamente política ha tendido, algunas veces, a fusionar la apariencia de las mujeres en las variadas multitudes políticas con la existencia de una conciencia femenina colectiva que podría analizarse en términos de género, es decir, como el resultado o el reflejo del trato vivido por ellas como mujeres (Ortner, 1996; Rosaldo, 1980; Tsing, 1990; Young, 1994). Podemos argumentar que la aparición de las mujeres en las filas de quienes protestan contradice la presunción de que la feminidad excluye el activismo público, y algo muy distinto suponer que su presencia ejemplifica una conciencia peculiarmente "de mujeres". La presencia de las mujeres entre las multitudes que se dirigían a Versalles para llevar a Luis XVI de regreso a París durante la Revolución francesa, era motivada por asuntos económicos relacionados con el efecto del alza de los precios en las familias pobres, y por los temores acerca de la dirección política que estaba tomando la Revolución. Aunque el género estaba en juego (en la composición de la multitud y en las explicaciones sobre ésta),[3] la conciencia feminista no lo estaba. En contraste, la demanda que formulaban las mujeres a favor del reconocimiento del estatus de ciudadanas activas con derecho a voto, era la expresión de un interés específico de las mujeres como grupo.

La cuestión clave es que la presencia física de las mujeres no siempre es una señal firme de que las mujeres formen una categoría política separada, de que hayan sido movilizadas como mujeres. Además, algunos estudios que intentan atribuir motivos peculiarmente femeninos o propios de las mujeres integrantes de los movimientos sociales presuponen exactamente esto. La proyección de un interés separado por parte de las mujeres dentro

de una situación donde éste no es operativo, naturaliza a las "mujeres" puesto que su interés sirve para establecer el contexto político de la acción de la multitud y los términos de su movilización.

En el centro mismo de los argumentos que la socióloga checa Hana Havelkova formula sobre la evolución de su país desde 1989, hallamos la insistencia en la necesidad de ser muy precisos para elegir el análisis de género que resulte más apropiado. Ésta, al pretender explicar los malentendidos entre las feministas de la Europa occidental y oriental, nos advierte del riesgo de suponer, a ciegas, que los problemas que enfrentan las mujeres deban definirse únicamente en términos de intereses de mujeres. El hecho de optar por el ejemplo de la prostitución para ilustrar su argumento resulta especialmente provocativo puesto que se refiere al comercio sexual, la explotación de los cuerpos de las mujeres. Con todo, Havelkova insiste en que al examinar la situación de la República Checa, surgen otras cuestiones primordiales además del género:

> La prostitución... se concentra en su mayoría alrededor de la frontera checo-germana, (y) a primera vista se la considera como un problema debido a la brusca apertura de la frontera y a la desproporción entre la moneda checa y la germana. Los aduaneros son alemanes, las prostitutas checas. Éstas dicen que en una noche ganan más que sus madres en un mes de salario en la fábrica. Así, este problema hay que enmarcarlo dentro del problema más amplio de la relativa posición económica del país (Havelkova, 1997, p. 57).

Havelkova nos sugiere con este ejemplo que el género es una consideración menor en el análisis económico y político. La prostitución es un indicador, entre muchos, del relativo empobrecimiento económico que asimismo ha afectado a los hombres (también en el nivel de sus cuerpos, que han padecido hambre, estrés y una elevada mortalidad). La protesta, en caso de que surja, y las iniciativas políticas, cuando éstas se pongan en práctica, dirigirán (positivamente, así lo da a entender Havelkova) no sólo las jerarquías sexuales, sino también las económicas, en términos geopolíticos de interés nacional. Los ciudadanos están experimentando como checos (respecto a la hegemonía germana) y no por separado, como hombres y mujeres, los caprichos del capitalismo de mercado. Si bien, en mi opinión, Havelkova separa innecesariamente las cuestiones de género y clase, pienso no obstante que da mucha importancia a un aspecto, al insistir en que a pesar de que el trato diferenciado que reciben las mujeres con

respecto a los hombres revista múltiples formas, esto no ha dado lugar al tipo de conciencia que las feministas occidentales esperaban. Las mujeres han participado durante mucho tiempo en la fuerza de trabajo checa y están acostumbradas a afrontar problemas de forma estratégica. Además, "un efecto de la experiencia totalitaria es que ambos, mujeres y hombres, piensan en términos políticos más que en términos psicológicos. Por un lado, esto conduce a un menor grado de sensibilidad en cuanto a las cuestiones de género, pero por el otro, hace que las mujeres se sientan políticamente iguales". Havelkova concluye que los resultados de esto no deben subestimarse en un futuro. "Cuando las mujeres... empiecen a ver la importancia política de la diferencia de género, entonces lo más probable es que la vean en el contexto de otras realidades políticas y en proporción con éstas" (Havelkova, 1997, p. 59).

Havelkova, al reclamar nuestra atención sobre la especificidad de la situación checa, rechaza separar los factores estructurales de lo que es la percepción subjetiva. Si bien en su ensayo se refiere a las "mujeres" como una categoría social, lo hace con la finalidad de discutir las interpretaciones de las feministas occidentales; pero al mismo tiempo niega que exista un "interés de las mujeres" que las vincule inevitablemente a éstas. En vez de eso, en su pensamiento, la enunciación del "interés de las mujeres" indica el surgimiento de una identidad política de éstas por separado, cuyos términos están en relación con la forma en que la diferencia sexual se ha articulado en un contexto histórico específico. Parece que Havelkova tiene alguna duda sobre el tipo de movimiento feminista que surgirá —dada la aparición de crecidas desigualdades de género en los campos de la política y de la fuerza de trabajo (un signo evidente de que se están dibujando las líneas de la diferencia sexual) y dado el marco internacional (promovido por las Naciones Unidas), que desde la Conferencia de Beijing de 1995, ha hecho un llamado a favor de los derechos humanos universales para las mujeres—. Pero la insistencia de Havelkova acerca de que las percepciones de desigualdad se configuran discursivamente en contextos históricos, significa que no debemos interpretar el surgimiento de este feminismo como una señal del advenimiento de las mujeres a cierta conciencia predeterminada —a un estado ya vivido, ya conocido por los habitantes de los países occidentales "avanzados". Por el contrario, debemos interpretarlo como que "existe una historia del feminismo en la República Checa que necesita ser comprendida en sus propios términos y en su relación cambiante respecto al feminismo occidental" (Havelkova, 1997, p. 61).

El tema de los derechos

Desde la Ilustración hasta la Conferencia de Beijing, la cuestión de los derechos humanos universales ha tenido importantes repercusiones para las feministas *(Human Rights Watch, 1995)*. La idea de que todos los individuos estaban (según palabras de la Declaración de Independencia Americana) "dotados de algunos derechos inalienables por el Creador" permitía a hombres y mujeres imaginar sociedades donde reinara una perfecta igualdad y movilizarse colectivamente para hacerlas realidad.

Aunque los reclamos de derechos han sustentado las protestas feministas —fueron la base de las campañas de sufragio en el pasado, y ahora ofrecen algo similar a un denominador común para los movimientos de mujeres alrededor del mundo— no ha habido unanimidad acerca de la sabiduría de tales demandas. Hay quienes han argumentado (haciéndose eco de los interminables debates entre socialistas y liberales) que los derechos formales enmascaran los antagonismos sociales, que el prestar atención a los derechos impide prestar atención a las desigualdades de clase, género y raza (Gibson-Graham, 1996). "La igualdad entre hombres y mujeres, o incluso entre mujeres en diferentes circunstancias, puede ser injusta", escribe la educadora y activista política sudafricana Mamphela Ramphele. "Necesitamos plantearnos la problemática de la igualdad y desarrollar un marco igualitario que nos permita, a nosotros y a nuestras diversas sociedades, gestionar de forma equitativa las necesidades de la gente —hombres y mujeres— guardando en mente el efecto diferenciado que tienen la raza, la clase, la edad y otras limitaciones en las relaciones de poder" (Ramphele, 1997, p. 36). Otros han respondido que sin los derechos formales, no se puede prestar atención a las cuestiones sustanciales; por lo menos en las sociedades democráticas, la representación de las necesidades e intereses de los grupos sociales depende del acceso de los individuos al poder político. Cuando la militante francesa Hubertine Auclert estaba haciendo campaña en favor del voto en 1881, escribió: "hasta que las mujeres no tengan el poder de intervenir en la defensa de sus propios intereses, dondequiera que estén comprometidas, ningún cambio en la condición política o económica de la sociedad mejorará su condición" (Auclert, 1881). Y aun otras han insistido en que las demandas en favor de los derechos procedentes de algunos grupos sociales (como las mujeres) implican una causalidad inversa en el proceso por el cual las leyes crean a los sujetos y les atribuyen la agencia correspondiente

(Butler, 1992; Spivak, 1992). "El reconocimiento legal es un proceso real y circular que reconoce las cosas que corresponden a las definiciones que él mismo proceso construye" (Adams y Minson, 1978, p. 99). Implicar a los sujetos de otra forma conduce a esencializar las identidades y a eliminarlos de los contextos históricos que los han creado. Los recursos legales que vinculan los derechos a las personas suponen que los derechos de las mujeres, de los hermanos y de los fetos sean inherentes, cuando en realidad la ley crea los derechos, al atribuirlos a los grupos o a los individuos. El reconocimiento legal de los sujetos y sus correspondientes derechos también permiten la intervención reguladora del Estado (sobre los cuerpos de las mujeres, por ejemplo, en nombre de los derechos paternales o fetales). Así, los derechos no son un bien absoluto (Brown, 1995). Contradiciendo este punto de vista hay uno que insiste en que los derechos no sólo confieren unas identidades sociales específicas, sino un reconocimiento más general de la humanidad. Así, Patricia Williams sostiene que "para quienes históricamente han carecido de poder, el otorgamiento de derechos es un reconocimiento simbólico de todos los aspectos de su humanidad: los derechos conllevan un respeto que coloca a uno en el rango referencial de sí mismo respecto a otros, y que eleva el propio estatus, pasando de cuerpo humano a ser social" (Williams, 1991, p. 153).

Con mucho, la cuestión del universalismo de los derechos ha guiado las discusiones más intensas: ¿Es el universalismo un concepto genuinamente inclusivo, que tan sólo se ha violado en la práctica, o bien es excluyente en esencia, es una forma de representar (mal) una serie de criterios normativos particularistas como si éstos fueran neutrales? *(Diferencias, 1995)*. Para ser más concretos, ¿las ideas de los derechos individuales son histórica y culturalmente occidentales? "Me gustaría ver cómo desaparece por completo la palabra *universal* de las discusiones sobre literatura africana, al menos hasta el momento en que la gente deje de emplearla como el sinónimo de un estrecho y servil parroquianismo europeo, hasta que su horizonte se extienda para incluir a todo el mundo", señaló la escritora nigeriana Chinua Achebe (1989, p. 9). ¿El individuo abstracto, el portador de esos derechos, es simplemente un sinónimo de los hombres? Así lo sugieren las feministas francesas que están haciendo campaña por la paridad —una reforma constitucional para elegir la mitad de los escaños de la Asamblea Nacional de las mujeres— ("Es paradójico, pero interesante, argumentar que el concepto de universalismo era el que mejor sustentaba la sexualización del poder, y que la paridad intenta, por contraste, desexualizar el poder al abarcar a los

dos sexos. Así, la paridad sería el verdadero universalismo"; Collin, 1995, p. 103; véase también Scott, 1997). ¿Mujeres y hombres razonarían con "voces diferentes", como sugiere Carol Gilligan (1982)? ¿Entonces el universalismo es una forma encubierta de patriarcado occidental? ¿Es exacto decir, como Catharine Mackinnon, que "los derechos abstractos autorizarán una experiencia masculina del mundo?" (1983, p. 658).

Las posiciones que se han manifestado en este debate muy a menudo fusionan dos cuestiones distintas cuando, en realidad, ninguna de ellas puede desaparecer en detrimento de la otra: lo general y lo particular, lo abstracto y lo concreto, lo permanente y lo histórico, los principios y las prácticas. Tales posiciones intentan (futilmente) resolver la paradoja en el corazón del discurso universalista, algo que la teórica política Wendy Brown ha descrito de esta forma:

> La cuestión de la fuerza liberadora, o igualitaria, de los derechos está siempre circunscrita histórica y culturalmente; los derechos no tienen una semiótica política inherente, ni tampoco una capacidad innata para avanzar o impedir los ideales democráticos radicales. Además, los derechos operan necesariamente en y como un idioma ahistórico, acultural y acontextual; claman por mantener una distancia respecto a los contextos políticos específicos y a las vicisitudes históricas, y participan necesariamente mucho más en el discurso de una universalidad resistente que en el de una provisionalidad o parcialidad. En consecuencia, mientras para medir su eficacia política se requiere un alto grado de especificidad histórica y social, los derechos operan como un discurso político general, genérico y universal (Brown, 1995, p. 97).

Y Brown concluye que esto es así porque así debe ser: "Es gracias a... la abstracción de los elementos particulares de nuestras vidas —y gracias a la representación de una comunidad política igualitaria— que los derechos pueden ser más valiosos para la transformación democrática de estos elementos particulares" (1995, p. 134). En otras palabras, los derechos son efectivos porque nos permiten imaginar (y así, esforzarnos por crear) un orden social y político diferente, y no porque estén vinculados con una serie de objetos específicos o porque sean una posesión humana universal.

Aquí la idea de fantasía puede ser de nuevo provechosa. "El discurso de los derechos universales... presenta un escenario de fantasía, en el cual la sociedad y los individuos se perciben como un todo no resquebrajado. En esta fantasía, la sociedad es algo que puede ser organizado racionalmente,

como una comunidad no conflictiva siempre y cuando se respeten los derechos humanos" (Salecl, 1994, p. 127). Así, los derechos enuncian claramente un deseo que nunca podrá satisfacerse por completo, pero cuya enunciación compromete la afirmación de este aspecto humano sobre el cual la igualdad debe permanecer. No es la posesión sino la aspiración lo que proporciona un denominador común. "No se trata de que los seres humanos como tal tengan unos derechos, sino de que ninguno permanezca sin derechos" (Salecl, 1994, p. 133),[4] es decir, sin la capacidad de desear o de imaginar su autonomía, agencia y transformación. Esta formulación puede interpretarse como el rechazo a las exclusiones; las operaciones del deseo no están limitadas, en primera instancia, por las diferencias sociales, aunque puedan dirigirse a diferentes objetos. En este sentido, esta idea de los derechos puede juzgarse universalista. De todos es reconocida que es abstracta, pero a diferencia del individuo abstracto, esta forma de comprender los derechos no lleva consigo la necesidad de una personificación, una figura (el hombre blanco occidental, históricamente), que encarne un estándar que funciona para excluir a quienes son diferentes de él. Las peticiones de derechos de las mujeres se analizarían, desde esta posición ventajosa, como una insistencia desde su posición (simbólica y actual) de sujetos deseantes, de individuos cuyo deseo no estaría basado en la posesión de algún rasgo físico o en el desempeño de una función biológica concreta, sino en la falta que se asocia con la verdadera constitución de su ser: un ser conceptualizado a través del reconocimiento de los demás, necesariamente expresado en palabras que siempre son inadecuadas para la completa representación de uno mismo y que, por consiguiente, lo deja a uno deseando vivamente su "completud". Misma que indicaría, paradójicamente, el final de la individuación, la muerte del sujeto individual, puesto que, según Lacan, los sujetos individuales se adueñan del ser como identidades propias divididas o alienadas porque dependen del reconocimiento de los demás para la confirmación de su individualidad. Para que exista la individualidad —autónoma, independiente y autocreadora— ésta debe poder distinguirse de los otros y ser al mismo tiempo reconocida por los otros. Además, la individualidad (el sentido de identidad de una persona) existe sólo como representación y, por definición, la representación no es la cosa real u original. Sin embargo, la identidad no puede funcionar sin una representación ni sin los otros, aunque sea totalmente concebida como autosuficiente. La consecución del ideal de autosuficiencia disolvería exactamente esos límites entre la propia identidad y el otro, del cual depende la realización de la individualidad

(Lacan, 1959-1960). De todo esto se desprende que la comunidad no debe ser concebida en términos de grupo, sino como una asociación de individuos unidos paradójicamente por su dependencia de la diferencia (Nancy, 1991; Miami Theory Collective, 1991; Agamben, 1993).

Al cambiar un término —"derechos", entendidos como una aspiración y no como una posesión— debemos cambiar otro —"individual" que deviene más abstracto—. Esto nos permite también marcar una distancia crítica respecto a los debates contemporáneos sobre los derechos, y al mismo tiempo plantearnos algunas cuestiones históricas sobre éstos. ¿De qué forma llegaron a comprenderse los derechos como algo que los individuos poseían? ¿Cómo se representó el género en la configuración de este individualismo posesivo? ¿Cuáles han sido, histórica y transculturalmente, las relaciones entre las ideas de posesión y las representaciones de la diferencia sexual? ¿Cómo interactuó la fantasía del igualitarismo político (la visión democrática) con las fantasías del origen humano (¿como un complemento, un desafío, una contradicción?) al hacer que, al menos en occidente, la diferencia sexual fuera algo fundamental para las identidades individuales? Si ha sido diferente en otros lugares y en otras épocas ¿cómo ha sido? ¿Y cuáles son las consecuencias que se derivan de todas estas respuestas para nuestra comprensión de la nueva "globalización" del feminismo como un asunto de consolidación de los "derechos humanos" de las mujeres? (*Signs*, 1996).

Estas preguntas nos remiten a algunas con las que empezaba el capítulo. Son preguntas que convierten la configuración de la diferencia sexual en sí en un problema que debe ser investigado, preguntas que toman en serio las realidades psíquicas no sólo al examinar la ideología y la subjetividad, sino también las instituciones sociales, políticas y económicas, así como las relaciones de poder que éstas intentan poner en práctica (Connell, 1987). Son preguntas que admiten como verdaderos los caprichos y complejidades de las identidades sexuales (y otras) de los individuos, presuponiendo que la regulación social trata de reducir la multiplicidad a categorías normativas más manejables. Estas preguntas abren la posibilidad de pensar en la identidad individual como algo que aunque esté limitado por cualquier tipo de categorización que se le imponga, siempre la supera. Si las identidades sociales y políticas operan siempre de forma reductora, la cuestión es ¿cómo? ¿Qué es lo que sobra y qué es lo que nos hemos olvidado en el proceso de producir (y reproducir) categorías sobre la identidad colectiva? ¿Cuáles son los aportes de tales simplificaciones? ¿Acaso han sido impugnadas? ¿Cómo? ¿Por quién?

Todas estas preguntas pueden responderse sólo en términos de instancias culturales e históricas específicas. Tales cuestiones plantean la problemática de las categorías objeto de nuestro estudio y de aquellas que empleamos en nuestros propios análisis, además de ubicarlas en la historia. Al postular una distinción entre nuestras construcciones discursivas y aquéllas de otras épocas y lugares, establecemos cierta reflexividad en nuestras propias aportaciones e intenciones (otorgando incluso un lugar para el deseo en serios y esforzados trabajos universitarios). En este sentido, nos abrimos a la historia, a la idea y a la posibilidad de que las cosas han sido, y serán, diferentes de lo que son ahora.

NOTAS

PREFACIO A LA EDICIÓN REVISADA EN INGLÉS

[1] Primera sesión del Congreso, núm. 104, de Representantes Americanos (U.S. House of Representatives), Comité de Relaciones Internacionales. Cuarta Conferencia Mundial de las Naciones Unidas sobre las Mujeres: Audiencias ante el Subcomité de Operaciones Internacionales y Derechos Humanos (del 18 de julio al 2 de agosto de 1995). Washington, D. C., Oficina de Publicaciones del Gobierno de los Estados Unidos, 1996.

[2] *Ibid.*, p. 43.

[3] *Ibid.*, p. 107.

[4] Comisión de las Naciones Unidas sobre el Estatus de las Mujeres, *Informe de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Asentamientos Humanos (Habitat II)*, Estambul, 3-14 de junio de 1996. "Anexo V: Juicios sobre el significado comúnmente aceptado del término 'género'" *(http://www.undp.org/un/habitat/agenda/annex5.html).*

[5] Naciones Unidas, *Informe de la Cuarta Conferencia Mundial sobre las Mujeres*, Beijing, 4-15 de septiembre de 1995. Cap. V, sección 10(b), iii. *(gopher://gopher.undp.org:70/00/unconfs/women/off/a-20.en).*

[6] *Ibid.*, sección 25, iii.

[7] *Ibid.*, sección 11, "Juicio de interpretación del término *género*".

[8] *Ibid.* En todos estos comentarios se dice que la homosexualidad es más temida cuando se ve como el resultado del cuestionamiento de la maternidad o de "la familia" como eternas funciones de las mujeres. La homosexualidad representa esta inversión de la naturaleza, pero también, y esto es más importante, la inversión del orden *social.* Aquí hay un ejemplo de cómo los llamados a la "naturaleza" sirven para legitimar históricamente normas sociales específicas haciendo que éstas parezcan inmutables.

[9] *Ibid.*, cap. IV, D, sección 123.

[10] Tal como su número evidencia, obtuve de colegas masculinos de mayor edad las advertencias sobre el "mal uso" que estaba dándole al término.

[11] Luce Irigaray, *Speculum of the Other Women*, trad. Gillian C. Gill (Cornell University Press, Ithaca), p. 143.

INTRODUCCIÓN

[1] Véase en especial, Michel Foucault, *Las palabras y las cosas: una arqueología de las ciencias humanas*, México, Siglo XXI, 1968; *De lenguaje y literatura*, Paidós Ibérica e ICE de la Universidad Autónoma de Barcelona, 1996; *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión*, México, Siglo XXI, 1984); *Power/Knowledge: Selected Interviews and Other Writings, 1972-1977*, Pantheon, New York, 1980.

[2] Un intercambio interesante entre historiadores sobre la flexibilidad de los símbolos culturales se encuentra en Roger Chartier, "Textos, símbolos y lo francés", *Historias*, núm. 25, octubre 1990-marzo 1991, pp. 3-7 [N. del T.], y en Robert Darnton, "The Symbolic Element in History", *Journal of Modern History (1986)*, núm. 58, pp. 218-234.

[3] Teresa de Lauretis (comp.), *Feminist Studies/Critical Studies*, Indiana University Press, Bloomington, 1986, "Introduction", p. 8. Véase asimismo su obra *Technologies of Gender: Essays on Theory, Film and Fiction*, Indiana University Press, Bloomington, 1987 [En español: "Estudios Feministas/Estudios críticos: problemas, conceptos y contextos", en Carmen Ramos Escandón (comp.), *El género en perspectiva: de la dominación universal a la representación múltiple*, UAM-Iztapalapa, México, 1991, pp. 165-193 y "Tecnologías del Género", *El género en perspectiva: de la dominación universal a la representación múltiple*.]

[4] Barbara Johnson, *The Critical Difference: Essays in the Contemporary Rhetoric of Reading*, Johnns Hopkins University Press, Baltimore, 1980, p. 5.

[5] *Ibid.*, pp. 4-5.

[6] Jacques Derrida, *De la gramatología*, Siglo XXI, Buenos Aires, 1971.

[7] Acerca de los procesos por los cuales la historia establece su autoridad, véase Michel de Certeau, "History: Science and Fiction", *Heterologies: Discourse on the Other*, University of Minnesota Press, Minneapolis, 1986, pp. 199-221. Véase asimismo Peter de Bolla, "Disfiguring History", *Diacritics (1986)*, núm. 16, pp. 49-58.

[8] Véase por ejemplo, De Lauretis, "Introduction", *Feminist Studies/Critical Studies*; Donna Haraway, "A Manifesto for Cyborgs: Science, Technology and Socialist Feminism in the 1980's", *Socialist Review (1985)*, núm. 15, pp. 65-107; Martha Minow, "Learning to Live with the Dilemma of Difference: Bilingual Education and Special Education", *Law and Contemporary Problems (1984)*, núm. 48, pp. 157-211; Barbara Johnson, "Apostrophe, Animation and Abortion", *Diacritics (1986)*, núm. 16, pp. 29-47; y Gayatri Chakravorty Spivak, *In Other Worlds: Essays in Cultural Politics*, Methuen, Nueva York, 1987. Véase también Michel Ryan, *Marxism and Deconstruction: A Critical Articulation*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1982.

I. La historia de las mujeres

[1] Virginia Woolf, *Un cuarto propio*, Colofón, México, 2004. Traducción de Jorge Luis Borges.

[2] Las revistas académicas estadunidenses son *Signs, Feminist Studies, The Women's Studies Quarterly* y *Women and History*. En Francia *Penélope* publicaba trabajos universitarios sobre la historia de las mujeres hasta 1983. En Gran Bretaña los estudios históricos se publicaron en la *Feminist Review* y la *History Workshop* es ahora una revista de historias feministas y socialistas. RDF/DRF *(Resources for Feminist Research/ Documentation sur la recherche féministe)* es la revista canadiense.

[3] La más importante de ellas es la Berkshire Conference on the History of Women, cuyo séptimo encuentro tuvo lugar en junio de 1987.

[4] Se presenta una visión general de estos trabajos en Alice Amsden (comp.), *The Economics of Women and Work*, Penguin Books, Londres, 1980. Para otras interpretaciones específicas acerca de la relación entre el desarrollo económico y el trabajo de las mujeres, véase Patricia Branca, *Women in Europe Since 1750*, Croom Helm, Londres, 1978; Joan W. Scott y Louise A. Tilly, *Women, Work and Family*, Holt, Rinehart and Winston, Nueva York, 1978; Methuen, 1987; Eric Richards, "Women in the Bristish Economy since about 1700: An interpretation", *History (1974)*, núm. 59, pp. 337-357; Nel Mckendrick, "Home Demand and Economic Growth: A New Vieu of the Role of Women and Children in the Industrial Revolution", en Neil Mckendrick (comp.), *Historical Perspectives, Studies in English Thought and Society in Honour of J. H. Plumb*, Europa, Londres, 1974; Ann Oakley, *Women's Work: The Housewife Past and Present*, Pantheon, Nueva York, 1974. Sobre las mujeres trabajadoras en América, véase Gerda Lerner, "The Lady and the Mill Girl: Changes in the Status of Women in the Age of Jackson", en el libro de la misma autora *The Majority Finds Its Past*, Oxford University Press, Nueva York, 1979; Barbara Mayer Wertheimer, *We Were There: The Story of Working Women in America*, Pantheon, Nueva York, 1977; Alice Kessler-Harris, *Out to Work: A History of Wage-Earning Women in the United States*, Oxford University Press, Nueva York, 1882; los ensayos recopilados en Milton Cantor y Bruce Laurie (comps.), *Class, Sex and the Women Worker*, Greenwood Press, Westport, Conn., 1977; y Ruth Milkman, *Gender at Work* University of Illinois Press, Urbana, 1987. Sobre las primeras fábricas textiles en los Estados Unidos, véase Thomas Dublin, *Women at Work: The Transformation of Work and Community in Lowell, Massachussets, 1826-1860*, Columbia University Press, Nueva York, 1979. Acerca del servicio doméstico, véase David Katzman, *Seven Days a Week: Women and Domestic Service in industrializing America*, Oxford University Press, Nueva York, 1978;

Theresa McBride, *The Domestic Revolution: The Modernization of Household Service in England and France, 1820-1920*, Holmes and Meier, Nueva York, 1976; Leonore Davidoff, "Mastered for Life: Servant and Wife in Victorian and Edwardian England", *Journal of Social History (1973-1974)*, núm. 7, pp. 406-428. Sobre los oficinistas, véase Lee Holcombe, *Victorian Ladies at Work: Middle-Class Working Women in England and Wales, 1850-1914*, Archon Books, Hamden, Conn., 1973. Para Inglaterra, véase Sally Alexander, "Women's Work in Nineteenth-Century London: A Study of the Years 1829-1850", en Juliet Mitchell y Ann Oakley (comps.), *The Rights and Wrongs of Women*, Pelican, Londres, 1976, pp. 59-111; Sally Alexander *et al.*, "Labouring Women: A Reply to Eric Hobsbawm", *History Workshop (1979)*, núm. 8, pp. 174-182; Anna Davin, "Feminism ans Labour History", en R. Samuel (comp.), *People's History and Socialist Theory*, Routledge and Kegan Paul, Londres, 1981, pp. 176-181; Barbara Taylor, "'The Men Are as Bad as Their Masters...': Socialism, Feminism and Sexual Antagonism in the London Tailoring Trade in the Early 1830's", *Feminist Studies (1979)*, núm. 5, pp. 7-40. Para Francia, véase Madeleine Guilbert, *Les fonctions des femmes dans l'industrie*, Mouton & Co., París, 1966; "Travaux de femmes dans la France du XIXe siècle", número especial de *Le Mouvement Social (1978)*, núm. 105; el trabajo de Madeleine Guilbert y cols. (comps.), *Travail et condition féminine: Bibliographie commentée*, Éditions de la Courtille, París, 1977, es una fuente profunda y completa de información para Francia.

[5] Los estudios sobre la transición demográfica incluyen el de Robert V. Wells, "Family History and Demographic Transition", *Journal of Social History (1950)*, núm. 9, pp. 1-19; Daniel Scott Smith, "Parental Power and Marriage Patterns: An Analisis of Historical Trends in Hingham, Massachussets", *Journal of Marriage and the Family (1973)*, núm. 35, pp. 419-428; James A. Banks, *Prosperity and Parenthood*, Routledge abd Kegan Paul, Londres, 1954; James A. and Olive Banks, *Feminism and Family Planning in Victorian England*, Schocken Books, Nueva York, 1972; Edward Shorter, "Female Emancipation, Birth Control and Fertility in European History", *American Historical Review (1973)*, núm. 78, pp. 605-640. Sobre la ideología, véase Angus McLaren, "Contraception and the Working Classes: The Social Ideology of the English Birth Control Movement in Its Early Years", *Comparative Studies in Society and History (1976)*, núm. 18, pp. 236-251; Angus McLaren, "Sex and Socialism: The Opposition of the French Left to Birth Control in the Nineteenth Century", *Journal of the History of Ideas (1976)*, núm. 37, pp. 475-492; R. P. Neuman, "Working Class Birth Control in Wilhelmine Germany", *Comparative Studies in Society and History (1978)*, núm. 20, pp. 408-428. Puede encontrarse un análisis del papel del Estado en Anna Davin, "Imperialism and Motherhood", *History Workshop (1978)*, núm. 5, pp. 9-66. La relación entre el feminismo y la reproducción en el discurso

político del periodo se analiza en Atina Grossman, "Abortion and Economic Crisis: The 1931 Campaign Against núm. 218 in Germany", en *New Gennan Critique (1978)*, núm. 14, pp. 119-137. Acerca del "feminismo doméstico", véase Daniel Scott Smith, "Family Limitation, Sexual Control and Domestic Feminism in Victorian America", en M. Hartman y L. Banner (comps.), *Clio's Consciousness Raised*, Harper and Row, Nueva York, 1974, pp. 119-136. Acerca de la autonomía sexual de las mujeres, véase Linda Gordon, *Woman's Body, Woman's Right: A Social History of Birth control in America*, Penguin Books, Nueva York, 1977; Patricia Knight, "Women and Abortion in Victorian and Edwardian England", *History Workshop (1977)*, núm. 4, pp. 57-69; Angus McLaren, "Abortion in England, 1890-1914", *Victorian Studies (1976-1977)*, núm. 20, pp. 379-400; Angus McLaren, "Abortion in France: Women and the Regulation of Family Size, 1800-1914", *French Historical Studies (1977-1978)*, núm. 10, pp. 461-485. Sobre la reproducción, véase Renate Bridenthal, "The Dialectics of Production and Reproduction in History", *Radical America (1976)*, núm. 10, pp. 3-11; Nancy Folbre, "Of Patriarchy Born: The Political Economy of Fertility Decisions", en *Feminist Studies (1983)*, núm. 9, pp. 261-284.

[6] Algunos ejemplos de historias sobre "mujeres en público" pueden encontrarse en Jane Abray, "Feminism in the French Revolution", *American Historical Review (1975)*, núm. 80, pp. 43-62; la inestimable colección documental de Patricia Hollis, *Women in Public*, Allen and Unwin, Londres, 1979; y muchos estudios sobre los movimientos de las mujeres, incluyendo a Ellen Dubois, *Feminism and Suffrage: The Emergence of an Independent Women's Movement in America, 1848-1869*, Cornell University Press, Ithaca, N. Y., 1978; Andrew Rosen, *Rise Up Women! The Militant Campaign of the Women's Social and Political Union*, Rotledge and Kegan Paul, Londres, 1974; Richard Evans, *The Feminist Movement in Gennany, 1933-1934*, Sage Publications, Londres, 1976; Richard Stites, *The Women's Liberation Movement in Russia*, Princeton University Press, Princeton, 1978. Sobre los movimientos obreros, sindicatos y socialismo, véase Mari Jo Buhle, *Women and American Socialism, 1870-1920*, University of Illinois Press, Urbana, 1981; Dorothy Thompson, "Women and Nineteenth-Century Radical Politics: a Lost Dimension", en Mitchell y Oakley (comps.), *Rights and Wrongs of Women*, pp. 112-138; Jean H. Quataert, *Reluctant Feminists in Gennan Social Democracy, 1885-1917*, Princeton University Press, Princeton, 1979; Marilyn Boxer y Jean H. Quataert, *Socialist Women*, Elsevier North-Holland, Inc., Nueva York, 1978; Charles Sowerine, *Sisters or Citizens? Women and Socialism in France since 1876*, Cambridge University Press, Cambridge, 1982; Alice Kessler-Harris, "Were Are the Organized Women Workers?", *Feminist Studies (1975)*, núm. 3, pp. 92-110; Sheila Lewenhak, *Women and Trade Unions*, St. Martin Press, Londres, 1977; Meredith Tax, *The Rising of the Women: Feminist Solidarity and Class conflict, 1880-*

1912, Monthly Review Press, Nueva York, 1980. Sobre la cultura de las mujeres en los movimientos políticos véase Blanche Wiesen Cook, "Female Support Networks and Political Activism: Lillian Wald, Crystal Eastman, Emma Goldman", *Chrysalis (1977)*, núm. 3, pp. 43-61; Estelle Freedman, *Their Sisters' Keepers: Women's Prison Reform in America, 1830-1930*, University of Michigan Press, Ann Arbor, 1981; Mary Ryan, "A Woman's Awakening: Evangelical Religion and the Families of Utica, New York, 1800-1840", *American Quarterly (1978)*, núm. 30, pp. 602-633; Nancy Cott, *The Bonds of Womanhood: Women's Sphere in New England, 1780-1835*, Yale University Press, New Haven, 1973; Temma Kaplan, "Female Consciousness and Collective Action: The Case of Barcelona, 1910-1918", *Signs (1981-1982)*, núm. 7, pp. 545-566; Ellen Dubois y cols., "Symposium: Politics and Culture in Women's History", *Feminist Studies (1980)*, núm. 6, pp. 26-64.

[7] Los intentos que se han hecho hasta ahora para hacer una amplia síntesis son decepcionantes. Véase por ejemplo, Richard Evans, "Modernization Theory and Women's History", *Archiv fur Sozialgeschichte (1980)*, núm. 20, pp. 492-514; y Evans, "Women's History: The Limits of Reclamation", *Social History (1980)*, núm. 5, pp. 273-281. Mucho más exitosos son los continuos comentarios acerca de los trabajos universitarios, ordenados (por temas). Estos incluyen Elizabeth Fox-Genovese, "Placing Women's History in History", en *New Left Review (1982)*, núm. 133, pp. 5-29; Barbara Sicherman, "Review Essay: American History", *Signs (1975)*, núm. 1, pp. 461-486; y Carolyn Longee, "Review Essay: Modern European History", *Signs (1977)*, núm. 2, pp. 628- 650. Un buen ejemplo de historia sintética basada en numerosas lecturas de diversas fuentes puede encontrarse en Jane Lewis, *Women in England, 1870-1950: Sexual Divisions and Social Change*, Weatsheaf Books, Sussex, 1984.

[8] Sheila Rowbotham, *Hidden from History*, Pantheon, New York, 1984; Renate Bridenthal y Claudia Koonz, *Becoming Visible: Women in European History*, Houghton Mifflin, Boston, 1977; Hartman y Banner (comps.), *Clio's Conscioussness Raised*; Berenice Carroll (comp.), *Liberating Women's History*, University of Illinois Press, Urbana, 1976; Mitchell y Oakley (comps.), *Rights and Wrongs of Women*. Las dos estupendas colecciones editadas por Martha Vicinus, *Suffer and Be Still*, Indiana University Press, Bloomington, 1972, y *A Widening Sphere*, Indiana University Press, Bloomington, 1977, llevan unos títulos más acordes con su temática que con su visión, pero los ensayos introductorios tratan del mismo tema.

[9] Puede encontrarse una bibliografía más extensa en Barbara Sicherman, E. William Monter, Joan W. Scott y Kathryn K. Sklar, *Recent United States Scholarship on the History of Women*, American Historical Association, Washington, D. C., 1980. Sobre América del Norte véase Jill Kerr Conway, *The Female Experience in Eighteenth and Nineteenth Century America*, Princeton University Press, Princeton, 1985. Para Ingla-

terra véase Barbara Kanner, *The Women of England from Anglo-Saxon Times to the Present*, Archon Books, Hamden, Conn., 1979, y sus ensayos en Vicinus (ed.), *Suffer and Be Still* y *Widening Sphere*. Para una síntesis de los trabajos universitarios en Francia véase Karen M. Offen, "First Wave Feminism in France: New York and Ressources", *Women's Studies International Forum (1982)*, núm. 5, pp. 685-689.

[10] Jill Liddington y Jill Norris, *One Hand Tied Behind Us: The Rise of the Women's Suffrage Movement*, Virago, Londres, 1978.

[11] Steven Hause (y Anne R. Kenney), *Women's Suffrage ans Social Politics in the French Third Republic*, Princeton University Press, Princeton, 1984. Una explicación cuidadosa, que ubica los orígenes de un ala del movimiento feminista americano en un amplio contexto social y político, es la de Sara Evans, *Personal Politics: The Roots of Women's Liberation in the Civil Rights Movement and the New Left*, Vintage, Nueva York, 1979.

[12] Joan Kelly-Gadol, "Did Women Have a Renaissance?", en Bridenthal y Koonz (eds.), *Becoming Visible*, pp. 137-164.

[13] Véase el resumen de mi investigación en "The Mechanization of Women's Work", *Scientific American (1982)*, núm. 267, pp. 167-187. Véase asimismo Lerner, "The Lady amd the Mill Girl"; Susan J. Kleinberg, "Technology and Women's Work: The Lives of Working-Class Women in Pittsburgh (1870-1900)", *Labor History (1976)*, núm. 17, pp. 58-72; Ruth Schwartz Cowan, "The 'Industrial Revolution' in the Home: Household Technology and Social Change in the Twentieth Century", *Technology and Culture (1976)*, núm. 17, pp. 1-26; Joann Vanek, "Time Spent in Housework", *Scientific American (1974)*, núm. 231, pp. 116-120; Susan Strasser, *Never Done: A History of American Housework*, Pantheon, Nueva York, 1982.

[14] Joan Hoff Wilson, "The Illusion of Change: Women in the American Revolution", en Alfred Young (comp.), *The American Revolution: Explorations in the History of American Radicalism*, Northern Illinois University Press, Dekalb, 1976, pp. 383-446; Albie sacks y Joan Hoff Wilson, *Sexism and the Law: A Study of Male Beliefs and Judicial Bias*, Martin Robertson, Oxford, 1978; Darlene Gay Levy, Harriet Branson Applewhite y Mary Durham Johnson, *Women in Revolutionary Paris, 1789-1795*, University of Illinois Press, Urbana, 1979. Véase asimismo Lee Holcombe, "Victorian Wives ans Property: Reform of the Married Women's Property Law (1857-1882)", en Vicinus (comp.), *Widening Sphere*, pp. 3-28; Elizabeth Fox-Genovese, "Property and Patriarchy in Classical Bourgeois Political Theory", *Radical History Review (1977)*, núm. 4, pp. 36-59; Susan Miller Okin, *Women in Western Political Thought*, Princeton University Press, Princeton, 1979; Linda Kerber, *Women of the Republic*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1980; Mary Beth Norton, *Liberty's Daughters: The Revolutionary Experience of American Women (1750-1800)*, Little, Brown, Boston, 1980.

[15] Barbara Ehrenreich y Deirdre English, *For Her Own Good: 150 Years of the Experts' Advice to Women*, Anchor Books, Garden City, New York, 1978; Barbara Welter, "The Cult of True Womanhood, 1820-1860", *American Quarterly (1966)*, núm. 18, pp. 151-174; Peter T. Cominos, "Innocent Femina Sensualis in Unsconscious Conflict", en Vicinus (comp.), *Suffer and Be Still*, pp. 155-172; Blanche Glassman Hersh, *The Slavery of Sex: Feminist Abolitionists in America*, University of Illinois Press, Urbana, 1978; William Leach, *True Love and Perfect Union: The Feminist Critique of Sex and Society*, Basic Books, Nueva York, 1980. Una postura diferente, surgida en universidades estadunidenses, propone otra interpretación: el estatus social y familiar de las mujeres ha mejorado con la adopción de la ideología de la domesticidad. Véanse las notas 17, 18, 19 y siguientes.

[16] Catherin M. Scholten, "On the Importance of the Obstetrick Art': Changing Customs of Childbirth in America (1760-1825)", *William and Mary Quarterly (1977)*, núm. 34, pp. 426-445; Mary Roth Walsh, *Doctors Wanted, No Women Need Apply: Sexual Barrier in the Medical Profession (1835-1975)*, Yale University Press, New Haven, 1977; James Mohr, *Abortion in America: The Origins and Evolution of National Policy*, Oxford University Press, Nueva York, 1978; Frances E. Kobrin, "The American Midwife Controversy: A Crisis of Professionalization", *Bulletin of the History of Medicine (1966)*, núm. 40, pp. 350-363; Judy Barrett Litoff, *American Midwives, 1860 to the Present*, Greenwood Press, Westport, Conn., 1978; Jane B. Donegan, *Women and Men Midwives: Medicine, Morality and Misogyny in Early America*, Greenwood Press, Westport, Conn., 1978; Barbara Ehrenreich y Deirdre English, *Witches, Midwives and Nurses: A History of Women Healers*, The Feminist Press, Old Westbury, N. Y., 1973; Judith Walzer Leavitt, *Brought to Bed: Childbearing in America (1750-1950)*, Oxford University Press, Nueva York, 1986; Jacques Gelis, "La formation des accoucheurs et des sage-femmes aux XVIIe et XVIIIe siècles", en *Annales de démographie historique (1977)*; "Médecins, médicine et société en France aux XVIIIe et XIXe siècles", número especial de *Annales ESC (1977)*, núm. 32; "La femme soignante", número especial de *Penélope (1981)*, núm. 5. Sobre la complicada historia de las nodrizas en Francia, véase George D. Sussman, *Selling Mother's Milk: The Wet-Nursing Business in France (1715-1914)*, University of Illinois Press, Urbana, 1982; Fanny Faÿ-Sallois, *Les nourrices à Paris au XIXe siècle*, Payot, París, 1980. Sobre la relación entre la profesionalización de la ciencia y la posición de las mujeres científicas, véase Margaret Rossiter, *Women Scientists in America: Struggles and Strategies to 1914*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1982. Acerca de la contribución de las mujeres científicas en los debates sobre la igualdad sexual, véase Rosalind Rosenberg, *Beyond Separate Spheres: Intellectual Roots of Modern Feminism*, Yale University Press, New Haven, 1982.

[17] Carroll Smith-Rosenberg, "The Female World of Love and Ritual: Relations between Women in Nineteenth-Century America", *Signs (1975-1976)*, núm. 1, pp. 1-29.

[18] Nancy F. Cott, *Bonds of Womanhood*; y Cott, "Passionlessness: An Interpretation of Victorian Sexual Ideology (1790-1850)", *Signs (1978-1979)*, núm. 4, pp. 219-236; Linda Gordon, "Voluntary Motherhood: The Beginnings of Feminist Birth Control Ideas in the United States", en Hartman y Banner (comps.), *Clio's Consciousness Raised*, pp. 54-71; Linda K. Kerber, "Daughters of Columbia: Education Women for the Republic (1787-1805)", en S. Elkins y E. Mckitrick (comps.), *The Hofstadter Aegis: A Memorial*, Knopf, Nueva York, 1974, pp. 36-59.

[19] Véase por ejemplo, Anne Firor Scott, *The Southern Lady: From Pedestal to Politics (1830-1930)*, University of Chicago Press, Chicago, 1970; Jacqueline Dowd Hall, *Revolt Against Chivalry: Jessie Daniel Ames and the Women's Campaign Against Lynching*, Columbia University Press, Nueva York, 1979; Mary P. Ryan, "The Power of Women's Networks: A Case Study of Female Moral Reform in Antebellum America", *Feminist Studies (1979)*, núm. 5, pp. 66-85; Jill Conway, "Women Reformers and American Culture (1870-1930)", *Journal of Social History (1971-1972)*, núm. 5, pp. 164-177; y Barbara Leslie Epstein, *The Politics of Domesticity: Women, Evangelism and Temperance in Nineteenth-Century America*, Wesleyan University Press, Middletown, Conn., 1981.

[20] Bonnie Smith, *Ladies of the Leisure Class: The Bourgeoises of Northern France in the Nineteenth Century*, Princeton University Press, Princeton, 1981.

[21] Carl Degler, *At Odds: Women and the Family in America from the Revolution to the Present*, Oxford University Press, New York, 1980.

[22] Ann D. Gordon, Mari Jo Buhle y Nancy Schrom Dye, "The Problem of Women's History", en Carroll (comp.), *Liberating Women's History*, p. 89.

[23] Para una confrontación interesante sobre este problema véase Claudia Koonz, *Mothers in the Fatherland: Women, the Family and Nazi Politics*, St. Martin's Press, Nueva York, 1987.

[24] Además de los estudios enumerados en la nota núm. 5, véase Tamara K. Hareven, "Family Time and Industrial Time: Family and Work in a Planned Corporation Town (1900-1924)", *Journal of Urban History (1974-1975)*, núm. 1, pp. 365-389; Karen O. Mason y cols., "Women's Work and the Life Course in Essex Country, Mass., 1880", en Tamara K. Hareven (comp.), *Transitions: The Family and Life Course in Historical Perspective*, Academic Press, Nueva York, 1978; Elizabeth H. Pleck, "A Mother's Wages: Income Earning among Married Italian and Black Women (1896-1911)", en Michael Gordon (comp.), *The American Family in Social-Historical Perspective*, 2a. ed., St. Martin's Press, Nueva York, 1978, pp. 490-510; Elizabeth H. Pleck, "Two Worlds in One: Work and Family", en *Journal of Social History (1976-1977)*, núm. 10, pp. 178-

195; Carole Turbin, "And We Are Nothing but Women: Irish Working Women in Troy", en Carol R. Berkin y Mary Beth Norton (comps.), *Women of America: A History*, Houghton Mifflin, Boston, 1979; "Immigrant Women and the City", número especial de *Journal of Urban History (1977-1978)*, núm. 4; Dee Garrison, "The Tender Technicians: The Feminization of Public Librarianship (1875-1905)", en Hartman y Banner (comps.), *Clio's Consciousness Raised*, pp. 158-178; Margery Davies, "Women's Place Is at the Typewriter: The Feminization of the Clerical Labor Force", en *Radical America (1974)*, núm. 18, pp. 1-28; Claudia Goldin, "Female Labor Force Participation: The Origin of Black and White Differences, 1870 y 1880", *Journal of Economic History (1977)*, núm. 37, pp. 87-108; Linda Nochlin, "Why Have There Been No Great Women Artists?", en Thomas B. Hess y Elizabeth C. Baker, *Art and Sexual Politics*, Collier Books, Nueva York, 1971.

[25] Véase Martha Blaxall y Barbara Reagan (comps.), *Women and the Workplace: The Implications of Occupational Segregation*, University of Chicago Press, Chicago, 1976; Valerie Kincaide Oppenheimer, *Female Labor Force Participation in the United States*, University of California Press, Berkeley, 1970; Scott y Tilly, *Women, Work and Family*; Jane Humphries, "Class Struggle and the Persistence of the Working Class Family", *Cambridge Journal of Economics (1977)*, núm. 1, pp. 241-258; Jane Humphries, "Workking Class Family, Women's Liberation and Class Struggle: The Case of Nineteenth-Century British History", *Review of Radical Political Economics (1977)*, núm. 9, pp. 25-41; Louise A. Tilly, "Paths of Proletarianization: Organization of Production, Sexual Division of Labor and Women's Collective Action", *Signs (1981-1982)*, núm. 7, pp. 400-417; Ellen Ross, "Fierce Questions and Taunts: Married Life in Working-Class London (1870-1914)", *Feminist Studies (1982)*, núm. 8, pp. 575-602; Jule Matthaei, *An Economic History of American Women*, Schocken Books, New York, 1982.

[26] Joan Kelly-Gadol, "The Social Relations of the Sexes: Methodological Implications of Women's History", *Signs (1975-1976)*, núm. 1, p. 816. Véase también su "The Doubled Vision of Feminist History: A Postscript to the 'Woman and Power' Conference", *Feminist Studies (1979)*, núm. 5, pp. 216-227.

[27] Natalie Zemon Davis, "Women's History' in Transition: The European Case", *Feminist Studies (1976)*, núm. 3, p. 90.

[28] Temma Kaplan, *Anarchists of Andalusia (1868-1903)*, Princeton University Press, Princeton, 1977.

[29] Tim Mason, "Women in Nazi Germany", *History Workshop (1976)*, núm. 1, pp. 74-113 y (1976), núm. 2, pp. 5-32.

[30] Judith Walkowitz, *Prostitution and Victorian Society: Women, Class and the State*, Cambridge University Press, Cambridge, 1980.

[31] Darlene Gay Levy y Harriet Applewhite, "Male Responses to the Political Activism of the Women of the People in Paris (1789-1793)" (inédito), y la discusión sobre el mismo en Levy, Applewhite y Johnson (comps.), *Women in Revolutionary Paris (1789-1795)*, pp. 143-220; Lynn Hunt, *Politics, Cultures and Class in the French Revolution*, University of California Press, Berkeley, 1984, pp. 94-117. Véase también Maurice Agulhon, *Marianne au combat: l'imagerie et la symbolique républicaines de 1789 à 1880*, Flammarion, París, 1979.

[32] Existe una diferencia entre describir la atribución social de un estatus a determinados grupos y reflejar éste en el relato histórico sin hacer ningún comentario, o bien ignorándolo por completo. En el primer caso, el historiador concibe la construcción de la desigualdad como una parte del relato que debe contarse; en el segundo, él o ella aceptan la desigualdad como un hecho "natural" o inevitable y, en consecuencia, no conceden una importancia histórica a la construcción de la desigualdad.

[33] Teresa de Lauretis, *Feminist Studies/Critical Studies*, Indiana University Press, Bloomington, 1986, p. 14. Véase asimismo Biddy Martin y Chandra Talpade Mohanty, "Feminist Politics: What's Home Got to Do With It?", *ibid*., pp. 191-212.

[34] Del mismo modo, para comprender el estatus de los negros en la sociedad blanca, la raza es una herramienta analítica importante. En la sociedad americana, la etnicidad y la clase aún son otras formas de marcar la diferencia. El denominador común para el estudio de los grupos particulares (dominantes y subordinados) es la diferencia. La cuestión teórico-histórica es: ¿cómo se ha construido la diferencia?

[35] Michel Foucault, *Historia de la Sexualidad*, vol. 1, Siglo XXI, México, 1989, pp. 118-119.

II. EL GÉNERO: UNA CATEGORÍA ÚTIL PARA EL ANÁLISIS HISTÓRICO

[1] *Oxford English Dictionary*, Oxford University Press, Oxford, 1961, p. 4.

[2] E. Littré, *Dictionnaire de la langue française*, París, 1876.

[3] Raymond Williams, *Keywords*, Oxford University Press, Nueva York, 1983, p. 285.

[4] Natalie Zemon Davis, "Women's History in Transition: The European Case", *Feminist Studies (1975-1976)*, núm. 3, p. 90.

[5] Ann D. Gordon, Mari Jo Buhle y Nancy Shrom Dye, "The Problem of Women's History", en Berenice Carroll (comp.), *Liberating Women's History* (University of Illinois Press, Urbana), p. 89.

[6] El mejor ejemplo y el más sutil es el de Joan Kelly, "The Doubled Vision of Feminist Theory", en *Women, History and Theory*, University of Chicago Press, Chicago, 1984, pp. 51-64, en especial p. 61.

[7] Véase Moira Gatens, quien argumenta contra el empleo del género para destacar el aspecto social de la diferencia sexual en "A Critique of the Sex/Gender Distinction", en J. Allen y P. Patton (comps.), *Beyond Marxism?*, Intervention Publications, Leichhardt, N.S.W., 1985, pp. 143-160. Estoy de acuerdo con su argumento de que la distinción del sexo/género admite una determinación autónoma para el cuerpo, ignorando el hecho de que lo que conocemos acerca del cuerpo es un conocimiento producido culturalmente.

[8] Para una caracterización diferente del análisis feminista, véase Linda J. Nicholson, *Gender and History: The Limits of Social Theory in the Age of the Family*, Columbia University Press, New York, 1986.

[9] Mary O'Brien, *The Politics of Reproduction*, Routledge and Kegan Paul, Londres, 1981, pp. 8-15 y 46.

[10] Shulamith Firestone, *The Dialectic of Sex*, Bantam Books, NuevaYork, 1970. La frase "bitter trap" (trampa amarga) es de O'Brien en *Politics of Reproduction*, p. 8.

[11] Catherine McKinnon, "Feminism, Marxism, Method and the State: An Agenda for Theory", *Signs (1982)*, núm. 7, pp. 515 y 541.

[12] *Ibid.*, pp. 541 y 543.

[13] Para una discusión interesante sobre los puntos clave y los límites del término "patriarcado", véase el intercambio entre historiadores de Sheila Rowbotham, Sally Alexander y Barbara Taylor en Raphael Samuel (comp.), *People's History and Socialist Theory*, Routledge and Kegan Paul, Londres, 1981, pp. 363-373.

[14] Friedrich Engels, *The Origins of the Family, Private Property and the State* (1884).

[15] Heidi Hartmann, "Capitalism, Patriarchy and Job Segregation by Sex", *Signs (1976)*, núm. 1, p. 168. Véase también "The Unhappy Marriage of Marxism and Feminism: Towards a More Progressive Union", *Capital and Class (1979)*, núm. 8, pp. 1-33; "The Family as the Locus of Gender, Class and Political Struggle: The Example of Housework", *Signs (1981)*, núm. 6, pp. 366-394.

[16] Las discusiones sobre el feminismo marxista incluyen las obras de Zillah Eisenstein, *Capitalist Patriarchy and the Case for Socialist Feminism*, Longman, Nueva York, 1981; A. Kuhn, "Structures of Patriarchy and Capital in the Family", en A. Kuhn y A. Wolpe (comps.), *Feminism and Materialism: Women and Modes of Production*, Routledge and Kegan Paul, Londres, 1978; Rosalind Coward, *Patriarchal Precedents*, Routledge and Kegan Paul, Londres, 1983; Hilda Scott, *Does Socialism Liberate Women? Experiences from Eastern Europe* (Beacon Press, Boston, 1974); Jane Humphries, "Working Class Family, Women's Liberation and Class Struggle: The Case of Nine teenth-Century British History", *Review of Radical Political Economics (1977)*, núm. 9, pp. 25-41; Jane Humphries, "Class Struggle and the Persistence of the Working Class Family", *Cambridge Journal of Economics (1971)*, núm. 1, pp. 241-258;

véase también el debate sobre la obra de Humphries en *Review of Radical Political Economics (1980)*, núm. 12, pp. 76-94.

[17] Kelly, "Doubled Vision of Feminist Theory", p. 61.

[18] Ann Snitow, Christine Stansell y Sharon Thompson (comps.), *Powers of Desire: The Politics of Sexuality*, Monthly Review Press, Nueva York, 1983.

[19] Ellen Ross y Rayna Rapp, "Sex and Society: A Research Note from Social History and Anthropology", *Powers of Desire*, p. 53.

[20] "Introduction", *Powers of Desire*, p. 12; y Jessica Benjamin, "Master and Slave: The Fantasy of Erotic Domination", *Powers of Desire*, p. 297.

[21] Johanna Brenner y María Ramas, "Rethinking Women's Oppression", *New Left Review (1984)*, núm. 144, pp. 33-71; Michèle Barrett, "Rethinking Women's Oppression: A Reply to Brenner and Ramas", *New Left Review (1984)*, núm. 146, pp. 123-128; Angela Weir y Elizabeth Wilson, "The British Women's Movement", *New Left Review (1984)*, núm. 148, pp. 74-103; Michèle Barrett, "A Response to Weir and Wilson", *New Left Review (1985)*, núm. 150, pp. 143-147; Jane Lewis, "The Debate on Sex and Class", *New Left Review (1985)*, núm. 149, pp. 108-120. Véase también Hugh Armstrong y Pat Armstrong, "Beyond Sexless Class and Classless Sex: Towards Feminist Marxism", *Studies in Political Economy (1983)*, núm. 10, pp. 7-44; Hugh Armstrong y Pat Armstrong, "Comments: More on Marxist Feminism", *Studies in Political Economy (1984)*, núm. 15, pp. 179-184; y Jane Jenson, "Gender and Reproduction: Or, Babies and the State" (artículo inédito), junio de 1985, pp. 1-7.

[22] Para las primeras formulaciones teóricas, véase *Papers on Patriarchy: Conference, London 1976* (inédito), Londres, 1976). Le agradezco a Jane Caplan que me hubiera informado de la existencia de esta publicación, así como compartir conmigo su copia y sus ideas sobre ésta. Véase Sally Alexander, "Women, Class and Sexual Difference", *History Workshop (1984)*, núm. 17, pp. 125-135, para una posición psicoanalítica. Juliet Mitchell, en unos seminarios en Princeton University a principios de 1986, parecía que volvía a poner énfasis en la prioridad de los análisis materialistas del género. Véase el intento de Coward, *Patriarchal Precedents*, para superar el *impasse* del feminismo marxista. Véase también en esta misma línea el brillante esfuerzo del antropologista Gayle Rubin, "The Traffic in Women: Notes on the Political Economy of Sex", en Rayna R. Reiter (comp.), *Towards an Anthropology of Women*, Monthly Review Press, NuevaYork, 1975, pp. 167-168. En español: "El tráfico de mujeres: notas sobre la economía política", en Marysa Navarro y Catherine Stimpson (comps.) *¿Qué son los estudios de Mujeres?*, Buenos Aires, FCE, 1995.

[23] Nancy Chodorow, *El ejercicio de la maternidad: psicoanálisis y sociología de la maternidad y paternidad en la crianza de los hijos*, trad. por Oscar L. Molina Sierralta, Gedisa, Barcelona, 1998, p. 251.

[24] "Nancy Chodorow, en *El ejercicio de la maternidad*, pp. 247-248 dice: "Mi explicación sostiene que estos problemas, relacionados con lo masculino/femenino, pueden estar sujetos a influencia durante el periodo del complejo de Edipo, pero que no son ni su único centro ni su solo resultado. La negociación de estos problemas ocurre en el contexto de los procesos yoicos y objetal —relacionales más amplios. Estos procesos más amplios tienen análoga influencia en la formación de la estructura psíquica y en la vida psíquica y modalidades relacionales de hombres y mujeres. Explican las diferentes modalidades de identificación y de orientación a objetos heterosexuales, y también problemas edípicos asimétricos que describen los psicoanalistas. Estos resultados, tal como los edípicos más tradicionales, emergen de la organización asimétrica parental, organización que entrega a la madre el rol de progenitor primario, y al padre una mayor lejanía y concentración en la socialización, especialmente en las áreas pertinentes al sello de una identidad diferencialmente sexuada". Es importante señalar que hay diferencias en cuanto a la interpretación y al enfoque entre Chodorow y los teóricos británicos de las relaciones objetuales, los cuales siguen la línea de los trabajos de D. W. Winicott y de Melanie Klein. El enfoque de Chodorow se caracteriza por ser una teoría más sociológica o sociologizada, pero entre los feministas americanos es la perspectiva teórica dominante sobre las relaciones objetuales. Sobre la historia de la teoría británica de las relaciones objetuales en política social, véase Denise Riley, *War in the Nursery*, Virago, Londres, 1984.

[25] Juliet Mitchell y Jacqueline Rose (comps.), *Jacques Lacan and the Ecole Freudienne*, Norton, Nueva York, 1983; Alexander, "Women, Class and Sexual Difference".

[26] Teresa de Lauretis, *Alicia ya no: Alicia ya no: Feminismo, semiótica, cine*, trad. por Silvia Iglesias Recuero, Cátedra, Madrid, 1992. p. 253.

[27] Alexander, "Women, Class and Sexual Difference", p. 135.

[28] E. M. Denise Riley, "Summary of Preamble to Interwar Feminist History Work" (inédito), presentado en el Pembroke Center Seminar, mayo de 1985, p. 11. La cuestión está completamente elaborada en el brillante libro de Riley, *"Am I That Name?": Feminism and the Category of "Women" in History*, Macmillan, Londres, 1988.

[29] Carol Gilligan, *In a Different Voice: Psychological Theory and Women's Development*, Harvard University Press, Cambridge, Mass., 1982.

[30] *Idem.*

[31] *Feminist Studies (1980)*, núm. 6, pp. 26-64.

[32] Jonathan Culler, *Sobre la reconstrucción: teoría y crítica después del estructuralismo*, Madrid, Cátedra, 1992. pp. 159-189. Véase también Jacques Derrida, *Of Grammatology*, trad. Gayatri Chakravotry Spivak, Johns Hopkins University Press, 1974; también Jacques Derrida, *Spurs*, University of Chicago Press, Chicago,

1979; y una transcripción del Pembroke Center Seminar, 1983, en *Subjects/Objects (1984)*. En español: Derrida, Jacques, *De la Gramatología*, Siglo XXI, México, 1986.

[33] Clifford Geertz, "Blurred Genres", *American Scholar (1980)*, núm. 49, pp. 165-179.

[34] Michelle Zimbalist Rosaldo, "The Uses and Abuses of Anthropology: Reflections on Feminism and Cross-Cultural Understanding", *Signs (1980)*, núm. 5, p. 400.

[35] Michel Foucault, *Historia de la Sexualidad*, vol. 1, Siglo XXI, México, 1989, p. 170.

[36] Gayle Rubin, "El tráfico de mujeres: notas sobre la economía política", *¿Qué son los estudios de Mujeres?*, FCE, Buenos Aires, 1995, p. 35.

[37] *Ibid.*, p. 47.

[38] Biddy Martin, "Feminism, Criticism and Foucault", *New German Critique (1982)*, núm. 27, pp. 3-30; Kathryn Kish Sklar, *Catharine Beecher: A Study in American Domesticity*, Yale University Press, New Haven, 1973; Mary A. Hill, *Charlotte Perkins Gilman: The Making of a Radical Feminist (1860-1896)*, Temple University Press, Philadelphia, 1980; Jacqueline Dowd Hall, *Revolt Against Chivalry: Jesse Daniel Ames and the Women's Campaign Against Lynching*, Columbia University Press, Nueva York, 1974.

[39] Lou Ratté, "Gender Ambivalence in the Indian Nationalist Movement" (inédito), Pembroke Center Seminar, Spring 1983; y Mrinalina Sinha, "Manliness: A Victorian Ideal and the British Imperial Elite in India" (inédito), Department of History, State University of New York, Stony Brook, 1984, y Sinha, "The Age of Consent Act: The Ideal of Masculinity and Colonial Ideology in Late 19th Century Bengal", *Proceedings*, Eighth International Symposium on Asian Studies, 1986, pp. 1199-1214.

[40] Pierre Bourdieu, *Le sens pratique*, Les Éditions de Minuit, París, 1980, pp. 246-247, 333-461, especialmente p. 366.

[41] Maurice Godelier, "The Origins of Male Domination", *New Left Review (1981)*, núm. 127, p. 17.

[42] Gayatri Chakravorty Spivak, "Three Women's Texts and a Critique of Imperialism", *Critical Inquiry (1985)*, núm. 12, pp. 243-246. Véase también Kate Millett, *Sexual Politics*, Avon, Nueva York, 1969. Luce Irigaray lleva a cabo un análisis del funcionamiento de las referencias femeninas en los textos más importantes de la filosofía occidental en *Speculum of the Other Woman*, trad. por Gillian C. Gill, Cornell University Press, Ithaca, Nueva York, 1985.

[43] Natalie Zemon Davis, "Women on Top", *Society and Culture in Early Modern France*, Stanford University Press, Stanford, 1975, pp. 124-151.

[44] Caroline Walker Bynum, *Jesus as Mother: Studies in the Spirituality of the High Middle Ages*, University of California Press, Berkeley, 1982; Caroline Walker Bynum, "Fast, Feast and Flesh: The Religious Significance of Food to Medieval Women", *Representations (1985)*, núm. 11, pp. 1-25; Caroline Walker Bynum, "In-

troduction", *Religion and Gender: Essays on the Complexity of Symbols*, Beacon Press, Boston, 1987.

[45] Véase por ejemplo, T. J. Clark, *The Painting of Modern Life*, Knopf, Nueva York, 1985.

[46] La diferencia entre los teóricos estructuralistas y posestructuralistas sobre esta cuestión depende de lo abierta o cerrada que sea su visión de las categorías de la diferencia. Como los posestructuralistas no establecen un significado universal para las categorías ni para las relaciones entre ellas, parece que su enfoque nos conduce al tipo de análisis histórico por el que estoy abogando.

[47] Rachel Weil, "The Crown Has Fallen to the Distaff: Gender and Politics in the Age of Catherine de Medici", *Critical Matrix*, Princeton Working Papers in Women' Studies (1985), núm. 1. Véase también Louis Montrose, "Shaping Fantasies: Figurations of Gender and Power in Elizabethan Culture", *Representations (1983)*, núm. 1, pp. 61-94; y Lynn Hunt, "Hercules and the Radical Image in the French Revolution", *Representations (1983)*, núm. 1, pp. 95-117.

[48] Edmund Burke, *Reflections on the French Revolution* (1892), reimp. Nueva York, 1909), pp. 208-209 y 214. Véase Jean Bodin, *Six Books of the Commonwealth* (1606), reimp. Barnes and Noble, Nueva York, 1967; Robert Filmer, *Patriarchia and Other Political Works*, B. Blackwell, Oxford 1949; y John Locke, *Two Treatises of Government* (1690), reimp. Cambridge University Press, Cambridge, 1970. Véase también Elizabeth Fox-Genovese, "Property and Patriarchy in Classical Bourgeois Political Theory", *Radical History Review (1977)*, núm. 4, pp. 36-59; y Mary Lyndon Shanley, "Marriage Contract in Seventeenth Century English Political Thought", *Western Political Quarterly (1979)*, núm. 3, pp. 79-91.

[49] Estoy agradecida a Bernard Lewis por su referencia al Islam. Michel Foucault, *Histoire de la sexualité*, vol. 2, *L'Usage des plaisirs*, Gallimard, París, 1984. En español: Michel Foucault, *Historia de la sexualidad*, vol. 2, *El uso de los placeres*, Siglo XXI, México, 1986. Sobre las mujeres en la Atenas clásica, véase Marilyn Arthur, "'Liberated Woman': The Classical Era" en Renate Bridenthal y Claudia Koonz (comps.), *Becoming Visible: Women in European History* (Houghton Mifflin, Boston, 1977), pp. 75-78.

[50] Citado en Roderick Phillips, "Women and Family Breakdown in Eighteenth Century France: Rouen 1780-1800", *Social History (1976)*, núm. 2, p. 217.

[51] Sobre la Revolución francesa véase Darlene Gay Levy, Harriet Applewhite y Mary Durham Johnson (comps.), *Women in Revolutionary Paris (1789-1795)*, University of Illinois Press, Urbana, 1979, pp. 209-220. Sobre legislación soviética, véanse los documentos correspondientes en Rudolph Schlesinger, *Changing Attitudes in Soviet Russia: Documents and Readings, vol. I, The Family in the USSR*, Routledge and Kegan Paul, Londres, 1949, pp. 62-71, 251-254. Sobre política nazi véase Tim Mason, "Women in Nazi Germany", *History Workshop (1976)*, vol. I, pp. 74-113,

y Tim Mason, "Women in Germany (1925-1940): Family, Welfare and Work", *History Workshop (1976)*, vol. 2, pp. 5-32.

[52] Elizabeth Wilson, *Women and the Welfare State*, Tavistock, Londres, 1977; Jane Jenson, "Gender and Reproduction"; Jane Lewis, *The Politics of Motherhood: Child and Maternal Welfare in England (1900-1939)*, Croom Helm, Londres, 1980; Mary Lynn McDougall, "Protecting Infants: The French Campaign for Maternity Leaves (1890-1913)", *French Historical Studies (1983)*, vol. 13, pp. 79-105.

[53] Acerca de los visionarios ingleses véase Barbara Taylor, *Eve and the New Jerusalem*, Pantheon, Nueva York, 1983.

[54] Louis Devance, "Femme, famille, travail et morale sexuelle dans l'idéologie de 1848", *Mythes et représentations de la femme au XIXe siècle*, Champion, París, 1977; Jacques Rancière y Pierre Vauday, "En allant à l'expo: l'ouvrier, sa femme et les machines", *Les révoltes logiques (1975)*, vol. I, pp. 5-22.

[55] Gayatri Chakravorty Spivak, "'Draupadi' by Mahasveta Devi", *Critical Inquiry (1981)*, vol. 8, pp. 381-401; Homi Bhabha, "Of Mimicry and Man: The Ambivalence of Colonial Discourse", *October (1984)*, vol. 28, pp. 125-133; Karin Hausen, "The German Nation's Obligations to the Heroes' Widows of World War I", en Margaret R. Higonnet y cols., *Behind the Lines: Gender and the Two World Wars*, Yale University Press, New Haven, 1987, pp. 126-140. Véase asimismo Ken Inglis, "The Representation of Gender on Australian War Memorials", *Daedalus (1987)*, núm. 116, pp. 35-59.

[56] Acerca de la Revolución francesa véase Levy y cols., *Women in Revolutionary Paris*. Sobre la revolución americana véase Mary Beth Norton, *Liberty's Daughters: The Revolutionary Experience of American Women*, Little, Brown, Boston, 1980; Linda Kerber, *Women of the Republic*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1980; Joan Hoff Wilson, "The Illusion of Change: Women and the American Revolution", en Alfred Young (comp.), *The American Revolution: Explorations in the History of American Radicalism*, Northern Illinois University Press, Dekalb, 1976, pp. 383-446. Sobre la Tercera República francesa véase Steven Hause, *Women's Suffrage and Social Politics in the French Third Republic*, Princeton University Press, Princeton, 1984. Un tratamiento muy interesante de un caso reciente se encuentra en Maxime Molyneux, "Mobilization without Emancipation? Women's Interests, the State and Revolution in Nicaragua", *Feminist Studies (1985)*, vol. II, pp. 227-254.

[57] Sobre las políticas a favor de la natalidad véase Riley, *War in the Nursery*, and Jenson, "Gender and Reproduction". Para la década de los años veinte se pueden consultar los ensayos de *Stratégies des femmes*, Éditions Tierce, París, 1984.

[58] Para conocer diferentes interpretaciones acerca del impacto de Nueva York en las mujeres, véase Louise A. Tilly y Joan W. Scott, *Women, Work and Family*, Holt,

Rinehart and Winston, Nueva York, 1978; Methuen, 1987; Thomas Dublin, *Women at Work: The Transformation of Work and Community in Lowell, Massachussetts (1826-1860)*, Columbia University Press, Nueva York, 1979; y Edward Shorter, *The Making of the Modern Family*, Basic Books, Nueva York, 1975.

59 Véase por ejemplo, Margaret Rossiter, *Women Scientists in America: Struggles and Strategies to 1914*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1982.

60 Luce Irigaray, "Is the Subject of Science Sexed?", *Cultural Critique (1985)*, vol. I, pp. 73-88.

61 Louis Crompton, *Byron and Greek Love: Homophobia in Nineteenth-Century England*, University of California Press, Berkeley, 1985. La misma cuestión se aborda en Jeffrey Weeks, *Sex, Politics and Society: The Regulation of Sexuality since 1800*, Leyman, Londres, 1981.

III. Sobre lenguaje, género e historia de la clase obrera

1 Véase la introducción de los compiladores sobre "Language, Work and Ideology", *Radical History Review* (1986), vol. 34, núm. 3: "Como radicales que somos, nos interesamos en los lenguajes del poder y la desigualdad: en cómo las palabras expresan y ayudan a construir la dominación y la subordinación". La combinación del "lenguaje" y las "palabras" es precisamente el problema que hay que evitar, y el que abordaré en este ensayo. Véase también la crítica de Christine Stansell a este ensayo en *International Labor and Working Class History (1987)*, núm. 31, pp. 24-29.

2 Aquí es importante señalar que el hecho de estar a favor de las mujeres —o sea, a favor de las mujeres en la profesión e incluso a favor de la historia de las mujeres— no es contradictorio con el hecho de ser antifeminista, es decir, con el hecho de oponer un análisis filosófico que intenta explicar la subordinación de las mujeres en términos de desigualdades de poder tal como los sistemas de relaciones sociales, incluyendo a la misma clase, las han construido. Las protestas contra el feminismo provienen muy a menudo de gente que manifiesta una gran simpatía por las mujeres; simplemente no les gusta tener que volver a interpretar la historia que ellos emprenden tomando en cuenta los análisis feministas.

3 G. S. Jones, *Languages of Class: Studies in English Working Class History (1832-1982)*, Cambridge University Press, Cambridge, 1983. En español: *Lenguajes de clase: estudios sobre la clase obrera*, Siglo XXI, Madrid, 1989.

4 William Sewell, Jr., ha manifestado una lógica similar en el estudio entre los trabajadores franceses en el mismo periodo. Véase su obra *Work and Revolution in*

France: The Language of Labor from the Old Regime to 1848, Cambridge University Press, Nueva York, 1980. En español: *Trabajo y revolución en Francia: el lenguaje del movimiento obrero desde el Antiguo Régimen hasta 1948*, Santillana, Madrid, 1992.

[5] La especialista de teoría política Carole Pateman sostiene que lo que estaba en juego en la teoría liberal y en los conceptos de fraternidad no era sólo la propiedad masculina en general, sino la propiedad (sexual) de los hombres con respecto a los cuerpos de las mujeres. Véase *The Sexual Contract* (inédito, 1988). Español: *El contrato sexual*, Anthropos/UAM-Iztapalapa, Barcelona, 1995.

[6] Barbara Taylor, *Eve and the New Jerusalem: Socialism and Feminism in the Nineteenth Century*, Pantheon, Nueva York, 1983.

[7] Sobre las mujeres en la época del Cartismo véase Dorothy Thompson, "Women and Nineteenth Century Radical Politics: A Lost Dimension", en Juliet Mitchell y Ann Oakley (comps.), *The Rights and Wrongs of Women*, Pelican, Londres, 1976, pp. 112-138.

[8] Sally Alexander, "Women, Class and Sexual Difference", *History Workshop (1984)*, núm. 17, pp. 125-149.

[9] Eileen Yeo, "Some Practices and Problems of Chartist Democracy", en J. Epstein y D. Thompson (comps.), *The Chartist Experience: Studies in Working-Class Radicalism and Culture (1830-1860)*, Macmillan, Londres, 1982, pp. 345-380.

IV. Las mujeres en *La formación de la clase obrera en Inglaterra*

[1] Edward P. Thompson, *La formación histórica de la clase obrera: Inglaterra, 1780-1832*, vol. 1, trad. por Angel Abad, Laia, Barcelona, 1977, p. 12.

[2] Fredric Jameson, *The Political Unconscious: Narrative as a Symbolic Act*, Cornell University Press, Ithaca, Nueva York, 1981, p. 19.

[3] Sobre este punto véase Jacques Rancière, "The Myth of the Artisan: Critical Reflections on a Category of Social History", *International Labor and Working Class History (1983)*, núm. 24, pp. 1-16.

[4] Edward P. Thompson, *La formación histórica...*, vol. 1, p. 210.

[5] Edward P. Thompson, "Outside the Whale", *Out of Apathy*, New Left Books, Londres, 1960, p. 152.

[6] Edward P. Thompson, *La formación histórica...*, vol. 1, p. 8.

[7] Sobre el problema de la experiencia en *La formación histórica*, véase William Sewell, Jr., "How Classes Are Made: Critical Reflection on E. P. Thompson's Theory of Working-Class Formation", en Harvey J. Kaye y Keith McClelland (comps.), *E. P.*

Thompson: Critical Debates, Oxford University Press, Oxford, 1987. Véase también Sande Cohen, *Historical Culture: On the Recoding of an Academic Discipline*, University of California Press, Berkeley, 1986, pp. 174-229.

[8] "Interview with E. P. Thompson", en MARHO, *Visions of History*, Pantheon, Nueva York, 1983, p. 7.

[9] *Ibid.*

[10] Thompson, "Outside the Wale", pp. 174-175.

[11] Thompson, *La formación histórica*, vol. 1, p. 10.

[12] *Ibid.*, p. 9.

[13] *Ibid.*, p. 11.

[14] *Ibid.*

[15] *Ibid.*, p. 20.

[16] *Ibid.*, vol. 2, p. 325.

[17] *Ibid.*, p. 324.

[18] *Ibid.*, p. 325.

[19] *Ibid.*, vol. 3, p. 391.

[20] Ivy Pinchbeck, *Women Workers and the Industrial Revolution*, Routledge and Kegan Paul, Londres, 1930.

[21] Thompson, *La formación histórica*, vol. 2, p. 323.

[22] Thompson, "Outside the Wale", p. 173.

[23] *Ibid.*

[24] Thompson, *La formación histórica*, vol. 1, p. 8.

[25] *Ibid.*, vol. 2, p. 287.

[26] *Ibid.*, vol. 3, p. 468.

[27] *Ibid.*, vol. 2, p. 286.

[28] E. J. Hobsbawm, "Methodism and the Threat of Revolution", *History Today (1957)*, núm. 7, p. 124, y Hobsbawm, *Primitive Rebels: Studies in Archaic Forms of Social Movements in the Nineteenth and Twentieth Centuries*, Norton, Nueva York, 1959, pp. 106-107; Barbara Taylor, *Eve and the New Jerusalem: Socialism and Feminism in the Nineteenth Century*, Pantheon, Nueva York, 1983; Deborah M. Valenze, *Prophetic Sons and Daughters*, Princeton University Press, Princeton, 1985.

[29] Thompson, *La formación histórica*, vol. 3, p. 393.

[30] Véase Neil Hertz, "Medusa's Head: Male Hysteria under Political Pressure", *Representations (1983)*, núm. 4, pp. 27-54, para un enfoque psicoanalista en este tipo de análisis.

[31] Thompson, *La formación histórica*, vol. 3, p. 357.

[32] "Interview", p. 10.

[33] Thompson, *La formación histórica*, vol. 3, p. 530.

[34] E. P. Thompson, *William Morris: Romantic to Revolutionary*, Pantheon, Nueva York, 1977, p. 695.

[35] *Ibid.*, p. 721.

[36] *Ibid.*, pp. 793, 803.

[37] Henry Abelove, "Review Essay: *The Poverty of Theory* by E. P. Thompson", *History and Theory (1982)*, núm. 21, pp. 132-142. Para tener una visión de la vida en la CP británica, véase Raphael Samuel, "Staying Power: The Lost World of British Communism, Part II", *New Left Review (1986)*, núm. 156, pp. 63-113.

[38] Abelove, "Review Essay", pp. 138-139.

[39] Thompson, "Outside the Wale", p. 152.

[40] Abelove, "Review Essay", p. 138.

[41] Éste es un amplio compendio en el cual incluyo mi propio trabajo, Tilly y Scott, *Women, Work and Family*, Holt, Rinehart and Winston, Nueva York, 1978; Methuen, 1987. Véase también las notas del capítulo 1 de este libro, en concreto la núm. 4.

[42] Barbara Taylor, "Socialist Feminism: Utopian or Scientific?" en Raphael Samuel (comp.), *People's History and Socialist Theory*, Routledge and Kegan Paul, Londres, 1981, p. 163. Véase también Taylor, *Eve and the New Jerusalem*, Pantheon, Nueva York, 1983.

[43] Michel Foucault, *La arqueología del saber*, Siglo XXI, México, 1970; y su "Nietzsche, Genealogy, History" en Donald F. Bouchard y Sherry Simon (comps. y trads.), *Language, Counter-Memory, Practice: Selected Essays and Interviews*, Cornell University Press, Ithaca, Nueva York, 1977, pp. 139-164.

[44] Sally Alexander, "Women, Class and Sexual Difference", *History Workshop (1984)*, núm. 17, pp. 125-149.

[45] Acerca de los "sistemas duales" véase Jane Jenson, "Gender and Reproduction: Or Babies and the State", artículo inédito, 1985, p. 21; Heidi Hartmann, "Capitalism, Patriarchy and Job Segregation by Sex", *Signs (1976)*, núm. 1, pp. 137-170.

[46] Jane Lewis, "The Debate on sex and Class", *New Left Review (1985)*, núm. 149, p. 120.

[47] Denise Riley, "Does a Sex Have a History? 'Women' and Feminism", *New Formations (1987)*, núm. 1, p. 35.

V. Identidades masculinas y femeninas en el ámbito laboral

[1] Véase por ejemplo, Bernard Moss, *The Origins of the French Labor Movement 1830-1914: The Socialism of Skilled Workers*, University of California Press, Berkeley, 1976;

William H. Sewell, Jr., *Work and Revolution in France: The Language of Labor from the Old Regime to 1848*, Cambridge University Press, Nueva York, 1980; Robert J. Bezucha, *The Lyon Uprising of 1834: Social and Political Conflict in a Nineteenth Century City*, Harvard University Press, Cambridge, Massachussets, 1974; Joan W. Scott, *The Glassworkers of Carmaux: French Craftsmen and Political Action in a Nineteenth Century City*, Harvard University Press, Cambridge, Massachussets, 1974; Charles Tilly y Lynn Lees, "Le peuple de juin 1848", *Annales ESC (1974)*, núm. 29, pp. 1061-1091. Las investigaciones francesas comprenden los siguientes trabajos: Maurice Agulhon, *Une ville ouvrière au temps du socialisme utopique: Toulon de 1815 à 1851*, Mouton, París y The Hague, 1970; Yves Lequin, *Les ouvriers de la région lyonnaise (1848-1912)*, 2 vols., Presses Universitaires de Lyon, Lyon, 1977; Roland Trempé, *Les mineurs de Carmaux 1848-1914*, 2 vols., Les Éditions Ouvrières, París, 1971. Jacques Rancière presenta un punto de vista divergente sobre las protestas obreras en *La nuit des prolétaires: archives du rêve ouvrier*, Fayard, París, 1981.

[2] Sobre la historia de las mujeres véase "Travaux de femmes dans la France du XIXe siècle", número especial de *Le Mouvement Social (1978)*, núm. 5. Véase también Louise Tilly, "Paths of Proletarianization: Organization of Production, Sexual Division of Labor and Women's Collective Action", *Signs (1981)*, núm. 7, pp. 400-417; Michelle Perrot, *Les Ouvriers en grève: France 1871-1890*, Mouton, París y The Hague, 1974) pp. 318-330. Una fuente valiosísima sobre el tema de las mujeres obreras en Francia: Madeleine Guilbert, *Les fonctions des femmes dans l'industrie*, Mouton, París y The Hague, 1966).

[3] Georges Duveau, *La vie ouvrière en France sous le Second Empire*, Gallimard, París, 1946, p. 211.

[4] Christopher Johnson, "Economic Change and Artisan Discontent: The Tailors' History, 1800-1848", en Roger Price (comp.), *Revolution and Reaction: 1848 and the Second French Republic*, Croom Helm, Londres, 1975, pp. 87-114; Christopher Johnson, "Patterns of Proletarianization: Parisian Tailors and Lodève Workers", en John Merriman (comp.), *Consciousness and Class Experience in Nineteenth-Century Europe*, Holmes and Meier, Nueva York, 1979, pp. 65-84; Christopher Johnson, *Utopian Communism in France: Cabet and the Icarian Mouvement*, Cornell University Press, Ithaca, Nueva York, 1974, pp. 156-157, 183, 200-201; J. P. Aguet, *Les grèves sous la Monarchie de Juillet, 1830-1847*, Droz, Genova, 1954; Direction du Travail, *Les Associations professionnelles ouvrières*, núm. 2, París, s/f, pp. 601-667; Octave Festy, "Dix années de l'histoire corporative des ouvriers tailleurs d'habits (1830-1840)", *Revue d'Histoire des doctrines économiques et sociales (1912)*, pp. 166-199.

[5] Rémy Gossez, *Les ouvriers de Paris: l'organisation (1848-1851)*, Société d'Histoire de la Révolution de 1848, París, 1967, p. 172. Henriette Vanier, *La mode et ses métiers: frivolités et luttes des classes, 1830-1870*, Armand Colin, París, 1960, pp. 75-90, 107-124;

Maite Albistur y Daniel Armogathe, *Histoire du féminisme français*, vol. II, Éd. des Femmes, París, 1977, pp. 455-464; Claire Moses, "Saint-Simonian Men/Saint-Simonian Women: The Transformation of Feminist Thought in 1830s France", *Journal of Modern History (1982)*, núm. 2, pp. 240-267; Lydia Elhadad, "Femmes prénommées: Les prolétaires saint-simoniennes rédactrices de 'La Femme libre' 1832-1834", *Les Révoltes logiques (1977)*, núm. 4, pp. 63-88 y (1977), núm. 5, pp. 29-60. Laure Adler, *À l'aube du féminisme: les premières journalistes (1830-1850)*, Payot, París, 1979; Susan Hellerstein, "Journalism as a Political Tool: The St-Simonian Working-Class Feminist Movement" (Honors thesis), Brown University, 1981; Sebastien Charlety, *Essai sur l'histoire du St-Simonisme*, s/e, París, 1896. El periódico sansimoniano de las mujeres tenía varios títulos: *La Femme libre, La Femme d'avenir, La Femme nouvelle, Apostolat des femmes*. He adoptado el empleo que hace de ellos Claire Moses para minimizar las confusiones; Moses, "Saint-Simonian Men/ Women", p. 252, n. 27).

6 *Le Journal des Tailleurs*, 15 de septiembre de 1848, p. 175.

7 *Ibid.*, 16 de marzo de 1848, p. 48.

8 *Ibid.*, 16 de agosto de 1848, p. 132.

9 Pierre Vidal, *Histoire de la corporation des tailleurs d'habits, pourpointeurs-chaussetiers de la ville de Paris*, París, 1923, p. 50.

10 Para una explicación de la historia del oficio véase "Délégations ouvrières à l'Exposition Universelle de Londres en 1862", París, 1863, *Rapport des délégués tailleurs*, p. 6.

11 George Rudé, "La population ouvrière parisienne de 1789 à 1791", *Annales Historiques de la Révolution Française (1967)*, núm. 39, pp. 15-33; Léon Cahen, "La Population parisienne au milieu du XVIIIe siècle", *La Revue de Paris (1919)*, núm. 16, pp. 148-170; J. Kaplow, *The Names of Kings: The Parisian Laboring Poor in the Eighteenth Century*, Basic Books, Nueva York, 1972; François Furet, "Pour une définition des classes inférieures à l'époque moderne", *Annales ESC (1963)*, núm. 18, pp. 462 y 466; Maurice Garden, *Lyon et les lyonnaises au dix-huitième siècle*, Les Belles Lettres, París, 1970; Olwen Hufton, "Women and the Family Economy in Eighteenth-Century France", *French Historical Studies (1975)*, núm. 9, pp. 1-22; Michael Sonenscher, "Work and Wages in Paris in the Eighteenth Century", en M. Berg, P. Hudson y M. Sonenscher (comps.), *Manufacture in Town and Country Before the Factory*, Cambridge University Press, Cambridge, 1983, pp. 147-172; y Michael Sonenscher, "Journeymen, the Courts and the French Trades, 1781-1791", *Past and Present (1987)*, núm. 114, pp. 77-109.

12 Para el término *appièceur* he empleado la ortografía que aparece en la encuesta de la Cámara de Comercio. El diccionario francés Robert lo registra como *apièceur* y dice que su uso como nombre apareció, por vez primera, en 1836.

[13] Jeffry Kaplow, *The Names of Kings*, p. 36; Cahen, "La Population parisienne", pp. 154-155.

[14] Sobre la historia del término *confection*, véase Le Vicomte Georges Avenel, *Le Mécanisme de la vie moderne*, París, 1896, pp. 31-32; *À propos du centenaire de la belle jardinière*, París, 1924; Pierre Parisot, fundador de *La Belle Jardinière*, describió sus operaciones al ministro de agricultura y comercio, 2 de julio de 1848, Archives Nationales (AN) F12, 2337-2338. Acerca de los cambios en el oficio véase Johnson, "Economic Change and Artisan Discontent", pp. 95-96; Johnson, "Patterns of Proletarianizations", p. 68; Michael Kirby, "Changing Structure in the Parisian Tailoring Trades, 1830-1867" (tesis de maestría), Universidad del Norte de Carolina, Chapel Hill, 1979, pp. 28, 36; Cámara de Comercio de París, *Statistique de l'Industrie à Paris, 1860*, París, 1864, p. 313. Cámara de Comercio de París, *Statistique de l'industrie à Paris, 1847-1848*, 2 vols., París, 1851, vol. II, pp. 293, 294, 298.

[15] Cámara de Comercio de París, *Statistique 1847-1848*, vol. II, pp. 66, 285, 293-297; Cámara de Comercio de París, *Statistique 1860*, París, 1861, p. 310; *Rapport des délégués tailleurs (1862)*, p. 19; Frédéric Le Play, *Les Ouvriers européens*, vol. VI, París, 1878, cap. 8, "Tailleur d'habits de Paris (1856)", pp. 388-441; véase también Albert Aftalion, *Le développement de la fabrique à domicile dans les industries de l'habillement*, Librairie de la Société du Recueil J.-B. Siray et du Journal du Palais, París, 1906, p. 6.

[16] *Le Journal des tailleurs*, 16 de marzo de 1848.

[17] Aguet, *Les Grèves*, pp. 75-90, 130-139, 169, 239, 240, 241; *Associations professionnelles ouvrières*, vol. II, pp. 601-605; Johnson, "Economic Change and Artisan Discontent", pp. 103-109; Vanier, *La mode et ses métiers*, pp. 63-70, AN, CC 585 (1833-1834); R. Grignon, *Réflexions d'un ouvrier tailleur sur la misère des ouvriers en géneral*, París, 1833.

[18] Archives Nationales (AN), C 930 C2394; Cámara de Comercio de París, *Statistique 1847-1848*, vol. II, p. 74; AN, C 930 dos. 5 (23 de abril de 1848); Bibliothèque Historique de la Ville de Paris, Papiers E. Cabet, Folio 372; Tacheux, "Aux membres composant la commission des ouvriers tailleurs" (1848); Gillard, *Revue anécdotique des associations ouvrières*, París, 1850, citado en Jacques Rancière, *La nuit des prolétaires*, p. 310. Véase también André Cochut, *Les Associations ouvrières: histoire et théorie des tentatives de réorganisation industrielle opérée depuis la Révolution de 1848*, París, 1851, p. 43, y Vanier, *La mode et ses métiers*, pp. 117-119.

[19] *Le Journal des tailleurs*, 15 de septiembre de 1848, p. 175.

[20] *Ibid.*, 1 de abril de 1848, p. 59.

[21] Charles Dupin, *Discussions du projet de loi sur le travail des enfants, des adolescents, des filles et des femmes*, París, 1848, p. 27.

[22] Lemann, fabricante de ropa confeccionada, *De l'industrie des vêtements confectionnés en France*, París, 1857, pp. 34-35.

[23] *Rapport des délégués tailleurs (1862)*, pp. 202-211. Véase también AN, C2257 cos. 4772, "Petition des tailleurs d'habits à l'Assamblée Nationale" (1848); y AN, C2394 dos. 683, París, 3 de octubre de 1849, carta de Gautier, sastre, a los representantes nacionales.

[24] *Rapport des délégués tailleurs, op. cit.*, p. 21.

[25] Véase por ejemplo, la carta del editor de ideas proudhonianas, Louis Vasbenter a Flora Tristan, escrita en 1843, "La vie de la femme est la vie du ménage, la vie domestique, la vie intérieure". Alain Faure y Jacques Rancière, *La Parole ouvrière, 1830-1851*, Union Générale d'Éditions, París, 1976, p. 199. Véase también el comentario en *L'Atelier*, citado en Vanier, *La mode et ses métiers*, p. 78. Véase Louis Devance, "Femme, famille et morale sexuelle dans l'idéologie de 1848", en *Mythes et représentations de la femme au XIXe siècle*, Champion, París, 1977, p. 99, sobre la preferencia de los trabajadores por los modelos patriarcales de Cabet y Proudhon por encima de los de Charles Fourier y Saint-Simon.

[26] Sobre las historias de las mujeres que trabajaban en el sector del vestido véase J. Barbaret, *Monographies professionnelles*, vol. V, "Les couturières", París, 1890, pp. 260-261. Gaston Worth, *La couture et la confection des vêtements de femme*, París, 1895, p. 9. Sobre la historia de la corporación de *couturières*, véase G. Levasnier, *Papiers de famille professionnelle, l'ancienne communauté des couturières de Paris et le syndicat actuel de l'aiguille 1675-1895*, Blois, 1896. Véase también Cámara de Comercio de París, *Statistique 1847-1848*, vol. II, pp. 249, 293; Vanier, *La Mode et ses métiers*, pp. 75-90; Aftalion, *La fabrique à domicile*, *passim*; A. Parmentier, *Les Métiers et leur histoire*, Armand Colin, París, 1908; y "Tailleurs et couturières", pp. 45-51. Sobre la cuestión más general de la construcción social del concepto de competencia, véase Charles More, *Skill and the English Working Class, 1870-1914*, Croom Helm, Londres, 1980; Veronica Beechey, "The Sexual Division of Labour and the Labour Process", *The Degradation of Work*, Hutchinson, Londres, 1982; Anne Phillips y Barbara Taylor, "Sex and Skill: Notes Towards a Feminist Economics", *Feminist Review (1980)*, núm. 6, pp. 78-88.

[27] Sobre el feminismo en 1848, véase Claire G. Moses, *French Feminism in the Nineteenh Century*, State University of New York Press, Albany, 1984, cap. 6. Sobre el estatus del discurso feminista véase Richard Terdiman, *Discouse/Counter Discourse: The Theory and Practice of Symbolic Resistance in Nineteenth-Century France*, Cornell University Press, Ithaca, Nueva York, 1985, pp. 72-74.

[28] Barbaret, *Monographies professionnelles*, vol. V, p. 266; Cámara de Comercio de París, *Statistique 1847-1848*, vol. II, p. 66; *La Voix des Femmes*, 3 de abril de 1848;

Alfred Picard, *Exposition Internationale de 1900 à Paris: le bilan d'un siècle 1801-1900*, Imprimerie Nationale, París, 1906, vol. IV, pp. 412-416.

[29] *La Voix des Femmes*, 15 de abril de 1848.

[30] *Ibid.*

[31] *Ibid.*

[32] *Ibid.*, 22 de marzo; 31 de marzo y 15 de abril de 1848.

[33] *Ibid.*, 21 de abril de 1848.

[34] Vanier, *La Mode et ses métiers*, p. 114.

[35] *Ibid.*, p. 112; *La Voix des Femmes*, 18 de abril de 1848; Gossez, *Les Ouvriers de Paris*, pp. 170-171.

[36] Vanier, *La Mode et ses métiers*, pp. 115-116; Octave Festy, *Procès verbaux du conseil d'encouragement pour les associations ouvrières, 11 juillet 1848-1824 octobre 1849*, París, 1917, pp. 96, 106-107; Julie Daubié, *La femme pauvre au XIXe siècle*, París, 1866, pp. 47-48.

[37] *La Voix des Femmes*, 26 de abril de 1848 y 30 de mayo de 1848.

[38] *Ibid.*, 1-4 de junio de 1848.

[39] *Ibid.*, 10 y 11 de abril de 1848. La sansimoniana Suzanne Voilquin escribió: "¡Dénle importancia a su título de madres para clamar a favor de su igualdad respecto de los hombres y por el derecho de tener vía libre en esta tierra. Maternidad!...", citado en Susan Grogan, "Charles Fourier, las sansimonianas y Flora Tristan: sobre la naturaleza y el rol de las mujeres" (tesis de doctorado, inédita), Murdoch University, Australia, 1986, p. 227.

[40] *La Voix des Femmes*, 18 de abril de 1848.

[41] *La Voix des Femmes*, 18 de abril de 1848.

[42] E. Cabet, *La Femme*, París, 1841, p. 19.

[43] Sobre la historia de la formación de las mujeres en el movimiento sansimoniano, véase Moses, "Saint-Simonian Men/Women", p. 25; Moses, *French Feminism*, pp. 41-60; Elhadad, "Femmes prénommées"; Adler, *À l'aube du féminisme*; y Suzanne Voilquin, *Souvenirs d'une fille du peuple*, Maspero, París, 1978. Véase asimismo Kari Weil, "Male/Female and the New Morality of the Saint-Simoniennes"(inédito), Pembroke Center for Teaching and Research on Women, 1987.

[44] Citado en Johnson, *Utopian Communism*, p. 90.

[45] *Ibid.*, p. 85.

[46] Faure y Rancière, *La parole ouvrière*, pp. 384-395.

[47] *La Voix des Femmes*, 26 de marzo de 1848.

[48] Sobre las variedades de usos véase por ejemplo, Devance, "Femme, famille, travail"; Jacques Rancière y Patrice Vauday, "En allant à l'Expo: l'ouvrier, sa femme et les machines", *Les Révoltes Logiques (1975)*, núm. 1, pp. 5-22; Michelle Perrot,

"L'Éloge de la ménagère dans le discours des ouvriers français au XIXe siècle", *Mythes et représentations de la femme au XIXe siècle*, pp. 105-121; Christine Dufrancatel, "La femme imaginaire des hommes: politique, idéologie et imaginaire dans le mouvement ouvrier", en Dufrancatel y col., *L'Histoire sans qualités*, Éditions Galilée, París, 1979, pp. 157-186; Christine Dufrancatel, "¿Les amants de la liberté? Stratégies de femme, luttes républicaines, luttes ouvrières", *Les Révoltes Logiques (1977)*, núm. 5, p. 76.

[49] Louis Réné Villermé, *Tableau de l'état physique et moral des ouvriers employés dans les manufactures de coton, de laine et de soie*, 2 vols., París, 1840; Honoré Antoine Frégier, *Des classes dangereuses dans la population des grandes villes et des moyens de les rendre meilleures*, 2 vols., París, 1840. Sobre la propia Academia, véase Ernest Seillière, *Une académie à l'époque romantique*, E. Leroux, París, 1926. Véase también Hilde Rigaudis-Weiss, *Les enquêtes ouvrières en France entre 1830 y 1848*, Presses Universitaires de France, París, 1936. Algunos estudios que discuten los puntos de vista de los reformadores acerca de la familia obrera: Louis Chevalier, *Classes laborieuses et classes dangereuses à Paris pendant la première moitié du XIXe siècle*, Plon, París, 1958, y Jacques Donzelot, *La police des familles*, Éditions de Minuit, París, 1978.

VI. El mundo del trabajo a través de las estadísticas

[1] Véase por ejemplo, Keith Michael Baker, *Condorcet: From Natural Phylosophy to Social Mathematics*, University of Chicago Press, Chicago, 1975.

[2] Louis Frégier, *Des classes dangereuses*, París, 1840, núm. 1, p. 59, citado en Michelle Perrot, *Enquête sur la condition ouvrière en France au XIXe siècle*, Hachette, París, 1972, p. 26. Véase también las discusiones de siempre sobre estas cuestiones en Louis Chevalier, *Classes laborieuses et classes dangereuses à Paris pendant la première moitié du XIXe siècle*, Plon, París, 1958.

[3] Alexandre J. B. Parent-Duchâtelet, *De la prostitution*, París, 1836, núm. 1, p. 22, citado en Perrot, *Enquête*, p. 31.

[4] Citado en Gérard Leclerc, *L'Observation de l'homme: une histoire des enquêtes sociales*, Seuil, París, 1979, p. 184.

[5] *L'Atelier*, octubre de 1840, núm. 2, p. 13.

[6] Podría enlistar más ejemplos, pero quizá sea mejor hacer un ejercicio de autocrítica. En la mayor parte de mis trabajos, y especialmente en *The lassworkers of Carmaux: French Craftsmen and Political Action in a Nineteenth Century City*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1974; y, *Women, Work and Family*,

donde comparto la autoría con Louise Tilly, Holt, Rinehart and Winston, Nueva York, 1978; y Methuen, 1987; y más recientemente en "Men and Women in the Parisian Garment Trades: Discussions of Family and Work in the 1830's and 40's", en P. Thane, G. Crossick y R. Floud (comps.), *The Power of the Past: Essays for Eric Hobsbawm*, Cambridge University Press, Cambridge, Massachusetts, 1984, pp. 67-93, he seguido el procedimiento de recoger los "hechos" de las fuentes estadísticas cuyas categorías, intenciones y políticas raras veces he examinado de forma crítica.

[7] Para la historia de estas investigaciones estadísticas véase Bertrand Gille, *Les sources statistiques de l'histoire de France: des enquêtes du XVIIe siècle à 1890*, Librairie Droz, Genova, 1964. Véase también Perrot, *Enquêtes*, y su prefacio a la nueva edición de Léon Bonneff y Maurice Bonneff, *La vie tragique des travailleurs*, Éditions Rivière, París, 1984; y T. Markovitch, "Statistiques industrielles et systèmes politiques", *Pour une histoire de la statistique*, Institut National de la Statistique et de Études Économiques, París, 1977, pp. 318-321. Marie-Noëlle Bourguet trata esta cuestión de forma original en "Race et folklore: l'image officielle de la France en 1800", *Annales ESC (1976)*, núm. 31, pp. 802-823, y su notable disertación "Déchiffrer la France: la statistique départementale à l'époque napoléonnienne", Université de La Sorbonne, Paris I. En lo referente al análisis crítico de las estadísticas, véase Michel de Certeau, "History: Science and Fiction", cap. 15 de sus *Heterologies: Discourse on the Other*, trad. por Brian Massumi, University of Minnesota Press, Minneapolis, 1986, en concreto pp. 208-210.

[8] Hilde Rigaudis-Weiss, *Les enquêtes ouvrières en France entre 1830 y 1848*, Les Presses Universitaires de France, París, 1936.

[9] Cámara de Comercio de París, *Statistique de l'Industrie à Paris, 1847-1848*, París, 1851. La *Statistique* se publicó en un solo volumen pero constaba de dos secciones numeradas inpendientemente. De ahora en adelante citaré el volumen con las siglas CCF, indicando la sección 1 o 2.

[10] Cámara de Comercio de París, *Centenaire de la Chambre de Commerce de Paris, 1803-1903*, París, 1903, p. 48.

[11] Adolphe Blanqui, citado en Perrot, *Enquêtes*, p. 16.

[12] *Le Moniteur Industriel*, 2 de julio de 1848.

[13] Archives Nationales, F12 2337, notas entregadas por los industriales de los distritos 8° y 9° de París, después de una reunión con el general Cavaignac, en julio de 1848.

[14] Archives Nationales, C926, "Procès verbaux des séances du Comité du commerce et de lindustrie".

[15] Consultar las referencias en Perrot, *Enquêtes*, p. 16, y en Leclerc, *Observation*, pp. 202-203. Véase también F. de Luna, *The French Republic under Cavaignac, 1848*, Princeton University Press, Princeton, 1969.

[16] *Le Moniteur Industriel*, 2 de julio de 1848.

[17] Sobre esta historia, véase Gille, *Sources*, pp. 151-211.

[18] CCP, núm. 1, pp. 11-15.

[19] Louis R. Villermé, *Tableau de l'état physique et moral des ouvriers employés dans les manufactures de coton, de laine et de soie*, 2 vols., París, 1840, núm. 2, pp. 93 y 358, citado en Rigaudis-Weiss, Enquêtes, p. 111. Véase William Sewell, Jr., *Work and Revolution in France: The Language of Labor from the Old Regime to 1848*, Cambridge University Press, Nueva York, 1980, pp. 223-232, para conocer una interesante discusión sobre Villermé. Véase también William Coleman, *Death Is a Social Disease: Public Health and Political Economy in Early Industrial France*, University of Wisconsin Press, Madison, 1981; B.-P. Lécuyer, "Démographie, statistique et hygiène publique sous la monarchie censitaire", *Annales de démographie historique (1977)*, pp. 215-245; B.-P. Lécuyer, "Médecins et observateurs sociaux: les annales d'hygiène publique et de médecine légale, 1820-1850", *Pour une histoire de la statistique*, pp. 445-476; y Jan Goldstein, "Foucault among the Sociologists: The 'Disciplines' and the History of the Professions", *History and Theory (1984)*, núm. 23, pp. 170-192.

[20] Para más detalles, véase Rigaudis-Weiss, *Enquêtes*. Véase también Jacques Rancière, *La nuit des prolétaires: archives du rêve ouvrier*, Fayard, París, 1981; Alain Faure y Jacques Rancière, *La parole ouvrière, 1830-1851*, Union Générale d'Éditions, París, 1976.

[21] *Recherches statistiques de la ville de Paris*, 3 vols., París, 1823-1829.

[22] *Statistique de la France: industrie*, 4 vols., París, 1847-1852. Sobre la historia de este esfuerzo, véase Gille, *Sources*, pp. 200-203.

[23] *Le Journal du peuple*, 8 de junio de 1841, citado en Rigaudis-Weiss, *Enquêtes*, p. 170.

[24] *Le Populaire*, noviembre de 1844, citado en Rigaudis-Weiss, *Enquêtes*, p. 173. Véase su extensa discusión sobre el tema, en pp. 169-178.

[25] Rigaudis-Weiss, *Enquêtes*, pp. 191-193; y Leclerc, *Observation*, pp. 197-204.

[26] Archives Nationales, C943, "Assemblée constituante, enquête sur le travail agricole et industriel", Ley del 25 de mayo de 1848.

[27] Archives Nationales, C925, "Procès verbaux du Comité du travail", 3 vols., mayo de 1848-marzo de 1849. Es una fuente importante, con multitud de detalles, sobre el trabajo del comité encargado de realizar la *enquête*, iniciada en mayo de 1848.

[28] CCP, núm. 1, pp. 18-19 y 21.

[29] Este tipo de asociación entre algunas clasificaciones de actividades económicas y la política conservadora caracterizó por mucho tiempo los debates acerca de la economía francesa. En 1841, los editores del periódico obrero *L'Atelier* rechazaron con amargura las conclusiones del barón Charles Dupin, de esta manera: "Además

de lo anterior, vemos que actualmente hay en Francia 1 416 000 jefes de industria (chefs d'industrie). En esta cifra están incluidos, por supuesto, una multitud de hombres que a pesar de estar a la cabeza de los talleres en Lyon se han visto reducidos a la misma posición que un obrero, propiamente hablando... Pero, déjennos admirar la competencia del barón de la industria. Éste estima que cada familia de propietarios de la tierra tiene cuatro miembros, al igual que las familias de los jefes de industria. Así pues, tenemos 24 millones de propietarios en Francia y más de seis millones de jefes de industria. En conclusión: quedan en Francia dos millones de incapacitados, holgazanes, indisciplinados y pendencieros, y estos son los hombres que quieren dictar leyes a la industria, que quieren elevar el precio del trabajo y que exigen, sin trabajar para ganársela, una parte de la propiedad de los demás. ¡Como usted mismo puede ver, lector, el fantasma está de regreso!"

[30] CCP, núm. 1, p. 11.

[31] En la p. 52 del *Centenaire de la Chambre de Commerce*, Cámara de Comercio de París, aparece Horace Say como director de la investigación, y Léon Say y Natalis Rondot como sus ayudantes (véase núm. 33, más abajo). Rondot era un economista especializado en el ramo de los textiles, editor de *Le Journal des Économistes*, y miembro de varias sociedades de economistas políticos. Se puede consultar el *Dictionnaire universel des contemporains*, París, 1861, p. 1512, para tener más información sobre él. En el mismo diccionario encontrarán, en la p. 1573, información biográfica sobre Horace Say. Véase también Horace Say, *Rapport du Comité Central d'instruction primaire*, París, 1845; Horace Say, *Études sur l'administration de la ville de Paris*, París, 1846; y P. Piazza, *Étude historique et critique sur l'organisation et le fonctionnement des tribunaux commerciaux en France*, Éditions Rousseau, París, 1918.

[32] Sobre Léon Say, véase G. Michel, *Léon Say*, París, 1899; y G. Picot, *Léon Say: Notice historique sur sa vie*, Hachette, París, 1901.

[33] Léon Say, *Discours prononcé à Mugron, à l'inauguration du monument élevé à la mémoire de Frédéric Bastia*, París, 1878, pp. 10-11.

[34] Jean-Baptiste Say, *Tratado de economía política*, trad. por Eliane Cazenave Tapie, Fondo de Cultura Económica, México, 2001, p. 16. Sobre el trabajo de J.-B. Say, véase E. Treilhac, *L'œuvre économique de J.-B. Say*, París, 1927; Michelle Perrot, "Premières mesures des faits sociaux: les débuts de la statistique criminelle en France, 1780-1830", *Pour une histoire de la statistique*, p. 134; C. Menard, "Trois formes de résistance aux statistiques: Say, Cournot, Walras", *Pour une histoire de la statistique*, pp. 417-420. Véase también Horace Say (comp.), *Édition nouvelle de J.-B. Say, Cours complet d'économie politique*, París, 1890.

[35] J.-B. Say, *Traité*, p. 586 [Esta parte pertenece al apartado "Épitome", del que no hay traducción al español.]

[36] *Ibid.*, p. 328.

[37] *Ibid.*, p. 592 [esta parte pertenece al apartado "Épitome", del que no hay traducción al español].

[38] CCP, núm. 2, pp. 206, 302 para tener otros ejemplos.

[39] CCP, núm. 1, p. 152.

[40] CCP, núm. 2, p. 239.

[41] CCP, núm. 2, p. 251.

[42] CCP, núm. 2, p. 339.

[43] CCP, núm. 2, p. 260.

[44] CCP, núm. 2, p. 302.

[45] CCP, núm. 2, p. 302.

[46] J.-B. Say, *Tratado de economía política*, p. 168.

[47] Sobre estos argumentos los mejores ejemplos se encuentran en R. Gossez, *Les ouvriers de Paris: l'organisation, 1848-1851*, Société d'Histoire de la Révolution de 1848, París, 1967.

[48] J.-B. Say, *Tratado de economía política*, pp. 72-77.

[49] CCP, núm. 1, p. 54.

[50] J.-B. Say, *Tratado de economía política*, pp. 328-333.

[51] CCP, núm. 2, pp. 194, 246, 277.

[52] CCP, núm. 1, pp. 52 y 54.

[53] Véase Chevalier, *Classes laborieuses et classes dangereuses*, p. 394.

[54] CCP, núm. 1, pp. 170-171, 141, 154, 170.

[55] CCP, núm. 1, p. 65.

[56] CCP, núm. 1, p. 65.

[57] CCP, núm. 1, p. 65.

[58] CCP, núm. 1, pp. 62-66.

[59] CCP, núm. 1, p. 63.

[60] CCP, núm. 1, p. 63; núm. 2, p. 206.

[61] CCP, núm. 1, p. 64.

[62] CCP, núm. 1, p. 106.

[63] CCP, núm. 1, p. 64.

[64] CCP, núm. 2, p. 277.

[65] CCP, núm. 2, pp. 83 y 110.

[66] CCP, núm. 1, p. 202.

[67] El siguiente paso consistió en examinar más de cerca el "estatus matrimonial" de los obreros, lo que quiso hacer el ministro de Comercio en 1849. Éste pidió datos estadísticos sobre el estado civil de los obreros de las 10 manufacturas más importantes de cada departamento ("état civil des ouvriers appartenant aux dix principaux

établissements manufacturiers dans chaque département"). Durante 1849-1850 se recogió dicha información y se envió a la oficina de estadísticas; hoy se conserva en Archives Nationales, F501. Parece que nunca se recogieron los datos del departamento del Sena, al menos no aparecen en los archivos.

[68] CCP, núm. 1, p. 186.

[69] CCP, núm. 1, p. 52.

[70] CCP, núm. 1, p. 160.

[71] CCP, núm. 2, p. 277.

[72] CCP, núm. 1, p. 163. Sobre la representación de amenazas políticas, por ejemplo las amenazas sexuales, y sobre el uso de las imágenes femeninas para llevarlas a cabo, véase Neil Hertz, "Medusa's Head: male hysteria under Political Pressure", *Representations (1983)*, núm. 4, pp. 27-54. Thérèse Moreau presenta una discusión sugerente e importante sobre los usos de la sexualidad femenina en el análisis político en *Le sang de l'histoire: Michelet, l'histoire et l'idée de la femme au* XIX*e siècle*, Flammarion, París, 1982.

[73] J.-B. Say, *Traité*, p. 446. Según esta perspectiva, como en muchas otras, Say comparte los puntos de vista de los fisiócratas como Quesnay.

[74] CCP, núm. 2, p. 252.

[75] CCP, núm. 2, p. 266.

[76] CCP, núm. 2, p. 260.

[77] CCP, núm. 1, pp. 201-204. Los detalles presentados en la sección sobre alojamientos equipados *(logements garnis)* son extremadamente completos, más que en cualquier otra sección del informe. Hay descripciones casa por casa, sobre lo que veían los inspectores en cada lugar, además de explicaciones sobre la vida de sus habitantes. Como esta sección aparece muy al final del informe, deja al lector con la impresión negativa de las vidas disipadas de los obreros de París.

[78] CCP, núm. 2, p. 272.

[79] CCP, núm. 1, p. 11; núm. 2, p. 272.

[80] Sobre la importancia, en estos informes científicos, del "ver", consultar Perrot, *Enquêtes*, pp. 11, 21, 26, 28; y sobre el significado de las categorías como modos de "disciplina", véase Foucault, *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión*, Siglo XXI, México, 1984.

[81] Véase nota 22, del cap. 7.

[82] Parece que las referencias a la sexualidad forman parte de un proceso más complicado de construcción de clase, en el cual las definiciones de la clase media contienen unas ideas de autocontrol sexual y tales definiciones dependen de ejemplos negativos o del "otro" social. En este caso, el "otro" social es la clase obrera; su "otredad" viene indicada mediante su representación femenina.

[83] Para más detalles, véase Perrot, *Enquêtes*, pp. 18-20, y su "Note sur le positivisme ouvrier", *Romantisme (1978)*, núms. 21-22, pp. 201-204; véase también A. Savoye, "Les continuateurs de Le Play au tournant du siècle", *Revue française de sociologie (1981)*, núm. 22, pp. 315-344.

VII. "¡OBRERA!, PALABRA SÓRDIDA, IMPÍA..."

[1] *The Second Empire: Art in France under Napoleon III*, Philadelphia Museum of Art, Filadelfia, 1978, p. 310.

[2] *Ibid.*, pp. 309-310.

[3] Claire G. Moses, *French Feminism in the Nineteenth Century*, State University of New York Press, Albany, 1984, pp. 151-172.

[4] Denise Riley, "'The Free Mothers': Pronatalism and Working Women in Industry at the End of the Last War in Britain", *History Workshop (1981)*, núm. 11, p. 110.

[5] Sobre la regulación de la prostitución, véase Alain Corbin, *Les filles de noce: misère sexuelle et prostitution aux XIXe et XXe siècles*, Aubier, París, 1978; y Jill Harsin, *Policing Prostitution in Nineteenth-Century Paris*, Princeton University Press, Princeton, 1985.

[6] Cámara de Comercio de París (CCP), *Statistique de l'Industrie à Paris, 1847-1848*, 2 vols., París, 1851, núm. 1, p. 11 (de ahora en adelante utilizaré las siglas CCP).

[7] A. Parent-Duchâtelet, *De la prostitution dans la ville de Paris*, 2 vols., París, 1836; vol. I, 1857, pp. 103-104, citado en Harsin, *Policing Prostitution*, p. 123.

[8] Parent-Duchâtelet, *De la prostitution*, citado en Thérèse Moreau, *Le sang de l'histoire: Michelet, l'histoire et l'idée de la femme au XIXe siècle*, Flammarion, París, 1982, p. 77. Moreau señala que el editor de la tercera edición de la obra de Parent insistió en que el gusto por la lujuria era la única causa de prostitución.

[9] CCP, núm. 2, p. 277.

[10] CCP, núm. 2, p. 252.

[11] Charles Dunoyer, "De la concurrence", *Le Journal des Économistes*, 1a. serie (1842), núm. 1, p. 135 (a partir de aquí me referiré a *Le Journal des Économistes* con las siglas *JE*).

[12] De forma interesada, casi no habían referencias a los siervos en estas discusiones, a pesar de que debían ser muy probablemente un problema en los centros urbanos. Olwen Hufton, al escribir sobre las discusiones relativas a la prostitución urbana en el siglo XVIII en Europa, destaca un fenómeno similar: "el criado o criada seducido(a) tiene u ocupa papel muy secundario en los datos que poseemos". Olwen Hufton, "The Fallen Women and the Limits of Philantropy in the Early Modern Metropolis: A Comparative Approach" (inédito, presentado en el Davis Center, Princeton Univer-

sity, abril de 1986), p. 38. La omisión de los criados en estas discusiones se merece una explicación más amplia.

[13] Jean-Baptiste Say, *Tratado de economía política*, p. 285. Véase también J. Garnier, "Étude sur la répartition de la richesse: profits et salaires", JE, 1a. serie (1847), núm. 18, p. 209; Véase, Maire del distrito 5° de París, "Du paupérisme dans la ville de Paris", JE, 1a. serie (1845), núm. 10, pp. 224-271; CCP, núm. 1, p. 52.

[14] Jean-Baptiste Say, *Tratado de economía política*, p. 329-330.

[15] *Ibid.*, p. 329.

[16] *Ibid.*

[17] *Ibid.*, pp. 593-594.

[18] *Ibid.*, p. 599 [esta parte no fue traducida en la versión al español].

[19] Véase Wally Seccombe, "Patriarchy Stabilized: The Construction of the Male Breadwinner Wage Norm in Nineteenth-Century Britain", *Social History (1986)*, núm. 11, pp. 53-76, para una discusión de los conceptos del salario en el discurso de la clase obrera inglesa. El foco exclusivo de Seccombe en "el proletariado" tiende a menoscabar la importancia de las teorías de economía política al asentar en su lugar el sistema de salarios. De igual modo, Jeanne Boydston empieza refiriéndose a Marx en su discusión teórica sobre el trabajo doméstico y los salarios, cuando antes debería haber tomado en cuenta a los economistas políticos a quienes Marx dirigió sus críticas, aun cuando desarrollara su teoría dentro de la misma estructura que ellos. J. Boydston, "To Earn Her Daily Bread: House work and Antebellum Working-Class Subsistence", *Radical History Review (1983)*, núm. 35, pp. 7-25.

[20] *L'Atelier*, 30 de diciembre de 1842, p. 31.

[21] Eugène Buret, *De la misère des classes laborieuses en France et en Angleterre*, 2 vols., París, 1840, vol. 1, p. 287, citado en Moreau, *Le Sang*, p. 74.

[22] "La prostitución sólo es una expresión específica de la prostitución general de la clase obrera, y puesto que existe una relación en la cual caen no sólo el/la prostituta sino también quien hace que se prostituyan —y la abominación de este último es todavía mayor— el capitalista, etc., también está sometido a ella". K. Marx, *Manuscritos económico-filosóficos*, Grijalbo, México, 1992. Véase también varias discusiones de Marx sobre el trabajo de las mujeres y la prostitución que citan y comentan los escritos de los economistas políticos franceses sobre la década de 1840. Véase Lisa Vogel para un análisis de este concepto, *Marxism and the Opression of Women* (Rutgers University Press, New Brunswick, N. J., 1983), p. 44.

[23] Moreau, *Le Sang*, p. 240.

[24] Giovanna Procacci, "Le gouvernement de la misère: la question sociale entre les deux Révolutions, 1789-1848" (tesis de doctorado, inédita, Universidad de París VIII, 1983). Procacci caracteriza las representaciones de los economistas políticos

sobre la pobreza. Comparto gran parte de su análisis en cuanto a las formas en que la pobreza era identificada como un objeto de estudio, marginal para un orden sólido y, en consecuencia, necesitada de una regulación. Pero creo que omite un aspecto importante del tema al descuidar la representacion de género de la pobreza que se había desarrollado. Se describía a la pobreza como femenina, lo cual conllevaba implicaciones importantes, tanto para el análisis del estado de la clase obrera *como* para la posición y el estatus de las mujeres. El objetivo de mi ensayo es mostrar cómo funcionaba la representación de lo femenino.

[25] Hufton nos recuerda que la iconografía urbana representa a menudo la ciudad como una puta, "The Fallen Woman", p. 2.

[26] Jules Michelet, *La Mujer*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 1985, p. 55.

[27] Puede encontrarse un ejemplo en Achille de Colmont, "De l'amélioration de la situation sociale des ouvriers", JE, 1a. serie (1848), núm. 20, p. 195.

[28] Giovanna Procacci, "Social Economy and the Government of Poverty", *Ideology and Consciousness (1979)*, núm. 4, p. 62. Véase también Louis Reybaud, "Introduction", JE, 1a. serie (1842), núm. 1, p. 9.

[29] Jacques Donzelot, *La police des familles*, Éditions de Minuit, París, 1978.

[30] Theodore Fix, "Situation des classes ouvrières", JE, 1a. serie (1844), núm. 10, p. 39. Véase también Joseph Garnier, "Étude sur la répartition de la richesse", p. 210.

[31] Véase A. Blaise, "Cours d'Économie Politique du Collège de France", JE, 1a. serie (1842), núm. 1, p. 206, para conocer un argumento contra la tendencia predominante de incluir la ciencia moral dentro de la economía política.

[32] Estos puntos de vista se citan en J.-B. Say, *Cours complet d'Économie Politique*, 2 vols., París, 1840, p. 180.

[33] De Colmont, "De l'amélioration", p. 257.

[34] Dunoyer, "De la concurrence", p. 32.

[35] Parece que la cuestión de las limitaciones sexuales fue más candente en los oficios que no requerían gran "fuerza" muscular, aunque en los debates se evocara a menudo la mecanización. En este sentido las imprentas son uno de los ejemplos que requieren más atención. Véase la "Chronique Économique", JE, 2a. serie (1862), núm. 34, pp. 324-325.

[36] Say, *Cours complet*, p. 548, y Julie-Victoire Daubié, "Quels moyens de subsistence ont les femmes", JE, 2a. serie (1862), núm. 34, pp. 361-362 (he citado los artículos de Daubié y no su libro porque éste, cuando se publicó en 1866, era una versión mucho más ampliada de su ensayo inicial. Me pareció más útil utilizar aquí los artículos, por la época en que fueron escritos y por el lugar en que se habían publicado).

[37] T. Fix emplea esta analogía en "Situation", pp. 9-10.

[38] William Sewell, Jr., *Trabajo y revolución en Francia: el lenguaje del movimiento obrero desde el Antiguo Régimen hasta 1848*, pp. 308-318.

[39] *Ibid.*, p. 313.

[40] *Ibid.*, p. 314.

[41] *Ibid.*, p. 310. Véase también William Reddy, *The Rise of Market Culture: The Textile Trade and French Society, 1750-1900*, Cambridge University Press, Nueva York, 1984, pp. 138-184.

[42] Fix, "Situation", p. 31.

[43] "En lo moral es peor en las grandes manufacturas, donde hombres y mujeres trabajan en las mismas horas, lo cual induce a que las costumbres sean más disipadas que en otra parte". "Enquête: de la condition des femmes", *L'Atelier*, 30 de diciembre de 1842, pp. 31-32.

[44] Sobre esta cuestión, véase Isaac Joseph, Philippe Fritsch y Alain Battegay, *Disciplines à domicile: l'édification de la famille*, Recherches, París, 1977.

[45] Terme y Monfalcon, *Histoire des enfants trouvés*, París, 1840, p. 196, citado en Rachel Fuchs, *Abandoned Children: Foundlings and Child Welfare in Nineteenth-Century France*, State University of New York Press, Albany, 1984, p. 39.

[46] H. Baudrillart, "De l'enseignement de l'économie politique", *JE*, 2a. serie (1862), núm. 38, pp. 180-181.

[47] Jules Simon, *L'Ouvrière*, 2a. ed. (Hachette, París, 1861), p. ii.

[48] J. Daubié, "Travail manuel des femmes", *JE*, 2a. serie (1863), núm. 39, pp. 97-98.

[49] Simon, *L'Ouvrière*, p. i.

[50] Daubié, "Travail manuel", *JE*, núm. 39, p. 99.

[51] Jules Michelet, *La mujer*, p. 12.

[52] Simon, *L'Ouvrière*, p. v.

[53] *Ibid.*

[54] *Ibid.*, p. 42.

[55] *Ibid.*, p. 46.

[56] *Ibid.*, p. 71.

[57] *Ibid.*, p. 273.

[58] *Ibid.*, pp. 87-88.

[59] *Ibid.*, p. 83.

[60] *Ibid.*, pp. 89-90.

[61] Véase por ejemplo, los escritos de Alphonse Esquiros, *Les Vierges Martyres*, París, 1846, p. 177: "Las preocupaciones vinculadas con la maternidad son, en realidad, los únicos trabajos naturales de una mujer; los otros la deforman".

[62] H. Dussard, "Compte rendu de L'Ouvrière", *JE*, 2a. serie (1861), núm. 30, p. 94.

[63] Simon, *L'Ouvrière*, p. 277.

[64] *Ibid.*, p. 168.

[65] *Ibid.*, p. 46.

[66] Daubié, "Quels moyens de subsistence", JE, núm. 34, p. 365.

[67] Daubié, "Travail manuel", JE, núm. 39, p. 94.

[68] Daubié, "Quels moyens de subsistence", JE, núm. 34, p. 378.

[69] Daubié, "Travail manuel", JE, núm. 39, p. 83.

[70] *Ibid.*, p. 80.

[71] *Ibid.*, p. 96.

[72] *Ibid.*, p. 84.

[73] Daubié, "Travail manuel", JE, 2a. serie (1863), núm. 38, p. 203.

[74] *Ibid.*, p. 210.

[75] Parece que sea de crucial importancia para las críticas feministas relativas al salario empezar no con Marx sino con la economía política. Sobre esta cuestión véase Harold Benenson, "Victorian Sexual Ideology and Marx's Theory of the Working Class", *International Labor and Working Class History (1984)*, núm. 25, pp. 1-23. Véase también Rosalind Petchesky, "Disolving the Hyphen: A Report on Marxist-Feminist Groups 1-5", en Zillah Eisenstein (comp.), *Capitalist Patriarchy and the Case for Socialist Feminism*, Longman, Nueva York, 1981, pp. 376-377.

VIII. El caso Sears

[1] Desde el campo jurídico se han llevado a cabo estudios sobre los beneficios del embarazo. Véase por ejemplo, Lucinda M. Finley, "Transcending Equality Theory: A Way Out of the Maternity and the Workplace Debate", *Columbia Law Review*, vol. 86, núm. 6 (octubre de 1986), pp. 1118-1183; Sylvia A. Law, "Rethinking Sex and the Constitution", *University of Pennsylvania Law Review*, vol. 132, núm. 5 (junio de 1984), pp. 995-1040.

[2] Por ejemplo, los historiadores han compartimentado periódicamente la historia feminista en términos de igualdad y diferencia.

[3] Ruth Milkman, "Women's History and the Sears Case", *Feminist Studies (1986)*, núm. 12, pp. 394-395. En mi discusión sobre el caso Sears he sacado gran partido de este minucioso e inteligente artículo, con mucho el mejor que se ha escrito hasta ahora sobre el tema.

[4] Martha Minow, "Learning to Live with the Dilemma of Difference: Bilingual and Special Education", *Law and Contemporary Problems (1984)*, núm. 48, pp. 157-211; citado de la p. 160; véase también pp. 202-206.

[5] Creo que existe una diferencia entre argumentar que hombres y mujeres tienen idénticos intereses y que uno debería dar por sentado tal identidad en todos los

aspectos del proceso de contratación. La segunda posición es la única estrategia que evita asentar perjuicios o introducir presunciones erróneas sobre las diferencias de intereses.

[6] Para las ofertas de pruebas, véase *Signs (1986)*, núm. 11, pp. 757-779. El "Written Rebuttal Testimony of Rosalind Rosenberg", forma parte de la transcripción oficial del caso, U. S. District Court for the Northern District of Illinois, Eastern Division, EEOC *vs* Sears, Roebuck & Co., Civil Action No. 79-C-4373. (Estoy agradecida a Sanford Levinson por haber compartido conmigo los documentos probatorios y por las muchas conversaciones que tuvimos sobre éstos.)

[7] Apéndice del "Written Rebuttal Testimony of Dr. Rosalind Rosenberg", pp. 1-12.

[8] Alice Kessler-Harris, *Women Have Always Worked*, Feminist Press, Nueva York, 1982.

[9] Sobre las limitaciones que imponen las salas de tribunales y los escollos que pueden encontrar los testimonios de expertos, véase Nadine Taub, "Thinking About Testifying", *Perspectives*, American Historical Association Newsletter, noviembre de 1986, núm. 24, pp. 10-11.

[10] Sobre este punto Taub se hace una pregunta muy útil: "¿existe el peligro de que en aquellos casos de discriminación en los que el testimonio histórico o el de un experto no estén fundamentados en hechos particulares del mismo caso se pueda reforzar la idea de que es aceptable hacer generalizaciones sobre grupos particulares?", p. 11.

[11] Véase el interrogatorio de la doctora Alice Kessler-Harris, EEOC *vs* Sears, Roebuck & Co., pp. 16376-16619.

[12] La impugnación ("Rebuttal") de Rosenberg es particularmente vehemente sobre esta cuestión: "Impera en su trabajo (de Kessler-Harris) la suposición de que todos los patrones discriminan... En un artículo de 1979 escribió con optimismo que las mujeres 'albergan valores, actitudes y esquemas de comportamiento que son potencialmente subversivos para el capitalismo'" (p. 11). "Por supuesto, hay instancias bien documentadas de patrones que limitan las oportunidades de las mujeres. Pero el hecho de que algunos patrones hayan cometido discriminación no prueba que todos lo hagan" (p. 19). La impugnación de Rosenberg ("Rebuttal") plantea otra cuestión sobre las limitaciones políticas e ideológicas de una sala de tribunal o, quizá sea mejor decir, sobre la forma en que una sala de tribunal reproduce las ideologías dominantes. La idea categórica de que los patrones discriminan era inaceptable (pero la idea categórica de que las mujeres "prefieran" determinados trabajos no lo era). El carácter inaceptable de aquélla se acentuaba al vincularla con la subversión y el marxismo, posiciones intolerables en el discurso político americano. La alusión de Rosenberg pretendía desacreditar a Kessler-Harris en dos aspectos: en primer lugar, sugiriendo que ésta hacía una generalización infundada y, en segundo

lugar, dando a entender que esta generalización sólo podría recaer sobre personas de apariencia política aceptable.

[13] Milkman, "Women's History", p. 391.

[14] Naomi Schor, "Reading Double: Sand's Difference", en Nancy K. Miller (comp.), *The Poetics of Gender*, Columbia University Press, Nueva York, 1986, p. 256.

[15] *Las esferas de la justicia: una defensa del pluralismo y la igualdad*, trad. por Heriberto Rubio, Fondo de Cultura Económica, México, 1993, p. 10. Véase asimismo Minow, "Learning to Live with the Dilemma of Difference", pp. 202-203.

[16] Milkman, "Women's History", p. 384.

[17] Nancy F. Cott, *The Grounding of Modern Feminism*, Yale University Press, New Haven, 1987, sostiene esto respecto al feminismo en los Estados Unidos a principios del siglo XX. Para un enfoque similar en Gran Bretaña véase Susan Kingsley Kent, *Sex and the Suffrage in Britain, 1860-1914*, Princeton University Press, Princeton, 1987. Véase en especial Denise Riley, "Does a Sex Have a History?: 'Women' and Feminism", *New Formations (1987)*, núm. 1, pp. 35-46.

[18] Para consultar ejemplos más recientes, véase Linda Gordon, "What's New in Women's History", en Teresa de Lauretis, *Feminist Studies/Critical Studies*, Indiana University Press, Bloomington, 1986, pp. 26-27; Alice Kessler-Harris, "The Debate over Equality for Women in the Workplace: Recognizing Differences", en Laurie Larwood, Anne H. Stromberg y Barbara Gutek (comps.), *Women and Work I: An Annual Review*, Beverley Hills, California, 1985, pp. 141-161.

IX. Historiadoras profesionales en los Estados Unidos (1884-1984)

[1] Citado en Arthur S. Link, "The American Historical Association, 1884-1984; Retrospect and Prospect", *American Historical Review (1985)*, núm. 90, p. 5. De ahora en adelante, citaré la *American Historical Review* con las siglas AHR.

[2] Antes del año 1900 obtuvieron el doctorado en historia menos de 100 universitarios; entre ellos había ocho mujeres. No obstante, muchos más obtuvieron Masters o bien estaban trabajando en su doctorado. Las otras mujeres que trabajaban en la AHA en los primeros años eran miembros de sociedades históricas, archivistas, bibliotecarias y esposas de historiadores. Véase William Hessletine y Louis Kaplan, "Women Doctors of Philosophy in History", *Journal of Higher Education (1943)*, núm. 14, pp. 254-259.

[3] Lawrence Veysey, "The Plural Organized Worlds of the Humanities", en A. Oleson y J. Voss (comps.), *The Organization of Knowledge in Modern America, 1860-1920*,

Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1976, pp. 51-106, en especial pp. 53-78. Sobre la historia de los comienzos de la AHA, véase J. Franklin Jameson, "The American Historical Association, 1884-1909", *AHR* (1909), núm. 15, pp. 1-20, y "Early Days of the American Historical Association, 1884-1895", *AHR* (1934), núm. 40, pp. 1-9. Véase también John Higham, "Herbert Baxter Adams and the Study of Local History", *AHR* (1984), núm. 89, pp. 1225-1239; y David D. Van Tassel, "From Learned Society to Professional Organization: The American Historical Association, 1884-1900", *AHR* (1984), núm. 89, pp. 929-956.

[4] Nellie Neilson, "A Generation of History at Mount Holyoke", *Mount Holyoke Alumnae Quarterly* (mayo de 1939), citado en Penina M. Glazer y Miriam Slater, *Unequal Colleagues: The Entrance of Women into the Professions 1890-1940*, Rutgers University Press, New Brunswick, N. J., 1987, p. 53.

[5] Citado en John Higham, *History* (Prentice Hall, Englewood Cliffs, N. J., 1965), p. 6.

[6] *Ibid.*, p. 13.

[7] Herbert Baxter Adams, *The Study of History in American Colleges and Universities*, Bureau of Education, Circular 2, Washington D. C., 1987, pp. 211-212.

[8] *Ibid.*, pp. 213-217. Véase también Adams, *Methods of History Study*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1983.

[9] Adams, *The Study and Teaching of History*, Whittet and Shepperson, Richmond, Va., 1898, p. 11.

[10] *Ibid.*, p. 10.

[11] Aunque gran parte de este estudio tenía por objetivo la política formal, podría ampliarse a instituciones de otro tipo, incluso a algo tan alejado de la política como el servicio doméstico. Por ejemplo, Lucy Salmon, que había escrito una tesis de maestría sobre la "La historia del poder de nombramiento del Presidente" ("History of the Appointing Power of the President"), trató la cuestión del servicio doméstico en un libro publicado en 1897, como un aspecto más de su preocupación por la historia de la democracia. Salmon ideó, al encontrar en la institución del servicio doméstico un remanente aristocrático que perpetuaba la dependencia y el servilismo, unos ingeniosos procedimientos para estudiar su historia y prácticas usuales. No concibió el proyecto como un estudio separado de la familia o de las mujeres, como una esfera privada; en vez de eso su argumento era que el servicio doméstico era un fenómeno político y económico y que, como tal, estaba sujeto a una investigación científico-histórica. Lucy Maynard Salmon, *Domestic Service*, Nueva York, 1897; reimp. y ed., Ayer, Nueva York, 1972).

[12] Adams, *The Study and Teaching of History*, p. 14.

[13] Grabaciones de la AHA, 1905, citado por Jacqueline Goggin, "Challenging the Historical Establishment: Women in the Historical Profession, 1890-1940" (inédito, Berkshire Conference, junio de 1987), p. 30.

[14] Citado en Van Tassel, "From Learned Society", p. 953.

[15] *Ibid*., p. 954. La perseverancia de Salmon tuvo como resultado un aumento de la representación femenina en los comités de la AHA; al término de su cargo en el Consejo, en 1920, había cuatro mujeres en varios comités. Véase Goggin, "Challenging the Historical establishment", p. 37.

[16] Link, "The American Historical Association", p. 5.

[17] Refiriéndose al periodo de 1926-1939, un estudio concluyó que "enseñar historia —o incluso ocupar puestos en los cuales la formación universitaria en Historia sea de cierta utilidad— es una ocupación predominantemente masculina. Uno de los motivos que favorecen tal situación es la mayor limitación de oportunidades de trabajo que deben enfrentar las mujeres. Ninguna mujer enseña historia en una universidad masculina., aunque los hombres pueden enseñar en una universidad femenina. Las instituciones de coeducación ofrecen empleo a un porcentaje mucho más elevado de hombres que de mujeres". Hesseltine y Kaplan, "Women Doctors of Philosophy in History", pp. 255-256.

[18] Link, "The American Historical Association", p. 5.

[19] Howard K. Beale, "The Professional Historian: His Theory and His Practice", *Pacific Historical Review (1953)*, núm. 22, p. 235.

[20] A principios de la década de los sesenta, gran parte del debate sobre las mujeres en las profesiones daba por sentado que se acabaría con la discriminación si se aumentaba el número de puestos para éstas. Barnaby Keeney, el entonces presidente de Brown University, escribió en 1962 que "para que las cosas estuvieran en un plano de igualdad, 50% de los profesores de todos los *Colleges* y Universidades deberían ser mujeres". "Women Professors at Brown", *Pembroke Alumna (1982)*, núm. 27, pp. 8-9. Véase asimismo Jessie Bernard, *Academic Women*, Pennsylvania State University Press, University Park, Pa., 1964, p. xii; y Lucille Addison Pollard, *Women on College and University Faculties: A Historical Survey and a Study of Their Present Academic Status*, Ayer, Nueva York, 1977.

[21] American Historical Association, *Report of the Committee on the Status of Women*, noviembre de 1970, p. i.

[22] Jesse Dunsmore Clarkson, "Escape to the Present", AHR (abril de 1941), núm. 46, pp. 544-548. Véase también el *Annual Report of the American Historical Association for the Year 1940*, "Proceedings, 1940", pp. 21 y 59. Merle Curti recuerda haber recibido una carta de agradecimiento por el reconocimiento que obtuvo el programa para las mujeres de parte del Secretario de la Conferencia de Berkshire en las reu-

niones de la AHA: "Sentí vergüenza de no haber hecho más y de que les hubiera parecido adecuado reconocer nuestra labor por tan poco". Merle Curti, carta personal a J. Scott, 25 de marzo de 1987.

[23] *Annual Report of the AHA*, "Proceedings, 1939", p. 58. Estoy agradecida con Noralee Frankel, por haberme ayudado a localizar estos materiales.

[24] "Historical News: The American Historical Association", *AHR* (1939-1940), núm. 45, p. 745, citado en Goggin, "Challenging the Historical Establishment", p. 52. Los miembros electos del Comité de 1940 eran Howard K. Beale, Paul Buck, Curtis Nettles y Judith Williams. Beale, su Presidente, había tenido que defenderse durante mucho tiempo por haber incluido a negros en el Consejo y en otros comités. Tal esfuerzo fracasó repetidas veces (lo cual indicaba los profundos sentimientos de racismo en la AHA) pero Beale apoyó al movimiento cuando se trató de nombrar representantes de otra categoría "distinta", o sea, mujeres.

[25] Jessie Bernard, *Academic Women*; Patricia Albjerg Graham, "Expansion and exclusion: A History of Women in Higher Education", *Signs (1978)*, núm. 3, pp. 759-773; Susan Carter, "Academic Women Revisited: An Empirical Study of Changing Patterns in Women's Employment as College and University Faculty, 1890-1963", *Journal of Social History (1981)*, núm. 14, pp. 615-697. Para un estudio sobre el impacto del G. I. Bill (el Servicemen's Readjustment Act of 1944), que invirtió dinero del gobierno en las universidades para la contratación de los veteranos de guerra, véase Keith W. Olson, *The G. I. Bill, the Veterans, and the Colleges*, University of Kentucky Press, Lxington, Ky., 1974.

[26] Allan Nevins, discurso pronunciado en la conferencia de historia en la Universidad de Stanford, transcrito en *The New York Times*, 16 de agosto de 1951, citado en Beale, "The Professional Historian", p. 246. Un ejemplo de la ideología de la guerra fría y la educación puede encontrarse en *National Defense and Higher Education*, The American Council on Education, Washington, D. C., 1951.

[27] Beatrice Hyslop, Mt. Holyoke College, "Letters of the Class of 1919" (1969). Le agradezco a Ellen Bullington Furlough ésta y otras informaciones sobre Hyslop. Véase su "Beatrice Fry Hyslop: Historian of France" (tesis de historia, nivel Master, inédita, Universidad del Sur de Carolina, 1978), p. 87.

[28] Natalie Zemon Davis fue presidente de la AHA en 1987.

[29] Sería interesante, si alguien dispone de más tiempo, echar una ojeada a las llamadas estrategias acríticas: aquellas que insisten en que la competencia individual o el tacto pueden superar los obstáculos debidos al sexo. Así, los autores de un estudio de doctorado del año 1953 en la Universidad de Radcliffe terminaron su libro sugiriéndoles a las mujeres cuál era la mejor manera para tener éxito: "La solución para las mujeres... consiste en hacer un trabajo de tan elevada calidad que no pueda

dar lugar a 'competencia' alguna. Rechazarle el empleo a una mujer, por una condición de sexo, cuando ésta ha demostrado que su capacidad y sus logros son netamente superiores a los de los candidatos hombres, sería caer en un prejuicio claramente anti-feminista", *Graduate Education for Women: The Radcliffe PhD*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1956, p. 108. El libro también contiene informes de mujeres que ya obtuvieron su doctorado, comunicando sus estrategias. Una de ellas cuenta cómo intenta "ocultar su inteligencia" (p. 36); otra "intenta no presionarse tan vigorosamente como haría un hombre" (p. 39); otra considera como algo trivial su exclusión de los eventos sociales "como clubes y cenas para hombres" (pp. 27-28). Para muchas de ellas cualquier motivo de estridencia o feminismo constituye un comportamiento peligroso, que es aconsejable evitar a cualquier costo (pp. 26 y 38). Parece que se trata o bien ser tan buena que se le perdona el sexo, o bien ser tan discreta que el sexo pase desapercibido. En ambos casos queda muy claro que existe una conciencia de la diferencia femenina.

[30] Louise Fargo Brown, *Apostle of Democracy: The Life of Lucy Maynard Salmon*, Harper and Row, Nueva York, 1943, p. 98. Consultar el artículo sobre Salmon de Violet Barbour en J. T. James (comp.), *Notable American Women*, vol. III, Harvard University Press, Cambridge, Pass., 1971, pp. 223-225. Véase también Helen Lefkowitz Horowitz, *Alma Mater: Design and Experience in the Women's Colleges from their Nineteenth-Century Beginnings to te 1930's*, Beacon Press, Boston, 1984, pp. 180, 186-187, 194.

[31] Citado en Brown, *Apostle of Democracy*, pp. 101-102.

[32] *Ibid.*, p. 132.

[33] *Ibid.*, p. 136.

[34] *Ibid.*, p. 256.

[35] Citado por A. Underhill en el prefacio de la publicación póstuma del libro de Lucy Maynard Salmon, *Historical Material*, Oxford University Press, Nueva York, 1933, p. vii.

[36] Higham, *History*, aquí y allá y en pp. 142n., 206n.

[37] Las pruebas de la protesta de las mujeres historiadoras existen desde antes de 1920 en las expresiones individuales de ira y en esfuerzos concertados para incluir a las mujeres en las estructuras de liderazgo de la AHA. Sin embargo, no será hasta la década de 1920 que se propagarán pruebas de acciones colectivas.

[38] "U. de M. fue la primera mujer profesora de historia" ("U. of M. gets First Woman History Prof.", *Detroit Free Press*, 29 de octubre de 1961, p. C-5); carta del presidente John Bowditch, del Departamento de Historia de la Universidad de Michigan, al vicepresidente y decano de las facultades, Marvin L. Niehuss, 15 de febrero de 1961. La información acerca de la doctora Robinson y las cláusulas de su legado se obtuvie-

ron del Departamento de Historia de la Universidad de Wisconsin (Madison). Pasaron algunos años antes de que legados como éste pudieran generar las entradas suficientes para pagar los salarios que estipulaban los donantes. No fue hasta las décadas de los sesenta y setenta que se adjudicaron todos los fondos a las presidencias y éstas fueron subvencionadas en permanencia, en un momento en que la presión del alumnado y la preocupación por incrementar el número de mujeres doctoras hizo que se percataran de la existencia de esas posibilidades para las mujeres.

[39] Schlesinger Library, Radcliffe College, "Papers of the Berkshire Conference", MC267 (5). Carta de Louise R. Loomis, del 8 de mayo de 1952. Consultar también Kathryn Kish Sklar, "American Female Historians in Context, 1770-1930", *Feminist Studies (1975)*, núm. 3, pp. 171-184.

[40] Artículos sobre la Conferencia de Berkshire, MC267 (2), 16 de marzo de 1931. La influencia, aunque indirecta, de las preocupaciones del movimiento obrero en este periodo también se hace evidente aquí.

[41] Artículos de la Conferencia de Berkshire, MC267 (3), *Minutes*, 20-22 de mayo de 1938.

[42] Louise Phelps Kellogg fue archivista en la Wisconsin State Historical Society. Elegida en 1930, fue la primera mujer presidenta de la Mississipi Valley Historical Association (precursora de la actual Organization of American Historians).

[43] Sería interesante conocer exactamente por qué Nellie Neilson fue elegida candidata. Desde luego, era una historiadora consumada, con una excelente reputación. El hecho de que fuera medievalista también es importante sobre todo porque la historia medieval atrajo o produjo un gran número de extraordinarias mujeres historiadoras. Me gustaría especular que había una relación entre las habilidades que requerían los medievalistas (lenguajes esotéricos y epigrafías) y la entrada de las mujeres en este campo. El dominio de estas difíciles y eruditas habilidades convirtió la habilidad de las mujeres en algo incuestionable, o al menos en algo difícil de desafiar. Y les aseguró cierto reconocimiento que, en otras áreas más accesibles de la historia (en las que sólo debe leerse en inglés o en otras lenguas extranjeras) les hubiera resultado más difícil conseguir. William Roy Smith escribió sobre Nellie Neilson que ésta "tiene una aptitud sobrenatural para infundirles el amor de la historia medieval a sus estudiantes, pero también les enseña cómo utilizar materiales manuscritos y disfrutar haciéndolo". Citado en Goggin, "Challenging the Historical Establishment", p. 15, n. 24.

[44] Jacqueline Goggin, según los artículos de J. Franklin Jameson en la Library of Congress, empezó a trabajar en su historia de las mujeres historiadoras desde 1884 hasta 1940.

[45] Higham, *History*, p. 148.

[46] Mary Beard, *Woman as a Force in History*, reimp. de 1946 en Octagon Books, Nueva York, 1985. Para más ejemplos sobre la historia de las mujeres se puede consultar también Mary Sumner Benson, *Women in Eighteenth Century America: A Study of Opinion and Social Usage*, reimp. de 1938 en AMS Press, Nueva York, 1976; Elizabeth W. Dexter, *Colonial Women of Affairs: A Study of Women in Business and the Professions in America before 1776*, reimp. de 1931 en Augustus Kelley, Fairfield, N. J., 1972; y Julia Cherry Spruill, *Women's Life and Work in the Southern Colonies*, reimp. de 1938 en Norton, Nueva York, 1972. Para un tratamiento bibliográfico más extenso, véase Jill K. Conway, *The Female Experience in Eighteenth and Nineteenth Century America: A Guide to the History of American Women*, Princeton University Press, Princeton, 1985.

[47] Beatrice Hyslop, "Letter to the Editor", *AHR* (1956), núm. 62, pp. 288-289, citado en Furlough, tesis de maestría, p. 67.

[48] Alice Rossi y Ann Calderwood nos cuentan la historia de este periodo en *Academic Women on the Move*, Russell Sage, Nueva York, 1973. Véase en concreto los ensayos de Rossi, Jo Freeman y Kay Klotzburger.

[49] Hilda Smith, "CCWHP: The First Decade" (historia inédita del Comité Coordinador de las mujeres en la profesión histórica, 1979), Coordinating Committee on Women in the historical Profession.

[50] American Historical Association, *Report of the Committee on the Status of Women* (Informe del Comité sobre el Estatus de las Mujeres), 9 de noviembre de 1970. Véase también los informes anuales del Committee on Women Historians (Comité de Mujeres Historiadoras) en las Actas *(Proceedings)* de la AHA.

[51] Higham, *History*, p. 225.

[52] Sobre las mujeres, véase Joan Kelly-Gadol, "Did Women Have a Renaissance?" *Women, History and Theory: The Essays of Joan Kelly*, University of Chicago Press, Chicago, 1984; Gerda Lerner, *The Majority finds Its Past*, Oxford University Press, Nueva York, 1979; y Joan Hoff Wilson, "The Illusion of Change: Women and the American Revolution", en Alfred Young (comp.), *The American Revolution: Explorations in the History of American Radicalism*, Northern Illinois University Press, Dekalb, 1976, pp. 383-446. Sobre los nativos americanos, véase Francis Jennings, *The Invasion of America: Indians, Colonialism and the Cant of Conquest*, Norton, Nueva York, 1976; Michael Paul Rogin, *Fathers and Children: Andrew Jackson and the Subjugation of the American Indian*, Knopf, Nueva York, 1975; Mary Young, *Redskins, Ruffleshirts and Rednecks: Indian Allotments in Alabama and Mississippi*, University of Oklahoma Press, Norman, Ok., 1961. Acerca del racismo, véase George Fredrickson, *The Black Image in the White Mind: The Debate on Afro-American Character and Destiny, 1817-1914*, Harper and Row, New York, 1971; Wintrop Jordan, *White over Black: American*

Attitudes Toward the Negro, 1550-1819, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1968; Edmund Morgan, *American Slavery, American Freedom: The Ordeal of Colonial Virginia*, Norton, Nueva York, 1975. Sobre el Manifiesto del destino véase Walter LaFeber, *The New Empire: An Interpretation of American Expansion, 1860-1890*, Cornell University Press, Ithaca, Nueva York, 1963; y William Appleman Williams, *The Roots of Modern American Empire*, Random House, Nueva York, 1969.

[53] Marilyn J. Boxer y Jean H. Quataert han intentado sintetizar los nuevos conocimientos sobre las mujeres en *Connecting Spheres: Women in the Western World, 1500 to the Present*, Oxford University Press, Nueva York, 1987. Sobre la "cultura de las mujeres" ("women's culture") véase el simposio "Politics and Culture in Women's History", *Feminist Studies (1980)*, núm. 6, pp. 26-64. Sobre la escritura de mujeres, véase el número especial de *Critical Inquiry*, "Writing and Sexual Difference" (1981), núm. 8; sobre la conciencia política véase Temma Kaplan, "Female Consciousness and Collective Action: The Case of Barcelona, 1910-1918", *Signs (1982)*, núm. 7, pp. 545-566.

[54] Sobre el carácter fluctuante de la categoría "mujeres", véase Denise Riley, *Am I That name?: Feminism and the Category of 'women' in History*, Mcmillan, Londres, 1988.

[55] Carl Degler, "What the Women's Movement Has Done to American History", *Soundings: An Interdisciplinary Journal (1981)*, núm. 64, p. 419.

[56] Sobre la historia de los dobles argumentos a favor de la igualdad y la diferencia en el feminismo americano véase Nancy F. Cott, *The Grounding of Modern Feminism*, Yale University Press, New Haven, 1987.

X. Algunas reflexiones adicionales sobre género y política

[1] Eve Sedgwick sostiene que el binomio sexo/género traza "un *espacio* problemático en vez de una distinción tajante", y emplea "género" para "denominar" a este espacio (Sedgwick, 1990, p. 29).

[2] Para citas complementarias, véase la última sección de este ensayo, "El tema de los derechos".

[3] Las explicaciones históricas dependen de las descripciones que mezclan fantasía y realidad, como señala Hertz. ¿Cuál es el efecto sobre el retrato de una multitud cuando los autores emplean el tropo de una mujer turbulenta para representar la revolución? ¿Cómo distinguen los historiadores, en estas descripciones, entre cierta exageración para causar efecto y los verdaderos acontecimientos que ellos quieren narrar? ¿Podemos hacer una distinción? ¿Qué tipo de prácticas de lectura se requieren para hacer esto? Son preguntas que los cásicos "estudios de masa" no

acostumbran a plantearse (Rudé, 1973; Tilly, 1986) y que exigen que les prestemos una atención profunda a los procesos inconscientes.

[4] Me he tomado libertades con la discusión de Salecl, que esencialmente se fija en la teoría sobre la diferencia sexual de Lacan. Para Lacan el sujeto llega a ser a través del lenguaje, el cual se basa en la diferencia sexual, por lo que presumiblemente no puede existir un individuo que no sea sexuado. Pero el punto clave del argumento de Salecl es que cuando los derechos se vuelven a concebir como expresiones del deseo en vez de concebirlos como objetos que poseemos, entonces acabamos con el individuo abstracto. Así, el deseo —la aspiración humana, la dirección que toma la imaginación humana— puede ser la base de una política más igualitaria. Adivino que la cuestión es si el deseo, en esta orientación, es desviado por la diferencia sexual.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Achebe, C. (1989), "Impediments to Dialogue Between North and South", *Hopes and Impediments: Selected Essays*, Nueva York, Doubleday, pp. 16-19.

Adams, P. (1979), "A Note on the Distinction between Sexual Division and Sexual Differences", en P. Adams y E. Cowie (eds.), *The Woman in Question: m/f*, MIT Press, Cambridge, 1990, pp. 102-109.

_____ y J. Minson (1978), "The 'Subject' of Feminism", en Adams y Cowie (eds.), *The Woman in Question: m/f*, MIT Press, Cambridge, 1990, pp. 81-101.

Agamben, G. (2006), *La Comunidad que viene*, trad. José Luis Villacuñas y Claudio La Rocca, Pre-Textos, Valencia.

Auclert, H. (1881), *La citoyenne*, 13 de febrero.

Benjamin, Walter (1971), *Iluminaciones*, trad. Jesús Aguirre, Taurus, Madrid.

Bock, Gisela (1991), "La Historia de las Mujeres y la historia del género: aspectos de un debate internacional", *Historia Social*, 9, Universidad de Valencia, Instituto de Historia Social.

Boxer, M. y J. Quataert (1978), *Socialist Women: European Socialist Feminism in the Nineteenth and Early Twentieh Centuries*, Elsevier, Nueva York.

Brown, W. (1995), *States of Injury: Power and Freedom in Late Modernity*, Princeton University Press, Princeton.

Butler, Judith y Joan Scott (2002), *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del "sexo"*, trad. Alcira Bixio, Paidós, Buenos Aires.

_____ (1997), "Las feministas teorizan lo político", *Feminaria*, año X, núm. 20, octubre de 1997, trad. Teresa Azcárate y Alicia Ferreira.

_____ (1996), "Universality in Culture", en J. Cole (ed.), *For Love of Country: Debating the Limits of Patriotism*, Beacon Press, Boston, p. 50.

Chaumette (1793), "Women's Deputations Barred From Sessions of the Paris Commune", en D. G. Levy, H. B. Appelwhite y M. D. Johnson (eds.), *Women in Revolutionary Paris, 1789-1795*, University of Illinois Press, Urbana, pp. 219-220.

Collier, J. y S. Yanagisako (eds.) (1987), *Gender and Kinship: Essays Toward a Unified Analysis*, Stanford University Press, Stanford.

Collin, F. (1995), "Actualité de la parté", *Projets Féministes*, 4-5.

Condorcet (1790), "On the Admission of Women to the Rights of Citizenship", en K. M. Baker (ed.), *Selected Writings*, Bobbs-Merrill, Indianapolis.

Connell, R. W. (1987), *Gender and Power: Society, the Person and Sexual Politics*, Stanford University Press, Stanford.

Cornell, D. (1991), *Beyond Acommodation: Ethical Feminism, Deconstruction and the Law*, Routledge, Nueva York.

Differences: A Journal of Feminist Cultural Studies (1995), número especial sobre "Universalism", núm. 7 (Primavera).

Elshtain, J. B. (1981), *Public Man, Private Woman: Women in Social and Political Thought*, Princeton University Press, Princeton.

Fauré, C. (1991), *Democracy Without Women: Feminism and the Rise of Liberal Individualism in France*, trad. C. Gorbman y J. Berks, Bloomington, Indiana University Press.

Federal Glass Ceiling Commission (1995), *A Solid Investment: Making Full Use of the Nation's Human Capital: Recommendations of the Federal Glass Ceiling Commission*, Washington, D. C.

Foucault, M. (1976), *La arqueología del saber*, Siglo XXI, México.

_____ (1984), *La historia de la sexualidad*, vol. 1, Siglo XXI, México.

Freud, Sigmund (1996), *Obras completas*, 3 vols., Biblioteca Nueva, Madrid.

Gibson-Graham, J. K. (1996), *The end of Capitalism (As We Knew it): A Feminist Critique of Political Economy*, Blackwell, Oxford.

Gilligan, C. (1982), *In a Different Voice: Psychological Theory and Women's Development*, Harvard University Press, Cambridge.

Glazer, P. M. y M. Slater (1987), *Unequal Colleagues: The Entrance of Women into the Professions, 1890-1940*, Rutgers University Press, New Brunswick.

Gouges, O. de (1791), "The Declaration of the Rights of Women", en Levy, Applewhite y Johnson (eds.), *Women in Revolutionary Paris, 1789-1795*, pp. 87-96.

Haraway, D. J. (1991), "'Gender' for a Marxist Dictionary: The Sexual Politics of a Word", *Simians, Cyborgs and Women: The Reinvention of Nature*, New York, Routledge, pp. 127-148. Hay traducción al español: "Género para un diccionario marxista: la política sexual del término", en *Ciencia y mujeres*, Cátedra, Madrid, 1991.

Havelkova, H. (1997), "Transitory and Persistent Differences: Feminism East and West", en Scott, Kaplan y Keates (eds.), *Transitions, Environments, Translations: Feminisms in International Politics*.

Hawkesworth, M. (1997), "Counfounding Gender", *Signs* núm. 22, pp. 649-713.

Hertz, N. (1983), "Medusa's Head: Male Hysteria Under Political Pressure", *Representations*, núm. 4, pp. 27-54.

Human Rights Watch Global Report on Women's Human Rights (The) (1995), Human Rights Watch, Nueva York.

Hunt, L. (1992), *The Family Romance of the French Revolution*, University of California Press, Berkeley.

Keates, D. (1992), "Sexual Difference", en E. Wright (ed.), *Feminism and Psychoanalysis: A Critical Dictionary*, Oxford, Blackwell, pp. 402-405.

Keller, E. F. (1983), *Reflexiones sobre género y ciencia*, Alfons el Magnánim, Valencia, 1989.

Kelly-Gadol, J. (1977), "Did Women Have a Renaissance?", en R. Bridenthal y C. Koonz (eds.), *Becoming Visible: Women in European History*, Houghton Mifflin, Boston.

Kerber, L. K. (1997), *Toward an Intellectual History of Women*, University of North Carolina Press, Chapel Hill.

______ (1980), *Women of the Republic: Intellect and Ideology in Revolutionary America*, University of North Carolina Press, Chapel Hill.

Lacan, J. (1972), *Escritos (1)*, Siglo XXI, México.

______ (1975), *Escritos (2)*, Siglo XXI, México.

______ (1990), *La ética del psicoanálisis (El Seminario de Lacan, 1959-1960, Libro VII)*, Paidós, Buenos Aires.

Landes, J. B. (1988), *Women and the Public Sphere in the Age of the French Revolution*, Cornell University Press, Ithaca, Nueva York.

Laplanche, J. y Pontalis, J. B. (1986), "Fantasy and the Origins of Sexuality", en V. Burgin, J. Donald y C. Kaplan (eds.), *Formations of Fantasy*, Methuen, Londres, pp. 5-34.

Laqueur, T. (1990), *Making Sex: Body and Gender from the Greeks to Freud*, Harvard University Press, Cambridge. Hay traducción al español: *La construcción del sexo cuerpo y género desde los griegos hasta Freud*, Madrid, Cátedra, 1994.

Mackinnon, C. A. (1983), "Feminism, Marxism, Method and the State: Toward Feminist Jurisprudence", *Signs*, núm. 8, pp. 635-658.

Man, P. de (1990), *La resistencia a la teoría*, trad. Elena Elorriaga y Oriol Francés, Visor, Madrid.

Miami Theory Collective (1991), *Community and Loose Ends*, University of Minnesota Press, Minneapolis.

Nancy, J. L. (1991), *The Inoperative Community*, University of Minnesota Press, Minneapolis.

Nelson, B. J. y N. Chowdhury (eds.) (1994), *Women and Politics Worldwide*, Yale University Press, New Haven.

Nicholson, L. (1986), *Gender and History: The Limits of Social Theory in the Age of the Family*, Columbia University Press, Nueva York.

_____ (1994), "Interpreting 'Gender'", *Signs*, núm. 20 (1), pp. 79-105.

Norton, M. B. (1996), *Founding Mothers and Fathers: Gendered Power and the Forming of American Society*, Knopf, Nueva York.

_____ (1980), *Liberty's Daughters: The Revolutionary Experience of American Women, 1750-1800*, Little Brown, Boston.

Okin, S. M. (1979), *Women in Western Political Thought*, Princeton University Press, Princeton.

Ortner, S. (1996), "The Problem of 'Women' as an Analytic Category", en S. Ortner (ed.), *Making Gender: The Politics and Erotics of Culture*, Beacon Press, Boston, pp. 116-138.

Outram, D. (1989), *The Body and the French Revolution: Sex, Class and Political Culture*, Yale University Press, New Haven.

Pateman, C. (1988), *The Sexual Contract*, Stanford University Press, Stanford. Hay tradución: *El contrato sexual*, Anthropos, UNAM-Iztapalapa, Barcelona, 1995.

Phillips, A. y B. Taylor (1980), "Sex and Skill: Notes Toward a Feminist Economics", en J. W. Scott (ed.), *Feminism and History*, Oxford, OUP (1996), pp. 317-330. Publicado con el permiso de *Feminist Review*, núm. 6, pp. 79-88.

Ramphele, M. (1997), "Whither Feminism?", en Scott, Kaplan y Keates (eds.), *Transitions, Environments, Translations*, pp. 334-338.

Reynolds, S. (ed.) (1996), *France Between the Wars: Gender and Politics*, Routledge, Londres.

_____ (1986), *Women, State and Revolution: Essays on Power and Gender in Europe Since 1789*, Harvester, Brighton.

Riley, D. (1988), *"Am I That Name?" Feminism and the Category of "Women" in History*, Macmillan, Londres.

Roberts, M. L. (1994), *Civilization Without Sexes: Reconstructing Gender in Postwar France, 1917-1927*, University of Chicago Press, Chicago.

Rosaldo, M. Z. (1980), "The Use and Abuse of Anthropology: Reflections on Feminism and Cross-Cultural Understanding", *Signs*, núm. 5 (3) (Primavera), pp. 389-417.

Rossiter, M. W. (1982), *Women Scientist in America: Struggles and Strategies to 1940*, The Johns Hopkins University Press, Baltimore.

Rossiter, M. W. (1995), *Women Scientists in America: Before Affirmative Action 1940-1972*, The Johns Hopkins University Press, Baltimore.

Rubin, G. (1975), "The Traffic in Women: Notes on the 'Political Economy' of Sex", en R. R. Reiter (ed.), *Toward an Anthropology of Women*, Monthly Review Press, Londres, pp. 157-210. Hay traducción: "El tráfico de mujeres: notas sobre la economía política", en Marysa Navarro y Catherine Stimpson (comps.) *¿Qué son los estudios de Mujeres?*, FCE, Buenos Aires, 1995, pp. 15-74. También Gayle Rubin, "El tráfico de mujeres: notas sobre la economía política del sexo", *Nueva Antropología*, vol. VIII, núm. 30, México, 1986, pp. 95-145.

Rudé, G. (1973), *The Crowd in the French Revolution*, Oxford University Press, Londres.

_____ (1975), *La multitud en la historia. Los disturbios populares en Francia e Inglaterra 1730-1848*, trad. Ofelia Castillo, Siglo XXI, Madrid.

Sakai, N. (1997), *Translation and Subjectivity*, University of Minnesota Press, Minneapolis.

Salecl, R. (1990), "Society Doesn't Exist", *The American Journal of Semiotics*, núm. 7, pp. 45-52.

_____ (1994), *The Spoils of Freedom: Psychoanalisis and Feminism After the Fall of Socialism*, Routledge, Londres.

Scott, J. (1996), *Only Paradoxes to Offer: French Feminists and the Rights of Man*, Harvard University Press, Cambridge.

_____ (1997), "'La Querelle des femmes' in Late Twentieth Century France", *New Left Review* (nov.-dic.), pp. 3-20.

_____ (1993), "The Woman Worker", en G. Duby y M. Perrot (eds.), *A History of Women IV*, Harvard University Press, Cambridge, pp. 399-426. Hay traducción "La mujer trabajadora", en G. Duley y M. Perrot, *Historia de las mujeres en Occidente*, vol. 4, Taurus, Madrid, 1922, pp. 405-435.

Sedgwick, Eve (2000), "Epistemología del clóset", *Grafías de Eros. Historia, género e identidades sexuales*, Edelp, Ediciones de la École Lacanienne de Psychanalyse, Buenos Aires.

Shepherdson, C. (1999), "The Epoch of the Body, Need, Demand and the Drive in Kojève and Lacan", en H. Haber y G. Weiss (eds.), *Perspectives on Embodiment: Essays from the NEH Institute at Santa Cruz*, Nueva York, Routledge.

Signs: Journal of Women in Culture and Society (1996), "Conference Reports (Beijing)", núm. 22, pp. 181-226.

Sonenscher, M. (1987), *The Hatters of Eighteenth-Century France*, University of California Press, Berkeley.

Spivak, G. (1992), "French Feminism Revisited: Ethics and Politics", en Butler y Scott (eds.), *Feminist Theorize the Political*, pp. 54-85.

Taylor, B. (1983), *Eve and the New Jerusalem: Socialism and Feminism in the Nineteenth Century*, Pantheon, Nueva York.

Tilly, C. (1986), *The Contentious French: Four Centuries of Popular Struggle*, Harvard University Press, Cambridge.

Tsing, A. L. (1990), "Gender and Performance in Meratus Dispute Settlement", en J. Atkinson y S. Errington (eds.), *Power and Difference: Gender in Island Southeast Asia*, Stanford, Stanford University Press, pp. 95-125.

_____ (1997), "Transitions as translations", en Scott, Kaplan y Keates (eds.), *Transitions, Environments, Translations*, p. 253.

Warner, M. (1992), "Thoreau's Bottom", *Raritan*, 11, pp. 53-79.

Watson, P. (1993), "The Rise of Masculinism in Eastern Europe", *New Left Review*, núm. 198, pp. 71-82.

Williams, P. J. (1991), *The Alchemy of Race and Rights: Diary of a Law Professor*, Harvard University Press, Cambridge.

Yanagisako, Sylvia y Jane Collier (1994), "Género y parentesco reconsiderados: Hacia un análisis unificado" (Gender and Kinship Reconsidered: Toward a Unified Analysis), en Robert Borofsky (ed.), *Assessing Cultural Anthropology*, Hawaii Pacific University/Mc Graw-Hill, Inc., pp. 190-203, trad. María Rosa Neufeld, Juan Carlos Radovich y Marcela Woods. Disponible en: http://www.filo.uba.ar/contenidos/carreras/antropo/catedras/sistematica1a/sitio/catedras/neufeld/Yanag-Collier-GenyPar.doc (febrero, 2007).

Young, I. M. (1994), "Gender as Seriality: Thinking about Women as a Social Collective", *Signs: Journal of Women in Culture and Society*, núm. 19, pp. 713-738.

Zerilli, L. (1994), *Signifying Woman: Culture and Chaos in Rousseau*, Burke and Mill.

ÍNDICE ANALÍTICO

Género e historia se terminó de imprimir
en el mes de enero de 2008, en los talleres de
la Universidad Autónoma de la Ciudad de México.

La composición estuvo a cargo de Ediciones de
Buena Tinta, S.A. de C.V. La edición consta
de 2 000 ejemplares y estuvo al cuidado de
Agustín Herrera Reyes.